

FÉNIX

Lejos del cielo



MARIBEL C. GÓMEZ

FÉNIX

Lejos del cielo

Maribel C. Gómez

Título original: *Fénix: Lejos del cielo*

© Maribel C. Gómez, 2019

Diseño de portada: Maribel Caparrós Gómez

Prólogo: Luz Maestre

Información Registro Safe Creative: 1906281313893

TABLA DE CONTENIDO

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Epílogo](#)

«No hay fuego ni frío que pueda desafiar a lo que un hombre guarda entre
los fantasmas de su corazón».

F. Scott Fitzgerald – *El gran Gatsby* (1925)

Prólogo

Tuve el placer de conocer a Maribel en una antología benéfica llamada Fuera de tiesto. El reto que tuvimos que asumir en ella no fue plato de gusto para muchos. Sin embargo, para otros, fue todo un descubrimiento.

En aquel relato nacieron unos personajes que parecen respirar, comer y vivir como cualquier vecino que te encuentres por la calle. Desde el momento en que lo leí, lo único que pude comentarle fue que esa historia no podía quedar en un simple relato. No obstante, para que eso sucediera debía pasar un tiempo y yo ya me había enamorado de la pluma de la autora.

Debo mencionar que esta no es la primera novela que leo suya, como tampoco será la última, pero también debo decir que, de todas ellas, esta me dejó el corazón oprimido, los nervios palpitando en la piel, y el deseo de querer abrazarme al libro para quedarme un poco más junto a sus personajes.

Cuando me ofreció ser lectora cero de su nueva novela, confieso que no me hice de rogar ni un poquito. No es fácil ser el primer lector de un escritor. Hay que dar mucha sinceridad y criticar con el mayor respeto una creación que es parte de esa persona. Creo que sus palabras exactas al confiarme su historia fueron: «Lo mismo se me fue un poquillo la pinza», «me cargué a unos cuantos», o la que más me sorprendió al finalizar la lectura: «Lo más importante es la historia de amor».

Si se le fue la pinza espero que esa pinza siga muy lejos en libros venideros, tampoco le voy a discutir su actitud de sicaria, fue lo justo y necesario; lo que sí le discutiré hasta el cansancio es que me dijera que lo importante era la historia de amor. Si tú que me lees en este momento, piensas que encontrarás entre sus páginas una convencional novela romántica, ya te digo que no será así. Habrá romance. Sí lo habrá. Una preciosa historia fuera de lo habitual, pero también recibirás de este libro otros muchos sentimientos.

Te enamorarás incluso de los antagonistas, sufrirás por ellos, te transportarás a los escenarios en los que fluyen los capítulos y los podrás imaginar en tu mente. Este libro está cargado de intriga, adrenalina,

superación, amor y te hará recordar esos tiempos en los que te creías el dueño del mundo. Quedarás atrapado en sus redes desde las primeras páginas, y todo ello con una sencillez y una narración propia a la edad de los protagonistas. Sus personajes están tan bien formados que cuesta no pensar en ellos como personas reales.

Si todavía tienes dudas no lo pienses. Comienza su lectura, vívela y deja que entre sus páginas se quede un pedacito de ti, ese pedacito que querrá volver a leerlo en otra ocasión, para así poder disfrutar de los sentimientos que solo el buen hacer de un autor puede provocar.

Disfruta de esta preciosa novela, no te arrepentirás.

Luz Maestre.

Capítulo 1

Siempre quise volar, desde muy pequeño imaginaba que tenía alas y surcaba los cielos; nada me podía vencer y cuando alguien lo intentaba renacía como el ave fénix, por ello, todos me llamaban así, Caleb Fénix, aunque mi verdadero apellido tuviera menos carisma.

Solía ser un habitual en las carreras ilegales que organizaba Ben Killer, en realidad se llamaba Benito González, pero con ese nombre poco miedo podía infundir, por esa razón, Benito, el niño de la Dolores; se autobautizó como Ben Killer, el terror de Arría Baja.

Os preguntaréis por qué os hablo de Ben, no es muy difícil deducirlo, ese tío era el puto amo, lo controlaba todo, absolutamente todo en el barrio.

Yo solo era un pringado, el recién llegado; el pijo perteneciente a una familia venida a menos tras la pérdida del chalé que tenían en La Vila Alta. Con la llegada de las crisis, mis padres perdieron el poco seso que les quedaba, poco antes habían rehipotecado la casa y su castillo de naipes se derrumbó en un abrir y cerrar de ojos.

Por ello, no nos quedó de otra que mudarnos a Arría Baja, al antiguo piso de mi abuela. Tras su muerte, dos años atrás, mi padre heredó lo único que la huraña mujer tenía; un piso de sesenta y cuatro metros cuadrados situado en un vecindario lleno de miseria y droga. Nuestra nueva morada estaba provista de un solo y minúsculo cuarto de baño, tres habitaciones en las que de milagro cabían las camas, una angosta cocina y un pequeño salón.

El día que nos instalamos en el piso, mi madre no podía parar de llorar y mi hermana Andrea, con su habitual forma de ser clasista y prepotente, fue el hazmerreír de los mirones que se paraban a ver quién había ido a parar al piso de la Manuela. Allí todos lo sabían todo. Incluso eran concedores de que el piso estuvo ocupado y que tuvimos que vivir en una pensión mientras la policía hacía su cometido, echar a los ocupas de nuestro nuevo «hogar».

Gracias a mi padre y a su habilidad con el bricolaje, en pocas semanas tuvimos un lugar decente donde vivir, aunque fuese una ratonera y no pudiéramos salir de casa con la seguridad de no ser asaltados.

Por mi parte, no había problema, estaba cansado de aquella urbanización de niños de papá, de mi colegio privado, del uniforme, de toda esa sociedad que vivía al margen de la realidad; con sus eventos benéficos para aparentar ser las mejores personas y su falsa generosidad. Sabía que todo era pura fachada, que a la sociedad en la que vivíamos mi familia y yo, no les importaba en absoluto los más desfavorecidos, y mis padres eran un claro ejemplo de ello.

Mi padre fue un chiquillo de Arría Baja; pero tuvo suerte y pudo salir del barrio para vivir una vida mucho mejor y criar a sus hijos al margen de la droga y la falta de servicios básicos de ese lugar entrañable para él, pero peligroso e insalubre para mi madre.

Mi madre era una niña de papá, ella y mi padre se enamoraron porque era una forma de darle en las narices a mi estirado y estricto abuelo. Su historia fue digna de una película de adolescentes rebeldes, pero todo eso; todo ese amor que se profesaban fue en declive en cuanto nacimos mi hermana y yo. Por ello, yo no creía en el amor, veía esas fotografías de mis padres, esos videos en los que se juraban amor eterno, esos regalos que se hacían, todo ese azúcar que rodeaba su historia pasada; veía todo eso y me preguntaba una y otra vez que pasó para que cambiaran tanto y llegaran a discutir día sí, día también.

Mi hermana Andrea, era mi pesadilla y a veces creía que era una especie de extraterrestre que se coló en la cuna y reemplazó a mi verdadera hermana que seguro era mucho más dulce y angelical. Nos llevábamos fatal, había días en los que pensaba que el raro era yo y que quizás un día llamaría a la puerta una desconocida, diría que es mi madre y me confesaría que fui cambiado por error al nacer.

Había veces en las que me hubiera encantado que eso ocurriera. Lo juro.

Mis primeros días en el instituto no fueron los mejores, me blindé con mi coraza de hombre duro e inquebrantable, pero era el nuevo, el que todos observaban con lupa, el que llevaba ropa «buena» y cabalgaba una moto de «ricachones».

Mi moto era un sueño que podía perder en cualquier momento, mi madre ya me lo había avisado, «la tendremos que vender Caleb, hijo, necesitamos el dinero». Pero mi padre, que me comprendía a la perfección, le respondía que había sido un regalo y que quitármela sería una crueldad, que ya apañarían como fuera.

En ocasiones me sentía mal, me encantaba la moto y sabía que me costaría una vida separarme de ella, pero, la situación en mi casa estaba cada día peor.

Mi padre conseguía trabajar a duras penas y su pequeño negocio —que había conocido tiempos mejores—, cada día era más minúsculo e insignificante. De una plantilla de treinta personas quedaban solo tres y estaban a punto de quedarse en el paro.

Mientras la tuviera a mi lado, yo seguiría acariciando la carretera con ella a diario, era como volar, como sentir en mi interior esa sensación de libertad que seguro tenían los pájaros, cuando al izar el vuelo surcaban el cielo calmado y rojizo del atardecer.

Quería a esa moto como a mi propia vida, más que a todas las chicas que había paseado en ella. No me interesaban demasiado las féminas, claro que me gustaban, claro que sí; pero no perdía la vida por ellas. Las utilizaba como pañuelos de papel, no lo hacía a mala fe, ahora, tiempo después, pienso que no me portaba bien, pero las hormonas me la jugaban y hacían que mi actitud no fuera del todo ejemplar en ese sentido.

¿Que cómo llegué a formar parte de la banda de Ben Killer?, es una historia larga de contar, en principio, esa pandilla de descerebrados se reían de mí y me llamaban pijo de mierda. Pensaban que podían acobardarme, pero no, yo era el rebelde de La Vila Alta, el que se saltaba las normas, no tenía miedo. En las zonas adineradas también había matones y yo ya me las había visto con unos cuantos.

» Ben Killer o Benito González, —me daba exactamente igual— era un chico carismático. Las chicas caían rendidas a sus pies y los chicos querían ser como él y caerle lo mejor posible. Ser amigo de Ben Killer y estar entre su gente te aseguraba protección y que nadie, absolutamente nadie se riera de ti. Si no estabas en ese círculo o por el contrario te rebelabas, tenías todas las papeletas para ser objetivo del *bullying* más atroz.

El problema, el gran problema era, que ser amigo de Ben Killer significaba: hacer favores, guardar secretos y tener problemas con la policía. Era el precio que había que pagar por ser popular.

En el instituto lo sabían, había algo maligno que hacía que todos los estudiantes estuvieran bajo el yugo de ese ser egoísta y peligroso. Nadie quería hablar, por mucho que les prometieran seguridad, inmunidad y que nadie revelaría que habían sido ellos los que habían hablado, ninguno soltaba prenda. Ben Killer era más fuerte que todo eso y el que cantaba tenía su castigo en forma de paliza de muerte. A muchos había mandado al hospital y me lo avisaron, «ni se te ocurra llevarle la contraria, acabará contigo». Me dijo una chica apocada y muerta de miedo antes de desaparecer calle abajo.

—¿Pero, qué narices os pasa a todos con ese imbécil? Pregunté una mañana que me las tuve con él en la puerta del instituto por insultarme.

Nadie respondió, todos se limitaron a mirarme con cara de «tío, estás loco, cállate». Pero yo no me podía callar y un día recibí mis represalias en forma de «secuestro».

» Salí del instituto cansado, tenía ganas de llegar a casa, nos habían mandado deberes; demasiados, como siempre, el profesor sabía de sobra que no los hacía nadie, pero él seguía con su manía persecutoria por cargarnos de trabajo.

Llegué al aparcamiento y tiré mi mochila al suelo con fuerza cuando vi que mi moto no estaba donde la había dejado.

Oí risitas, varios grupitos sabían lo que había pasado, pero nadie dijo ni esta boca es mía, cuando los miraba fijamente, simplemente giraban su cabeza sin molestarse en disimular.

—Ben quiere competir contigo esta noche, solo así te devolverá tu moto —dijo una de las chicas que siempre acompañaba a Ben, enroscando un mechón de pelo negro en su dedo índice.

—Dile a ese gusano de Ben Killer, que más le vale que me la devuelva intacta, de lo contrario le aplastaré la cabeza como si fuera una hormiga. ¿Estamos? —Estaba tan cabreado que la mente se me nubló y solté todo eso sin pensar.

Los adeptos de Ben solían juntarse en la explanada, desde mi casa los veía con las motos, los coches tuneados y la música a toda castaña.

Los fines de semana hacían carreras, eran ilegales, pero yo soñaba con correr en una de esas. Sabía que podía ganarlos, tenía la certeza de que Ben Killer y su pandilla de energúmenos no tenían nada que hacer conmigo. Iba a recuperar mi moto, y lo haría haciendo lo que mejor se me daba y más me gustaba, correr. Ese día, solo esperaba que Ben no impidiera que yo compitiera con mi caballo de hierro, sin mi moto estaba perdido.

Capítulo 2

Estuve toda la tarde nervioso, la cabeza me hervía, solo me faltaba que la insufrible de Andrea entrara en mi habitación a fastidiarme con sus tonterías.

—¡Niñato de mierda!, ¿se puede saber qué has hecho con mi jersey de angora?

—¿De qué me estás hablando? —pregunté con el ceño fruncido.

—¡De esto! —Andrea gritaba fuera de sí mientras me mostraba una bola de pelo ennegrecida que en sus buenos tiempos debió ser rosa.

No pude reprimir la risa y Andrea a punto del infarto comenzó a emitir improperios que ni me molesté en escuchar, tan solo con ver a mi hermana fuera de sí con esa maraña de lana desmadejada entre sus dedos, fue suficiente para que me olvidara del secuestro de mi moto por un ratito.

—¿De qué te ríes, mocoso? —No le contesté, tan solo seguí riéndome a carcajadas.

—Eres un imbécil, te vas a enterar.

A mi madre se le había metido entre ceja y ceja que teníamos que hacer nosotros la colada, nos tocaba una semana a cada uno y esa era mi semana. La verdad es que no tenía muy claro el concepto de ropa blanca y el de ropa de color. Mientras metía ropa en el bombo, me encontré con ese esponjoso y ridículo jersey. Mis camisetas negras favoritas no llenaban la lavadora, y sin pensármelo, lo eché a lavar. Puse el programa normal, a treinta grados como siempre.

Oí a Andrea hablar con mi madre y a esta refunfuñar desde el comedor.

—¡Un día me vais a matar!, Caleb hijo, ven aquí —gritó mi madre.

Me puse los auriculares y fingí no escucharla. Apreté el *play* en el reproductor del ordenador y los primeros acordes de «Since i dont't have you», (la versión de Guns N' Roses) acariciaron mis oídos. De fondo oía a mi hermana llorar y a mi madre llamarme como si se acabara el mundo.

De pronto ya no tenía los auriculares, mi madre había tirado de ellos con toda su furia.

—Caleb, no puedes hacer lo que te dé la gana ¿me oyes?, si te digo que

vengas, ven, eres solo un crío y estás en casa de tus padres, no lo olvides.

De sobra sabía mi madre que yo no era un chaval respondón, solía quedarme callado mientras me echaban la bronca, la mayoría de veces ignoraba a quien me reñía. Eso a mi madre la sacaba de sus casillas y acababa perdiendo los papeles.

—Responde, Caleb, o te aseguro que no saldrás hasta el día del juicio final, ¿tienes algo que decir en tu defensa?

Mierda, me iba a castigar sin salir y yo tenía una importante e ineludible cita con los secuestradores de mi moto.

—No me di cuenta, metí las camisetas, y el jersey debía estar allí, pero yo no lo vi. De verdad, mamá —gimoteé poniendo mi mejor carita de niño bueno, esa que derretía el hielo de mi madre y que crispaba los nervios de Andrea a más no poder.

—De acuerdo hijo, pero otra vez, por favor, ten más cuidado, ¿de acuerdo? —Mi madre había cambiado el tono a uno mucho más amigable, incluso diría que mimoso.

—Vale mamá, lo tendré en cuenta.

—¡Maldito crío!, ¿Pero es que te lo has creído mamá?, es un liante, joder, que sé que lo ha hecho queriendo, eres un mierda, Caleb.

—¡Andrea, no insultes a tu hermano! —exclamó mi madre.

Siempre salía ganando yo, ventajas de ser el pequeño.

Mi madre volvió al salón y yo miré a mi hermana con mi sonrisa triunfal más repelente, ella soltó un «me las pagarás» y salió disparada de mi habitación. Yo recuperé mi amada soledad sin castigo alguno, no podía creerlo.

Lo bueno de la escenita del jersey, fue que me pude dispersar unos minutos de mi cometido y me ayudó a templar los nervios que de nuevo, subían por mi cuerpo hasta alcanzar mi garganta.

Hacía tiempo que no competía, en La Vila Alta lo hacía de vez en cuando, pero no tenía un rival fuerte, hoy por fin lo tendría, Ben Killer era duro, muy duro y veloz como la luz. Pero yo; yo era un descerebrado, me subía a mi moto y me olvidaba de mi vida, no pensaba en la muerte, ni se me pasaba por la cabeza; por ello había que temerme y Ben lo sabía, porque me había visto correr solo por la explanada en varias ocasiones. Por esa razón se llevó mi moto, quería asegurarse de que aceptaba el reto. No intuía que sus días de gloria en las carreras estaban a punto de llegar a un final que jamás hubiera imaginado.

A las ocho menos cinco cogí mi cazadora y me la eché al hombro; saqué el casco del armario de la entrada y me lo colgué en el brazo, oí a mi madre preguntar a dónde iba, pero no le hice ni caso y cerré la puerta un poco más fuerte de lo normal, volví a oírla, se quejaba porque no soportaba que diera portazos.

Salí a la calle, estábamos a mediados de octubre y prácticamente era de noche; me dirigí a la explanada y respiré hondo varias veces antes de mostrarme ante mi rival.

A lo lejos pude ver a Ben Killer y todo su séquito de borregos. Ben estaba subido en mi moto, no me olía bien, por nada del mundo iba a dejar que él la condujera, sentí una punzada de celos, no soportaba que nadie más que yo la cabalgara. Sí, sabía que sonaba raro, pero tenía por manía comparar mi moto con un caballo, un fuerte y veloz caballo de hierro.

Me acerqué hasta donde se encontraba Ben, él hizo una señal a sus esbirros para que me dejaran pasar y se hicieron a un lado.

—¿Así que has venido, pipiolo? —preguntó Ben con su habitual tono cínico y burlón.

—He venido yo, Pipiolo, se ha quedado en casa, y ahora, bájate de mi moto —respondí con toda la seguridad que fui capaz de aparentar, la verdad es que me temblaban las piernas.

Se oyeron murmullos de sorpresa, nadie se esperaba que yo le hablara así a Killer.

—Creo que no te has enterado, aquí las normas las pongo yo, la moto te la devolveré cuando yo quiera y si sigues hablándome así te colgaré por los huevos de uno de esos pinos de ahí enfrente.

La rabia circulaba por mis venas, yo no era un chico sumiso, más bien tenía un carácter fuerte y no me solía asustar por un matón ridículo, pero en mi interior notaba el miedo, estaba subiendo por mis piernas y podía llegar en cualquier momento a mi máquina vital, tenía que evitarlo, sabía que podía hacerlo, pero Ben Killer era capaz de despertar en mí algo que hasta ahora no había sentido; pavor.

—Déjate de gilipolleces, vamos a correr, luego hablamos de quién cuelga a quién —gruñí mientras los adeptos de Ben me miraban sorprendidos.

—Ven, acércate, correrás con tu moto, pero nada de rajarse e irse, tendrás que correr si la quieres recuperar.

Sonreí, preferí no decirle nada, no merecía la pena, iba a correr con mi

máquina, estaba seguro de que él no podría vencerme.

Subí a mi moto, el asiento estaba caliente y el bloqueo roto, sentí repugnancia y rabia, pero me contuve.

Me puse el casco, un Arai aerografiado en la parte trasera de la calota con un ave fénix. Me lo había pintado yo mismo. Si algo se me daba bien además de la velocidad, era dibujar y pintar.

Escuché a Ben dándole gas a su moto, me miró con sus penetrantes ojos negros, tan vacíos e hipnóticos, que era difícil sostenerle la mirada más de unos segundos.

Una chica menuda y preciosa se acercó a él y le dio un cariñoso beso. Ben la cogió por la cabeza con ambas manos y la besó con pasión, por decirlo finamente. Cuando el beso se apagó y Ben alejó a la chica de su boca, esta cogió un pañuelo y lo agitó, me costó un poco adivinar que se proponía con ese gesto, pero la verdad es que Ben salió disparado con su moto, por lo que tuve que apresurarme, la chica había conseguido su cometido, distraerme.

Abrí gas e intenté alcanzar a mi rival, parecía imposible, llevaba una moto mejor que la mía y eso no me lo esperaba. ¿De qué me sorprendía?, todos sabían a qué se dedicaba Ben en el instituto; a estudiar no acudía, desde luego.

Mi moto me estaba fallando, no era capaz de ponerme a la altura de Ben Killer, pero no podía rendirme, en aquel momento no, por ello me concentré, pensé en mi seguridad, jamás lo hacía, pero aquel día, por primera vez había apreciado un atisbo de miedo en mi interior, miedo a morir, a salir disparado de la moto si la apuraba demasiado; pero lo hice, apuré al máximo, la hice veloz, tanto que parecía que volaba, jamás la había puesto a semejante velocidad, no me había hecho falta, pero aquel era el día, tenía que ganar a Killer como fuera, de lo contrario, tendría problemas y no los quería.

Me situé a su altura, me adelantó, lo adelanté, Ben se puso nervioso, nadie le hacía sombra, pero es que a mí tampoco me la hacían, éramos dos titanes de la carretera, dos locos, pero solo uno podía ganar y ese debía ser yo; por ello lo asusté, me acerqué a él peligrosamente y acerté, Ben se separó y aminoró la velocidad, y me quedé solo, ¡vaya si me quedé solo!

Pero mi momento de gloria no duró mucho, Ben volvió a ponerse a mi altura, entonces los vimos, venían hacia nosotros, eran dos coches de policía con las luces y las sirenas, tenía que salir de allí y despistarlos.

Ben tiró hacia la izquierda, yo hacia la derecha y los coches de policía pasaron de largo, para luego derrapar y hacer trompos; un coche se fue a por Ben y el otro a por mí.

Me costó un mundo despistarlos. Callejeé por Arría Baja, que era un laberinto de calles estrechas donde no era muy fácil escapar. Lo conseguí y no me lo podía creer. Solté un grito para celebrar mi victoria.

Guardé la moto en el *parking*, ahí estaría a salvo de los largos dedos de Ben, al menos estaba vigilado como antiguamente. La comunidad le pagaba a un vecino jubilado para que hiciera rondas y llamara a la policía si veía algo extraño; no podía estar las veinticuatro horas allí, pero la gente le tenía respeto y desde que él se encargaba de la vigilancia no había ni un solo robo. Al menos eso es lo que decían los demás vecinos.

Salí a la calle, había refrescado y debían ser más o menos las once. Me paré en el mirador, un lugar donde iban las parejas a meterse mano; por suerte para mí, ese día no había nadie, necesitaba pensar y no quería llegar a casa tan pronto.

Me fumé un par de cigarros con tranquilidad y unos chicos se sentaron en el banco de al lado, era una pareja gay. Los pobres chicos se sentían tan incómodos con mi presencia que decidí dejarles intimidad.

A punto de alcanzar el portal de mi casa, una voz contundente me dejó clavado en el suelo.

—¿Caleb Rodríguez? —No podía ser, me giré sorprendido.

—Soy el inspector Santos de la comisaría de Arría Baja —dijo enseñándome su placa.

El inspector era un hombre de unos cuarenta años, alto, corpulento y con una cara de mala hostia que tiraba para atrás.

—¿Sí? —balbuceé enseñando los dientes, intuía que me esperaba una noche movidita.

—Necesito que me acompañes a comisaría.

Mierda, la había jodido pero bien, de esta mi madre cumpliría su amenaza y me quitaría la moto sí o sí.

—¿Puedo saber por qué? —pregunté sin saber muy bien si había acertado al abrir la boca.

—Bueno, como eres menor de edad, debería decirle los motivos a tus padres, avisarlos, hacerlos partícipes de tu detención.

—¿Estoy detenido?

—Eso depende de ti, ¿me acompañas, por favor? —Santos señaló un coche gris oscuro metalizado que bien podía pasar desapercibido.

Entendí a la primera a qué se refería, si no lo acompañaba hablaría con

mis padres y me quedaría el resto de mi adolescencia encerrado en casa.

El policía se dirigió al vehículo y yo lo seguí. Santos me hizo un gesto con la mano para que entrara en el coche y yo me senté en el asiento trasero. Fijé la mirada en una pareja que se comía a besos en el portal de mi casa. Era Andrea con su antiguo novio, se suponía que él la había dejado por no pertenecer ya a su clase social y vivir en un estercolero. Otra vez volvía a la carga con ella. No soportaba a mi hermana, pero en el fondo, muy en el fondo la quería y fue muy triste oír la llorar noche tras noche cuando nos instalamos en Arría Baja.

Por suerte, ella estaba tan distraída con su besuqueo que ni siquiera me había visto.

Santos arrancó el coche y yo respiré hondo, intuía que esa noche cambiaría mi vida.

Capítulo 3

Ben dejó la moto apoyada en un árbol justo al lado de la guardería. Ir a su casa en ese momento hubiera significado tener visita, no podía arriesgarse, lo mejor era permanecer fuera del radio de actuación de Santos y su escondite estaba muy lejos de sus tentáculos.

La encontró por casualidad un día que escapaba de las garras del policía; no sabía por cuánto tiempo sería segura, por el momento lo era. Apagó el móvil antes de la carrera, siempre lo hacía; era muy normal que algún vecino acabara llamando a la policía, pero aquel día sabía quién había sido. Estaba seguro de que ella pagaría por eso, no soportaba a las despechadas.

Miró a todas partes, no se fiaba ni de su sombra y no era para menos, en la guardería tenía escondida una fortuna en hachís y cocaína. Si lo pillaban y perdía la mercancía no se lo perdonaría, pues a Ben no le gustaban las pérdidas, él era hombre de ganancias.

La nave era de hormigón y tenía el tejado de uralita. Grafitis horribles decoraban las paredes y las tuberías que bajaban desde el tejado al suelo estaban completamente oxidadas.

En su interior el panorama era desolador. Había agujeros en el tejado y alguien había tenido la «brillante» idea de ponerle cinta de embalar. Con la lluvia y el viento, esos trozos de precinto se habían soltado y ahora colgaban del techo y se movían en un vaivén inquietante cada vez que una ráfaga de aire se colaba por el maltrecho tejado.

Examinó el interior de la guardería, alguien podía estar escondido y no quería llevarse ninguna sorpresa, oyó un crujido y sacó la pistola que tenía escondida en la cinturilla de sus pantalones. Se acercó sigilosamente al lugar de donde venía el ruido y volvió a oír movimiento. El corazón le palpitaba, no podía negar que el miedo se apoderó de él, pero no podía dar la imagen de un chiquillo asustado, Ben no era así; por el contrario, era valiente, osado e implacable, por lo que tiró con fuerza de la lona que cubría una de las máquinas.

Un maullido consiguió que sus pulsaciones pasaran de setenta a cien en

menos de un segundo.

—Miau, me has dado un susto de muerte —le dijo al gato mientras escondía la pistola y lo cogía entre sus brazos.

Hacia días que no lo veía y pensaba que lo habían matado. En las inmediaciones había niños y solían ser muy crueles con los animales. Él no lo era. Para Ben merecían más la pena que las personas, esas sí que se ganaban sus desprecios y su indiferencia a sus súplicas y sentimientos. Sentimientos ¿qué eran?, él no creía tenerlos, es más, sabía que era incapaz de empatizar con las demás personas, no sentía ni padecía, pues lo más importante en el universo era él y si él no se quería ¿quién lo iba a hacer?, ¿sus padres?, no lo creía. Su progenitora, la Dolores, como la conocían en el barrio, se marchó de casa cuando él apenas era un chiquillo. Lo dejó con su marido; el hombre al que se le asignó por papeles su paternidad. Siempre supo que no era su verdadero padre. Pero él mantenía que sí lo era y se aprovechaba de ello, tiraba de su cinturón y lo sacaba de las trabillas del pantalón en un gesto rápido y ensayado. Luego vertía su rabia sobre él mientras suplicaba que no le pegara más. Todavía tenía pesadillas. Lloró mucho, tanto, que sus ojos se secaron; por ello, hizo que los demás lloraran por él, que suplicaran, que vivieran un trocito del infierno que él había vivido. Era muy distinta su posición, Ben era el que estaba por encima, el verdugo, el que dominaba la situación. Disfrutaba con el sufrimiento de los demás, por ello se ganó a pulso el sobrenombre de Ben Killer.

Se tumbó en el desvencijado colchón, no sin antes darle la vuelta. El anterior inquilino de la nave tenía afición por la botella y había derramado vino tinto antes de abandonar su improvisada morada y no volver jamás. Ben vivía en Arría Baja, sí, pero era dueño de toda una planta, cuatro pisos unidos, reformados y provistos de todo lujo, no se privó de nada, al fin y al cabo, era su casa, el lugar donde iba a descansar y a olvidarse de toda la chusma que tenía que ver a lo largo del día.

Estaba incómodo, muy incómodo, pero el cansancio le vencía por cada segundo que pasaba. Oyó un trueno a lo lejos y rezó para que no lloviera o la noche se volvería un verdadero infierno.

Capítulo 4

Esperé sentado en una silla de plástico verde de la sala de interrogatorios. Frente a mí, el típico cristal oscuro que hacía que me sintiera observado, pero eso era lo de menos. Estaba acojonado. Mientras esperaba tamborileaba los dedos con nerviosismo y me llevaba las manos al pelo en un gesto automático y absurdo.

Santos entró en la sala y se sentó delante de mí.

—Señor Rodríguez, conduce usted una motocicleta que no puede llevar por su edad, ¿lo sabe, verdad? —soltó a bocajarro.

No supe qué contestarle, era verdad. La moto me la había comprado mi padre y la había puesto a su nombre; yo sabía conducir motos de gran cilindrada, había tenido el mejor maestro. Por ello un simple número no le impidió hacer mi sueño realidad. Ahora me podía meter en un buen lío por eso. En La Vila Alta no había problema. Mi padre conocía al comisario y los dos policías que había por la zona solían hacer la vista gorda. La Vila Alta era una urbanización de lujo y tenía su propia seguridad contratada. Nadie tocaba a la gente de la urbanización, mucho menos al hijo de Antonio Rodríguez Lizar.

—¿Puede contestarme, por favor?

—Sí, lo sé.

—¿Entonces?, ¿de dónde la ha sacado?

—No es mía, es de mi padre, él no sabe que la he cogido.

El comisario sonrió de medio lado. Sabía que yo le mentía.

—Bueno, de eso ya nos encargaremos, ahora lo que me interesa saber es quién ha organizado la carrera de esta tarde.

—Yo no sé nada. —No podía creer que me estuviera preguntando eso.

—Claro que lo sabes —espetó el inspector cruzándose de brazos y asintiendo con la cabeza.

Descolgó el auricular del teléfono que había encima de la mesa y le indicó a una tal Laura que entrara.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando la que entró en la sala era la chica

menuda y morena que ya había visto ese mismo día y otros más, siempre junto a Ben Killer. Era la chica que se había besado con él antes de la carrera.

—Esta es Laura. Paloma en la banda de Ben Killer y una de nuestras mejores agentes infiltradas.

—¿Que tú eres policía? —pregunté conteniendo la risa, no lo pude evitar.

—¿Tienes algún problema, chico? —contestó ella de muy malas maneras.

—No, ninguno, pero es que me cuesta creer que... —dije haciendo un esfuerzo sobrehumano por no estallar en carcajadas.

—Mira niño, no estamos para bromas —espetó Santos furioso.

—Soy policía y llevo un tiempo infiltrada en la banda de Ben Killer — aclaró Laura mientras rodeaba la mesa y se situaba a mi lado—. Necesitamos tu colaboración, tu silencio y que no hagas tonterías, de lo contrario, te podemos asegurar que tendrás problemas.

—¿Por qué debería tenerlos?, no he hecho nada grave.

—¿Estás seguro, Caleb? —cuestionó Santos mientras tiraba en la mesa un bloque marrón envuelto en *film*.

Laura sonreía cínicamente, la misma sonrisa que le había visto horas antes cuando pasó por mi lado justo después de besar a Ben. Incluso me guiñó un ojo, no le hacía falta actuar, esa mujer era una arpía menuda y demasiado guapa. Era increíble cómo se metía en el papel de Paloma, con su cola de caballo, su raya del ojo pintada hasta las sienes y sus pantalones de campana. Ahora la tenía delante sin maquillar, vestida con un tejano y una simple camiseta negra. Era una persona totalmente diferente a la chica «cani» que agitó el pañuelo esa misma tarde.

—¿Qué es eso? —pregunté muerto de miedo, no podía ser lo que estaba pensando y no sabía qué pintaba encima de la mesa.

—Eso es lo que llevabas encima cuando te detuve, ni más ni menos que un Kilo de hachís.

—¡Eso es mentira y usted lo sabe! —exclamé.

—Es mi palabra contra la tuya, mejor que tengas claro que la palabra de un agente del orden vale más que la de un niño con aspiraciones —espetó Santos apuntándome con su dedo índice.

—Es usted un cabrón.

—No insultes a un policía chaval, o el chocolate será lo de menos.

No podía creerlo, era la situación más surrealista con la que me había topado en toda mi vida. Mientras Santos seguía apretándome las tuercas, la cínica de Laura, Paloma, o quién quiera que fuese, me miraba sonriente y

paseaba su palmito por la sala de interrogatorios.

—Yo no he hecho nada, deje que me vaya, por favor. —No me quedó de otra que suplicar, estaba a punto de mearme encima, lo juro.

—Sí, te dejaré marchar, pero antes tendrás que escucharnos y no queremos interrupciones.

Salí de comisaría muy tarde y no quise ni mirar la hora en mi móvil; me limité a caminar hasta llegar a mi casa, juro que no tuve miedo, y eso que Arría Baja no era el mejor sitio para caminar por la noche en soledad. Yo era un chico, sí, no era lo que se dice escuálido, podía presumir de tener un buen físico, pero en el barrio eso era lo de menos, tanto tenías, tanto valías; mi cazadora Levi's peligraba y mis zapatillas, también de marca, podían ser el blanco perfecto para el caco de turno. Por suerte pude llegar a casa sin pasar frío y sin clavarme las piedras del camino, los ladrones no estaban ese día por la labor.

Cuando entré en casa, mi madre me estaba esperando con su habitual expresión de «me haces sufrir demasiado y no me lo merezco». Después de una bronca considerable y una excusa que no se aguantaba ni con palillos dejó el camino de mi habitación libre. No quise cenar nada, se me había revuelto el estómago y tenía miedo, demasiado miedo para poder probar bocado. Tan solo quería meterme en la piltra y dejar que Morfeo me mimara; pero eso no ocurrió, mi cabeza, por su propia voluntad, comenzó a reproducir la conversación entre Santos, Laura y yo, desde la primera palabra a la última. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, no podían obligarme, pero lo habían hecho y todo por aceptar esa estúpida carrera. Tenía mi moto, pero podía perder la vida si hacía lo que esos policías sin entrañas me pedían.

—Quiero tener la certeza de que nos vas a ayudar antes de contarte nuestros planes —dijo Santos mientras encendía un cigarrillo.

—Si no me están dando opción, no sé qué quieren de mí, solo soy un chico de diecisiete años, soy menor.

—No nos llores, Caleb Fénix.

—¿Cómo saben...?

—Somos policías, ¿recuerdas?, no ha sido difícil saber quién eres. Y no vamos tan desencaminados, te has hecho el sorprendido cuando te he puesto el hachís delante, pero dicen las malas lenguas que eras el principal distribuidor de tu instituto en La Vila Alta, fuiste expulsado y te libraste de una buena de

milagro, ¿no es así?

—Solo era un crío, ya no tengo nada que ver con eso.

—Eres la persona que necesitamos —anunció Laura con cara de viciosa, sí, la tal Laura tenía una cara de hechicera lasciva que tiraba para atrás, normal que Ben Killer se hubiera despistado con ella.

Respiré hondo, esos dos me tenían contra las cuerdas y en poco tiempo cumpliría los dieciocho, con una placa así podía ir a la cárcel. Al menos eso era lo que pensaba yo en aquel momento, la verdad, ignoraba las leyes en ese sentido, cuando yo era un traficante de poca monta que vendía chocolate por tener más caprichos de los que mis padres me concedían, solo pensaba en dinero, juro que solo quería eso.

—Está bien... —susurré.

—¿Cómo dices? —preguntó Santos mientras se llevaba la mano a una oreja para hacer ver que no había entendido.

—Que les ayudaré.

—Ves chico, no era tan difícil —dijo Santos mientras me daba una colleja «cariñosa».

Nada más aceptar me arrepentí, pero estaba tan terriblemente agotado que ya todo me daba igual.

—No me andaré por las ramas, necesitamos tu colaboración para atrapar a Ben Killer.

Quise decir algo al respecto, pero Santos me detuvo y prosiguió.

—Ben Killer es un traficante, eso ya lo sabemos y lo hemos detenido infinidad de veces, pero es escurridizo como una serpiente y jamás hemos podido encerrarlo. En este momento somos conocedores de muchos de sus secretos gracias al magnífico trabajo de Laura. Incluso tenemos ubicada su guardería.

—Pues si tienen todo eso ¿a qué esperan para detenerlo?

—Porque no es por eso por lo que queremos encerrarlo.

—¿Entonces por qué?

Santos se dirigió a un rincón de la sala y cogió algo de una mesita, volvió a donde yo estaba y me tendió una fotografía.

—Cógela.

La tomé entre mis manos y ahí la vi. Era Cristine Lambert. Una chica americana que estaba desaparecida. Había carteles con su foto por todas partes.

—¿Qué tiene que ver ella con Ben Killer?

Ambos policías se miraron con complicidad, pero su expresión triste y torturada me llenó de curiosidad.

—Pensamos que Ben tiene algo que ver con la desaparición de Cristine, sabemos que estuvieron saliendo algún tiempo y justo cuando lo dejaron desapareció.

» Hemos interrogado a Ben Killer en diversas ocasiones, nos llegó un soplo de alguien de confianza, pero él, como te he dicho, es escurridizo, y siempre tiene una coartada bien hilada, no hay manera de pillar a Ben Killer en un renuncio y es que tiene muchos amigos que valen lo que callan. Entre otras cosas porque tienen un miedo atroz.

Infiltramos a Laura con la esperanza de que confiara en ella y le confesara qué hizo con la chica. Pero no ha soltado prenda. En cuanto a su asunto de la droga, sí que hemos podido descubrir varias cosas, como ya te hemos informado, pero ahora mismo hay mucho más en juego y necesitamos saber qué ha ocurrido con Cristine Lambert.

—Sigo sin entender que podría hacer yo.

—Es sencillo chaval, Ben suele confiar en sus amigos hombres, ellos son los que conocen sus secretos, incluso estamos seguros de que alguno de sus esbirros es su cómplice en la desaparición de Cristine; a una chica nunca le dirá la verdad, pero a un amigo en el que confíe...

—¿Me está intentando decir que quiere que me haga amigo del alma de Ben Killer?

—No te lo estamos intentando decir, te lo decimos simplemente —dijo Laura sin perder esa sonrisa cínica de medio lado a la que estaba cogiendo mucha manía.

—Es una locura, ese tío es peligroso, si me descubre me colgará por los huevos de la primera farola que encuentre.

—Pensamos que es mucho más fácil que confíe en un chaval del barrio que no tiene nada que perder y que ya tiene antecedentes policiales por tráfico de estupefacientes, le recordarás a él mismo en sus inicios y te acogerá en sus brazos. —Santos me ponía de los nervios con su sarcasmo.

Seguía dándole vueltas a la cabeza, me habían obligado a aceptar, no tenía ganas de complicarme la vida y, menos aún, de integrarme en la banda de Ben Killer. No podía dormir. Hacerme amigo de Ben Killer, intentar que confiara en mí, pasarme el día en su banda, volver a delinquir, mis padres harían tiras con mi piel. Encima no podía decirles nada, todo era secreto.

—¿Y si me detienen? —pregunté.

—Tendrás que rezar para que seamos nosotros y no nadie de otra comisaría. —Eso hizo que me temblara hasta el último músculo de mi cuerpo y que mis partes nobles se desplazaran peligrosamente a mi garganta.

Cuando las primeras luces del alba se filtraban por las rendijas de la persiana conseguí dormirme por puro cansancio, sabía que el despertador no tardaría en sonar, no quería ir al instituto y tenía que fingir que estaba enfermo y resultar creíble si quería colársela a mi madre. No me hizo falta mucho teatro, tenía fiebre, pero de la de verdad.

Capítulo 5

Ben recibió un mensaje de Paloma, quería verlo; de todas las chicas que había tenido a su merced en los últimos tiempos, era la mejor: guapa, poco inteligente y obediente. Eso es lo que le gustaba en las mujeres, que hicieran lo que él les dijera sin rechistar. Las rebeldes podían ser excitantes, pero había que domarlas y sinceramente, le gustaba encontrarse el trabajo hecho. Paloma era sumisa, tanto que había veces que él pensaba que no podía ser real.

Vivía en otro barrio y la conoció en la barra de una discoteca por pura casualidad. Ella lloraba porque su novio la había dejado plantada. Ben no sabía lo que era la empatía, pero con ella fue diferente, conectaron enseguida y se tomaron unas cervezas, desde entonces la había visto prácticamente a diario.

Solo había algo que le inquietaba de Paloma, esa costumbre de cotillear en los asuntos de los demás. Tenía el vicio de preguntar y en más de una ocasión le había tenido que dejar claro que eso le repugnaba de ella. Sus métodos podían parecer poco ortodoxos para las personas normales, pero él no era normal, era de los que pensaba que un bofetón a tiempo podía hacer milagros.

Salió al patio de la guardería, había pasado una noche de perros en ese colchón repleto de chinches, le picaba todo el cuerpo y tenía un sarpullido muy desagradable en el pecho y en el cuello. Se quitó toda la ropa y se refrescó con la manguera. Le sorprendía que aquel lugar todavía tuviera agua, quizás la compañía que la suministraba se hubiera olvidado de cortarla, o algún incauto pagara sin saberlo la factura. Aquel lugar debía tener dueño, sin embargo, por allí no había aparecido nadie ni había indicios de que hubiera estado otra persona que no fuera él en todos los meses que llevaba ocupándola.

Hacía frío, demasiado para la fecha en la que se encontraban. Se vistió con premura y se subió a su moto. Quería pasar por su casa, darse una ducha de verdad y quemar la ropa que llevaba, la guardería estaba sucia y olía mal, ese hedor se pegaba a su piel, a su ropa y a su pelo. Ben no podía soportarlo, el orden y la limpieza eran para él una obsesión.

En el portal del edificio donde vivía le esperaba Paloma, le hizo una señal para que se subiera de paquete y bajaron al *parking*. Paró el motor y notó sus manos acariciando su pecho por debajo de la camiseta.

—No es el momento, Paloma.

—¿Por qué no? —ronroneó mimosa y prosiguió con su misión, la de ponerlo cachondo—, ¿no te da morbo aquí, encima de la moto?, que nos puedan pillar en cualquier momento me pone que no veas.

—Déjalo Paloma, necesito una ducha.

—¡Qué bien, me ducho contigo!

—Paloma, estoy cansado, quizás otro día —espetó elevando el tono, no le gustaba que insistiera tanto.

Paloma lo miró con fastidio y sacó la lengua. No estaba para tonterías, pero decidió ignorarla, él era de los que pensaba que el mejor desprecio era no hacer aprecio, podía dar fe de que eso funcionaba en la mayoría de ocasiones, pero no siempre.

Entraron en el piso y Ben se dirigió al cuarto de baño solo, a Paloma la envió a ver la televisión mientras él se arreglaba.

No solía dejarla sola, en verdad nunca perdía de vista a nadie, menos aún en su casa, pero de ella se fiaba. Le parecía que Paloma era un poco justa de mente, un día le preguntó si se había caído de la cuna y ella no entendió ni por qué se lo decía. Para él era mejor así.

Al salir de la ducha oyó un sonido extraño que venía de la habitación de al lado.

—Mierda —susurró.

Abrió el grifo otra vez y dejó que el agua corriera. Accionó la maneta de la puerta muy lentamente y la abrió, salió al pasillo con sigilo, sin hacer ruido. Entró en su habitación y sorprendió a Paloma con unos calzoncillos suyos en las manos, se los llevaba a la nariz y aspiraba su olor, parecía que hacer eso la ponía a cien. La visión le resultó repulsiva y ridícula a la par. Por un momento pensó que Paloma registraba la habitación, el sonido que había escuchado desde el cuarto de baño era el de un cajón. Pero erró en sus suposiciones, «la pánfila de Paloma y sus filias estrambóticas», pensó.

Capítulo 6

Caminaba por un prado lleno de amapolas, buscaba algo, pero no lo encontraba. Llegué a una casa vieja de madera podrida en medio de un claro. Abrí la puerta y me invadió la oscuridad. De pronto estaba en un bosque oscuro, me vigilaban, me giré, no había nadie, pero los árboles parecían tener vida propia. Comenzaron a caer los primeros copos de nieve, pero al topar con mi piel se derretían. Es la fiebre, repetía yo.

De pronto esa chica, tenía frío, estaba cubierta de una fina capa de hielo y sus labios lucían amoratados.

—¿Quién eres? —le pregunté.

—Cristine —susurró.

Me incorporé asustado, sin aire y empapado por el sudor.

—¿Qué te pasa hijo? —preguntó mi madre preocupada mientras posaba su mano en mi frente.

—Nada, nada —dije aún entre jadeos.

—Estabas gritando, decías que no querías hacerlo y que te dejaran en paz.

—Solo ha sido una pesadilla mamá, no te preocupes.

—Sigues con fiebre, quizás deberíamos llamar al doctor Valmoral.

—Mamá, Valmoral no vendrá aquí y menos con ese Audi que tiene.

—Puñetero barrio, ¡Antonio!, ¿ves por qué tenemos que salir de esta ratonera?, tu hijo está enfermo y no podemos ni siquiera llamar al doctor para que venga a casa como antes —gritó mi madre para que mi padre la oyera.

—Marisa, que se levante y vaya al dispensario, tu hijo es fuerte, no le pasará nada por andar unos metros —respondió mi padre desde el salón.

—De verdad, que hombre más insensible. Venga hijo tápate. ¡Ay! si volviera atrás, no me casaría en la vida. Ya me lo decía mi padre, cástate con el abogado, con ese «pelanas» ni se te ocurra.

Mi madre me tapó hasta la cabeza mientras soltaba su retahíla de palabras despectivas hacia mi progenitor. No me gustaba que hiciera eso, pero mi padre la ignoraba cuando empezaba así y yo aprendí a hacer lo mismo.

Recibí un mensaje en el móvil.

«Recuerda nuestro trato, tu cometido comienza esta tarde, ya sabes, no puedes abrir el pico S.»

No conocía el número, pero no tenía la menor duda de quién era; Santos y su manera tan peculiar de obligarme a colaborar. Tan solo era un chiquillo, aunque a veces me creyera muy mayor, diecisiete años no eran nada frente a un policía sin escrúpulos.

Mi malestar acrecentó, sin embargo, sabía que Santos no iba de farol cuando me amenazó con todo ese hachís. Estaba seguro de que lo utilizaría en mi contra a la primera de cambio y no podía permitir que eso pasara.

Pensé seriamente en pedirle algo a cambio, qué sé yo, dinero para que mi familia viviera más cómodamente, pero descarté la idea al momento.

Tenía que levantarme como fuera. Por ello me incorporé, estiré mis brazos y abandoné la cama.

Me tomé un medicamento de esos que promete quitarte todos los males. En realidad era para el resfriado, pero no le di la menor importancia, yo tenía un miedo atroz, y ese miedo hizo que enfermara, no había medicamentos en el mundo que combatieran el miedo.

Me vestí y me dispuse a salir de casa, eran las seis de la tarde.

—¿Se puede saber dónde vas, enano?

Lo que me faltaba, Andrea, mi insufrible hermana me salió al paso con los brazos en jarra y muy malas pulgas.

—Por ahí, ¿a ti qué te importa?

—Mamá ha dicho que te vigilara, que estabas enfermo y que no te dejara salir por nada del mundo.

—Pues ya estoy bien, y ahora Andrea, déjame salir o le digo a mamá que otra vez estás liada con el cabrón ese de tu ex.

Andrea me clavó dos dardos ardientes, su mirada enfurecida y llena de rabia hizo que mi miedo aumentara un poco más, pero luego me dio la risa, estaba muy graciosa con la cara roja como un tomate y esa mirada incendiaria.

—Está bien, pero esto no quedará así, ya meterás la pata enano y entonces se te quitarán las ganas de hacerme chantaje.

Abrí la puerta, le saqué la lengua a mi enfurecida hermana y ella me hizo una peineta, luego cerré la puerta y sonreí, me encantaba salirme con la mía.

Hacía tiempo que no fumaba, pero en ese momento necesitaba un cigarrillo como agua en el desierto, sabía que serviría de engañabobos para mi cerebro. Me sentiría más calmado durante un rato y eso me ayudaría a acercarme a Ben

Killer. La verdad es que tenía los huevos de corbata.

Anduve por la explanada mientras fumaba un cigarro detrás de otro. Qué fácil se acostumbra uno al vicio de nuevo, es como si nunca lo hubieras dejado. Eso es lo que me pasaba, el humo entraba en mis pulmones y me hacía cosquillas, me seducía con su falsa sensación de calma; con esa seguridad de pegatina que me aportaba en aquel momento, tenía algo que hacer con las manos, una en el bolsillo y la otra ocupada con mi vaivén de caladas.

Los localicé, Ben estaba en las escaleras que había al final de la explanada. Delante tenía un sembrado de olivos, ideal para correr si lo pillaba la policía en sus tejemanejes. Pero eso no solía pasar, a Ben siempre lo encontraban limpio.

Uno de sus esbirros le dio la voz de alarma, Ben le hizo una señal para que me trajera junto a él. Al menos creo que eso es lo que pasó, yo no lo vi; solo sé que Jack, la sombra de Ben Killer, se acercó a mí y me ordenó que lo siguiera.

Yo no emití sonido alguno, solo me limité a seguirlo. Jack era un chico envejecido. Tenía la cara llena de cicatrices y lucía dos dientes de oro. Su pelo era negro y llevaba un tupé acartonado de tanta gomina que se ponía. Era muy alto y corpulento, no se me ocurriría enfrentarme a él, al menos eso es lo que pensaba mientras iba de cabeza al matadero.

Cuando llegamos a la escalera, Ben me esperaba con una sonrisa extraña; no sabía bien qué expresaba, pero a mí me heló la sangre.

—Hola, Fénix. ¿Te llaman así, verdad?

Asentí, quería aparentar que era un tipo duro, pero no era fácil, me temblaba hasta el último músculo de mi cuerpo.

—¿Qué haces por aquí?, nadie se acerca si no es porque quiere algo de mí, dime, ¿qué quieres tú?

—Hablar contigo, a solas.

—¡Uuuuuuuuhhhhhh! —se burló Ben y su séquito hizo lo mismo. Eran como borregos.

—¿Puede ser? —pregunté ignorando las burlas y las risitas de todo el grupo.

—Mientras no me vengas con mariconadas —dijo Ben mientras se cruzaba de brazos y sonreía de esa manera inexpresiva y vacía habitual en él.

Puse los ojos en blanco y tiré mi cigarrillo al suelo, luego lo pisé, lo sé, mi pose de tipo duro era demasiado forzada, pero colaba, no me lo creía ni yo. Aunque ya había practicado bastante en mi antiguo barrio. Allí yo era el

traficante, el que vendía el vicio, y la verdad es que la gente me adoraba, todos eran amigos míos. Caminaba por la calle y me colmaban de saludos efusivos, es lo que les suele pasar a los camellos, aunque sean de poca monta como lo era yo.

—Está bien, dejarnos solos —ordenó Ben y sus secuaces se dispersaron dejándonos en la más absoluta soledad.

Ben imponía aun sin su séquito. Era un chico más bien flacucho y llegaba al metro setenta de milagro. Tenía una mirada de serpiente que era capaz de encandilar al más escéptico; tenía carisma, y mucha, pero que mucha labia. Su discurso era similar al del líder de una secta, sin sentido pero adictivo a más no poder.

—Bueno, tú dirás.

No había preparado nada, tenía claro que no quería vender droga de nuevo, tampoco quería acabar en la trena. Definitivamente no, solo podía acercarme a Ben de otra manera y era haciendo lo que más me gustaba hacer en la vida, correr.

Capítulo 7

Ben le daba vueltas a la cabeza, ese crío se había presentado en su territorio, sabía a lo que venía y no se lo tuvo que pedir. Lo había visto correr, podía ganar mucho dinero con él. Se lo iba a pedir, pero se le presentó la oportunidad en forma de ojos de súplica por su parte, eso le encantaba. A él no le gustaba pedirle nada a nadie, era de agarrar lo que quería y conseguir lo que se proponía con solo señalar con el dedo.

—¿Qué te hace pensar que tú puedes competir en mis carreras? —preguntó Ben, más que nada por tirarle de la lengua.

—Soy más rápido que tú —Caleb le contestó con chulería.

«El niño le echa huevos». Pensó Ben.

—¿En serio? —Sonrió Ben, él siempre se había considerado el más rápido, ahora le había salido un competidor, pero le daba absolutamente igual, podía ganar dinero con él y eso era lo que le interesaba. Estaba un poco cansado de correr. Lo hacía por placer, pues el dinero ya lo ganaba con su negocio más rentable.

—Me has visto, la otra noche te hubiera ganado sin pestañear si no hubiera aparecido la policía.

—Tienes mucha confianza en ti mismo, me gusta —confesó Ben.

Caleb asintió con la cabeza, había algo en ese chico, era un magnetismo extraño. Le atraía y le repelía su presencia al mismo tiempo y no sabía por qué. Siempre caló a la gente a la primera, pero con el tal Caleb Fénix era diferente. Ben era incapaz de averiguar qué intenciones tenía.

Le gustaba correr, eso sí lo tenía claro y que era un fenómeno para ello, también. Pero su actitud le resultaba cuando menos, fuera de lugar. Su pose de chulo y esa manera nerviosa de llevarse el cigarrillo a la boca le parecían contradictorias, ¿estaba nervioso?, tenía la mosca detrás de la oreja y a él jamás se le escapaba ningún insecto. Por ello se levantó, le estrechó la mano y le dijo que se fueran a tomar unas cervezas para cerrar el trato. Lo aceptó en su banda; en la élite de su banda, con él solo corrían los mejores y Caleb Fénix era el tío con más cojones con una moto entre las piernas que había

conocido en mucho tiempo.

Sentados delante de dos birras muy frías hablaron largo y tendido de cosas sin importancia, necesitaba que confiara en él, quería averiguar sus intenciones. No era muy hablador, en realidad poco pudo averiguar sobre él. Le habló de motos y de velocidad, parecía que lo llevaba en la sangre. También le habló de su pasado delictivo. Sí, Caleb Fénix estaba fichado por tráfico de hachís, le entró la risa y a la vez le dio ternura. Si lo habían pillado es que no debía ser muy bueno, pensó, podía enseñarle lo que sabía y sacarle más partido vendiendo su mercancía. Pero de momento le valía con que corriera para él.

Jack los observaba desde la puerta del bar, estaba fuera fumándose un porro y miraba a Caleb con desconfianza. No le gustaba. Ya se lo había dicho a Ben el día que secuestraron su moto. Jack era muy celoso y siempre que Ben fichaba alguien para correr se sentía relegado a un segundo plano. Jack fue un buen piloto en el pasado, pero desde el accidente ya no era el mismo. Le faltaban los dedos de un pie y tenía tornillos en varias partes de su cuerpo. Tenía muchos dolores y tomaba medicamentos muy fuertes para paliar su sufrimiento. Aun siendo él un ser sin sentimientos, Jack le daba pena, era entonces cuando se daba cuenta de que no era muy diferente al resto de los seres humanos.

Jack no le quitaba ojo a Ben y a Caleb. Ben se levantó y se acercó a donde él estaba.

Jack le pasó el porro a Ben y este le dio una calada intensa y profunda. El sabor del hachís viajó hasta sus pulmones. Le pareció que aquella semana era bueno de verdad.

—¿Qué te pasa amigo? —le preguntó Ben a Jack.

—Ya lo sabes, Ben, no me gusta el pijito, ¿de verdad no te parece raro que se haya acercado a nosotros?, era de los que nos negaba el saludo —apuntó Jack mientras miraba de reojo a Caleb.

—Puede ser, pero déjame averiguarlo. De todas formas ya soy mayorcito, Jack —respondió Ben a la defensiva.

—Vale Ben, pero somos amigos y los amigos se preocupan —dijo Jack después de aceptar el porro de nuevo.

Ben se sintió embotado y algo mareado. No solía consumir su mercancía ni la de nadie más, solo lo hacía cuando no le quedaba de otra o alguien le invitaba. Él aceptaba por pura cortesía, por seguir ese ritual que se formaba

alrededor de la gente que consumía y que no era otra cosa que una falsa camaradería, no había nada auténtico en ellos, hacían planes, se abrazaban y luego, al paso de las horas, cuando volvían a ser ellos mismos, todo estaba olvidado; hasta su hipócrita amistad era inexistente. No obstante, era su negocio, su sustento y a veces no le quedaba de otra que entrar en esa pantomima. Era algo así como su manera de relacionarse comercialmente.

—No te preocupes viejo amigo, ese crío no tiene ni media hostia, además corre que se las pela con la moto y puede sernos útil, ¿no crees?

Jack sonrió a su amigo con complicidad, sus dientes de oro afloraron y sus prominentes encías rojas e hinchadas vieron la luz de nuevo. Era bastante desagradable ver a Jack sonreír. Por ello le llamaban el Profident a modo de burla. Jack ignoraba que llevaba a sus espaldas ese curioso mote. Tal y como era, mejor que siguiera en la inopia. Si Jack se enteraba no pararía hasta encontrar el origen de su desgracia y a la persona que osó ponerle el mote. Quién sabe lo que le haría, Jack era capaz de todo.

Capítulo 8

Mi primer acercamiento a la banda de Ben Killer había sido un éxito, pero no me apetecía nada tener que tratar a diario con él y su gente. Solo quería una vida tranquila y a poder ser marcharme lo más pronto posible del barrio con mi familia, la cosa se complicaba cada vez más y eso no es lo que yo pretendía. Estuve a punto de dar con mis huesos en el reformatorio por crearme el puto amo, no quería volver a darles disgustos a mis padres. Aún recuerdo la cara de mi progenitor cuando la policía entró en casa y descubrió una placa de hachís de doscientos cincuenta gramos escondida debajo del colchón de mi cama.

Mi padre mantuvo en todo momento la esperanza de mi inocencia, él aseguraba a los agentes que todo era un malentendido, que su hijo no era ningún camello, sin embargo, en aquella ocasión se quedó sin palabras cuando le mostraron mi tesoro.

Ese día me juré a mí mismo que jamás volvería a decepcionarlo y hasta la fecha no lo había vuelto a hacer, al contrario, mi padre estaba orgulloso de mí, por mi cambio a bien y porque dejara atrás mis arrebatos delictivos, pero en aquel momento estaba otra vez en el límite del bien y del mal, como decía la canción; podía volver a decepcionarlo y no quería hacerlo, tenía que hablar con mi padre y contarle la verdad, que un policía me estaba extorsionando y me obligaba a infiltrarme para resolver un caso que nada tenía que ver conmigo. ¿Quién me iba a creer? Ni siquiera yo lo creería si alguien me lo contara, pensaría que todo era una fantasía consecuencia de haber consumido alguna sustancia psicotrópica.

Definitivamente, mi padre no me creería. A mi hermana Andrea ni la contaba como opción y a mi madre mucho menos. Estaba solo en ese lío e ignoraba cómo iba a acabar todo.

Una llamada entrante me sacó de mis cavilaciones, era Santos, estaba seguro, aunque me llamara con número oculto sabía que me acechaba como un buitre a la espera de carroña.

—Chico, ¿cómo ha ido?

—¿Usted qué cree?

—Mira hijo, déjate de tonterías y cuéntame, ¿has podido ganarte la confianza de Ben?

—¿En un día?, usted está loco, ¿verdad?

—El tiempo pasa y Cristine Lambert sigue desaparecida, necesitamos resultados ya.

—Ah, y pretenden que yo, un chaval, resuelva en un día el caso que ustedes hace meses que tienen entre manos.

—Tienes que espabilar, muéstrate solícito, si tienes que meterte en su negocio, hazlo, ya me entiendes.

—No puedo meterme en su negocio, como usted le llama, bastantes problemas tuve ya. Yo he hablado con él de sus carreras ilegales. Correré — dije con firmeza.

—De acuerdo, con eso de momento me vale, pero tienes que acercarte a él, que sepa que en ti tiene a un incondicional y que no lo traicionarías por nada en el mundo.

—Eso va a llevar tiempo, señor.

—Pero no lo tenemos.

—De verdad, inspector, no creo que sea buena idea y me juego mucho.

—Y tanto que te juegas mucho, el regalito que te mostré en comisaría podría aparecer en tu casa si te echas atrás. —Me recordó en tono neutro, como si no le diera importancia a su amenaza.

Me mantuve en silencio y colgué el teléfono, ¿pero qué se había creído?, ¿y si conseguía pruebas de su coacción?, algo tenía que hacer, pero ese poli corrupto no podía seguir metiéndome el miedo en el cuerpo.

En el acantilado me sentía libre y en paz conmigo mismo. Cada vez que me encontraba saturado me subía a mi moto y escapaba de la realidad. El acantilado era mi abismo personal, ese que jamás franqueaba. Siempre me quedaba clavado en el límite, el vértigo me bloqueaba. Ni se me pasaba por la cabeza la idea del suicidio, solo soñaba con volar, como cuando era un crío.

Ese día necesitaba mi dosis de libertad como el agua, estaba sediento de brisa fresca, de evasión y de fantasía.

Me encendí un cigarrillo y aspiré cada una de sus caladas despacio, intentaba degustarlas y ahogar mi rabia en humo.

Pero no dio resultado, la rabia me consumía y me llevaba a un estado de frustración muy desagradable. Quería gritar hasta perder la voz, hasta reventar

mi garganta, pero en lugar de eso, solo pude llorar como un niño.

No soportaba sentirme obligado y había tomado una decisión. La llamada de Santos fue la gota que colmó el vaso. Apenas había salido del bar cuando mi móvil sonó, tuve que esconderme en un portal para poder hablar con tranquilidad a riesgo de meter la pata. A Ben Killer lo conocía todo el barrio y muchos aprovechaban cualquier oportunidad para caerle en gracia y obtener cualquier beneficio por triste que fuera.

Tiré la colilla al suelo y la pisé con saña, siempre lo hacía, si algo no quería, era provocar un incendio.

Las vistas del acantilado eran increíbles, pero al dejar atrás la belleza del mar embravecido me topé con la realidad de Arría Baja. Las fábricas.

Desde ese punto podía divisar el perfil de todo el complejo industrial iluminado por miles de pequeñas lucecitas, parecía Manhattan por la noche, pero el humo y las llamaradas le quitaban todo su embrujo. Mi madre siempre decía que moriríamos como ratas en el barrio, no obstante, se engañaba a sí misma, La Vila Alta estaba muy cerca de nuestro nuevo hogar. Resultaba irónico que hubiera tanta diferencia a tan corta distancia.

De pronto me sentí observado. Era algo que no podía explicar, un escalofrío sacudió mi cuerpo hasta llegar a la parte trasera de mi cabeza. Mi abuela siempre decía que cuando eso pasaba significaba que había un alma errante de paso y hacía notar su presencia de esa manera. No tengo ni idea de si eso era cierto o no, mi abuela tenía sus propias teorías para todo.

Fuese o no verdad, decidí volver a casa, ya no me sentía a gusto en mi lugar favorito, al menos esa noche me tenía que marchar de allí, ya.

Caminé despacio hacia mi moto, el escalofrío era cada vez más intenso, me subí en mi máquina y entonces la vi, era Cristine Lambert que me miraba suplicante. Estaba cubierta por una capa de hielo, como en mi sueño, yo no podía mover ni un músculo, estaba totalmente acojonado.

—Ayúdame Fénix, ayúdame. —Se dirigió a mí con urgencia y desesperación, luego extendió su brazo y me enseñó la palma de su mano, una especie de llamarada interior invadió mi mente. Era fría pegajosa, como cuando tocas un cubito de hielo recién salido del congelador.

Me conocía, claro que me conocía, y yo a ella también. Solo tuvimos una cita a ciegas un único día, pero no salió bien. Teníamos diferentes maneras de pensar y simplemente, no cuajó.

Mi amigo Carl quedó con unas chicas del colegio de las monjas. A mí no me gustaban las chicas de ese colegio, siempre intentaban demostrar lo

rebeldes que eran para que no las juzgaran por ir a una escuela religiosa. Cristine era una de ellas. Me costó recordarla, la vi una y otra vez en los carteles de la calle, pero mi mente la había olvidado, tan solo nos habíamos visto un par de horas de las cuales no aguantamos juntos ni un cuarto. Ella se fue con sus amigos de Arría Baja que incordiaban en el único *pub* de La Vila Alta.

¿Cómo había obviado ese recuerdo?, de pronto al verla reviví ese día. Cristine estaba con Ben Killer, entonces llevaba el pelo rapado por los lados, pero era él.

—Ayúdame, tengo frío —dijo entre quejidos lastimeros mientras alargaba su brazo, luego se esfumó y con ella se fue el extraño escalofrío que había invadido mi cuerpo y la llamarada gélida de mi mente, mi abuela tenía razón, pensé.

Capítulo 9

Entré en casa todavía impresionado por lo que había presenciado esa misma noche. Jamás había visto nada parecido, pero pintaba muy mal, Cristine era un espíritu, por lo que no era muy difícil deducir que ya no estaba viva y que las esperanzas de encontrarla sana y salva eran nulas.

¿Cómo habría muerto?, su actitud desesperada me sacudió el alma, si Ben Killer le había hecho algo lo iba a descubrir, no porque ese policía me extorsionara, no, sino por su petición desesperada de ayuda, era como si ella me hubiera hecho sentir su dolor, Cristine se sintió impotente cuando murió, no pudo hacer nada por salvarse.

Mi abuela tenía la capacidad de ver a los muertos, pero solo ella, nadie más de la familia lo heredó, bueno, en teoría. Ella solía decirme que yo tenía el mismo don, pero yo nunca le hice caso. Siempre lo ignoré, sin embargo, todavía recordaba a mi amiga María, una niña con la que solía jugar en casa de mi abuela. Se vestía con ropa muy antigua, me solía reír de ella por eso. No era muy habladora y cuando le cogía la mano estaba fría. María aparecía siempre en la habitación que hoy ocupa Andrea y yo simplemente jugaba con ella.

Se lo dije a mis padres, quería ir a jugar con María. Mi madre no le dio mayor importancia, pensaba que yo tenía un amigo imaginario, pero mi padre se ponía tenso y se enfadaba conmigo cada vez que le hablaba de ella.

Mi abuela me oía jugar con la niña, pero no decía nada. Hasta que un día le dije que María y yo queríamos merendar, mi padre se enfadó mucho y se marchó dando un portazo. Entonces mi abuela me sentó en su regazo y me contó la historia de una niña pequeña que murió cuando solo tenía cinco años, era la hermana melliza de mi padre, se llamaba María.

No quería tener ese don, no deseaba ver a los muertos ni tener ningún tipo de contacto con ellos, pero ahí estaba, Cristine necesitaba ayuda y yo no podía negársela.

De pronto oí a Andrea llorar en su habitación, por un momento pensé que

sería mejor dejarla sola, pero sus lamentos cada vez subían de volumen y acabaría por despertar a mi madre.

Entré en la habitación, Andrea permanecía bocabajo en la cama y lloraba como si se fuese a acabar el mundo.

—¿Qué te pasa? —pregunté con tiento.

—¿A ti qué más te da, enano? —contestó mientras levantaba levemente la cabeza, no podía verle la cara, estaba dándome la espalda.

—Mamá se va a despertar y ya sabes cómo se pone.

—Vete, Caleb.

—De acuerdo —dije haciendo amago de cerrar la puerta, yo ya la había avisado.

—Espera Caleb, no te vayas.

Mi hermana se incorporó, tenía la cara manchada de máscara de pestañas y sostenía algo en la mano.

—Tengo un problema Caleb, necesito ayuda, ayúdame —gimoteó enseñándome un objeto de plástico alargado.

Era la segunda vez en un día que alguien me pedía ayuda, empezaba a sentirme la última esperanza en el mundo para algunas personas, o fantasmas.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Mira que eres tonto, enano.

Puse los ojos en blanco, Andrea podía llegar a ser muy desagradable si se lo proponía.

—Es una prueba de embarazo, me quiero morir.

—¿Estás?

Ella asintió y volvió a estampar la cabeza en los cojines de su cama.

—¿Y tu novio?

—¿Tú qué crees?, soy una tonta, ha vuelto a dejarme en cuanto le he contado mis sospechas.

—Menudo gusano, que no me lo encuentre por la calle —espeté apretando los puños, tenía ganas de matar a ese cabrón y a mi hermana por caer de nuevo en sus redes.

Andrea no dejaba de llorar, mi madre la iba a oír y la cosa se podía poner muy fea.

—Tienes que calmarte, mamá puede oírte.

—¿Cómo quieres que me calme?, estoy preñada joder, preñada con veinte años, no era lo que quería para mí.

En mi cabeza mil palabras chocaban por salir al exterior, pero luché con

todas mis fuerzas para controlarlas, si abría la boca para decirle, que si no quería eso para ella tendría que haber puesto medios, podía arder Troya y no era lo que pretendía.

—¿Qué vas a hacer? —En esta ocasión no me pude contener y le hice a mi hermana la peor pregunta que podía hacerle.

Andrea rompió a llorar mucho más intensamente mientras decía una y otra vez, no puedo tenerlo, no puedo destrozar mi vida por un error.

De pronto lo que más temía ocurrió, mi madre, brazos en jarra y con cara de pocos amigos hizo acto de presencia en la habitación.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó inquisidora.

Andrea y yo nos miramos con cara de circunstancias, ella no podía negar que había llorado y yo estaba tan flipado que era incapaz de disimular, hasta que solté lo primero que se me ocurrió.

—No era para tanto, solo era un CD cutre.

Mi hermana con los ojos abiertos como platos y las lágrimas todavía recorriéndole las mejillas me siguió el rollo.

—Era el primer disco de Alejandro Sanz, ¿tú sabes lo que me gustaba ese disco?, me lo regaló la prima Ana, joder —dijo ella sin parar de llorar.

—Venga ya, si ya lo tenías rayado de tanto taladrarme la cabeza todos los días con el dichoso CD, al menos así cambiarás de disco.

—Eres un niño de mierda.

—Y tú una inconsciente que va de soy doña responsable y luego mete la pata hasta el fondo —No pude evitarlo, hasta ese momento nuestra actuación magistral había dejado a mi madre fuera de juego. Pero Andrea al oír mi reproche se encendió como la pólvora.

—Eres un mierda ¿sabes?, ¿tienes por qué callar!, que te he visto con tus nuevos amiguitos delincuentes —espetó con toda la intención, mi hermana destilaba veneno.

—¡Bueno, ya está bien!, parar los dos de gritar, no son horas y tú Caleb, vete a tu habitación ya. Estás castigado por destrozar una vez más una pertenencia de tu hermana.

Miré a Andrea, ahora era yo quien necesitaba un cable. En cambio, todo me hacía pensar que ella no me iba a ayudar, entonces, ¿por qué debía ayudarla yo a ella?, mi hermana debió pensar lo mismo, porque salió en mi defensa rauda y veloz como mi moto.

—Mamá, déjalo, no castigues a Caleb, total, tiene razón, el CD es viejo y yo me lo dejé en el sofá sin querer, él no lo vio y se sentó.

Mi madre negó con la cabeza y preguntó.

—¿Es eso verdad, hijo?

Asentí.

—Bueno está bien, vete a tu cama y dejémoslo estar por esta noche, ¿de acuerdo?

Andrea y yo asentimos, ella me guiñó un ojo y yo le dije un lo siento sin palabras, ella me entendía, para algo, aunque mal avenidos, éramos hermanos.

Capítulo 10

Santos preparaba el desayuno, en la mesa lo esperaban Jessica y Mario, sus hijos. Su mujer había muerto dos años atrás y ahora era él quien tiraba del carro. La echaba mucho de menos, sobre todo desde que sus hijos se habían vuelto rebeldes e incontrolables.

Jessica no quería estudiar y Mario aunque se aplicaba en los estudios y sacaba muy buenas notas le daba más de un quebradero de cabeza.

En los últimos tiempos vivía para encarcelar a Ben Killer, estaba tan obsesionado que había puesto en manos de un chaval de diecisiete años una misión que le parecía peligrosa hasta para él mismo. Killer no se andaba con tonterías y estaba seguro de que si descubría a su topo, este podía pasarlo fatal; sin embargo, a él no le importaba, solo quería meterlo entre rejas como fuera.

Mario se comportaba de manera extraña en los últimos tiempos, estaba taciturno y nunca decía a dónde iba cuando salía. En los últimos tiempos apenas paraba en casa y tampoco conocía a muchos amigos de él, era un chico más bien solitario.

En cambio, Jessica, había heredado el carácter alegre y jovial de su madre, pero también la mala leche de sí mismo.

Santos sirvió el café y las tortitas que había hecho, esta vez no le habían salido quemadas. Intentaba seguir con la tradición que tenían los fines de semana cuando vivía su mujer. Ella hacía las tortitas más buenas que había encima de la tierra, pero ahora ya no estaba y él era un simple aprendiz, aunque cada vez le salían mejor. Por ello se sintió pletórico cuando vio que sus hijos se comían el desayuno sin rechistar, no era lo habitual.

De pronto llamaron al timbre. Jessica se levantó a abrir.

—¡Papá, es Laura! —vociferó.

—Dile que ya bajo. —Dejó el desayuno a medias y se despidió con premura de sus hijos.

Salió a la calle y vio el coche de Laura aparcado en la acera de enfrente, ella se hallaba dentro del vehículo ataviada con unas gafas oscuras y una

peluca pelirroja.

—¿Qué pasa, Palomita?

—No me llames así. Tengo que hablar contigo, Ben sospecha de mí.

—¿Por qué dices eso?, pensé que se había tragado sin masticar tu papel de tonta.

—En principio, sí, pero ya me he pasado de la raya y ahora está con la mosca detrás de la oreja.

—¿No jodas?, ¿por lo de los calzoncillos? —preguntó mientras soltaba una carcajada.

—No es cosa de risa Santos, ese tío está como una cabra y no se me ocurrió otra cosa, tendrías que haberlo visto, tuve miedo que se abalanzara sobre mí y acabara conmigo ahí mismo.

—No será para tanto, eres policía, estás preparada físicamente para reducirlo, además, si es un enano que no tiene ni media hostia.

—Sí, pero va armado y te aseguro que tiene puntería.

—No seas paranoica, mujer.

—¿Paranoica?, ¿paranoica dices?, como se nota que tú estás tan tranquilo mientras yo y ese crío, nos jugamos la vida.

—Estamos muy cerca ya, en unos días ya no tendrás que volver a tratar con él, de verdad, Laura, necesito que hagas esto por mí.

—No sé Santos, dices que me quieres, pero lo primero que hiciste después de acostarte conmigo es enviarme a los leones.

—Sabes que te quiero —susurró Santos mientras besaba el cuello de Laura.

Ella se retiró bruscamente.

—No, Santos, no me quieres, tu único propósito en la vida es atrapar a Killer, sea como sea. Empiezo a pensar que estás obsesionado.

Santos se perdió en sus pensamientos, no le gustaba que le acusaran de ser un obseso. Tenía sus razones, no era justo que le echara eso por cara, pensó.

—¡Déjalo ya, Laura!, ¡basta! —gritó.

—Si no te he dicho nada malo.

—Laura, déjalo ya, soy tu superior y tu trabajo es el que yo te ordeno.

—Vete a la mierda, Santos.

—Venga Palomita, no te enfades.

—¡Que no me llames palomita! Y ahora, sal del coche —ordenó.

Santos negó con la cabeza y salió del coche sin despedirse de Laura. Sabía que tenía razón, de alguna forma la estaba utilizando, pero no quería

reconocerlo, pues le parecía repugnante aprovecharse así de una persona. Tenía sentimientos hacia Laura, pero eran más de amistad y deseo, no había amor. Amor lo hubo una vez y él era hombre de una sola mujer.

Capítulo 11

De nuevo no pude dormir, lo de mi hermana me dejó K.O. Por suerte era sábado y no tenía que ir al instituto. El curso acababa de comenzar, pero yo apenas aparecía por clase. No conocía a nadie y me sentía desplazado. En mi antiguo instituto yo no era el nuevo a quien todo el mundo mira, pero nadie se atreve a intimar con él. Simplemente, era Caleb Fénix, el chico que conducía una moto impresionante y vendía chocolate. Era a mí a quien llamaban todos los viernes por la tarde y al que daban palmaditas en la espalda, sobre todo cuando necesitaban que les fiara. Todos me reían la gracia, aunque no tuviera ni pizca. Ese mundo de hipocresía que había abandonado tiempo atrás volvía a perseguirme y esta vez amenazaba con consumirme. Quizás por ello la aparición de Cristine en el acantilado fuera tan solo producto de mi mente. En pocos días mi mundo se tambaleaba peligrosamente y yo tenía pánico a caer en un abismo sin retorno.

La luz se filtraba por la persiana en forma de pequeños círculos que se posaban encima de la ropa de cama y en mi cuerpo como si se tratara de los lunares de un traje de flamenca.

No tenía la menor intención de salir de la cama, fuera me esperaban demasiadas complicaciones, en casa me sentía seguro y no había policías corruptos ni delincuentes de los que hacerme amigo. Era una realidad paralela que dejaba de cobrar sentido en cuanto ponía un pie en el suelo y no quería hacerlo, pero los gritos de mi madre llamándome «gandul» convirtieron mi momento de relajación en un mal rato de estrés y gritos estridentes.

Mi teléfono móvil vibró. Miré la pantalla con desgana, a mí ya no me llamaba nadie. Entre otras cosas, había cambiado de número, por lo que pocos tenían el nuevo. Mi familia y poco más; bueno, salvo el inspector Santos y mi nuevo amigo a la fuerza, Ben Killer, que ahora ya lo tenían registrado en sus contactos.

De nuevo me llamaban en número oculto, por lo que deduje que debía ser Santos.

Descolgué y no dije nada, fue un segundo, pero no me quedaba de otra que

tener cuidado, ya que si se me ocurría decir algo así como «inspector» metería la pata hasta el fondo y más allá.

—Ey, pijito —dijo una voz que no conseguía reconocer.

—¿Quién eres? —pregunté con no muy buenas pulgas.

—Para ti soy Jack, Sparrow —aclaró mientras se carcajeaba.

—Mira imbécil, no estoy para gilipollices, ¿qué quieres? —Era Jack, el fiel amigo de Ben Killer.

—Uy, el pijito, se pone gallito —se burló.

—Mira, borrego, paso de escucharte. —Le colgué, pero volvió a llamar una y otra vez hasta que se lo volví a coger.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? Tengo cincuenta llamadas perdidas tuyas. ¿Estás loco o qué?

Había silenciado el móvil, pero cuando miré la pantalla por curiosidad me llevé la mano a la boca sorprendido, ese energúmeno estaba chiflado, me había llamado cincuenta veces en media hora.

—Tengo un recado para ti.

—¿Qué tipo de recado? —pregunté mientras el corazón amenazaba con traicionarme en cualquier momento.

—Hoy corres. Pero, hay algo que tienes que saber antes. Baja, estoy detrás de tu casa —ordenó.

—Me acabo de levantar, tengo para un rato.

—No me importa, estaré en el bar de la plaza. Te espero.

Jack me colgó el teléfono sin darme la opción de oponerme a su reclamo. Lancé el móvil contra el colchón, estaba furioso.

—¡Joder, joder, joder! —mascullé.

Me vestí con lo primero que encontré en el armario y salí de casa antes de que mi madre me pidiera explicaciones. Al cerrar la puerta la oí, decía lo de siempre, que la casa no era una pensión y bla bla bla... Todavía hablaba de nuestro pequeño piso claustrofóbico como si fuera el lujoso chalé en La Vila Alta. Siempre se refería al mismo como «la casa»; la casa para aquí, la casa para allá. Ella no estaba acostumbrada a no tener servicio y no sabía hacer nada, pero nada de nada. Era mi padre quien cocinaba y limpiaba, si algo hizo bien mi abuela es educar a su hijo para que no fuera un machista que piensa que solo las mujeres pueden ocuparse de las tareas domésticas.

Entré en el bar y localicé a Jack apoyado en la barra. En cuanto me vio me hizo un gesto para que me acercara y yo fui directo hacia donde él estaba.

—¿Qué cojones quieres? —Me salté toda formalidad y ni lo saludé, estaba

tan enfadado que me pasé por el forro cualquier tipo de protocolo.

—¡Eh! Pijito, tranquilito, seré muy breve —dijo mientras pasaba su brazo por detrás de mi cuello en señal de camaradería, yo me zafé de su gesto falso de amistad.

—Di lo que tengas que decir, no tengo todo el día.

Jack sonrió y me enseñó sus dientes de oro, no entendía como un tipo tan joven se había puesto algo tan pasado de moda para arreglar sus dientes perdidos en un accidente.

—¿Qué quieres beber? —preguntó.

A esas horas de la mañana no me entraba nada, pero necesitaba espabilar, por lo que me pedí un café con hielo.

Jack dio un sorbo a su cerveza doble malta y empezó a hablar.

Nos habíamos sentado en una mesa, Jack dijo que cuanto menos gente se enterara de nuestra conversación mejor.

—Verás, hoy tienes que correr. Ben me ha encargado que te lo diga, pero hay algo que tienes que hacer por mí.

—¿De qué se trata? —pregunté sin poder ocultar mi curiosidad.

—Tienes que dejarte ganar.

Me quedé de piedra, de todas las cosas que podía esperarme de ese individuo, esa, era la más rastrera. No pensaba dejarme ganar por nadie, menos aún por Jack, me caía peor que mal.

—¿Qué pasa?, ¿no dices nada?

Negué con la cabeza.

—Vale, ahora se te ha comido la lengua el gato —dijo con sarcasmo.

Negué nuevamente con la cabeza y le di un sorbo a mi café.

—No.

—¿Qué has dicho? —preguntó furioso.

—Que no, que no pienso dejarme ganar.

—¿Ah, no?

Negué nuevamente con la cabeza.

—Por la cuenta que te trae, será mejor que lo hagas.

—¿Y eso?, ¿es que me vas a pegar?

Jack sonrió, al parecer quería dejarme para el arrastre de una paliza, pero no sabía con quién se metía.

—Puede.

No pude evitar reírme.

—¿Ahora de qué te ríes? —preguntó mientras golpeaba la mesa con el

culo de la botella y me señalaba con un dedo.

—¡Niño!, tengamos la fiesta en paz —le reprendió el dueño del bar que secaba un vaso detrás de la barra.

—Todo bien, Jimmy.

—¡Jaime niño!, déjate de tonterías.

Jack, puso los ojos en blanco y volvió a darle un trago a su cerveza, luego se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Cómo te decía, tienes que dejarte ganar, estás avisado, si no lo haces ya puedes empezar a correr, no habrá sitio donde yo no te encuentre.

Jack se levantó, dejó un billete de diez euros encima de la mesa y salió del bar.

Yo me quedé pensativo, no me dejaría ganar por nada del mundo.

Ben me mandó un mensaje, la carrera se celebraría en el circuito, así llamábamos a un entramado de calles asfaltadas y desiertas que se hallaban muy próximas a La Vila Alta. Era un proyecto ambicioso que quedó paralizado con la crisis. En la entrada había un cartel que anunciaba las naves que se iban a construir en el mejor polígono industrial de la provincia. Sin embargo, todo se quedó en simples castillos en el aire. A los constructores solo les dio tiempo de hacer las calles y hasta farolas tenían; pero habían sido asaltadas por los chatarreros que pasaban por la zona y se llevaban el cobre.

En el circuito no había un alma a las ocho de la tarde, mi puntualidad inglesa me había traicionado otra vez. Era el primero en llegar y me hallaba en la más absoluta oscuridad. Llegué a pensar que me habían engañado y que allí no se celebraba ninguna carrera, hasta que vi aparecer al séquito de Ben Killer.

Ben venía en coche, Laura iba con él. Al parecer no iba a correr. Competiríamos Jack y yo contra mis viejos amigos de La Vila Alta. Digo amigos por decir alguna cosa, en cuanto dejé de vender hachís y de correr en sus carreras ilegales me retiraron la palabra. Yo tenía muchos amigos de conveniencia.

Para la carrera, me puse mi vieja cazadora personalizada, me había costado una pequeña fortuna. Estaba confeccionada en un material especial que me protegía del frío y de la lluvia. Era blanca, con los puños y el cuello negros con una franja amarilla y naranja. En la espalda mi nombre de guerra «Fénix» destacaba en letras de fuego. Era mi seña de identidad y un tesoro que había lucido en casi todas las carreras en las que había participado.

Ben se acercó a mí y me dio una palmada en el hombro.

—No me falles, Fénix, llévate por delante a estos pringados —espetó mientras me lanzaba una de sus gélidas sonrisas.

No dije nada, si algo sabía, era callar cuando no tenía nada que decir.

Estaba seguro de que podía ganar a Fuentes y a Carlitos. No era la primera vez que me medía con ellos, siempre gané. Menos la vez que tenía fiebre y Carlitos se me acercó demasiado. La broma acabó con un esguince en el tobillo y varias semanas de reposo.

Fuentes y Carlitos me saludaron con una sonrisa artificial y bastante falsa. En la mirada de ambos podía ver la compasión y la burla, mala combinación. Para ellos, haber cambiado de barrio y de posición social era peor que la muerte. Por ello me compadecían, pero yo a ellos también, eran personas muy superficiales y tenían demasiada vida por delante como para confiarse, a cualquiera le podía pasar lo que le pasó a mi familia.

Poco a poco llegó el público, la gran mayoría, personas que habían apostado por el ganador. Entre la multitud pude distinguir caras conocidas y saludé a varios de mis antiguos amigos de La Vila Alta. Todos me decían lo mismo «¿Qué tal lo llevas, Fénix?, ha de ser muy duro, que mal». Y yo ni corto ni perezoso les ignoraba y cambiaba de tercio, cualquier tema era bueno para evitar darle carnaza a esos buitres.

Laura se me acercó y en un susurro inapreciable me dijo que tuviera cuidado, que la policía estaba avisada e irrumpirían en veinte minutos.

—¿Entonces?, ¿qué cojones pinto aquí haciendo el paripé si ya lo tienes todo preparado?

—Tú, límitate a correr y ni se te ocurra decir nada de esto, ¿entendido?, en la segunda vuelta cuando llegues al puente desvíate y sal a la carretera, yo les daré la señal y entrarán en el circuito.

Asentí con una sonrisa de pega, tenía que fingir que Laura me había dicho cualquier tontería, pero mi interior ardía en deseos de estrangularla, lo juro.

Me subí a la moto y me acerqué a la improvisada línea de salida. Laura en esta ocasión agitó dos banderas para indicar el principio de la carrera, en las carreras «oficiales» de Ben Killer se utilizaba siempre la típica bandera de cuadros negros y blancos que marca la llegada a la meta también para señalar la salida. Supongo que él se pensaba que eso le daba seriedad al evento. A mí me hacía poner los ojos en blanco, pues si la cosa estaba organizada por los de La Vila Alta todo era muchísimo más profesional aunque fuera clandestino

igualmente.

Laura llevaba un top blanco que marcaba su generoso pecho y una mini falda tableada negra, iba vestida a conjunto con las banderitas que agitaba con gracia, como si fuera una animadora. Por un momento estuvo a punto de distraerme demasiado, no lo podía evitar, tenía ojos en la cara, Laura era una belleza. No sabía determinar su edad, pero estaba seguro de que era más mayor de lo que aparentaba. Eso sí, hacía el papel de descerebrada mejor que cualquier actriz. Llegué a pensar que se había confundido de profesión.

Me retrasé unos segundos seducido por el panorama. Tenía dos debilidades, las motos y las mujeres, aunque estas últimas y yo, no terminábamos de congeniar.

Jack y los demás iban delante, vi la cara descompuesta de Ben Killer, yo creo que si le hubiera dado ocasión, Ben me hubiera dado un tiro en la cabeza para eliminarme. Pero no pudo hacerlo, pues Caleb Fénix siempre renacía de sus cenizas y siempre sería así. En segundos pasé a Fuentes y a Carlitos sin apenas pestañear. Entonces le di alcance a mi amigo Jack, y digo mi amigo por decir algo, le tenía ganas desde que me había pedido que amañara la carrera para que él ganara, lo tenía claro, fue lo peor que pudo pedirme.

Cuando Jack se percató de mi cercanía comenzó a zigzaguear por el asfalto. En un intento temerario por adelantarlo casi acabo colisionando con él. Pero yo no me di por vencido, volví a darle alcance y me situé paralelo a su moto. Él me miró desafiante y masculló algo que no pude entender. Acabamos la primera vuelta empatados.

Un pensamiento rápido cruzó mi mente, tenía que adelantar lo suficiente a Jack para que no me viera desviarme por el puente, si me descubría estaba perdido. Intenté dejarlo atrás con todas mis fuerzas, pero no lo conseguía. Mi corazón comenzó a latir con fuerza, no era posible adelantar a Jack y me parecía muy extraño.

Volvíamos a estar los dos en paralelo, por ello no me quedó de otra que jugármelo todo a una carta, me aproximé a él para asustarlo, pero Jack era un loco peligroso y se acercó a mí para demostrarme que no tenía miedo. Estábamos los dos tan juntos que cualquier movimiento en falso supondría acabar rodando por el asfalto.

Entonces Jack lo hizo. Yo no lo podía creer, pero su cara de asesino hizo que supiera a ciencia cierta lo que iba a ocurrir. Jack sacó un pie de la estribera e intentó darle una patada a mi moto para quitarme de en medio; aunque la fortuna no le acompañó y le salió el tiro por la culata, pues esquivé

su bota con pericia y Jack perdió el equilibrio. Tuvo suerte, rodó por el suelo mientras la moto se deslizaba por la calzada hasta salirse de la misma y rebotaba varias veces contra las piedras del suelo, luego se estrelló contra un árbol.

Miré hacia atrás varias veces en un intento de saber si mi compañero estaba bien. Lo vi incorporarse y tirar el casco contra el suelo con rabia.

Había llegado el momento de desviarme, di gas a fondo y me alejé todo lo que pude de mis contrincantes, en ese tramo no había nadie, Laura sabía lo que se hacía. Me aseguré de que estaba completamente solo y aminoré la velocidad hasta incorporarme al carril que me llevaría directamente a la autovía.

Una vez en la carretera, vi como varios coches de policía se cruzaban conmigo; sin duda iban a reventar la carrera.

Capítulo 12

Me senté en una piedra del acantilado. Después de escapar vilmente de la carrera necesitaba relajarme. Sabía que pagaría muy caro mi pique con Jack y su posterior accidente. Su moto, con seguridad, habría quedado inservible. Tendría que guardarme bien las espaldas en los próximos días.

Me encendí un cigarrillo y aspiré la primera calada, tosí, siempre me sentaba fatal.

Cerré los ojos y aspiré el olor a pino que se mezclaba con el sabor mezquino del tabaco. La brisa acariciaba mi cara y las luces de las fábricas me hacían creer que estaba en Nueva York, o en una ciudad futurista de los cómics que tanto me gustaban. Las llamaradas que salían de las chimeneas eran otro cantar, me hacían estremecer con sus fogonazos y sus nubes gigantes de humo nauseabundo.

Esa noche yo era una chimenea más, ¿qué daño podía hacerme algo tan pequeño en comparación con lo que tenía delante y cerca de mi domicilio? Mi madre solía decir que todo ayudaba y cualquier gesto era bueno para combatir el agujero de la capa de ozono. Pero se liquidaba un bote de laca en un suspiro. Mi madre y sus contradicciones. En fin.

En mis pensamientos sin sentido me sumergía para olvidar que acababa de abandonar una carrera de pega. De pronto un escalofrío recorrió mi espalda, subió hasta mi nuca y se perdió en el interior de mi cabeza. Era ella otra vez, Cristine. Con el subidón de adrenalina de la carrera había olvidado totalmente que en la última ocasión que visité el acantilado se me había aparecido.

—Cristine —susurré.

No tuve respuesta. Quizás me estaba sugestionando, pero yo sabía que me observaba.

—¿Qué necesitas que haga por ti?

Su cara apareció delante de mí y me dio un susto de muerte.

—Encuétrame —musitó y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Dónde, Cristine?, dime dónde —dije poniéndome de pie y abriendo los brazos.

No obtuve respuesta y me sentí gilipollas, necesitaba saber dónde estaba pero no podía pretender que ella me dijera todo lo que necesitaba saber. Era un espíritu.

De vuelta a casa no dejaba de pensar en lo que me había dicho el espíritu de Cristine, «encuétrame»; que la encontrara, ¿y cómo se supone que un crío de diecisiete años tenía que buscar un cadáver?, solo de pensarlo se me revolvía la tripa. Por ello decidí hacer kilómetros con la moto antes de llegar a casa.

No estaba lejos del barrio, pero la curiosidad hizo que volviera al circuito, necesitaba distraer mi mente. Entré en el siniestro polígono industrial abandonado a su suerte, ahora era mucho más tétrico que cuando llegué, con todas sus farolas apagadas y huecas por dentro. Era como si cada una de ellas tuviera una boca abierta que clamaba por un poco de atención. Estaba solo, completamente solo, hasta que un pequeño conejo atravesó la calzada para luego esconderse entre los matorrales. Me recordó a mí mismo, pequeño y miedoso. Solo que yo no quería dar esa imagen y camuflaba todos mis miedos con una pantalla de chico duro, pero al fin y al cabo solo era eso, pura fachada.

En realidad era sensible, demasiado; tanto que en ocasiones podía ver a los que ya no estaban con nosotros.

De pronto vi algo que no esperaba, ¿qué había pasado?, la calle estaba cortada por la policía. Ya no estaban allí, pero habían puesto unas vallas y cinta de esa que ponen para acordonar la zona.

Detuve la moto y me bajé prácticamente de un salto. Corrí hasta la zona y pasé por debajo de la cinta. En el suelo había sangre. Mucha sangre. ¿Qué cojones había pasado?

Seguí caminando, trocitos de plástico rojo y blanco; los reconocería hasta en el infierno, había competido con él muchas veces.

Entonces lo vi, corría hacia mí, llevaba la cabeza ensangrentada y la ropa hecha jirones.

—¿Dónde está mi moto? Esos mamones se la han llevado, ayúdame a buscarla.

Me quedé petrificado, no sabía qué decirle, ¿cómo decirle que estaba muerto?, parecía tan real, pero esa sensación fría en mi espalda era muy intensa, podía sentir su energía incluso con esas heridas tan aparatosas, estaba muerto. Fuentes estaba muerto.

Estaba furioso, odiaba a Santos con todas mis fuerzas, y a ella, a ella sobre todas las cosas. ¿Qué habría pasado para que Fuentes se matara en ese tramo recto y de los más seguros del lugar?, no lo sabía, pero estaba decidido a plantarle cara a ese tío. Me la sudaba todo.

Me subí a la moto y grité. Grité con todas mis fuerzas hasta perder la voz y dejar que las lágrimas bañaran mis ojos. Los chicos no lloran, nos prepararon para esconder nuestras lágrimas, pero al final, siempre afloraban en soledad, en la sombra; escondidos del qué dirán, ahí llorábamos sin que nada ni nadie lo impidiera.

Capítulo 13

Torturado por la furia, conduje sin prestar atención a nada, solo quería gritar. No es que le tuviera mucho aprecio a Fuentes, pero solo era un niño. Tenía mi edad y toda la vida por delante. Verlo buscar su moto ajeno a su situación me tocó el alma.

Deslizaba la moto por la carretera, era como si volara, no había un alma, solo ella. ¿Qué hacía Laura caminando sola por el arcén?

Iba demasiado rápido y tuve que dar la vuelta unos metros después de adelantarla. Volví hasta donde la había visto, por un momento pensé que era otro espíritu, pero no, era ella. Respiré aliviado, ya había visto demasiado en un solo día.

Laura tenía un aspecto lamentable, también había llorado, la máscara de pestañas recorría sus mejillas y le daba un aspecto gótico a su cara.

—¿Qué haces por aquí sola? —le pregunté mientras escondía mi furia en un cajón.

—Soy policía ¿recuerdas?, no tengo miedo.

¿Seguía llorando?, a moco tendido, no lo ocultaba.

—¿Qué ha pasado?

—Necesito una copa, llévame lejos de aquí.

Asentí con la cabeza y Laura subió a mi moto. Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando puso sus manos en mi cintura. Necesitaba calor, yo también, aunque entre nosotros solo existiera lejanía y hielo, mucho hielo.

Paramos un momento en la gasolinera y compramos una botella de *Whisky*.

No sabía dónde ir, pero la tristeza que me invadía hizo que me acercara a un inquietante lugar que no visitaba desde que era niño.

Se trataba de un pueblo en ruinas situado en medio de ninguna parte, estaba muy escondido, pero era fácil localizarlo, ya que el campanario de su iglesia se veía desde la carretera. El pueblo estuvo habitado hasta finales de los cincuenta, poco a poco se fue despoblando a causa de las diversas plagas que mataron sus cultivos. Decían que la tierra estaba maldita y que todo lo que crecía allí enfermaba y moría.

También muchos niños murieron por la tuberculosis; los antiguos habitantes decían que no podía haber vida en un lugar de muerte. Había información del lugar en internet y a mí me fascinaba averiguar la historia de todo edificio abandonado que me encontraba a mi paso.

Su iglesia era gótica, en otro tiempo debió ser hermosa. No es que fuera muy grande, pero la construcción imponía si te parabas delante de su entrada. Todavía se podían distinguir las gárgolas y algunas estatuas a las que les faltaban muchas partes de su cuerpo.

—Nunca he entendido por qué este tesoro está abandonado —dijo Laura.

Me encogí de hombros. Yo tampoco lo entendía.

Laura abrió la botella y dio un trago largo, su ropa estaba sucia y las medias que llevaba llenas de carreras y agujeros, su pelo estaba alborotado, sin embargo, Laura ofrecía una imagen etérea y mística apoyada en aquel tronco, parecía una ilustración de Luis Royo. La admiré embelesado; me encantaba dibujar y me prometí a mí mismo plasmar ese momento sobre papel y grafito.

—¿Qué miras? —preguntó ella con cara de pocos amigos.

—Nada, solo es que me encantaría dibujarte así.

Laura levantó una ceja y tras darle otro trago al *Whisky* se carcajeó.

Preferí no darle importancia, tampoco le di explicaciones, no tenía pinta de apasionada por el arte, más bien de mujer intrépida y algo dada a meter la pata por personas que no se lo merecían.

—Hoy ha muerto un chico en ese lugar —gimoteó mientras las lágrimas afloraban de sus ojos.

Me pareció increíble la capacidad de Laura para cambiar de registro, hacía escasamente segundos se reía de mí y ahora era un alma en pena.

—Fuentes.

—¿Cómo lo sabes?, tú no estabas allí.

—Antes de recogerte he pasado por el circuito, he visto la zona precintada y trozos de plástico de la moto de Fuentes en el suelo. También había mucha sangre.

Laura pareció satisfecha con la explicación, pero seguía mirándome extrañada.

—Tenía la puta cabeza destrozada, se abrió como una jodida sandía, ¿sabes?, el casco no le protegió, salió volando por culpa de esa puñetera manía que tenéis los jóvenes de no abrocharoslo.

No supe qué decirle, yo ya sabía lo de la muerte de Fuentes, me lo había

encontrado en el lugar, bueno, más bien había visto a su espíritu. A Laura no le pasó inadvertida mi nula sorpresa.

—¿Por qué tengo la sensación de que no te sorprende?

—Había demasiada sangre allí. —No sabía qué excusa darle.

Laura no me rebatió, únicamente se limitó a asentir con la cabeza y a dar tragos cortos de *whisky* mientras ponía cara de sufrimiento.

—Estoy cansada ¿sabes?, muy quemada, siempre es lo mismo, me infiltran en un grupo de jóvenes conflictivos, yo me acerco al líder, descubro sus secretos, reviento sus operaciones delictivas y todos acaban en la cárcel. Hasta ahí el tema no es muy difícil, solo tengo que dejarme llevar y recordar mi adolescencia. Soy como una actriz, soy en cada momento lo que se espera de mí. El problema son los daños colaterales, hoy le ha tocado a fuentes. Era solo un chaval por dios. Solo un niño. Y yo he sido la artífice de todo, la matarife que les ha tendido una trampa.

» En otras ocasiones solo me ha costado días descubrir lo que quería, esta vez la cosa se está complicando demasiado.

Me cuesta mucho mantener el personaje de chica a la que le falta un hervor. Pero es la única forma de acercarme a Ben Killer, y aun así, sospecha de mí.

Intenté registrar su habitación y me descubrió, ¿y qué hice?, pues oler sus calzoncillos, coger entre mis dedos unos jodidos Calvin Klein y hacer ver que me deleitaba con su aroma. Es triste.

Laura negó con la cabeza agachada. Yo, que la había escuchado sin pestañear, no pude evitar soltar una risita furtiva. Joder, el tema de los calzoncillos me superó.

—¿Se puede saber por qué te ríes?

—Lo siento Laura, pero no puedo evitarlo, es que me imagino la escena y me descojono, lo siento. —Juro que no podía parar de reírme.

Cuando pensaba que iba a recibir un sermón del tamaño de la iglesia que teníamos delante, Laura comenzó a reírse también.

—Caleb, eres un capullo —se rio a carcajadas sin poder parar, los dos lo hicimos, y fue nuestra mejor terapia.

Laura me ofreció la botella; yo me negué, tenía que conducir y no me gustaba hacerlo bebido.

—No pasa nada, soy policía, si nos paran no habrá problema.

Miré a Laura y puse los ojos en blanco, iba como una cuba.

De pronto se levantó del tronco y se dirigió hacia donde yo estaba. Se me

acercó demasiado, tanto que podía oler la mezcla de alcohol y perfume con aroma de frutas del bosque que desprendía su cuerpo.

Acercó sus labios a mi oreja y la besó, pensé que el corazón se me iba a salir. Recorrió mi cuello depositando besos suaves, se separó de mí y me miró, permanecimos un solo segundo así, midiéndonos con la mirada, fue algo extraño, puro instinto, no sé cómo definir el hecho de que nuestros labios impactaran de manera devastadora.

Apreté su cuerpo contra el mío, quería más y mi entrepierna vibraba.

De pronto una esfera de lucidez invadió mi cerebro. ¿Qué estaba haciendo?, ella estaba ebria, no quería aprovecharme de la situación aunque sonara moñas, yo quería que fuera mía, sí, pero no a cualquier precio, era un chaval sí, pero tenía principios, y me separé de ella poco a poco.

Laura se tocó los labios y me miró de manera interrogante.

—¿Qué pasa?, ¿no te gusta?

Negué con la cabeza.

—No Laura, no solo me gusta, a decir verdad me encanta, y te desnudaría en este momento y te haría el amor aquí mismo, pero no puede ser.

—¿Por qué?, ¿te parezco una vieja?

—No es eso joder, has bebido, no quiero aprovecharme de ti.

Laura comenzó a reírse estridentemente.

—Aprovecharse de mí dice, pero si eres un crío —dijo mientras se reía y me señalaba.

—No soy un crío, y te lo demuestro cuando quieras, pero siempre que estés sobria y lo hagas conmigo porque quieras hacerlo, no porque corra el alcohol por tus venas. —Me enfurecí, no pude evitarlo.

—Sabes Caleb Fénix, eres un tío muy raro.

Asentí con la cabeza y un diablillo que se posó en mi hombro me dijo, «tú eres tonto chaval» mientras un angelito bailaba «Paquito el chocolatero» en mi otro hombro.

—¿Nos vamos? —le pregunté con la esperanza de que me dijera que sí.

—Vete tú si quieres, yo estoy bien aquí.

—No deberías beber más.

—¿Y a ti qué cojones te importa? —gritó.

La abracé con ternura, esa chica necesitaba una cantidad enorme de cariño, era como si estuviera vacía y quise aliviar su dolor, la deseaba, pero reprimí mis instintos, había algo más fuerte que eso, no sabía lo que era, pero ahí estaba escondido en las sombras de mi alma.

Laura lloró desconsolada, mientras me decía lo mucho que lo sentía y que ella no era así, que la habían superado las circunstancias y que no sabía si quería seguir siendo policía. También dijo que ningún hombre la había tomado en serio y que todos se habían aprovechado de ella en algún aspecto. Me sentí orgulloso de no haberlo hecho.

Capítulo 14

Ben se apostó delante del domicilio de Santos, llevaba al menos dos horas esperándolo mientras fumaba un cigarrillo tras otro. Estaba totalmente fuera de sí, necesitaba dejarle las cosas claras al policía de una vez. En aquella ocasión se había pasado. No quería más muertos a su espalda y aquella noche había sumado una más para su gran joroba de muerte.

Tenía un topo en la banda, no sabía quién era, pero lo iba a descubrir como fuera.

Un coche blanco redujo la velocidad y se dispuso a aparcar; era Santos. Ben se lo jugó todo a una carta, cogió su navaja y rezó para que todo saliera a pedir de boca.

—Señor Santos, qué sorpresa —ironizó mientras apuntaba al cuello del policía con su navaja.

Santos tragó saliva, no se esperaba ese recibimiento por parte de su peor enemigo. Que Ben Killer hubiera averiguado donde vivía le aterrorizaba. Quién sabe qué podía hacer, tenía una hija y no quería que acabara en las garras de ese degenerado de Killer.

—¿Qué haces aquí, cabrón? —preguntó con una voz gutural.

—Únicamente he venido de visita y ahora no haga tonterías y salga del coche. Ni se le ocurra intentar nada o le rebanaré la yugular.

Santos salió con las manos en alto, tenía un arma en la guantera. Estaba fuera de servicio, pero no se fiaba ni de su sombra. El problema era, que en esa ocasión, Killer lo había pillado con la guardia baja.

Laura lo había llamado, estaba borracha y le había dicho cosas horribles. No podía perderla, necesitaba que siguiera al lado de su rival. Pensó que con una cena y una noche en un hotel de lujo Laura quedaría contenta y lo dejaría en paz por un tiempo.

—Hoy ha muerto un chico y todo por tu manía por meter las narices en mis asuntos —bramó Ben apretando un poco demasiado su navaja contra el cuello de Santos. Había pasado su brazo por delante de su cuello y lo tenía a su merced.

—Eso es porque siempre estás metido en mierda Killer, soy policía, no sé de qué te sorprendes —replicó Santos con tiento, cualquier movimiento en falso podía acabar en una desgracia para él.

—No se trata de eso y lo sabes, has tenido motivos suficientes para detenerme y no lo has hecho. Te limitas a jugar conmigo al gato y al ratón, ¿qué pretendes, tío?, aquí hay gato encerrado y yo tengo todas las llaves, no lo olvides.

—¿Qué le hiciste a Cristine Lambert?

—Otra vez con esa cantinela, déjalo ya Santos, te he dicho por activa y por pasiva que no tengo nada que ver con eso —se defendió con firmeza.

—Y yo te he dicho que no te creo, eres la última persona que la vio con vida.

—Lo cual no quiere decir que yo la matara.

—Eras su novio.

—No, no era su novio, solo éramos amigos.

—Amigos, novios, qué más da, los jóvenes de ahora tenéis miedo al compromiso.

—Bueno Santos, se me está agotando la paciencia, yo solo he venido a advertirte que si tienes algo conmigo lo trates con mi persona, ¿me entiendes, verdad?, déjate ya de redadas sin sentido, ¿o es que quieres que se enteren en comisaría de tus vicios ocultos?

Santos se mordió el labio inferior y dijo con dificultad.

—Está bien, está bien, pero suéltame.

—Quedas avisado, la próxima vez no tendré tanta paciencia.

Ben soltó a Santos y este se sintió mareado, luego corrió hasta su coche y se alejó chirriando ruedas.

—Maldito crío —masculló Santos—. Algún día Benito, algún día sabrás quién es Miguel Santos.

Laura entró en su pequeño estudio y se desplomó en la cama. Su vida se estaba desmoronando y no sabía cómo reconducirla. Se sentía mayor. A sus veintisiete años le daba la sensación de que había vivido más vidas de las que podía recordar. Estaba muy triste, el alcohol se esfumaba de su sangre por momentos y ya no sentía la euforia camuflar su miseria. Ahora volvía a ser la Laura perdida, la chica que se metió a policía para ayudar a las personas y que había acabado como cebo para sus compañeros.

¿Por qué siempre la infiltraban para que sedujera a algún matón?, aunque

intentaba evitarlo se había tenido que acostar con alguno que otro, ¿por qué lo hacía?, porque quería ser la mejor, siempre llegaba hasta el final y había hecho siempre un trabajo magnífico, por algo decían que era como una gata, seductora y astuta a la vez.

En aquella ocasión no había tenido que hacer nada fuera de lugar con Ben, era extraño, pero le había dado algún que otro beso siempre cuando estaban sus amigos delante. Cuando estaban solos, Ben se limitaba a hablar, era un chico interesante, Ben Killer no era solo droga y trapicheo, era mucho más. Era culto y muy inteligente.

Laura tuvo el atrevimiento de decirle que podría hacer mucho más que ser traficante. A lo que él contestó que para ser un buen traficante necesitaba una mente ágil y despierta, que no era cualquier cosa burlar a la policía. Que prefería ser un buen traficante que un mal médico. Y es que Ben Killer siempre soñó con ser médico, pero todo se quedó en eso, sueños.

Ella se acordó de Caleb, se sintió avergonzada, había intentado enrollarse con un niño, ni siquiera tenía los dieciocho, se tapó la cara con las dos manos y se maldijo a sí misma.

—¿En qué coño estaba pensando? Joder —masculló.

Esa noche apenas pudo conciliar el sueño. Una ristra de pensamientos circulares tuvo la culpa.

Por la mañana se levantó muy cansada. Atrasó la alarma del móvil cinco minutos más, y cinco minutos más. Cuando creía que era el momento de levantarse estuvo a punto de volver a retrasarlo, pero no lo hizo. Resignada se levantó.

—Otro puto día en mi vida, un día vacío.

Se acercó a la ventana y observó el bonito amanecer.

—Ojalá pudiera volar lejos de aquí, ojalá pudiera no llorar.

Laura era presa de la depresión desde hacía meses. No quería reconocerlo, pero sus ojos tenían que esforzarse para no derramar lágrimas. Sentía que en cualquier momento se iba a romper, pero se recomponía y volvía a intentarlo una y otra vez.

Santos la estaba utilizando y ella lo sabía. Al principio pensaba que la quería, que sus sentimientos eran sinceros. Pero poco a poco cayó en su tela de araña y Santos la manejaba a su antojo. Se arrepentía con todas sus fuerzas de haberse dejado convencer para infiltrarse en la banda de Ben Killer.

En principio, iba a ser un compañero, pero Santos vio la oportunidad y movió cielo y tierra para que ella fuera la elegida, y vaya si lo consiguió.

Pasaba el tiempo y cada vez tenía más claro que Killer no tenía nada que ver con la desaparición de Cristine. O sí; su instinto estaba atrofiado en los últimos tiempos.

Su móvil vibró, era Santos. Pensó en no descolgarlo, pero una fuerza desconocida hizo que lo hiciera, la dependencia era el peor de sus males.

—Hola, preciosa —dijo Santos más zalamero de lo normal.

—Hola —contestó Laura cortante.

—¿Qué le pasa a mi princesa?

—Corta el rollo Santos, ¿qué quieres?

—Nada, solo hablar contigo, ¡qué mal concepto tienes de mí!

—Mira, dime qué quieres, tengo cosas que hacer.

—¿Podemos vernos?

Laura quería decirle que no, lo intentó con todas sus fuerzas, pero no pudo, Santos influía en sus actos, la convertía en una marioneta sin hilos ni voluntad. Se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre y luego le dijo que sí.

Colgó el teléfono y volvió a su mundo de oscuridad. Ella arañaba las paredes, pedía ayuda, se quedaba sin uñas, pero nadie la oía, ninguna persona había sabido ver en su interior; un interior sangrante y casi moribundo que clamaba por no gangrenarse.

Capítulo 15

El instituto era para mí como una losa pesada y durísima. No tenía visión de futuro. Unos días quería ser mecánico, otros quería ser piloto de motos, y los de más allá no tenía claro nada de nada.

Como apenas había aparecido por allí, no había conseguido hacer amigos.

Las chicas me miraban, yo no era mal parecido y para ellas era eso a lo que llaman un tío bueno. Yo me veía normal, me gustaba lo que veía en el espejo, pero era más bien resultón en conjunto. No era el chaval más guapo, tampoco el más feo.

A media mañana, salí a la calle a fumarme un cigarro en el descanso. Dentro del recinto no se permitía fumar y encima yo era menor, pero aparentaba más edad, por lo que no tenía problemas para comprar mi vicio.

Un chico de mi clase se acercó a mí. Lo había visto en las carreras de Ben y aunque no era de sus incondicionales pertenecía a su banda.

—Hola, Fénix, ¿así te llaman, verdad?

Asentí mientras soltaba el humo.

—Yo soy Menda.

—¿Menda? —subí las cejas y sonreí con la intención de contener la risa que amenazaba por salirse de mi boca sin que lo pudiera evitar.

—Es mi apellido, Antonio Menda.

—Caleb Rodríguez, pero como bien has dicho, me llaman Fénix.

—¿Y ese nombre de guerra tan guay?

—Por empezar mal las carreras y acabar ganándolas.

—Ah, por lo de renacer como el ave fénix.

—Algo así.

—Te vi el otro día, eres un fenómeno tío, yo quiero ser como tú —confesó haciéndome la pelota un poco demasiado.

No solía fiarme de quien me hacía cumplidos a los dos minutos de conocerme, pero he de reconocer que me sentí halagado.

—¿Tú corres? —le pregunté.

—Bueno, tengo una moto y hago mis pinitos, pero ni de lejos tengo la

destreza de los corredores de Ben Killer.

Sonreí de medio lado, no sabía qué decirle, lo había visto con su moto por la explanada y por mucha voluntad que le pusiera no tenía coraje. Ahora ya sabía por qué se había acercado a mí, quería que lo ayudara, pero demasiadas personas habían pedido mi ayuda en los últimos días, personas y entes del más allá. Tenía el cupo completo.

—Podríamos quedar algún día para hacer una cerveza compañero — sugirió Menda mientras me ofrecía un porro.

—No fumo porros gracias. Pero sí bebo cerveza.

—Yo quiero dejarlo, esto me machaca el cerebro, ¿has probado alguna vez hacer una prueba de inteligencia después de fumarte uno de estos?, es increíble, llegas al setenta y cinco por ciento de milagro.

Le acababa de decir que no fumaba porros, pero él a la suya. En el pasado sí los fumé durante algún tiempo, pero era imposible concentrarme y a mí me gustaba tener mi mente clara, demasiados claroscuros tenía al ser tan joven.

—No, nunca se me ha ocurrido hacer una prueba de inteligencia fumado — dije mientras aguantaba la risa.

—Me caes bien, tío —afirmó mientras asentía con la cabeza y me daba la mano en un gesto de excesiva camaradería.

Yo tenía un problema con el contacto humano, solía eludirlo, a menos que fuese el de una chica y quisiera con ella algo más que palabras, era imposible abrazarme sin que me quedara rígido como un palo.

Menda me miró extrañado, no pude disimular mi aversión a sus demostraciones de cariño gratuitas.

—No soy gay si es lo que estás pensando —aclaró levantando ambas manos y enseñándome sus palmas rojas y sudadas.

—Tranquilo, no es eso, soy yo, que soy poco dado a demostraciones físicas, no me malinterpretes.

—¿Y con las chicas?, ¿cómo lo haces?

—Siempre existe la excepción que confirma la regla, ¿verdad?

Menda se rio y yo también, aunque un poco rara, había tenido mi primera interacción social desde que empezó el curso.

Por la tarde salí hastiado de la última clase. Era de historia y el profesor era algo así como mi somnífero, no podía aguantar ninguna de sus clases sin echarme alguna que otra cabezadita. A todos nos pasaba y la clase se convertía en un nido de bostezos y ronquidos. El profesor se daba cuenta, pero debía

estar acostumbrado, porque nunca decía nada.

En la puerta estaba Ben, ese día había venido al instituto. Corrían rumores de que lo había dejado, pero ahí estaba con la mochila colgada de una sola asa en el hombro y su pose de James Dean de extrarradio.

Me hizo un saludo militar, pero desenfadado. Le devolví el saludo por pura cortesía y me hizo señas para que me acercara.

—¿A dónde vas tan deprisa, Fénix? —preguntó extrañado.

—Mi padre me espera —mentí.

—¿Tienes un minuto?, ¿es importante?

Asentí con la cabeza y Ben me dijo que lo acompañara.

Caminamos unos metros y nos sentamos en un viejo banco de madera que había cerca del instituto. A Ben se le notaba nervioso, miraba a ambos lados todo el tiempo.

—Verás Fénix, tengo un problema. Estoy seguro de que tengo un topo en la banda.

—¿Un topo?, ¿qué te hace pensar eso? —dije algo más nervioso de lo que me gustaría.

—Sí, una sabandija asquerosa —masculló Ben con rabia.

Inmediatamente Caleb pensó en Laura, si de verdad la había descubierto tenía que avisarla.

—¿Y quién crees que puede ser?

Ben negó con la cabeza.

—Verás, tengo varios sospechosos, pero nadie en concreto.

—¿No pensarás que soy yo, verdad, Ben? —dije guardando mis manos en los bolsillos delanteros de mi pantalón vaquero.

—Bueno, puede ser cualquiera y quizás podría estar probándote para ver tu reacción. —Mi corazón comenzó a galopar a marchas forzadas, se había disparado y ahora no podía tranquilizarme.

Levanté las cejas en un gesto de sorpresa, pero no dije nada. Me limité a sacar el paquete de tabaco del bolsillo de mi cazadora y le ofrecí uno a Ben. Él lo rechazó.

—No gracias, lo estoy dejando. —Ahora me sorprendía aún más, siempre lo había visto con el cigarro en la boca.

—Toso demasiado por las mañanas —aclaró.

Volví a asentir, con Ben Killer solía quedarme sin palabras demasiadas veces. Pero es que siempre reaccioné con el silencio cuando no sabía qué decir.

—No creo que seas tú. Lo sospecho desde hace unos meses. Casi todas mis operaciones se han ido al traste porque la policía siempre me pilla con las manos en la masa.

Respiré aliviado y solté lo primero que se me ocurrió.

—No sé, quizás no sea alguien específicamente de la banda.

—Puede ser. Una de mis sospechosas es una ex que me tiene muy cabreado. ¿Sabes quién es Paola?

—¿Paola? —Sabía quién era, pero decidí hacerme el nuevo—, pues no, ahora no caigo.

—Sí hombre, está en tu clase, y créeme, Paola no pasa desapercibida —dijo llevándose ambas manos al pecho y haciendo como si tuviera dos grandes tetas—, ya me entiendes.

No pude evitar reírme.

—Ah, la Reca —dije justificándome, la conocían por la Recauchutada, Reca para abreviar.

—Sí sí, esa. Me está haciendo la vida imposible «nen».

—¿Y eso? —pregunté, la curiosidad me carcomía.

—Pues verás, yo salía con ella esporádicamente. Pero la tía esa está loca, y se imaginó un mundo entero con mi persona. Decía por todas partes que nos íbamos a casar, que se venía a vivir conmigo, vamos una puta pirada.

—¿Y por qué hacía eso?

—Era su manera de alejar a las demás chicas. Marcaba territorio con mentiras. Pero espera, que eso es lo de menos.

—¿No jodas? —pregunté por decir algo, la curiosidad me embargaba y quería que siguiera.

—Sí tío, a parte de la tontería esa de pregonar nuestro amor eterno, consiguió colarse en mi casa y se hizo fotos a sí misma en la cama y en la bañera.

» Se fotografió en todas las partes habidas y por haber de mi casa. Si hasta puso su cepillo de dientes en el vaso donde yo tenía el mío y los fotografió juntos. Luego se lo pasó a sus amigas del Messenger, a parte de ponerlo en su espacio. Las fotos corrieron como la pólvora y me cabreeé con ella. Yo soy muy reservado y celoso de mi intimidad, que alguien aireara así información que considero confidencial, fue la gota que colmó el vaso.

Pero no contenta con ello, se me puso a llorar en plan trágico y fue diciéndole a todo el mundo que yo la había agredido sexualmente. Por suerte hubo un testigo que le dijo al cabrón de Santos que yo no había hecho nada.

Fue una mujer que me conoce desde que nací y vio toda la escenita que la Reca me montó. Yo no le hice nada tío, además, las mujeres para mí son sagradas.

De pronto, me sentí mareado, la frase «las mujeres para mí son sagradas» sonaba en mi cabeza como un disco rayado.

—¿Qué te pasa tío?, te has quedado blanco como un papel, ¿estás bien? — se interesó Killer sacándome de mi ataque momentáneo de pánico.

—No, tranquilo, es solo que me he acordado de que mi padre me espera.

Ben puso los ojos en blanco y me ignoró. No me quería dejar marchar y yo deseaba salir corriendo. ¿Empezaba a caerme bien?

—Hay un policía —prosiguió con su historia—, un cabrón sin escrúpulos que me la tiene jurada y no tengo ni idea de por qué. Solo sé que no me lo quito de encima y es mi jodida sombra.

» Ese tío está deseando meterme entre rejas, pero no por el tema de mi negocio, ya sabes —expuso tocándose la nariz para hacer alusión a la cocaína —, quiere empapelarme por algo más jodido, para asegurarse de que no salgo en la vida.

Pues esa arpía de Paola, me metió en la mierda con el tema de Cristine Lambert.

Ahora sí que abrí las orejas de par en par, había nombrado a Cristine y mi interés creció desmesuradamente, necesitaba saber ya lo que fuera y quitarme de encima a Santos. Intenté que Ben no notara mi nerviosismo y parece que lo disimulé bien, simplemente puse cara de «te comprendo, compañero», y dejé que Ben siguiera con su relato.

—Yo no le hice nada a esa chica, Caleb, salía con ella y me parecía una buena chica. Algo alocada eso sí, le dije en varias ocasiones que así no iba bien, que tenía que dejar de pensar que nuestro barrio era guay, porque no lo es, Arría Baja es mi casa, mi mundo, lo único que conozco, pero ya ves, la miseria y la droga corren por las calles. Sí, es curioso que yo diga eso siendo el principal distribuidor de droga de este lugar, pero ese es mi negocio, mi modo de vida y pienso como un empresario. Ello no quiere decir que no me dé pena lo que pasa en este sitio a diario. Ella, Cristine, lo veía todo como tan nuevo, tan glamuroso.

En ese momento mis alarmas se activaron, estaba hablando de Cristine en pasado, lo cual quería decir que sabía que estaba muerta.

—Pero, solo ha desaparecido, ¿por qué hablas de ella en pasado? —Se me escapó, no pude evitar ser tan explícito y esperaba furia, mucha furia.

—Porque hace ya demasiado tiempo, si fuese una desaparición voluntaria ya la habrían encontrado, o ella misma se hubiera presentado en casa, esa cría no sería incapaz de sobrevivir fuera del nido, te lo aseguro. Tiene que estar muerta y a mí me sabe fatal.

Tenía razón, Cristine estaba muerta, pero yo tenía sentimientos encontrados, no sabía si Ben estaba intentando confundirme o era cierto lo que decía.

—Pues Paola, como sabía que Santos me pisaba los talones, se presentó en comisaría y dijo que había visto a Cristine conmigo el día que desapareció.

—¿Y era verdad?

—Para mi desgracia sí.

Mi madre me cerró el paso en cuanto entré a casa y me dispuse a encerrarme en mi habitación.

—Caleb, ¿es que ni siquiera vas a saludarme? —me dijo con los brazos en jarra.

—Lo siento mamá, pero es que no me encuentro bien. —No le estaba mintiendo, el estómago se me había revuelto en medio de la conversación con Ben.

—Últimamente siempre estás enfermo, tendrás que ir al médico, esto no puede seguir así.

Ella entró en el salón mientras refunfuñaba sobre la escasa atención sanitaria de Arría Baja y yo me fui a mi habitación.

Me tumbé en la cama, pero no podía relajarme, las palabras de Ben daban vueltas en mi cabeza como un jodido tiovivo.

Él fue el último en ver a Cristine viva, y no tenía claro que estuviera diciendo la verdad.

Por otro lado, tenía que avisar a Laura, porque Ben sospechaba de ella.

—También sospecho de otra persona.

—¿De quién?

—Paloma.

—¿Por qué?

—No hay nadie en el mundo tan tonto para unas cosas y tan listo para otras.

—¿Por qué lo dices?

—Apareció de la nada, nadie la conoce, no sé dónde vive y siempre me da largas para que no la acompañe a casa. Prefiere irse andando. Eso dice, pero

tiene un coche aparcado en las afueras del barrio, la he visto hablar por teléfono varias veces y discutir acaloradamente con alguien. Te aseguro que incluso su tono de voz es diferente y habla en clave.

—¿Estás seguro?

—No estoy seguro, pero estarás de acuerdo en que es del todo extraño.

—Bueno, quizás todo tenga una explicación lógica.

—Puede, pero por si acaso prefiero curarme en salud.

Asentí sin decir nada, tuve que hacer verdaderos esfuerzos para mantenerme firme y que no se me notara la adrenalina que invadía todo mi organismo.

—¿Por qué me cuentas todo esto a mí? —Que me dijera ya de una vez qué quería de mí, eso es lo que deseaba con todas mis fuerzas.

—Necesito tu ayuda. —Otro más, que novedad.

—¿En qué podría ayudarte yo?

—Acércate a Paloma.

—¿Para qué?

—Para averiguar sus intenciones. Además, no creo que para ti suponga un problema, he visto como la miras, te pone.

—A ver, es una chica preciosa, pero está contigo.

Ben puso los ojos en blanco.

—Nadie está conmigo y yo no estoy con nadie, sedúcela y averigua sus intenciones, te lo pido como colega. ¿Lo harás por mí?

Recordaba una y otra vez la conversación con Ben, se había metido en mi cerebro y no me dejaba escapar. Me incorporé y cogí mi móvil.

Marqué el número de Laura. No contestaba.

Insistí en varias ocasiones, pero no tuve suerte.

Me volví a tumbar y me quedé dormido. De pronto el móvil comenzó a sonar. Casi me caigo palpando a ciegas en la mesa de noche, pero pude contestar a tiempo.

—Laura, por fin.

—¿Se puede saber qué pasa?

—Pues que Ben sospecha de ti.

—¿Y qué?

—¿Lo sabes?

—Claro que lo sé, sería muy raro que no lo hiciera, ¿no crees?

—Laura, ¿estás bien?

—¿Qué te hace pensar que estoy mal?, estoy de puta madre —habló

arrastrando las palabras.

—¿Has bebido?

—¿Y qué si lo he hecho?

—¿Dónde estás?

—¿Vas a venir a salvarme?

—¿Dónde estás, Laura?

—En mi casa.

—¿Dónde es eso?

Laura me dio la dirección y me apresuré a salir de casa sin que mi madre me interceptara.

Capítulo 16

Llegué a la urbanización que me indicó Laura a duras penas por teléfono. Me di toda la prisa que pude, ¿de verdad urgía?, no tenía ni idea, pero fue como un palpito, algo me dijo que tenía que correr. Localicé el portal y llamé al timbre, nadie contestó. Insistí, pero no recibí respuesta.

Presioné el timbre de otro vecino al azar y me abrió enseguida, solo le pedí educadamente que lo hiciera.

Ya delante de su puerta insistí en varias ocasiones sin éxito. Tuve miedo, ¿y si algo le había pasado?

—¡Laura!, ¡Laura!—exclamé mientras aporreaba la puerta.

—¿Estás bien? —El pánico se apoderó de mí, no sabía qué hacer.

De pronto un vecino salió con un juego de llaves en la mano.

—¿Eres amigo suyo?

—Sí, y he hablado con ella por teléfono, parecía no encontrarse bien, por eso he venido.

—Estas son sus llaves, tenemos cada uno un juego del otro por si acaso. Vivimos solos, nunca se sabe.

El vecino de Laura debía rondar los treinta años, vestía una bata japonesa y tenía restos de maquillaje en la cara.

—Abre por favor, algo pasa —le dije con urgencia.

Él abrió la puerta y yo entré como una exhalación en el estudio. Laura estaba tendida en el suelo. Había pastillas por todas partes y un frasco abierto y vacío.

—Laura nena, despierta —balbuceó el vecino acariciándole la cara.

Cogí el móvil y llamé a emergencias.

—Tiene pulso, pero es muy débil. —El vecino no dejaba de darle golpecitos en la cara, pero Laura no reaccionaba.

La ambulancia llegó en apenas cinco minutos, pero a mí se me hicieron eternos. Tener que facilitar todos los datos posibles y estar nervioso eran malos compañeros. Tuve que decirles lo que había ingerido, ni me acuerdo, yo solo cogí el bote de plástico que había en el suelo y como pude le dije el

nombre de esa extraña medicina a la operadora. Yo no hacía más que repetir, que vinieran rápido. La operadora me tranquilizó diciendo que la ambulancia ya había salido.

Germán, el vecino de Laura, se fue con ella en la ambulancia y yo fui tras ellos en mi moto.

Él insistió en acompañarla, al parecer eran muy amigos, porque la trataba con verdadera devoción.

La verdad es que el tipo era extraño, con sus pintas de actriz sin maquillaje.

Tenía unas facciones suaves como las de una mujer. Deduje que podía ser una *Drag Queen* y no me equivoqué. Ya en la sala de espera, mientras los médicos atendían a Laura; Germán me enseñó fotos de su espectáculo.

Me dijo que su nombre de guerra era Noctalia y que le encantaba bailar y actuar en el pequeño teatro donde trabajaba. Aclaró que él era heterosexual, y que se sentía hombre, que por naturaleza tenía esos rasgos suaves y sus gestos afeminados, pero dejó claro que no era gay en varias ocasiones. La verdad, a mí me daba igual, pero empecé a atar cabos. Germán estaba enamorado de Laura y esta lo veía como un hermano. Por ello esa devoción, no era solo amistad, pues para él era su amor platónico inalcanzable. Todo esto no me lo dijo, pero no era difícil verlo.

—¿Y tú de qué la conoces?

—Es una larga historia, amigos comunes.

Germán me miró extrañado. Un chico tan joven con esa desesperación y visitando el piso de Laura a aquellas horas era del todo sospechoso.

—Laura no está pasando su mejor momento. Tiene demasiados frentes abiertos, por ello te pido que no seas tú uno más.

—Yo no soy ningún frente —dije enfadado.

El tal Germán empezaba a ser cargante.

—Ahora vengo, voy a fumarme un cigarro. —Necesitaba tomar el aire.

Germán me miró con una sonrisa de medio lado y asintió.

Me quedé detrás del ventanal, mirando constantemente a la puerta de urgencias mientras fumaba. Por un momento me pregunté qué hacía allí, empezaba a sentir que sobraba, con el amiguito del alma de Laura allí haciéndome a un lado constantemente ya había bastante.

Cuando tiré el cigarro volví a entrar en la sala de espera. No me senté junto a Germán, preferí quedarme varias filas más atrás. Él se dio cuenta, pero me daba absolutamente igual.

De pronto un médico salió preguntando por los familiares de Laura. Germán hizo ademán de levantarse, pero yo que ya estaba preparado me planté delante del médico y con todo el morro que fui capaz de reunir le dije que yo era su pareja.

El médico se me quedó mirando extrañado y Germán lanzó un gritito al aire. La verdad es que cualquiera de los dos era una pareja extraña para ella, por lo que el médico me dejó entrar.

Miré atrás y vi a Germán enfadado, me lo imaginé vestido de pitonisa diciendo que me iba a poner dos velas negras y no pude evitar reírme.

Laura estaba tumbada en la camilla del box, solo había sido un susto, mezcló el alcohol con las pastillas y tuvo un desmayo, pero por suerte no había sido un intento de suicidio como pensamos en un principio. Solo había sido pura desesperación.

El médico me preguntó varios aspectos de la vida de Laura. Yo no sabía qué responderle. Me habló de una posible depresión que ella debía arrastrar desde hacía tiempo. Yo solo pude asentir y decirle al médico que trataría de ayudarla.

Era muy joven sí, pero sabía mostrarme responsable cuando hacía falta.

—Hola, cariño —dije guiñándole un ojo y dándole un beso en los labios para disimular delante del médico.

Ella sonrió.

—Caleb, lo siento. Siento haberte causado molestias. Pero tranquilo, vete ya, tus padres estarán preocupados, es muy tarde ya.

Una punzada de rabia cruzó mi mente. Me veía como un crío.

—No te preocupes, todo está bien.

—No Caleb, no hay nada bien, la he cagado. Me pillaste en un mal momento y encima lo de Ben Killer, se me ha ido todo de las manos y ya no sé qué pensar.

—Si te encuentras al límite déjalo, desaparece.

—No puedo hacerlo, es mi trabajo.

—En este estado no puedes trabajar.

Laura me miró furiosa.

—¿En qué estado, Caleb?, no estoy tan mal, ha sido un mal día, nada más.

De sobra sabía ella que tenía muchos malos días y aquel había tenido suerte, podría haber muerto si nadie la hubiera atendido.

—Laura, Ben me ha pedido que me pegue a ti y descubra si tú eres el topo,

dice que te ha visto con el coche, que te ha oído hablar con alguien en clave y sospecha de ti, tienes que hablar con tus superiores, estás en peligro, ese tío no se anda con tonterías.

—¿Y dejarte solo con ellos?, no, Caleb.

—De mí no sospecha.

—¿En serio crees eso?, Ben sospecha de todos y de todo, no te confíes, solo te ha hecho pensar que no lo hace para conseguir algo de ti.

—Me ha pedido que te seduzca.

—¿Ah, sí?, ¿pues sabes lo que te digo?, me voy a dejar seducir por ti, se va a enterar el James Dean de pacotilla ese.

No pude evitar poner ojos de jaguar con ganas de fiesta.

—No te emociones Caleb, solo de cara a la galería —aclaró guiñándome un ojo.

La verdad es que la vida se me estaba complicando por segundos, a cada rato pasaba algo nuevo. Santos me llamaba diariamente y yo le daba largas. Estaba empezando a mosquearse, tenía que darle algo. Pero no sabía el qué.

Capítulo 17

Los días pasaron y estábamos en la víspera de *Halloween*, el frío había llegado de golpe y porrazo y mi hermana Andrea era como un cubito de hielo andante. El desgraciado de su exnovio seguía sin dar señales de vida. Ella todavía tenía esperanzas, pero yo sabía que él no iba a responder.

Le dije a Andrea que tenía que contar lo de su embarazo, pero ella no quería.

—Tienes que decirlo, necesitas cuidados e ir al médico para ver cómo está todo, Andrea.

—Me van a matar, y mamá me echará de casa.

—Papá no lo hará, y yo te apoyaré en lo que haga falta.

—Ven aquí, enano —ordenó y me abrazó.

—Ya está, ya está, que me baboseas —le dije intentando zafarme de su apretujón.

—Te estás portando muy bien conmigo.

—No es para tanto.

De los ojos de Andrea brotaron lágrimas. Estaba rarísima.

—No me hagas caso, son las hormonas.

Con hormonas o sin hormonas, mi hermana había mutado. Había dejado de ser una insufrible arpía para transformarse en un oso amoroso.

Me metí de nuevo en mi guarida y encendí la televisión. Abrí una bolsa de gusanitos y comencé a engullirlos con ansia. De pronto la cara de Cristine hizo que me atragantara y casi soltara los gusanitos que tenía en la boca por la nariz.

Estaban buscando su cadáver, al parecer alguien les había llamado diciendo que ella estaba muerta y la habían arrojado a un vertedero.

«Fuentes cercanas a la víctima nos han informado de que han recibido una llamada anónima. Según esa llamada, Cristine estaría presuntamente muerta y su cadáver habría sido arrojado al vertedero de la ciudad. Se están realizando tareas de búsqueda, tras confirmar con el vigilante del vertedero que la noche de la desaparición de Cristine Lambert vieron a un chico joven

merodeando por el vertedero.

—Yo estaba en la garita y detecté por las cámaras de seguridad un intruso. Salí en su busca y le di el alto. Era un chico bajito y moreno. No conseguí verle la cara, la llevaba parcialmente tapada. En cuanto me vio salió corriendo y no pude atraparlo.

Se ha decretado secreto de sumario, solo esperamos encontrar a Cristine y que sus padres puedan descansar en paz.

—Mi niña tiene que estar retenida contra su voluntad, ella jamás me haría esto. Últimamente nuestra relación había cambiado, ya se sabe con los adolescentes, pero seguía siendo una chica magnífica. Por favor, quién seas, devuélveme a mi hija. Yo sé que está viva, la siento, sé que en algún lugar Cristine nos añora y llora por su ausencia. Por favor, Cristine vuelve a casa».

Me dio una punzada en el pecho al ver y oír a su madre. La pobre mujer tenía los ojos hinchados y enrojecidos de tanto llorar. Su cara se veía congestionada y se notaba que hacía días que no se miraba a un espejo ni para peinarse.

Me remordió la conciencia, yo sabía que ella estaba muerta y me había pedido ayuda para que la encontrara y esa pobre mujer y el resto de su familia pudieran descansar en paz. Pero yo no había hecho nada, además no tenía ni idea de qué hacer. Sabía que Ben había sido la última persona en verla con vida probablemente. Al menos eso es lo que ella pensaba. Decidí ir al acantilado. Allí podría obtener más información sobre Cristine de primera mano.

Esperé al menos una hora en el acantilado, estaba congelado, hacía mucho viento y el frío me calaba los huesos. Decidí que lo mejor que podía hacer era marcharme; pero cuando me disponía a subir a mi moto, la voz de Cristine me dejó clavado en el suelo.

—Caleb, Caleb.

—Cristine, llevo una hora esperándote, necesito que me ayudes, ¿cómo puedo encontrarte?

—Tengo mucho frío, Caleb.

—Toma, y yo. —No se me ocurrió otra cosa que decirle.

—Hielo Caleb, hielo.

Cristine desapareció y me dejó otra vez igual. Hielo, ¿a qué se referiría?, se me ocurrió que podría estar en un congelador, por su aspecto azulado y sus

palabras, debía ser eso.

¿Pero, dónde?, no podía ir casa por casa y meter mis narices en los congeladores ajenos. Ben, pensé. Tenía que conseguir que Ben me invitara a su casa.

Me dirigí al apartamento de Laura.

Cuando abrió la puerta puso cara de sorpresa, pero me dejó pasar. Desde el día del incidente con las pastillas no había vuelto a verla. Ben estaba extrañado y había preguntado por ella varias veces, pero yo no le quise decir nada. Había hablado con ella por teléfono en diversas ocasiones y me dijo que estaba de baja unos días. Que si Ben preguntaba por ella que me hiciera el loco, y así lo hice.

—¿Quieres tomar algo?

—Una Coca-Cola, si tienes.

—Creo que algo tengo.

Laura se dirigió a la nevera y sacó un par de limonadas.

—¿Te vale con esto?

Asentí con la cabeza.

—¿Qué te trae por aquí?

—En realidad es un asunto un poco, extraño. ¿Crees en espíritus?

—Le dije esperando una gran carcajada.

—Pues, a decir verdad, algo he visto durante mi vida, sí, creo en ellos.

Respiré aliviado.

—Pues menos mal, porque lo que tengo que contarte es complicado.

Capítulo 18

Le expliqué a Laura con pelos y señales todo lo acontecido con Cristine en el acantilado. Las veces que su espíritu se me había presentado y su petición de ayuda desesperada. Laura me miraba extrañada. Estaba claro que no creía ni una palabra de lo que le había explicado.

—Tienes que creerme Laura, no soy un pirado.

—A ver, te he dicho que creo en espíritus porque alguna experiencia he tenido, pero lo que tú me cuentas es complicado de asimilar, ¿me entiendes, verdad?

—Lo sé, hasta a mí me cuesta engullirlo, pero es lo que hay. Esa chica se me aparece cada vez que visito el jodido acantilado y yo ya no sé qué pensar.

—Hielo, ¿qué querrá decir con eso? —preguntó Laura.

—Se me ocurre un congelador, también me dijo que tenía mucho frío, por ello necesito tu ayuda, Laura.

—¿Qué es lo que propones?

—Necesito que Ben me invite a su casa.

—¿Crees que Ben la tiene metida en el congelador?

—No lo sé, pero sería una opción.

—Caleb, cariño, ¿tú crees que sería tan tonto para tener a Cristine metida en el congelador de su casa? —dijo Laura poniendo los ojos en blanco.

—Quizás es eso lo que quiere que pensemos, que nadie es tan tonto para esconder un cadáver en su casa.

—Visto de esa manera. Además, que yo sepa, Santos no pudo registrar su casa y eso que lo intentó por activa y por pasiva. Ben tiene un buen abogado y no tenían pruebas contra él, solo suposiciones.

—Pero fue el último en ver a Cristine con vida.

—Sí, pero eso no le convierte en el asesino, tenía coartada y se pudo confirmar, Ben estuvo en un *pub* esa misma noche sin Cristine y varios testigos lo ratificaron.

—Pero pueden ser testigos falsos, ¿no?

—Hay fotos, Caleb, fotos hechas con el móvil del dueño del *pub* esa

misma noche. Hay registro del día y la hora de las fotos, por lo que en teoría Ben dice la verdad.

—¿Entonces, por qué Santos está tan empeinado en empapelarlo?, si él no ha sido es una canallada, ¿no crees?

Laura se encogió de hombros.

—Caleb, desconozco los motivos que le llevan a Santos a tenerle tanta manía a Ben, soy solo una trabajadora y cumplo órdenes de mis superiores, yo ya le he dicho todo eso a Santos, pero me ignora.

La cabeza me iba a estallar, ¿estaba Santos intentando encarcelar a un inocente?, ¿por qué me había enredado a mí para que descubriera qué había hecho Ben Killer con Cristine?, todo era tan extraño e inverosímil que había veces que me frotaba los ojos para ver si era cierto lo que estaba pasando con mi vida.

—¿Por qué yo, Laura? —pregunté con decisión y curiosidad.

—Porque tus antecedentes en La Vila Alta eran el gancho perfecto.

—¿A qué te refieres? —dije apretando los puños con rabia.

—A que allí eras el gallito del corral, como lo es aquí Ben Killer. Él jamás aceptaría otro rey en su juego, por ello decidió hacerte su caballo y utilizarte para su beneficio. Fui yo la que le hablé de ti a Santos, y él decidió reclutarte tras investigar tu pasado.

—O sea, ¿fuiste tú?

Laura asintió consternada.

—Lo siento Caleb, no sabía que Santos te chantajearía.

—Pero si los dos me «enmarronasteis», acuérdate guapa, sabías lo que se proponía, no me vengas con puñetas.

—Piensa lo que quieras, pero yo cumplía órdenes, te repito que solo soy una trabajadora.

No sabía por qué, pero me dolía. Comenzaba a sentir algo por ella, algo que en ocasiones me asustaba. Una chica diez años mayor que yo, policía y con problemas con el alcohol, no sabía a qué atenerme con ella.

—Entonces ,qué, ¿me ayudarás a entrar en casa de Ben?

Laura cogió un cigarro de mi paquete de tabaco y asintió.

—¡Qué remedio Fénix!, no voy a dejarte solo con ese pirado.

Santos recogió a su hijo en el instituto. Desde que Ben lo visitó tenía miedo que él tomara represalias con sus retoños. Su hija estaba enferma y se había quedado en casa ese día.

Mario subió al coche con fastidio.

—¿Se puede saber por qué tienes que venir todos los días a recogerme?, me cortas el rollo que no veas, joder.

—No me hables así Mario, te recojo porque soy tu padre.

—Ya, joder, pero tengo diecisiete años, mis amigos se ríen de mí cuando ven que me espera un coche de policía fuera del «insti» todos los días.

—Me da igual lo que digan tus compañeros, tengo que protegerte.

—¿De qué o de quién, papá?, me las sé apañar solo.

Santos respiró hondo y expulsó el aire con fuerza por la boca, emitiendo un bufido de hartazgo.

—A ver, Mario, no tengo que darte explicaciones, todo esto es temporal, en cuanto estés fuera de peligro todo volverá a la normalidad.

—Fuera de peligro, papá, me das mucho miedo, desde que mamá murió no hay quien te aguante.

—Yo que tú no andarías replicándome jovencito, seguiré viniendo al instituto todos los días, ¿estamos?

—¡Qué remedio! —exclamó Mario muy enfadado.

—Ahora a casa, nada de salir esta tarde —dijo Santos con firmeza.

—Venga ya, yo he quedado, no pienso quedarme en casa.

—Sí que lo harás, te lo aseguro.

Mario no dijo nada más, sabía que su padre tenía que volver al trabajo, de nada valía intentar convencerlo, él pensaba que su progenitor se había vuelto un paranoico. Incluso lo había visto mirar debajo del coche.

De pronto el móvil de Santos vibró, era Laura.

—Hola, preciosa, ¿qué tal vas?

—Tengo que hablar contigo, Santos.

—¿Qué pasa ahora?

—Tenemos que hablar sobre mi «trabajito».

—Vale, te llamo en un rato, ahora Mario va conmigo en el coche.

Laura simplemente colgó. Quería decirle a Santos que abandonara la operación con Caleb. La otra noche se había sentido como la peor persona del mundo. Sabía que Santos quería utilizar a Caleb como cebo. «Quizás debamos sacrificar un peón», esas fueron sus palabras.

Ella quería dejar el caso también, pero no era el tipo de mujer que tiraba la toalla a la primera de cambio, por ello seguía y seguía aunque se estuviera muriendo por dentro, porque eso es lo que sentía, que se quebraba, que su alma se resquebrajaba por momentos.

Terminó de maquillarse, le esperaba una nueva actuación al lado de Ben Killer. Ahora debía dejarse seducir por Caleb, al menos delante de Ben. Aunque la idea no le desagradaba del todo. Caleb le gustaba, pero era solo un chiquillo para ella, que ya a punto estaba de cumplir los veintiocho. Diez años representaban demasiado para ella. Pero Santos le llevaba muchos más y no había tenido problema en tener una relación con él. Quizás era porque siempre le faltó una figura paterna y de esa manera quería suplir sus carencias, pero se engañaba a sí misma, Santos nunca podía ser un padre para ella. Un buen amante, eso sí, pero como pareja dejaba mucho que desear, desde el principio tuvo la impresión de que él solo la quería para utilizarla a su antojo.

Una vez en el interior de su vehículo no pudo reprimir las lágrimas. Cogió la petaca que guardaba en el interior de la guantera y dio un trago largo y amargo. El *whisky* se había vuelto su fiel compañero. Su mirada triste y llorosa, un enemigo a enfrentar. Tenía que vencer a ese bicho que la comía por dentro, ese bicho que todos llamaban depresión. Pero la mayoría de días, sentía que era el bicho quien la devoraba y la dejaba seca por dentro. Por ello bañaba su dolor en alcohol, para curar sus heridas internas; lo hacía durante unos instantes, pero cuando sus efectos mermaban volvía a ser víctima de los largos tentáculos que la apresaban sin que ella pudiera zafarse.

Encendió el radio CD y los primeros acordes de «All ready over» de Red inundaron el habitáculo del vehículo, ese grupo la relajaba, no eran muy conocidos pero a ella simplemente le fascinaban. Respiró hondo y se dio ánimos a sí misma. Tenía que conseguir que Ben invitara a Caleb a su casa.

Capítulo 19

Lunes, 1 de septiembre de 2008

Dos meses antes...

Cristine caminaba deprisa, hacía mucho calor y el trayecto hasta Arría Baja podía ser inquietante, eran algo más de las 8 de la tarde, pero ya empezaba a oscurecer. Había quedado con Ben para hablar. No podía ser que él se creyera superior por no ser un «pijo» como ella. Le molestaba horrores que la clasificaran como pija. Ella era una chica normal, al menos eso es lo que Cristine pensaba.

Estaba harta de que sus padres la trataran como a un objeto a preservar, se sentía en ocasiones como si estuviera en un museo.

Esa tarde le había dicho a sus progenitores que iría a casa de su amiga Belén para ayudarla a cuidar a su hermano, les dijo que probablemente se quedaría a dormir, que pedirían unas *pizzas* y harían una fiesta improvisada de pijamas.

Por ello, cuando sus padres la vieron salir con la mochila a cuestas no sospecharon que en su interior no llevaba precisamente un pijama. Se paró en la gasolinera como venía siendo habitual y entró al servicio, allí se cambió de ropa. La chica de la gasolinera le sonreía cada vez que la veía hacer la misma operación y ella le guiñaba el ojo. ¿Quién no había dicho mentiras en casa de sus padres para tener algo más de libertad?

Ya casi llegaba al barrio, tenía que atravesar un descampado que le daba miedo, pero lo solucionaba llamando a Belén para sentirse más reconfortada.

Buscó su número en la agenda, apretó el botón de llamada, pero el móvil de Belén estaba apagado o fuera de cobertura.

—¡Mierda! —masculló.

De pronto le entró una llamada, era de él. La estaba controlando. Ignoró su llamada, pero él insistió y Cristine contestó.

—¿Se puede saber qué quieres?

—¿Dónde estás? —preguntó él, enfadado.

—A ti qué te importa, ya te he dicho que me dejes en paz, joder.

Cristine colgó el teléfono y el sonido de un nuevo mensaje entrante la hizo resoplar.

Su semblante se transformó cuando leyó el SMS que había recibido.

«Eres una pedazo de perra y pagarás por ello».

Cristine apagó el teléfono y comenzó a llorar.

Acababa de salir del descampado y respiró tranquila. Vio en la acera de enfrente al chico que le habían presentado un tiempo antes, ese al que llamaban Fénix, le cayó fatal cuando lo conoció, por ello lo ignoró y siguió su camino.

Capítulo 20

Día de Todos los Santos; esa triste fiesta que poco a poco era engullida por el *Halloween* anglosajón, entonces apenas se apreciaba, pero en Arría Baja algunos jóvenes se disfrazaban y montaban fiestas de terror. Ese fue el pretexto perfecto para que Ben accediera a celebrar una fiesta en su casa y así poder entrar en ella. En principio, no le hizo ninguna gracia, como él mismo dijo, era muy celoso de su intimidad. Pero luego accedió con la condición de que solo se invitara a los miembros de la banda.

Yo lo convencí haciéndole ver la oportunidad preciosa que tendría de ligarme a Laura. Ben se lo pensó un poco demasiado, pero al final accedió y conseguí llevármelo a mi terreno.

La idea era poner somníferos en la sangría, para que Ben y sus esbirros se durmieran. Laura y yo aprovecharíamos para registrar a fondo el enorme piso de Ben y buscaríamos un congelador lo suficientemente grande para albergar a un cadáver en su interior.

—¿Pero tú crees que existirá ese congelador? —preguntó Laura.

—No lo sé, pero ¿qué perdemos con buscarlo?

—Pues como se entere Ben, tú perderás los huevos y yo la vida, nos jugamos mucho.

—Ben piensa que hay un topo, pero no se imagina que tiene dos y los va a meter en su casa esta noche.

—Sospecha de mí, ¿qué te hace pensar que me quitará la vista de encima?

—No lo sé Laurita, ya veremos como lo solucionamos, ¿no?

—No me gusta improvisar Caleb, no me perdonaría que te pasara algo.

—¿Y eso?, ¿me echarías en falta? —pregunté poniéndole ojitos.

—No te emociones, chico —dijo Laura con su habitual mala leche.

Sonreí de medio lado, ella agachó la cabeza, parecía ruborizada, no pude evitar sonreír otra vez.

—Tenemos que pensarlo todo bien, si alguno no bebe sangría estamos listos de papeles —apuntó Laura con firmeza.

—Pues entonces tendremos que improvisar —dije encogiéndome de

hombros.

Laura respiró profundamente y me dijo que me girara. Estábamos en su apartamento y ella se estaba cambiando de ropa mientras hablábamos. No tuvo inconveniente en quedarse en sujetador y tanga delante de mí. Lo confieso, tuve que contenerme para no tirarme encima de ella y comérmela a besos. Pero Laura necesitaba cambiarse la ropa interior y fue entonces cuando me rogó que mirara para la pared. Por un momento estuve tentado a decirle que cerraba los ojos y prometía no mirar, pero sabía que lo haría, que miraría.

—Ya puedes mirar.

Laura se había vestido de bruja sexi y yo iba del malo de *Scream*. No encontré otro disfraz en los chinos de Arría Baja. Esa mujer pretendía matarme. Cuando la vi con las medias de rejilla con liga casi me da un infarto.

—¿Qué miras tanto? —preguntó con evidente mosqueo.

«Todo, Laura, lo miro todo, o es que te has pensado que soy de piedra» pensé, pero en lugar de eso negué con la cabeza y no dije nada, dicen que quien calla otorga, pues eso, que preferí quedarme calladito.

Para no levantar sospechas, Laura llegó primero y yo hice acto de presencia veinte minutos y tres cigarros más tarde.

En la fiesta había más gente de lo que pensábamos, no había ni tanta sangría ni suficiente somnífero, la verdad es que la idea comenzaba a no parecerme tan buena. De hecho, Laura había repetido una y otra vez que no resultaría, pero yo creía en ella, por ello, ahí estábamos, con una bolsita llena de somníferos machacados y mucho cuidado en que nadie nos viera echarlos en la bebida.

Laura me pidió que distrajera a Ben y a Jack para poder llevar a cabo nuestro plan, pero no había manera de echar los polvos en la sangría sin ser descubiertos.

Ella tomó el mando y me dijo que no hiciéramos nada, era peligroso según ella. A mí no me lo parecía, estaba exagerando.

Empezó a llegar más gente, la sala donde estábamos empezaba a parecer una caja de cerillas y eso que era grande de narices. El DJ pinchaba *Hardcore* y Mákina, yo estaba encantado botando como un loco, pero a Laura le estaba costando demasiado meterse en el papel de Paloma ese día.

—No me mires así Caleb, yo soy rockera —me dijo mientras se cruzaba de brazos.

—Me parece muy bien, pero mírate, las chicas que visten como Paloma,

escuchan y bailan esta música, si no lo haces levantarás la liebre, joder tía, que eres poli.

—¡Calla!, estás hablando demasiado fuerte.

De pronto y para mi regocijo sonaron los primeros acordes «Nobody said it was easy», un remix de Evil Activities del tema «The Scientist» de Cold Play. Una preciosidad del *Hardcore*.

—Ven aquí anda —le dije atrayéndola hacia mí para que bailáramos pegados la intro del tema, que era lento como en la original.

—Joder, Cold Play, esto ya es otra cosa.

No pude evitar reírme, Palomita no sabía lo que venía en unos segundos.

La miré, me miró y la besé durante el subidón, la gente comenzó a saltar y nosotros ya con nuestros labios libres hicimos lo propio. Ben nos miraba desde su sillón, su intensa mirada atravesó nuestros cuerpos, sonrió y me guiñó un ojo. Si supiera que todo era un paripé, incluso sentí un poco de pena. Algo me decía que el león no era tan fiero como lo pintaban.

—Ven —me dijo Laura mientras agarraba mi mano y tiraba de ella con energía—. Sígueme el rollo, ¿vale?

Asentí, el beso y el bailoteo me habían dejado con la adrenalina a tope.

Corrimos por el largo pasillo y llegamos a una especie de almacén, allí había un congelador grande, de esos que utilizan los bares para guardar la comida o los helados.

El congelador tenía un candado.

Laura abrió los ojos de par en par.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —pregunté.

Ella asintió con la cabeza.

—Tengo que pedir una orden de registro, esto no me gusta.

—¿Pero lo habías visto antes, verdad?, sabías dónde estaba.

—No Caleb, ha sido hoy, hay un lavabo aquí enfrente y el otro estaba ocupado, al pasar he visto la puerta abierta y el congelador de refilón. La puerta de este cuartito siempre había estado cerrada, me llamaba la atención, pero a Ben no le gusta que le hagan preguntas.

—Mierda, ¡viene alguien! —exclamé cuando escuché pasos que se aproximaban con celeridad.

Laura me empujó de mala manera y me empotró contra el congelador, luego se subió encima de mí a horcajadas y me metió la lengua hasta el gaznate mientras acariciaba mi entrepierna. Estaba tan acojonado que dudo que pudiera encontrar algo útil al palpar. Ella también estaba nerviosa, pero

conseguimos colársela a Jack que fue quien entró en el almacén.

—Joder, joder, ¿quién lo iba a decir?, el niño y la lerdita juntos —se burlaba de nosotros mientras hacía aspavientos—, a ver qué opina Ben, ¿no Palomita?

Sonrió y sus dientes de oro se vieron más de lo normal, no soportaba a ese tío. Sabía que por lo de la última carrera me la tenía jurada. Yo me había librado de su furia gracias a la intervención de la policía, pero iba con pies de plomo con él, estaba demasiado amable conmigo y eso me escamaba demasiado.

—Anda, apartaros de ahí, tengo que sacar hielo.

Jack sacó una llave del bolsillo de su pantalón y quitó el candado. No me lo pensé dos veces y me asomé a ver qué tenía Ben en su interior.

Solo había un par de bolsas de hielo, respiré tranquilo.

—¿Qué pasa?, ¿quieres meterte ahí a echar un polvo con esta?, a mí me da igual, pero no creo que a Ben le guste encontraros tiosos ahí dentro. —Volvió a sonreír.

Me encogí de hombros.

—Vaya par de bichos raros estáis hechos vosotros dos.

Capítulo 21

El domingo por la mañana estaba reventado, eran las doce del mediodía cuando me levanté, y no fue por voluntad propia. Mi madre estaba discutiendo con mi hermana y ella lloraba, gritaba y pegaba portazos.

—¡Mierda! —mascullé.

Me dirigí a la cocina, allí mi madre lloraba desconsolada mientras decía una y otra vez que la vida de Andrea se había terminado. Ella se lo había dicho a mi madre, pero como imaginaba, no lo había comprendido. La quería echar de casa y no podía permitirlo.

—Mamá, no es para tanto —le dije con decisión.

—O sea, ¿que tú lo sabías y no me has dicho nada? —preguntó mientras blandía su dedo acusador.

—No es para que la echés de casa, es más, solo va a tener un hijo, eso no es nada malo, nada deshonroso como te he oído decirle a la pobre Andrea.

—¡Ah!, que ahora es la pobre Andrea, de verdad que no entiendo nada, me vais a matar de un disgusto. ¡Cualquier día, como conozca a alguien que me guste de verdad aquí os quedáis! —En ese momento mi padre acababa de entrar y la oyó decir esa frase que nunca se atrevía a decir en su presencia.

No dijo nada, solo la miró consternado, la decepción pintaba su expresión de gris. Soltó las bolsas de la compra en el suelo y volvió a marcharse, pero antes de cerrar la puerta dijo:

—De acuerdo Marisa, búscate otro pelele al que manejar, porque a mí ya no me compensa ser un jodido títere en tus manos.

—Joder, cariño, lo siento, estaba muy enfadada, no te vayas. —Mi madre salió corriendo escaleras abajo detrás de mi padre, pero algo debió decirle él que mi progenitora subió blanca como un papel y se sentó en la silla de la cocina sin decir ni pío.

Mi padre había callado a mi madre por primera vez, ahora ella sentía que había jugado con fuego y se había quemado hasta las pestañas.

Más tarde, mi padre llegó a casa visiblemente ebrio y sin ganas de que nadie le calentara la cabeza, simplemente entró en la habitación y se metió en

la cama.

Mi madre estaba muy nerviosa, intentó hablar con él, pero todo intento fue en vano, mi padre se negó a escucharla.

Desde nuestro beso en casa de Ben y la escenita atropellada en el almacén, en la que por desgracia no sentí nada más que miedo, no había vuelto a ver a Laura y no cogía mis llamadas.

Decidí presentarme en su apartamento, pero no quiso abrirme la puerta. Germán, su vecino del alma me dio el mensaje, ni siquiera fue capaz de dar la cara, no soportaba a ese energúmeno y de eso se valía Laura para darme en las narices.

—Querido, mejor que te vayas por donde has venido, aquí ya no tienes nada que hacer.

—Eso lo decidiré yo, payaso.

Germán puso los ojos en blanco, entró de nuevo en su casa y cerró de un portazo.

—¡Laura, abre la puerta, joder!, tenemos que hablar, no sirve de nada que te escondas, joder tía, eres más mayor que yo y policía, ten un par de ovarios y ábreme la puerta.

Al otro lado de la puerta silencio.

—¿Se puede saber qué te pasa?, me estás volviendo loco, tanto ahora sí, ahora no.

—Vete de aquí Caleb, yo solo arrastro mierda y no quiero que te hundas conmigo. —Estaba borracha de nuevo.

—Vale, sigue compadeciéndote de ti misma y no hagas nada por arreglarlo, sigue bebiendo, anda, que así se arreglan todos los problemas, sinceramente, no te entiendo, podrías tener el mundo a tus pies y te empeñas en cargarlo en la espalda, tú misma, en cuanto quieras hablar ya sabes dónde estoy.

Solté un improperio y le di una patada a la puerta de Germán que estaba pegado a la mirilla y ni se molestaba en disimular, su risita me puso de los nervios.

—Como la rompas me la pagarás, imbécil —le oí decir.

—Deberíais juntaros, sois tal para cual —dije mientras abría la puerta del cortafuegos para marcharme.

De pronto alguien me tocó el hombro.

—No te vayas, Caleb, por favor. —Era Laura, su aspecto era lamentable,

tenía el maquillaje emborronado por toda la cara, era como si ella misma se lo hubiera refregado en un acto desesperado.

La abracé, y ella lloró en mi hombro mientras le decía palabras de aliento que ni yo me creía.

Una vez en casa de Laura y sentados delante de dos cafés cargados que yo mismo hice como pude, me dispuse a hablar con ella seriamente. No podía seguir así, sumida en el más oscuro de los infiernos sin motivo. ¿O quizás sí que lo tenía?, lo desconocía porque ella no soltaba prenda. Laura era hermética como un bote cerrado de esos que por mucho que agarres el primer trapo que encuentres y te ayudes de él para abrirlo se resiste una y otra vez.

Al no conseguir sacarle ni media palabra y cansarme de que eludiera el tema con salidas de tono y enfados de colegiala, decidimos tumbarnos en su cama y dormir abrazados, solo dormir, sin que ocurriera nada más entre nosotros, aunque me estuviera muriendo por tenerla entre mis brazos, no era el día.

Era viernes, 7 de noviembre, hacía cinco días de la fiesta de Ben. Santos me había estado llamando, pero yo ignoraba sus reclamos una y otra vez, comenzaba a darme igual lo que hiciera conmigo. Cabía la posibilidad de que todo fuera un farol y esa noche, Laura lo dejó entrever. En ese estado de ebriedad podría esperar cualquier cosa de ella. Pero cuando me dijo «Déjalo estar Caleb, abandona, Santos no hará nada, créeme», tuve la sensación de que algo se me estaba escapando, y es que Santos había estado esa misma tarde en esa cama en la que ahora reposaba yo, ignorante de lo que había pasado unas horas antes entre ellos dos.

Capítulo 22

Abrí los ojos, por un momento me sentí extraño, no lograba ubicarme, rápido un golpetazo en mi ego me recordó que estaba en casa de Laura. Había una foto de ella y Santos juntos y sonrientes. Comenzaba a entender lo que ocurría. Ella estaba enamorada de Santos, por ello me rehuía una y otra vez. Sabía que yo no le era indiferente, para ella representaba la inocencia perdida, y vale que yo era un inocentón en algunas ocasiones, pero tenía las cosas mucho más claras que esa mujer con sus veintisiete añazos y su futuro de alguna manera ya encauzado.

La miré, dormía ajena a todo lo que bullía en mi cabeza. El sol dibujaba su figura, era como si sus rayos se pegaran a ella y repasaran su silueta con un lápiz imaginario. De pronto abrió los ojos y sonrió.

—Estás aquí... Tus padres te van a matar —susurró mientras acariciaba mi mejilla.

—No lo creo, ni siquiera se habrán percatado de mi ausencia. —Y era lo que pensaba, mis padres llevaban días sin hablarse si no era para discutir, y la pobre Andrea era como un alma en pena. La verdad era que estar en casa no me apetecía en absoluto.

—Caleb, yo, tenemos que hablar.

Asentí, sabía lo que me iba a decir, al menos, lo intuía.

—No puedo corresponderte cómo te mereces. Eres un chico increíble y créeme que en otras circunstancias no me lo pensaría, pero...

—Pero estás con Santos y yo soy un crío.

—Tampoco es por eso.

—¿Entonces?

—Tengo problemas, Caleb, hay algo en mí que no va bien y necesito estar sola, desconectar y no meterte en mi mierda.

—¿Y por qué no dejas que yo decida si quiero o no meterme en la mierda contigo?

—Porque no puede ser Caleb, yo no puedo permitirme el lujo de... Déjalo.

—De qué Laura, habla —dije cruzándome de brazos en tono desafiante.

Laura me miró, parecía que iba a decir algo importante, pero como siempre, se cerró en banda.

—Pues que no puede ser y punto —me dijo cortante.

—De acuerdo, sigue jodiéndote la vida y esperando que Santos te dé un lugar que no te va a dar nunca.

—¡No digas eso! ¿Por qué me dices eso?

—Solo tienes que mirar esa fotografía Laura, ¿o es que no lo ves?

—Yo ahí no veo nada, gilipollas. Vete ahora mismo de mi casa. ¡Fuera! —vociferó.

Si no lo veía es que era tonta de remate. Ambos sonreían en la foto, pero ella se agarraba a él como un clavo ardiendo y Santos miraba hacia otro lado, era como si le hubiera fastidiado que le hicieran la foto. La había hecho la misma Laura, se veía su brazo, lo había pillado por sorpresa y la sonrisa de él era muy falsa. Quizás me quise convencer de que era así, quién sabe, solo sé que esa fotografía daba mucha información y estaba claro que Santos no quería nada serio con Laura y esta a su vez no sabía ni lo que quería, o sí, quería estabilidad y sentirse protegida. Quería depender de él.

Salí de casa de Laura como alma que lleva el diablo, estaba dolido, muy dolido, mucho más de lo que pensaba que estaría cuando me diera de una vez las calabazas que sabía que un día u otro me daría. Tampoco es que hubiéramos tenido una relación, solo fueron meros intentos frustrados, pero poco a poco ella me daba entrada, o no, yo solo tenía diecisiete años y cabía la posibilidad de que pensara lo que no era una y otra vez. Puede ser, yo lo único que sé es que me dejó hecho caldo.

Me deslicé con la moto como si volara, quería evadirme de todo aunque me saltaran todos los radares. Laura vivía a unos quince kilómetros de mi barrio, en otra población. Para volver a casa tenía que hacerlo por la autovía, estaba seguro de que llegaría al menos una multa a casa en unos días, mi padre me mataría y mi madre tendría el pretexto perfecto para quitarme de una vez la moto. Pero es que estaba tan furioso que en lo que menos pensaba era en la dichosa moto. Solo tenía una cosa en la cabeza, Laura y su manía por joderse la vida.

Dejé la moto en el *parking* y me dispuse a subir a casa. De pronto oí pasos tras de mí. Todo estaba muy oscuro y el único ruido de fondo era un goteo impertinente que a decir verdad era demasiado molesto. Me giré y no vi nada, pensé que podría ser el eco de mis pasos, pero era imposible, al seguir mi

marcha volví a oírlos.

—¿Quién hay ahí? —Silencio.

Pensé que me estaba volviendo un paranoico. Llegué hasta las escaleras que daban al portal y encendí la luz para poder subir las. Dos segundos después y cuando ya había subido algunos peldaños se apagaron.

Sentí un escalofrío que invadió todo mi cuerpo. No me dio tiempo a reaccionar. Lo último que sentí es un fuerte golpe en la cabeza.

El frío me despertó de golpe, abrí la boca y aspiré el aire para dentro; me dolía la parte trasera de la cabeza, tenía sangre en los hombros, por lo que debía tener una buena herida.

—Bueno, bueno, bueno... —Era Jack, sabía que un día u otro me prepararía una encerrona, no había elegido un buen momento.

—¿Qué cojones te crees que estás haciendo? —pregunté tiritando de frío, el agua que me habían tirado por encima tenía cubitos de hielo.

—Solo protejo a mi amigo de sabandijas como tú.

Mierda, pensé, no tenía ni idea de cómo lo había sabido, nos debió oír a mí y a Laura en la fiesta.

—¿De qué me estás hablando?

—Tú ya lo sabes, puedes engañar a Ben, pero a mí no me la das pijo de mierda.

No sabía qué decirle, pensé que lo mejor era callarme.

—¿Qué pasa ahora?, ¿se te ha comido la lengua el gato? —preguntó mientras sostenía una barra metálica.

—Quizás si te doy un empujoncito te vuelve el habla. —Seguidamente, me dio un golpe en el estómago con la barra de hierro. Me retorcí del dolor y solté un quejido ahogado. Estaba sentado en una silla y me habían atado de pies y brazos.

Había alguien más en la sala, pero no podía verlo. Estaba detrás de mí y no decía nada, solo observaba. Pensé que podía ser Ben, pero él no estaría en la penumbra, de eso estoy seguro.

—Así está mejor, ahora te voy a hacer una advertencia imbécil, primero, la chica de mi amigo no se toca, segundo, no vuelvas a contradecirme, si te digo que pierdas la carrera, la pierdes, nada de numeritos ni espectáculo, no me adelantas y punto.

—Tercero, y lo más importante... Ben es mi amigo, no vas a reemplazarme, ¿lo entiendes?, soy su mano derecha y tú no eres nadie. Creo que me he

explicado con claridad.

Respiré tranquilo, solo era Jack con sus tonterías, al parecer Ben no le había dicho nada de lo que me dijo que hiciera con Laura, eso quería decir que también desconfiaba de él aunque no me lo hubiera dicho. Me entraron unas ganas inmensas de reír, me parecía infantil el tío, sin embargo, era mucho más peligroso que un niño y en cuanto empecé a carcajearme sin parar se puso furioso. Se desquitó dándome un puñetazo en la boca.

Ben entró en la pequeña sala claustrofóbica donde Jack me había recluido.

—¿Pero se puede saber qué estás haciendo, descerebrado? —preguntó Ben con los ojos abiertos y la confusión pintada en su cara.

—Solo estaba ajustando cuentas con él, Ben, no es de fiar. Tú eres mi amigo y no quiero que nadie te humille. —Ben puso los ojos en blanco y agarró a Jack por el hombro.

—Jack, viejo amigo, no te preocupes, todo está bien con Caleb, yo ya he hablado con él y lo hemos solucionado, tú ya me entiendes, ¿verdad? —dijo Ben para conformar a Jack.

—Pero Ben, lo pillé enrollándose con Paloma en tu casa, Ben, en tu propia casa —dijo Jack preocupado.

—No te preocupes, yo se la he cedido, ya no la quiero, ¿no ves que le falta un hervor? —dijo Ben.

—¿Y por qué a él y no a mí? —preguntó Jack y tuve que aguantarme la risa, la escena me pareció patética y a Ben se le empezó a acabar la paciencia.

—¿O sea, que la querías tú ,eh cabrón?, por eso la mirabas con cara de salido. No me lo puedo creer. —Ben negaba con la cabeza mientras decía esto último.

—No te enfades conmigo Ben, por favor —suplicó Jack.

—¡Haz el favor y suelta a Caleb ahora mismo!, ¡pero ya! —ordenó.

Jack comenzó a desatarme con torpeza, me miraba de modo desafiante y yo le sonreía con malicia. Mientras me despojaba de mis ataduras en los pies pude verle un tatuaje tribal en el cuello, en el centro tenía una estrella y los lados representaban unas alas formadas por los dibujos de ese tipo de tatuajes.

—¡Tú, ven aquí ahora mismo! —exclamó Ben e hizo un gesto para que el chico que se escondía en la penumbra se acercara a él.

Me quedé de piedra cuando vi a Menda, él me miró y cerró los ojos levemente en un gesto sin palabras, parecía que quería decirme que lo sentía.

—Gracias por avisarme —le dijo Ben.

Al parecer, en cuanto vio las intenciones de Jack, se ofreció voluntario

para acompañarlo y le envió un mensaje a Ben poniéndolo sobre aviso. Permaneció en la sombra, pero su intención era actuar si la cosa se ponía fea y propinarle un golpe en la cabeza a Jack para dejarlo fuera de combate.

Aquel día supe que podría contar con un amigo en Arría Baja. Era difícil poder hacerlo, pues todos, absolutamente todos, tenían intereses ocultos en cuanto se acercaban, ¿cuáles serían los suyos?

Capítulo 23

Mientras veía un programa de motos que estaba de lo más interesante y me ayudó a olvidar las últimas horas, una interrupción en forma de informativo especial me dejó con la boca abierta.

«La policía ha localizado el cuerpo de Cristine Lambert en una pequeña riera a las afueras del conocido barrio, Arría Baja. Recordemos que Cristine desapareció el pasado uno de septiembre. Su familia está consternada con esta fatídica noticia. Se ha decretado el secreto de sumario, pero fuentes cercanas a la víctima nos han informado de que su cuerpo se hallaba en perfecto estado, después de dos meses, solo se podría explicar si el cuerpo hubiera estado congelado, seguiremos informando».

La noticia me cayó como un jarro de agua fría, claro que había estado congelada, alguien tenía su cuerpo y ahora lo había dejado en la riera. No podía ser de otra manera. En la televisión vi a Santos, miraba a cámara desde la lejanía.

Ella pidió mi ayuda y yo no pude hacer nada, solo husmear en el congelador de Ben Killer, me sentí muy culpable y no tenía por qué, al fin y al cabo solo era un crío, un jodido crío.

Le envié un mensaje a Laura.

«Han encontrado a Cristine»

A lo que ella me contestó.

«Lo sé, estoy en la riera con Santos»

Sentí la necesidad de saber más y le envié otro mensaje preguntándole que cómo habían sabido que estaba allí.

Me respondió que en ese momento no podía hablar y que no podía decirme nada ni a mí ni a nadie. «Recuerda que soy policía», me escribió.

—¡Joder, joder, joder! —mascullé.

—¿Qué pasa, hijo? —preguntó mi padre que al oírme asomó la cabeza por la puerta de mi habitación.

—Nada papá, cosas mías.

Mi padre sonrió y volvió al salón. Todavía seguía enfadado con mi madre.

Ella le suplicaba por activa y por pasiva que le perdonara, pero mi padre estaba dolido de verdad.

Andrea seguía recluida en su habitación, no sabía si quería tener a su hijo, se estaba planteando abortar, el abandono de su novio y el ambiente en casa le estaban pasando factura.

Y ahora la aparición del cuerpo de Cristine, ¿quién habría sido?, ¿quién la habría matado?

Necesitaba hablar con alguien, soltar todo lo que llevaba dentro, Laura no era una buena opción y en Arría Baja estaba solo. Andrea tenía bastantes problemas, pero ella me creería si le hablaba del espíritu de Cristine.

Entré a su habitación y la interrumpí mientras leía un libro que parecía gustarle mucho.

—Necesito que alguien me escuche— le dije.

En la radio sonaba «My immortal» de Evanescence. Andrea, simplemente, dio unos golpecitos en su cama para que me sentara junto a ella.

En el acantilado, mi hermana y yo nos disponíamos a hacer algo absurdo a mi parecer; pero Andrea lo tenía muy claro. Decía que con el péndulo te podías comunicar con los muertos. El día anterior le había explicado todo lo que viví en el acantilado y lo que el espíritu de Cristine me había dicho. Le conté que sabía que estaba congelada, y que ella me había pedido que la encontrara.

Sujetó el péndulo y puso la palma de la mano hacia arriba.

—Dame el sí —dijo Andrea e inmediatamente el péndulo empezó a moverse de un lado hacia otro—, dame el no —añadió y justo después, el péndulo comenzó a moverse en círculos.

Yo miraba a mi hermana extrañado, empezaba a plantearme si había sido buena idea dejarme liar por ella.

—¿Puedo preguntar? —le preguntó Andrea al péndulo, la verdad es que tuve que contener la risa.

El péndulo comenzó a moverse de un lado a otro.

—Piensa en Cristine, Caleb, todo lo intensamente que puedas. —Cómo no pensar en ella después de todo lo que estaba pasando.

—¿Hay alguien aquí con nosotros?

El péndulo se quedó parado.

—Cristine, ¿estás aquí con nosotros? —preguntó Andrea.

El péndulo seguía parado.

—Inténtalo tú, Caleb.

—No sé yo... —dije con escepticismo.

—Va tonto, ya verás cómo resulta.

Suspiré, mi hermana me llevaba por senderos tortuosos, siempre lo había hecho.

—Cristine, ¿estás aquí?

El péndulo cobró vida propia y comenzó a moverse de lado a lado.

—Está aquí —dijo Andrea —, dile que te coja de la mano.

La miré extrañado.

—Hazme caso.

—Cristine, si estás aquí, si eres tú, coge mi mano.

Me quedé esperando a que pasara algo, el péndulo volvió a quedarse clavado. Cuando estaba a punto de soltar miles de carcajadas, algo entrelazó unos dedos invisibles con los míos. El susto fue mayúsculo; solté varios improperios y sacudí la mano.

—¿Lo ves, tonto?

—De acuerdo, vamos a preguntarle a ella —dije con decisión.

—Cristine, ¿sigues ahí? —el péndulo marcó el sí.

—¿Es Ben el culpable de tu muerte?

Sí, dijo el péndulo.

Mi corazón comenzó a galopar.

—Ha sido él Andrea, ha sido él.

—Deberías hacerle la pregunta correctamente, que sea por culpa de Ben no significa que haya sido Ben. ¿Me entiendes?

Miré a mi hermana extrañado, y es que yo desconocía que Ben la rondaba y ella no le hacía ascos.

—Cristine, ¿te mató Ben Killer?

El péndulo se movió en círculos, marcados y amplios.

Andrea negó con la cabeza.

—Esto no falla, Ben no ha sido.

—No lo sabemos Andrea, puede que solo sea autosugestión.

Algo tocó mi hombro y me susurró al oído. Fue muy claro el susurro.

—NO...

—Joder, ¿has oído eso? —le dije a mi hermana.

Ella negó con la cabeza.

Mi intuición me decía que Ben Killer no había sido, pero su fama y la insistencia de Santos llegaban a contaminarme en ocasiones. Laura tampoco

creía que hubiera sido él. Pero Santos estaba tan seguro, que daba miedo.

A mi teléfono llegó un mensaje, Ben quería verme, me preguntaba qué tal estaba por la encerrona de Jack y quería que fuera al bar de enfrente de mi casa, él estaba allí y tenía algo que proponerme.

No tenía ganas de seguir con el paripé, Laura ya no estaba y sin ella todo perdía sentido. Había llegado el momento de plantarle cara a Santos.

Entré al bar y Ben me localizó enseguida. Me hizo un gesto para que me acercara y les pidió a sus acompañantes que nos dejaran solos.

—Hay demasiados oídos por aquí —me dijo.

—Si te parece nos tomamos unas Birras y vamos a otra parte.

Asentí con la cabeza, no sin mostrarme alerta, por mucho que el espíritu de Cristine hubiera liberado a Ben de ser el autor de su muerte no lo había descartado como presunto asesino.

Necesitaba ir al lavabo y me dispensé con Ben.

Entré en el servicio de hombres y mi móvil vibró. Era Santos.

—No puedo hablar ahora.

—¿Me vas a decir qué narices pasa?, llevas días eludiendo mis llamadas, no me toques los cojones niñato que te meto para adentro, ¿me entiendes verdad?

—Joder Santos, dame tiempo, estoy con él ahora mismo, estoy en los lavabos.

Él pareció suavizar el tono, al menos en apariencia.

—Está bien, pero quiero algo, ya.

Suspiré por puro cansancio, Santos me agotaba mentalmente hablando.

—Que sí.

—Eso espero.

Santos colgó el teléfono y yo me apoyé en las baldosas de espalda a la pared.

Mi vida se había convertido en una pesadilla de la que veía complicado salir sin ser visto.

En los últimos días el acoso de Santos se había intensificado, me llamaba tres veces al día de las cuales, le cogía el teléfono una con suerte, recibía mensajes amenazantes, estaba tan agobiado que pensé incluso en cambiar la tarjeta del móvil y mi número telefónico. Pero entonces el imbécil de Santos organizaría una redada en mi casa y él encontraría la droga bajo mi colchón. Droga que él mismo llevaría escondida entre su ropa. Mis padres no me

creerían después de lo que pasó cuando vivía en La Vila Alta.

Yo mismo me hundía en una espiral de pensamientos circulares, unos días pensaba que Santos no haría nada, que todo era un farol y todo me importaba una mierda, al siguiente estaba completamente acojonado.

Me refresqué la cara y me miré al espejo, dos prominentes ojeras rodeaban mis ojos, mi cuerpo acusaba el estrés que bullía en mi interior.

Volví a la mesa donde estaba Ben esperándome con dos cervezas muy frías. No me lo pensé y le di un trago más largo de lo normal a la mía.

—Eh, compañero, que te vas a ahogar, ¿qué has visto ahí dentro?, has salido blanco como un papel.

—Nada, la comida no me ha sentado muy bien, eso es todo.

Ben me miró extrañado, no se me ocurrió otro pretexto mejor y ya habían pasado muchas horas desde la hora de comer. Para más inri, me estaba ventilando la cerveza con demasiada ansia para estar con cagaleras.

—Tú mismo —masculló.

No quise darle más explicaciones, de hecho, tampoco podía hacerlo, estaba atado de pies y manos.

Capítulo 24

Salimos del bar y quedamos en un *pub* de La Vila Alta, solía frecuentar ese lugar cuando vivía en la urbanización. Cuando Ben llegó, yo lo esperaba en el interior del local. Me había pedido una Coca-Cola, la cerveza que me había bebido en el bar del barrio me estaba pasando factura y atreverme a conducir mi moto en un estado a medias óptimo ya me preocupaba bastante como para volver a casa mucho peor.

Ben se sentó frente a mí en la mesa y pidió una cerveza doble malta, a él parecía no preocuparle conducir su moto bebido.

—¿Qué has podido averiguar sobre Paloma? —Esperaba que me lo preguntara, raro era que todavía no lo hubiera hecho.

—Verás tío, no creo que sea el topo, bueno, en este caso la topo —sonreí.

—¿Por qué no crees que lo sea?

Recé para que Ben no notara mi nerviosismo, hablar de Laura era para mí delicado, quería protegerla, aunque me hubiera dado las calabazas más grandes que me habían propinado en los últimos tiempos.

—Por qué esa chica no actúa, es algo limitada, ya me entiendes —dije denotando convicción.

—Bueno, eso ya lo he visto, pero no creía que pudiera existir alguien así y ya te he dicho que yo la he visto hablar por teléfono en otro tono, más normal, ya me entiendes.

—Sinceramente, para pasar el rato no está mal, pero si quieres tener una conversación seria con ella, la cosa se complica —mentí.

—A mí me desespera. Vale, que es guapísima, pero eso no lo es todo. —Dio un trago largo a su cerveza.

Me dolía que hablara así de Laura. No sabía por qué, pero me entraron ganas de decirle en su cara que el que patinaba era él, pero me contuve. Contenerme era mi deporte favorito en los últimos tiempos.

—Yo no busco nada serio con nadie, solo quiero distraerme. —Me estaba convirtiendo en un actor, como podía decir tantas mentiras sin pestañear, me moría por ella.

—Pues toda para ti, colega, a mí ya no me interesa. Tengo otras miras más altas —dijo pensativo.

—¿Y se puede saber dónde has enfocado tus miras? —pregunté con curiosidad.

—Todo a su tiempo Fénix, todo a su tiempo.

Chocamos nuestras botellas y hablamos y reímos un buen rato. El ambiente se tornó distendido y descubrí que Ben era algo más que trapicheo, droga y mujeres. Era un chico inteligente, quizás demasiado para su edad, pero toda su inteligencia la había enfocado en dominar el barrio y forjar su negocio clandestino.

Ben empezaba a estar muy borracho y yo ya estaba más fresco que una rosa.

—Acompáñame —dijo.

Lo miré de soslayo. Ben quería que lo acompañara al lavabo.

—No seas malpensado compañero, ven aquí. —Me cogió del hombro y me llevó casi a rastras a los servicios.

—¿Para qué me traes aquí?, no creo que te pierdas si vas solo. —Me entró la risa nerviosa.

—Tú tranquilo —dijo mientras me guiñaba el ojo.

Ben extrajo del bolsillo de su cazadora un pollo de cocaína y extendió dos rayas en la encimera de los lavabos.

—No suelo hacer estas cosas, no me gusta consumir, pero si quiero volver a casa sin problemas para conducir, necesito un empujoncito.

Se metió la raya y luego me ofreció a mí un billete de diez euros enrollado.

—No, gracias.

—No me hagas el feo, no me gusta meterme solo —dijo Ben abriendo los brazos en señal de fastidio.

—No, de verdad, yo no me meto, no lo he hecho nunca.

—Pues quizás ha llegado la hora de que lo pruebes.

—No quiero. —Estaba empezando a sentirme muy incómodo y yo solía explotar cuando me sentía así.

—¡Qué te metas la jodida raya, cojones! —gritó.

—¡No me sale de los huevos!, ¿me oyes?, no quiero tu jodida droga ni ninguna otra jodida droga de nadie, ¡joder! —No lo pude evitar, me había tocado la fibra, ¿tanto le costaba a la gente entender que yo no me metía coca?

Pensé que Ben se mosquearía y que se pondría como el Demonio de Tasmania, pero muy al contrario, me abrazó y me dijo.

—Ves, por eso me caes bien, no te «achantas» y haces lo que digo como otros, no eres un jodido perrito faldero, estoy hasta los cojones de lame culos, tú eres diferente, por eso te elegí.

Vamos, todos me habían elegido por algo, pero por mis arranques de mala hostia ninguno. Jamás pensé que Ben sintiera que el mundo le bailaba el agua, pero no erraba en sus sentimientos, pues todos lo hacían, todos; menos yo. Había sido muy parecido a él en mi antiguo barrio, sabía de sobra como se sentía y también sabía que el día que Ben Killer volviera a ser Benito, el hijo de la Dolores, su mundo se iba a desmoronar como un castillo de naipes, porque Ben se alimentaba del miedo de los otros, no le gustaba, pero lo hacía. Por algo se hacía llamar Ben Killer, ¿quién hace eso, si no quiere infligir terror a los demás?

En el *pub* estaban mis antiguos amigos, hice el amago de saludarlos, pero miraron para otro lado. Jamás pensé que su amistad fuera solo una pantomima. Yo, al contrario de Ben, no trataba mal a nadie, simplemente vendía chocolate, aderezaba sus noches de risas con mi mercancía. Pero lo mío era a pequeña escala, Ben era muchísimo más grande que yo en ese aspecto. No obstante, en La Vila Alta era el único que surtía de porros al personal, por ello me «querían» tanto y todo lo que yo decía o hacía era tan y tan divertido. Hipócritas.

Una chica me miró con sus pequeños ojos azules, la reconocí enseguida, era Belén, la amiga de Cristine.

Belén se levantó y se dirigió hacia nosotros.

—¿Qué le hiciste a mi amiga?! ¡Asesino! —Miré a Ben que parecía no inmutarse.

Ben me miró y cuando dirigí la mirada a Belén me di cuenta de que no se lo decía a él, sino a mí.

Belén se acercó a mí y me agarró por la pechera.

—¿Cómo te atreves a cercarte por aquí?, fuiste tú, seguro que fuiste tú.

—¿De qué estás hablando?, yo apenas la conocía.

—Estabas allí, ella me lo dijo, ella tenía miedo y tú la seguiste.

—¿Pero, de qué cojones me estás hablando? —grité y me sentí mareado. Todo me daba vueltas y la voz distorsionada de Belén se me clavaba en los oídos.

De pronto todo se volvió negro, la oscuridad se apoderó de mí y Cristine apareció en ella sonriente. ¿Era eso lo que pretendía?, inculparme a mí. ¿Qué

estaba pasando?

—¡Caleb!, ¡Caleb!, despierta.

Me dolía la cabeza horrores, Ben me miraba contrariado.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Estábamos en el lavabo y no había ni rastro de Belén.

—Tendrías que haberme dicho que la coca te sentaba tan mal, parecía que tenías un brote psicótico y no hacías más que hablar con la pared.

—Yo no me meto coca, no me he metido coca.

—¿Cómo que no, Fénix?, claro que lo has hecho y recuérdame que no vuelva a invitarte jamás, me has dado un susto de muerte.

Estaba confundido y horrorizado, me miré al espejo y tenía cocaína cerca de los orificios nasales, mi nariz moqueaba y una sensación anestésica inundaba mi boca.

El billete estaba en el suelo hecho trizas.

¿Pero, qué había hecho?, jamás había tenido un episodio como aquel.

Mi realidad se había distorsionado y había perdido la noción del espacio y el tiempo, estaba seguro de que había rechazado la cocaína, yo no me drogaba.

Capítulo 25

Intenté no dejarme ver durante unos días, iba al instituto y cuando salía me recluía en casa con los auriculares puestos y la música a toda castaña para huir de la realidad de mi «hogar» y también de la de mi vida. Andrea quería abortar, de repente lo tenía tan claro que daba miedo, yo ya me había hecho a la idea de ser tío y me gustaba, me imaginé enseñando a mi sobrino a conducir una moto, y si era chica también, eso era lo de menos, pero su tío les enseñaría el encanto de la velocidad.

Andrea había dejado de llorar y salía algunas noches. Estaba resplandeciente y volvía a pasarse horas delante del espejo. Lo malo de todo es que nuestra tregua parecía haber terminado y de nuevo mi hermana volvía a ser la arpía con mala leche que siempre había sido. Eso me causó tristeza, estaba contento con nuestra nueva complicidad.

Ben me había escrito en un par de ocasiones para que corriera en sus carreras, pero le di la excusa más vieja y manoseada que podía darle, que mi madre me había castigado sin salir por llegar drogado a casa. De alguna manera tenía que justificar mi repentino encierro.

No podía quitarme de la cabeza a esa chica acusándome de asesinato. Era tan real que me parecía imposible que solo hubiera sido fruto de mi imaginación. Según Ben, no saludé a ninguna Belén ni a chica alguna en el *pub*; solo me metí la raya y comenzó mi chaladura. En parte respiré aliviado, pero por otro lado mi cabeza comenzó a dar vueltas. ¿Había algo que se me estaba escapando?

Un SMS entrante me sacó de mis pensamientos circulares, era Laura, pero con otro número, el que tenía como Paloma.

«Chato, ¿dónde te metes?»

«No puedo salir, estoy castigado, luego te llamo»

Se suponía que Ben estaría con ella, si no, me hubiera enviado el mensaje con su móvil o simplemente no me habría dicho ni pío. Lo hacía porque Ben se lo había pedido y eso me dolía. La echaba de menos.

El teléfono comenzó a sonar, la palabra Paloma apareció en pantalla. No

tenía ganas de actuar, pero si acababa de contestar, hubiera sido de lo más extraño que no atendiera la llamada ahora.

—Dime, Palomita. —Reuní todo el optimismo que pude para contestar de buen talante a la Laura tuneada.

—Soy yo, tío. —Era Ben y parecía puesto hasta las cejas, y luego decía que él no se metía nada.

—Hola, Ben.

—He tenido una idea grande, vámonos este finde a Posada.

—¿Posada?, ¿pero tú estás loco?

Posada era una discoteca que estaba a unos doscientos kilómetros del barrio. Un antro en medio de la nada, se trataba de una casa rural convertida en discoteca de moda para todos los «canis» de a pie. Era como una especie de templo para ellos. Incluso llevaban adhesivos gigantes con el nombre de la discoteca en la luna trasera de sus coches modificados. Esas «pegatinas» eran imanes para los controles de alcoholemia.

—Loco, loco, estamos locos ¿verdad, Paloma? —dijo Ben mientras hacía ruiditos sospechosos. Apreté los puños con fuerza, ¿la estaba besando?, respiré hondo, no quería volverme paranoico.

—Venga va, Fénix cariño, vámonos a la Posada, por fi... por fi... —Puse los ojos en blanco y solté un bufido de fastidio, ahora era Paloma la que hablaba.

—No lo sé, ya os diré algo. —Colgué el teléfono, los celos no me dejaban pensar con claridad, pero es que en realidad, aunque me encantaba el New Style, que era la música que pinchaban en Posada, no me apetecía nada ir allí con ellos dos mientras se metían mano delante de mis morros. En teoría Ben ya no tenía nada con Paloma, ¿qué narices estaba haciendo?

Un par de horas habían pasado desde la extraña llamada de Paloma y Ben. Me había quedado dormido y la vibración del móvil debajo de la almohada me despertó.

—Caleb, soy Laura.

—¿Qué pasa, ahora?

—Tienes que venir a la discoteca esa.

—¿Para qué?, ¿para ver cómo te enrollas con Ben en mis morros?, ¿no se suponía que ahora estabas conmigo en la ficción que tienes montada?

—Caleb, ya hemos hablado y pensé que lo tenías claro, entre tú y yo no hay ni habrá nada que no sea teatro, ¿me comprendes, verdad?, es mi trabajo y

si vienes te prometo que Santos te liberará.

Me incorporé en un gesto rápido.

—¿Cómo es eso?, ¿a qué te refieres con que Santos me liberará?

—Verás, hablé con él para que te dejara al margen de la operación.

—¿Y qué dijo?

—Va a detener a Ben por sus negocios con la droga. Esa noche entrarán en su guardería, por ello necesitamos que esté lejos.

—No lo entiendo, ¿qué más da si está aquí o no?, sois la policía, se supone que tenéis autoridad, ¿no?

—Lo van a pillar por sorpresa, para que no le dé tiempo a cambiar la mercancía de lugar. Santos piensa que hay un topo entre los nuestros. —Dios, topes, topes por todas partes, empezaba a pensar que Ben y Santos se parecían más de lo que pensaban.

—¿Y cómo se supone que vais a demostrar que es suya?

—¿Te olvidas de que me ha llevado allí?, tengo grabaciones, Caleb. Esto se acaba; el sábado por la noche y no tendremos que fingir más, ni tú, ni yo.

Respiré profundamente, por una parte tenía unas ganas locas de que mi vida volviera a ser lo que era antes de toda aquella locura. Por otra, echaría de menos a Laura y no quería dejar de frecuentarla. De alguna manera no perdía las esperanzas, pues estaba acostumbrado a renacer una y otra vez cuando todo parecía perdido.

—¿Y el tema de Cristine?

—Me ha dicho Santos que lo olvide, después de tanto tiempo no hemos conseguido nada, prefiere tenerlo encerrado un tiempo, aunque sea corto.

Me pareció todo tan surrealista que no podía creerlo. Pero bueno, si así se terminaba todo, haría el esfuerzo e iría a Posada.

Mi madre dio dos toques cortos en la puerta de mi habitación. No solía hacerlo, ella era de las que entraban a cualquier parte sin llamar, y cuando digo a cualquier parte, me refiero a todas las habidas y por haber en un piso de sesenta y cuatro metros cuadrados.

Como no podía ser de otra forma, la dejé pasar, parecía que venía en son de paz.

Su aspecto era lamentable, había adelgazado varios Kilos y unas grandes ojeras negras coronaban sus ojos.

—Caleb, hijo, no sé qué hacer para que tu padre me perdone —dijo entre sollozos.

—Quizás deberías haberlo pensado antes de machacarlo hasta la saciedad. Él ha hecho lo que ha podido y no tiene toda la culpa de que lo perdiéramos todo.

—¿Qué quieres decir?, ¿que la culpa es mía? —preguntó furiosa.

—Todos tenemos culpa, mamá, los cuatro. Vivíamos por encima de nuestras posibilidades y solo papá trabajaba. Que vale, que la empresa iba bien y no hacía falta más, pero nos pasamos.

—A tu padre no le pagaron varios trabajos importantes, por ello todo se hundió, no fue culpa nuestra, solo de su mala cabeza, de las confianzas que se tomaba con el primero que le daba palmaditas en la espalda.

—¿De qué sirve ahora buscar culpables?, todos sabemos lo que pasó y la única realidad es que ahora estamos aquí. Quejándonos todo el día no solucionamos nada mamá y tú te has pasado los meses que llevamos aquí como el perro del hortelano.

Mi madre seguía con su expresión de «te voy a matar en cualquier momento», pero de pronto nos quedamos callados los dos y se instaló un silencio incómodo entre ambos, silencio que se rompió de golpe y porrazo cuando mi madre y yo estallamos en carcajadas.

Ella me abrazó como hacía mucho tiempo que no hacía y me hizo sentir mucha ternura por ella, era la viva imagen de una diva en declive, pero hasta con su pinta de estar por casa y haber llorado semanas, seguía siendo una mujer muy guapa.

—¿Qué puedo hacer para que papá me perdone? —preguntó.

—Ya pensaremos algo, ¿vale?, yo te ayudo —le dije divertido mientras le guiñaba un ojo.

A eso de las nueve de la noche decidí salir a dar una vuelta con la moto, en el edificio no había ascensor y me encendí un pitillo mientras bajaba por las escaleras. Nosotros vivíamos en el tercer piso, me lo tomé con calma y me paré en el primero a terminarme el cigarro. Con disimulo pisé la colilla y la dejé en un rincón, pero una voz femenina me dio un susto de muerte.

—¿Por qué no lo tiras en el suelo de tu casa? —Era una chica preciosa que había visto varias veces, pero a parte del hola y del adiós de rigor, no habíamos cruzado más palabras.

—Lo siento, no tengo justificación. —La verdad era que cualquier excusa estaba de más.

—No soporto a las personas incívicas, hay que tener un poco de sentido

común ¿no crees? —espetó en tono seco y neutro, como si fuese un robot.

—Oye, lo siento, no pasará más.

—Eso espero. —Confieso que llegué a sentirme avergonzado.

Asentí sin saber muy bien cómo actuar, si presentarme o seguir mi camino con un simple adiós y un lo siento para adornar el momento. Pero unas risas estridentes me dejaron fuera de juego.

—¡Que era una broma, tonto! —exclamó enérgica y luego añadió— , soy Patricia; Patri, para los amigos.

—Yo soy Caleb, Fénix para... bueno, déjalo no importa puedes llamarme como más te guste. —Los ojos de Patri, azules e hipnóticos hacían que me resultara difícil aguantarle la mirada.

—Así que, Fénix... ¿y eso por qué? —No, me iba a sentir estúpido si decía eso de «porque siempre renazco cuando parece que todo está perdido, en las carreras, en la vida, en el amor "*baby*"», definitivamente, me estaba haciendo mayor, esa frase antes salía de mí automáticamente y qué bien me sentía cuando la decía, qué idiota.

—Es largo de contar, las carreras, ya sabes —dije para que dejara el tema.

—No, no lo sé, ¿me lo puedes explicar? —dijo con una sonrisa burlona pintada en la cara.

—Tú eres un poco rarita, ¿verdad?

—¿Yo?, no es a mí a la que llaman como un pajarraco.

—Mira, mejor sigo mi camino... —Ya me sentía demasiado descolocado como para seguir hablando con esa chica.

—De acuerdo, pero si te llevas tu colilla, mejor, no es por nada, pero soy yo la que limpia esta escalera, ¿sabes?, es mucho más fácil si los vecinos no hacen el cerdo.

—Entonces ¿eres la limpiadora?

—No..., bueno sí, a ver, vivo aquí, pero los vecinos me pagan para que limpie la escalera.

—Ah... —Yo no estaba acostumbrado a que los vecinos de la urbanización limpiaran sus casas, ni siquiera su jardín, ni la piscina, nada, allí todos tenían servicio, me sentía a veces como un bicho raro en Arría Baja, y eso que en mi antiguo barrio yo era el tiradillo de turno.

—Bueno chico, te dejo, ya hablamos otro día. Adiós, pelícano.

—Es Fénix.

—Qué más da, un pajarraco u otro.

Negué con la cabeza y me marché de su lado, respiré aliviado, esa chica

me había puesto muy nervioso.

Capítulo 26

Sábado 1 de septiembre de 2008

Caminaba sin rumbo por mi nuevo barrio. Había estado muchas veces en Arría Baja, pero siempre lo había hecho en un vehículo; mi padre aparcaba el coche en el *parking* de la que entonces era casa de mi abuela y ni siquiera teníamos que pisar la calle. Aún recordaba como los vecinos miraban el Audi de mi padre, y mi madre decía, «aquí nos robarán o nos harán algo, qué poco me gusta este sitio», quién le iba a decir a ella que acabaríamos viviendo en el piso de su suegra.

Estaba a punto de anochecer y hacía demasiado calor. Encendí un cigarro y me paré a fumármelo en la frontera imaginaria que unía La Vila Alta con Arría Baja, estaban tan cerca la una de la otra pero tan lejos a la vez. Había un gran terreno sin edificar, era tierra de nadie y el separador entre ambos lugares.

El solar estaba desierto, solo el sonido de algún grillo desentonaba con los fogonazos de las fábricas que estaban al otro lado de Arría Baja. De pronto la vi, una chica medio encogida por el frío se acercaba al barrio por el tético descampado. Me pareció que la conocía de algo. Era una chica Rubia y alta, de complexión delgada, cargaba a sus espaldas con una mochila abultada.

La chica salió del solar y me miró con disimulo, creí reconocerla, pero no estaba seguro de si era o no la chica con la que tuve un intento de cita frustrada;

la saludé con la mano, pero ella me ignoró.

—¡Ey chica!, no me como a nadie —vociferé.

Miércoles, 19 de noviembre de 2008

Desperté entre jadeos y galopes de mi corazón, el sábado se acabaría todo, tenía ganas de recuperar mi vida, la verdad. A Ben le había dado por encargarme «trabajitos», lleva este paquete allí, dale este sobre a fulanito. Se estaba tomando demasiadas confianzas y eso no me gustaba nada. Después de que Jack me secuestrara, la relación entre ellos se había enfriado y Jack me la tenía doblemente jurada. Mi vida se había vuelto tensión y más tensión; menos

mal que yo no era de los que se rendía, pero empezaba a pasarme factura tanto cambio en mi rutina.

Me había vuelto a cruzar con Patri una vez más desde el lunes, pero no me saludó. Una chica extraña, la tal Patricia. Después de mi encontronazo con ella fui al acantilado; ni rastro de Cristine, por mucho que intenté contactar con ella. Incluso me llevé el péndulo, pero no hubo manera.

En la televisión dijeron que Cristine murió por un fuerte golpe en la cabeza y que el cadáver había sido trasladado, al parecer lo debieron congelar *post mortem* por su buen estado de conservación.

Daban detalles con cuentagotas y la mayoría de información la conocía por los programas de televisión que se hacían eco de la noticia y la explotaban al máximo para ganar en audiencia.

En uno de los programas salió Santos, lo abordaron cuando salía de comisaría visiblemente agobiado por las preguntas de los periodistas, le preguntaron por si sospechaban de alguien y él contestó que tenían ya un sospechoso y estaban estrechando el cerco sobre él, que era cosa de días el poder detenerlo.

Había llegado el día; estaba reventado. A Ben se le había ocurrido la formidable idea de tomar unas cañas el viernes por la noche y el sábado por la mañana yo ya no era persona. Dormí todo lo que me fue posible, mientras mi familia no despertó, pude hacerlo sin problema, hasta que Andrea acabó con la paz de mi silencioso hogar y puso la música a toda castaña.

—¡Andrea, baja eso por favor, los demás queremos dormir!— gritó mi madre.

No hubo respuesta y yo me levanté de malas pulgas y fui a su habitación. Encontré a mi hermana llorando. Bajé la música y me senté con ella en su cama.

—¿Qué te ha pasado hermanita?— le pregunté en tono cariñoso.

—Joder Caleb, nada me sale bien.

—¿Qué ha pasado?

—Conocí a un chico, empezamos a salir hace unas semanas. Al principio no le dije nada de mi embarazo, pensaba abortar antes de que nadie pudiera notarlo. Pero no quiero hacerlo Caleb, estuve en la clínica con mamá y fui incapaz de deshacerme de mi bebé. Me hicieron una ecografía y estaba allí, tan pequeñito, tan inocente. No pude hacerlo, Caleb. —Abracé a mi hermana mientras ella lloraba desconsoladamente.

—Me alegro de que al final no lo hicieras, tengo ganas de tener un sobrino, o una sobrina.

Andrea asintió.

—Yo quiero tener a mi bebé, pero cuando se lo dije a Ben me dejó.

—Ben, ¿qué Ben?

—Ese amigo tuyo que se parece a James Dean.

Apreté los puños.

—Andrea, Ben no te conviene.

—¿Por qué dices eso?, es buen chico.

—Y está metido en asuntos turbios, Andrea.

—¿Entonces qué haces siempre con él y sus amigos?

Respiré hondo.

—Es largo de contar, Andrea. Pero no lo hago por gusto créeme.

—¿Entonces, por qué?, ¿por dinero?

—Andrea, no puedo hablar, confía en mí, ¿de acuerdo?

Andrea me miró preocupada.

—No te metas en líos, ¿vale Enano?

Asentí mientras la volvía a abrazar.

—Todo irá bien Andrea, no pierdas el tiempo con piezas como Ben, te mereces algo mejor.

Andrea se encogió de hombros.

—No tengo remedio, hermano.

—Pues será mejor que empieces a remediarlo...

Ambos reímos un poco, lo suficiente para quitarle hierro al asunto, yo estaba muy nervioso por lo de aquella noche, ella sabía que su vida cambiaría al cien por cien, encima estaba tan necesitada de amor que lo buscaba en cualquier parte, y no es que mi familia no se lo diera, no era eso. Andrea necesitaba más, era una de esas mujeres que amaban demasiado y el amor que no era tal y siempre la engañaba, se le resistía. Ella lo intentaba agarrar con fuerza, pero se le escapaba entre sus largos y finos dedos.

Habíamos quedado en la explanada, yo me vestí con una camiseta, unos tejanos y una cazadora fina. Sabía que íbamos a pasar calor. Cuando llegué al punto de encuentro, me encontré a Laura, a Ben, a Menda y a Jack bebiendo. ¿Si bebían ahora quién conduciría?, estuve por darme media vuelta y volver a casa, eran unos descerebrados, lo que no comprendí es que Laura se metiera tanto en su papel como para aprovechar y agarrarse la tajada de turno.

Los saludé a todos y enseguida me ofrecieron un cubata, yo lo rechacé. Sí, era como el aguafiestas de turno, pero es que no me apetecía en ese momento. Tenía los nervios a flor de piel y no quería perderlos pasándome con la bebida esa noche.

—Mira que eres amargado, Fénix, tú si no tienes una moto entre las piernas eres un muermo de cuidado —dijo Ben, que curiosamente estaba abrazado a su amigo del alma Jack, la bebida hacía milagros y los enfadados se daban tregua.

De pronto, una furgoneta aparcó al lado de donde estábamos, eran Quique y el Seco, dos miembros de la banda de Ben con los que apenas había tenido contacto.

—¡Eh!, ¿qué pasa? —dijo Ben mientras se saludaba con ellos con el típico ritual que hacían los chicos de Arría Baja con las manos.

Después de los saludos y los porros de rigor, pasaron uno a uno al interior de la furgoneta para completar el tridente de drogas. Se metieron una raya cada uno, incluso Laura lo hizo.

Me ofrecieron una a mí, la rechacé.

—Dejadlo, no tiene remedio —dijo Ben y lo agradecí.

Yo creo que lo hizo porque no quería que le jodiera la noche, al fin y al cabo en mi supuesta última raya le lie un buen numerito en los lavabos del *pub*. Seguía confundido con esa noche, sabía que yo no me había metido nada, ¿qué había pasado?, lo desconocía. La escena con Belén se repetía en mi cabeza una y otra vez; me la había imaginado, al menos eso decía Ben.

Laura se me acercó. Estaba preciosa con su peto negro con pantalones de campana y su camiseta blanca con letras góticas. Se había peinado su larga melena castaña en una cola de caballo, parecía una más y nadie averiguaría su verdadera edad, tenía la suerte de parecer muchísimo más joven.

—Se te ve muy tenso, Caleb, Ben tiene la mosca detrás de la oreja —me susurró con disimulo mientras fingía abrazarme y luego añadió—, relájate un poco; bebe.

—No quiero, Paloma —dije con firmeza.

—Es la última noche, nuestra última noche, ¿vamos a pasarlo bien?

—Lo pasaría bien en otras circunstancias, contigo, sin fingir, sin mentiras, me encantaría.

Ella pegó sus labios a los míos y me besó lenta pero intensamente. Los demás se burlaron y Jack dio una patada a la rueda de un coche.

Era eso, Jack quería estar en mi lugar y no podía, la envidia le devoraba el

alma y salía por sus poros para extenderse a su alrededor, Jack era un ser oscuro, estaba agazapado esperando caer sobre mis huesos, pero la próxima vez no se lo pondría tan fácil, me lo había jurado a mí mismo.

Durante el viaje de ida a Posada, con Quique al volante puesto hasta las cejas de cocaína, decidí que lo mejor que podía hacer era dormirme. Laura y yo estábamos en la parte trasera de una furgoneta de siete plazas junto a Menda. Laura acariciaba mi cabeza que descansaba en su regazo. Abrí los ojos y los suyos me saludaron como un par de girasoles gigantes. Entonces volvió a besarme. No me gustaba que hiciera eso, había bebido, le había dado alguna que otra calada a un peto y para más inri se había metido una raya, no quería que me diera cariño bajo el efecto de las drogas, quería que lo hiciera serena, como lo estaba yo.

Me había enamorado de ella, no podía obviarlo y luchaba cada noche por olvidarla, pero su recuerdo volvía a mí una y otra vez, era tan inalcanzable que me dolía el corazón cada vez que imaginaba su sonrisa.

Quizás era mejor que dejáramos de vernos, total, ella había decidido; lo había hecho por un poli corrupto quince años mayor que ella y que jamás le daría nada más que un poco de sexo y muchos desplantes.

Yo tampoco podía darle mucho, era un chico que no había cumplido ni la mayoría de edad, estaba estudiando a duras penas, no tenía trabajo y mis padres lo habían perdido todo. Tenía toda la vida por delante y un futuro que labrar, pero sabía que podía hacerlo, como todo cristiano, yo creía en mí, creía en una relación con una chica diez años mayor que yo, porque el amor para mí no tenía edad, pero me equivocaba, esa generación de diferencia podía influir muchísimo, más de lo que pensaba. Si yo hubiera tenido veintisiete y ella treinta y siete todo hubiera sido diferente, pero yo era un niño, al que todavía le tocaba experimentar, vivir, llevarse desengaños, calabazas y mil cosas más que tenían que pasarle a todo adolescente. Sin embargo, yo me veía tan mayor, qué iluso era.

Entramos en el *parking* de Posada, salimos del furgón en avalancha, el ambiente era genial y yo decidí dejarme llevar, la cabezadita de dos horas me había venido bien. Al menos ya no estaba tan nervioso y podía disfrutar de la última noche con la chica de mis sueños.

Bebí moderadamente y le di alguna que otra calada a alguno de los porros que me pasaron por no hacerles un feo a los chicos.

Me encontré con dos viejas amigas, Lorena y Maribel, estaban enfadadas

porque un tío al que llamaban Abeja Maya había desaparecido en el interior de Posada y las había dejado en el coche con uno al que ellas llamaban Mantecoso. La verdad era que las dos hermanas estaban un poco locas, pero eran muy divertidas. Eran de las mías, salían de fiesta sin necesidad de recurrir a las drogas para pasarlo bien.

Laura se acercó a donde estábamos nosotros y le presenté a mis amigas. Vi algo en su mirada al saludar a Lorena que era un poco más mayor que yo. Celos, Laurita tenía celos y eso me encantó.

Estuvimos un rato más hablando y riendo con ellas. Maribel amenazó al tal abeja Maya por teléfono, le dijo que iba a pincharle las ruedas del coche, el chico apareció en menos de cinco minutos cubierto de espuma y con una pistola de agua. Yo no podía parar de reír.

Laura y yo nos despedimos de las hermanas y volvimos a donde estaban los demás. Ben hablaba por teléfono. Gesticulaba mucho con las manos y parecía enfadado.

Ella y yo nos miramos.

—Vamos a disfrutar, Caleb, ahora Santos está a cargo de todo, tú y yo solo somos dos chicos de fiesta, ¿me entiendes, verdad?

—Paloma..., yo solo sé que ya no entiendo nada.

Capítulo 27

Marisa se acercó tímidamente a Antonio, el piso era muy pequeño y solo podía recluirse en la habitación para no estar en el mismo lugar que él. La tensión se podía cortar con un cuchillo y ella no soportaba más la gran herida sangrante en la que se había convertido su matrimonio en los últimos días.

—Antonio, ¿podemos hablar?

—Estoy viendo la tele.

—Pero es que yo necesito hablar, la televisión es menos importante, por favor —suplicó.

—A ver, ¿qué pasa ahora?

—Que yo no quiero que estemos así, necesito que me perdones.

—Claro Marisa, lo de siempre, crees que con pedir perdón está todo hecho.

—Es que tampoco fue para tanto.

—Puede que no lo fuera, pero lo del otro día solo fue la gota que colmó el vaso, ya hace años que se estaba llenando y sencillamente se desbordó.

—¿Hay otra? —le preguntó entre lágrimas.

—¿De verdad me estás preguntando eso?, ¿tú? —Antonio no pudo evitar reírse a carcajadas.

—Eres un insensible —dijo Marisa entre hipidos.

Antonio apagó la televisión.

—A ver, ¿qué es lo que quieres de mí?, si no hacías más que criticarme, todo te parecía mal, ¿crees que estamos en esta situación por mi culpa?, ¿de verdad lo crees?, pues Marisa, déjame decirte que no eres un ejemplo de prudencia con el dinero. No has trabajado nunca y has dispuesto del dinero que ganaba yo a tu antojo, jamás te he dicho esta boca es mía. En cambio, tú no hacías más que controlarme, yo no podía gastar sin reproches, para eso ya estabas tú. Le compré una moto a mi hijo y desde entonces no has parado de decirle que se la vas a quitar, ¿sabes que le haces daño, verdad?, o ¿es que lo haces queriendo?, luego te pillo montándole un cirio a Andrea por su embarazo. ¿Qué es lo que te pasa Marisa?, ¿por qué no puedes ser feliz?, ¿tan

poco te he dado? —Antonio estaba furioso, escupía las palabras con rabia, siempre fue un hombre comedido y reservado, por no discutir dejaba pasar muchos de los desplantes de su mujer, pero cuando no podía más era implacable y sus palabras desgarraban como cuchillos.

Marisa no podía dejar de llorar.

—Lo siento —consiguió decir mientras se llevaba ambas manos a la cara.

Antonio permaneció callado.

—Lo siento cariño, lo he estropeado todo, yo siempre he sido feliz contigo, pero no ha sido fácil para mí venir a vivir a este barrio. Tengo mucho miedo, las mujeres me miran muy raro y los hombres se ríen cuando agarro el bolso con fuerza para que no me roben. De pronto me veo limpiando la casa, jamás lo hice.

—Bueno, Marisa, cuando nos fuimos a vivir juntos sí lo hiciste, estabas muy graciosa con mis pijamas en aquella época. Me acuerdo de esas comidas quemadas tan entrañables y de los pelos por todas partes. ¿Qué más da?, yo te quiero así, no valoro a una mujer porque sepa o no limpiar una casa, cocinar o hacer lo que la gente piensa que tienen que hacer las mujeres, ya sabes que mi madre me educó en la igualdad y así lo hemos hecho con nuestros hijos.

—Yo también me acuerdo de aquellos días en el apartamento, se me hizo un mundo la primera vez que puse una lavadora, pero entonces no me importaba, solo quería estar contigo. Éramos tan felices, si aquellas cuatro paredes hablaran, podrían contar nuestra historia. Pero luego llegaron los niños y la rutina, Andrea siempre estaba llorando y Caleb las mataba callando. Me pasaba el día grita que te grita con esos dos diablillos. —Marisa sonrió.

—Tenemos unos hijos maravillosos, Marisa, y ahora vamos a ser abuelos.

—Solo tengo cuarenta años, ¿abuela yo?

Marisa siempre mentía con la edad, tenía cuarenta y tres, pero siempre se quitaba años. Antonio ya no se lo discutía.

—¿Y yo qué?, solo tengo treinta y cinco. Eres una asaltacunas —dijo divertido.

—Estás loco Antonio, y por eso te quiero.

—Y tú eres la más loca de las locas que hay en la tierra y yo te quiero más.

Marisa se acercó a su marido y se abrazaron. Él la cogió de la mano y estiró de ella para llevarla a la habitación.

—¿A dónde me llevas? —preguntó Marisa coqueta.

—No tengo la menor idea, pero hay algo en este cuerpo serrano que me

dice que necesita aliviar su pena, ya me entiendes.

Ambos rieron, por fin se habían reconciliado. Andrea que estaba escondida escuchando a sus padres se metió en su habitación y le envió un SMS a Caleb.

«Enano, papá y mamá están echando un polvo».

El móvil vibró en mi pantalón, no me atreví a dejarlo en la furgoneta, pasaba de que Quique la cerrara y me dejara incomunicado. Por suerte era muy pequeño y no abultaba mucho. Miré la pantalla y esbocé una sonrisa a la vez que puse los ojos en blanco. No quería imaginarme a mis padres en acción, para los hijos, sus padres no tienen sexo entre ellos. Siempre los vemos demasiado mayores para esas cosas, no los podemos imaginar de otra manera que en su papel de padres.

Ben estrelló su móvil contra el suelo después de haberse pasado al menos media hora con la misma llamada. Se acercó a donde estábamos los demás y con muy malas pulgas gritó.

—¡Nos vamos!, venga, todos a la furgoneta, ¡ya! —Estaba fuera de sí, sus ojos inyectados en sangre le daban un aire de perro rabioso.

Todos estaban tan drogados que no le hicieron el menor caso, al contrario se burlaron de él y Ben se llevó las manos a la parte trasera de la cinturilla de su pantalón y sacó una pistola.

—He dicho, ¡que nos vamos!, ¡joder! —dijo apuntándonos con el arma.

—Suelta el arma, Ben —Laura con una voz firme y autoritaria se le puso delante y él la miró de soslayo.

—Así que no tienes un pelo de tonta, ¿verdad? —le dijo encarándose con ella y encañonándola con la pistola en la cabeza.

—¡Subid todos a la jodida furgoneta! —grité yo mientras iba agarrando a todo el que podía por la pechera.

Quería evitar que Ben la pagara con Laura. Ella me miró sorprendida, en sus ojos podía adivinar sus preguntas, le preocupaba lo que estaba haciendo y me pedía calma sin palabras.

Jack, Quique y el Seco se introdujeron en el vehículo con sus partes nobles de corbata.

Ben y Laura seguían retándose con la mirada.

—Me vas a tener que explicar muchas cosas, Palomita.

—No hay nada que explicar, Ben.

—Eso lo veremos, sube a la jodida furgoneta, anda —le dijo mientras la

agarraba por la camiseta y la hacía entrar de malas maneras al vehículo.

—Quique, échate para allá —espetó y luego añadió—, conduzco yo.

Ben salió del aparcamiento chirriando ruedas ante la mirada de sorpresa de la gente que seguía su fiesta como si no hubiera pasado nada.

A mí me encantaba la velocidad, claro que sí, deslizarme por la carretera con mi moto, pero ahí era yo quien tenía el control, en aquel momento, con Ben conduciendo como un poseído, el miedo nos invadía a todos, ninguno se atrevía a decir nada, no queríamos cabrearlo más. Laura me miró extrañada. En teoría Ben no tenía que saber nada e imaginábamos de dónde venía su cabreo.

El dueño de la furgoneta estaba en su casa tan tranquilo, probablemente viendo la película del sábado por la noche, su hijo se jugaba quedarse el resto de su vida castigado, o peor aún, no volver jamás a casa, porque Ben estaba decidido a llevarnos a todos directamente al infierno.

Conducía dando bandazos, los demás conductores le hacían luces y le pitaban, daba pánico al volante. Estaba fuera de sí y yo estaba empezando a mosquearme demasiado, estaba a punto de explotar. Pero no hizo falta que yo lo hiciera.

Laura se levantó de su asiento y se situó detrás de Ben, luego pasó su mano por el cuello de este y sacó una pistola de algún lugar, juro que sus movimientos fueron tan rápidos que ni cuenta me di.

—Benito González, policía, detén el coche en cuanto te sea posible, ni se te ocurra hacer ninguna tontería y a los demás os digo lo mismo, quietecitos y todo irá bien.

—¡Zorra, sabía que escondías algo!, ¡tú eras la hija de puta que me lo estaba reventando todo, me lo tendría que haber imaginado, puta! —gritó Ben fuera de sí.

—¡Que te calles la boca, niño!, haz lo que te he dicho.

—Te voy a matar guarra, te voy a rebanar el cuello.

—¿Estás seguro?, bueno, inténtalo, pero primero mira lo que tienes detrás, parece una simple furgoneta, ¿verdad?, pues no lo es. Está petada de policías y sabes qué, hay un helicóptero que sigue todos nuestros pasos, no lo oyes porque es silencioso, muy silencioso.

Laura consiguió acojonar a Ben. Ella me confesó tiempo después que se lo había inventado, estaba sola, completamente sola, pero tenía que detener a Ben, nos iba a matar si nada lo remediaba. Ben aminoró la velocidad y todos respiramos más tranquilos, poco a poco se fue apartando al arcén. No debimos

confiarnos, cuando la furgoneta estaba totalmente detenida y Laura iba a colocarle las esposas, Ben pisó a fondo el acelerador y se metió campo a través con la furgoneta a toda castaña, vi pasar toda mi vida en un segundo cuando nos acercábamos temerariamente a un árbol gigantesco.

—¡Nooooo, para hijo de puta, nos vas a matar! —gritó Laura.

El habitáculo de la furgoneta se llenó de gritos y fuimos presa del pánico, mucho pánico. De pronto un golpe seco y todo se tornó negro, fue un segundo y la nada.

Abrí los ojos, me costó enfocar, todo estaba nublado y distorsionado. Sentí algo viscoso corretear por mi cara, me toqué, era sangre. Miré a mí alrededor. Laura, ¿dónde estaba Laura?, Quique era presa de un estado de nervios, el airbag había amortiguado el golpe, pero llevaba tanta droga en su cuerpo que tuvo una especie de brote psicótico. Jack estaba inconsciente, su cara también estaba ensangrentada, el Seco era el que se había llevado la peor parte, tenía las piernas atrapadas y gritaba sin parar. Laura, no la veía. La llamé por su nombre, no podía fingir, además, ya no importaba, todos sabían que era policía, llamándola Laura me descubriría, pero me importaba una mierda, solo quería localizarla. Intenté levantarme, tenía un pie atrapado. La puerta corredera estaba abierta, miré hacia afuera, la furgoneta era como una especie de acordeón. Pude distinguir la pierna de Laura. No se movía, yacía en el suelo y me temí lo peor.

Intenté liberar el pie del amasijo de hierros que era ahora la furgoneta, pero un dolor insoportable me paralizó.

—Mierda, ¡Laura! —volví a gritar con desesperación.

Repetí su nombre una y otra vez, la ansiedad se había apoderado de mí. Quique en su paranoia decía una y otra vez que los dragones nos estaban atacando. Le pedí que saliera de la furgoneta y mirara si Laura respiraba.

—¿Quién cojones es Laura?, ahí solo veo una serpiente muerta —dijo con la mirada inyectada en sangre y las pupilas como aceitunas.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí tirados, pero a mí se me hizo eterno. Me dejó la voz llamando a Laura, pero no recibí respuesta alguna.

Jamás me había alegrado tanto de ver a la policía, un coche patrulla nos vio por casualidad. Ben había recorrido un buen trecho por el campo antes de estrellar la furgoneta.

Después de eso todo fueron sirenas, movimiento y dolor. Me tuvieron que sedar para poder liberar mi pie atrapado. El dolor era insoportable. Al

parecer, mi herida no tenía buen aspecto, preferí no mirar.

Una y otra vez pregunté a todo el que se me acercó por Laura, pero nadie decía nada, solo me pedían calma, pero yo no podía calmarme.

—Laura, la chica que estaba fuera de la furgoneta, estaba en el suelo inconsciente, ¿está bien?, es policía, estaba infiltrada, tienen que ayudarla — repetía una y otra vez mi retahíla. Pero nada, parecía que nadie me veía. Era invisible.

Jack me observaba desde la camilla, llevaba un collarín y le habían dado calmantes para el dolor. Se había dado un buen golpe en la cabeza. Su mirada era desafiante, pero eso era lo que menos me importaba en aquel momento.

El Seco dejó de gritar antes de que la policía llegara, aunque el personal de la ambulancia intentó reanimarlo, no pudieron hacer nada por él, murió pidiendo ayuda y nadie pudo salvarlo. El único que estaba consciente y no estaba atrapado era Quique, y estaba en su mundo de fantasía psicotrópica. En cuanto fue consciente de la muerte de su mejor amigo casi se vuelve loco. Aún recuerdo sus gritos desgarradores y las maldiciones que le lanzó a Ben. Y Ben, no había rastro de él, el airbag había cumplido con su cometido y nos abandonó a nuestra suerte. Ese era Ben, podía llegar a despertar tu simpatía, pero en cuanto se trataba de sobrevivir, la empatía desaparecía, simplemente, nunca había existido. Ben solo se quería a sí mismo y esa noche lo demostró dejando a sus amigos a su suerte.

Ben se despertó en medio del amasijo de hierros que era la furgoneta que él mismo había estrellado. No le había quedado de otra, cualquier cosa menos ir a la cárcel. Y con seguridad lo estaban esperando en la puerta de su casa. Estaba furioso, sospechaba de Paloma, pero jamás pensó que fuese policía, podían darle el Óscar a la mejor actriz, se lo había ganado a pulso. Le dolían las costillas y el cuello, pero tenía que salir del vehículo y desaparecer. Tenía dinero suficiente en su mochila para esfumarse por un tiempo. Él era previsor y siempre llevaba dinero por si tenía que salir pitando. Tenía cuentas en Suiza, si se daba prisa podría coger el primer avión y huir de los tentáculos de Santos.

Le avisaron; varias furgonetas de la policía habían entrado en su guardería y la desvalijaron. También su casa había sido invadida por su peor enemigo y su rebaño. Ben juró que acabaría con ese grano en el culo que era Santos para él.

Necesitaba un vehículo para llegar al aeropuerto, no podía alquilar

ninguno, lo detectarían y suponía demasiado papeleo y pérdida de tiempo para él. En su lugar, optó por robar un coche discreto pero efectivo. Un pequeño utilitario con buen motor, algo viejo, pero suficiente para llegar a su destino. No le costó mucho hacerse con él. Cuando el dueño cayera en la cuenta de su falta, ya estaría muy lejos de España.

Había tenido que reducir a Laura, le agarró un pie en cuanto lo puso fuera de la furgoneta. Estaba malherida, pero aun así, ella se aferró con todas sus fuerzas a su presa. Con el pie que tenía libre le propinó una patada en la cabeza, fue suficiente, el cuerpo inerte del topo de su banda yacía en el suelo. Ahora mientras conducía hacia su libertad, pensaba en ella, en como lo había engañado y en su venganza. El tiempo lo ponía todo en su sitio y él sabía esperar cuando de *vendetta* se trataba.

Condujo lo que quedaba de noche y cuando llegó a su destino ya despuntaba el alba. Entró en una tienda de ropa que había en el aeropuerto y compró varias prendas. La dependienta lo miraba con la mosca detrás de la oreja, pero él la ignoró, le pagó y se marchó. Luego entró en los lavabos. Se echó agua en la cara y en el pelo. Ya se había limpiado la sangre en un área de servicio, pero todavía tenía restos de las salpicaduras de sus compañeros en los brazos. Los frotó con asco, Ben era muy maniático y no soportaba mancharse de sangre de otros, aunque eso, era algo que le había pasado en varias ocasiones. Se vistió con la ropa que había comprado y luego pasó por varias tiendas más. Consiguió unas gafas de sol a buen precio y una gorra para camuflarse todo lo posible.

El avión salía en dos horas, se le hicieron eternas. Una vez acomodado en su asiento respiró tranquilo, ya no podían pillarle, él sabía cómo hacerse invisible.

Eso era lo que él pensaba, subestimó a su enemigo que ya tenía claras sus intenciones y había sido avisado por una de las limpiadoras del área de servicio que vio como un chico se limpiaba sangre en los lavabos.

Dos policías de paisano lo sorprendieron.

—Benito González, está usted detenido. —No le dieron tiempo a reaccionar y su nueva vida que él ya había planeado al milímetro se derrumbó en un segundo.

Ben se quedó en estado de *shock*, tenía que contactar con su abogado, era momento de planear, momento de trazar una buena estrategia para su defensa. Con tal cantidad de droga se pasaría unos años a la sombra si algo no lo remediaba, pero él siempre lo solucionaba, a Ben Killer no lo podían atrapar,

no podían cortarle las alas, se sentía capaz de darle la vuelta a cualquier situación. Él si era como el ave fénix, al menos así se sentía. Pensó en Caleb, había algo podrido entre él y esa policía traicionera. Le pareció oír que la llamaba Laura. En aquel momento era lo que menos le importaba, estaba jodido, pero si salía de aquel aprieto iba a cortar cabezas, y la primera en caer iba a ser la de Santos. De eso, estaba seguro.

Capítulo 28

Ben se hallaba en la sala de interrogatorios, estaba esposado y no hacía más que mirar al cristal oscuro que tenía enfrente. ¿Estaría Santos observándolo? hizo una peineta por si acaso.

Tras el cristal, Santos daba vueltas a su café con una cucharilla de plástico. Lo tenía a su merced, aquel era el momento de quedarse a solas con él. No quería testigos para lo que iba a hacer.

—Vázquez, Marquina; dejadme a solas con él.

—Pero jefe...

—Pero nada, esto es entre él y yo.

Los dos policías que conocían la obsesión de Santos por Ben Killer obedecieron dubitativos.

Santos entró en la sala donde se encontraba esperándole Ben.

—Bueno, bueno, bueno... aquí estás, Ben Killer, como ves no me ha sido tan difícil, ¿o te pensabas que iba a dejar que me amenazaras a mí y a mi familia?, no chavalín, aquí las normas las pongo yo.

Ben miraba a Santos y le sonreía, no iba a soltar prenda, eso lo tenía claro. No sin su abogado.

—¿Qué pasa?, ¿no tienes lengua?, ¿ni boca?, di algo.

—Tengo derecho a una llamada, quiero hablar con mi abogado, esto es lo único que voy a decirte, mequetrefe.

—Eso lo veremos. He desconectado las cámaras y el sonido, ahí atrás no hay nadie, no hay testigos, Ben Killer. Puedo hacer lo que quiera contigo. ¿Lo sabes, verdad?

—No voy a decirte nada.

—¿Ah, no?, mira enano, hoy hemos estado en tu guarida y en donde guardas tu mercancía, hemos encontrado suficiente droga como para empapelarte de por vida. Hemos encontrado tu dinero debajo del suelo de tu casa. Te lo hemos quitado todo, no tienes mercancía ni dinero.

Ben sonrió, si se pensaba que lo único que tenía estaba debajo del suelo del salón de su casa iba listo, él tenía mucho más y lo tenía bien escondido por

si tenía que enfrentarse a un problema repentino.

—Además, Killer, hemos encontrado un *souvenir*, algo que te terminará de hundir, la prueba irrefutable de que tú mataste a Cristine Lambert.

Eso a Ben le cogió por sorpresa, era imposible que hubieran encontrado algo de Cristine en su casa; tampoco en la guardería.

—¿Te suena esto? —preguntó Santos lanzándole una especie de trapo a la cara.

Ben movió su cabeza de lado a lado para sacudirse el trapo y este cayó en sus manos esposadas. Olía a sangre putrefacta, le dieron arcadas al respirar el nauseabundo olor que desprendía la prenda. Como pudo, se la lanzó a Santos de nuevo.

—Perfecto, ahora sí que está todo atado —dijo Santos mientras descubría sus manos enfundadas en unos guantes de látex y agarraba la camiseta ensangrentada. Luego la metió en una bolsa de pruebas.

—¿Qué pretendes hacer con eso, cabrón?

—Enviarte al infierno Ben Killer. Hundirte en la mierda, algo que me llenará de gozo, no sabes cuánto tiempo llevo deseando meterte entre rejas de por vida.

—Yo no le hice nada a Cristine, no tienes nada contra mí.

—¿Te parece poco una camiseta con tu ADN y tus huellas?, no Ben, estás acabado.

Ben tembló, por primera vez en su vida se sentía atrapado y sin salida, ese energúmeno de Santos se la había jugado bien y su abogado no podría hacer nada en esa ocasión para sacarlo. Estaba seguro de ello.

—¿Estás asustado eh Benito?, ya no eres un gallito, eres solo un pollito mojado.

Ben estaba a punto de llorar, pero se contuvo, Santos le recordó a su padrastro y las cosas tan horribles que este le decía. Los insultos, las vejaciones. Él se juró que jamás nadie volvería a humillarle, fue lo primero que hizo el día que salió de casa de su padrastro para vivir en su propio piso; su hogar, un lugar donde nadie más le pegaría, donde no sufriría quemaduras de cigarrillos y sin él, sin el energúmeno que legalmente era su padre. Recordó el día en que este le propinó tal paliza a su madre que ella dejó de respirar. Ben lloraba y zarandeaba el cuerpo inerte de su progenitora, pero ella no respondía, lo había dejado solo y él jamás podría perdonárselo. Había escondido sus recuerdos en el fondo de su alma, los enterró tan profundamente que había conseguido desterrarlos de su mente y de su corazón. Por ello, Ben

no tenía empatía, se la robaron de un plumazo una noche de tormenta. Recordó cuando ese malnacido le obligó a ayudarlo a deshacerse del cadáver de su pobre madre. Los recuerdos rasgaron su pecho y no pudo aguantarlo, simplemente se abalanzó encima de Santos y le golpeó con sus manos esposadas. El policía se lo quitó de encima a puñetazos, le tenía demasiadas ganas, nadie comprendía sus motivos, pero él sabía lo que se hacía, todo tenía una razón, pero todavía no era momento de enseñarle sus cartas a Killer, todavía quedaban páginas por completar en su obsesiva historia de rivalidad absurda.

Laura llevaba un buen rato intentando contactar con Santos, pero su teléfono estaba apagado. Había recibido un buen golpe en la cabeza y tenía un brazo roto, por lo demás, había tenido muchísima suerte. El accidente fue aparatoso, Ben iba muy rápido cuando emprendió su acción suicida y rastrera. La peor parte se la llevaron los de atrás al caer una gran rama del viejo árbol donde se estrellaron encima del vehículo. Al menos eso es lo que vio al conseguir salir del furgón y antes de que Ben la atacase y saliera huyendo.

Preguntó por los demás ocupantes del vehículo, estaba claro que Ben había huido, Solo habían encontrado a seis personas. Cuando le dijeron que había un muerto la ansiedad se apoderó de ella. Caleb, si había muerto él jamás se lo perdonaría. No sabían decirle quién era el muerto y la descripción física que le daban la confundía, pelo castaño y joven, muy joven, eso le dijeron. Se les olvidó un detalle que diferenciaba a Seco de los demás, y es que estaba como su mote indicaba tan delgado que parecía enfermo. Pero eso nadie se lo dijo y ella se puso en lo peor. Había sido entrenada para controlar sus nervios, para mantener la compostura, para ser fuerte. Era una policía que pasaba la mayoría de su tiempo infiltrada en lugares hostiles. Se las había visto de todos colores, pero ahora todo era diferente, por primera vez en mucho tiempo sentía algo muy especial por alguien, por un chaval, sí, podía ser su hermano pequeño, pero era muchísimo más hombre que Santos con sus cuarenta y cinco. En ese momento lo comprendió, se había dejado vencer por sus sentimientos y eso era algo que ella no podía permitir. En los últimos tiempos la depresión la había hecho caer en picado y sin paracaídas. Sus miedos, las pesadillas nocturnas, su dependencia emocional de Santos, todo era oscuro y triste. Pero él, Caleb, era diferente, su eterna sonrisa la cautivaba, Caleb siempre sonreía y ahora necesitaba saber si seguía en el mundo de los que se pueden abrazar y notar el calor de la piel de sus semejantes. Quería que no fuese él, cualquiera menos

él.

Marcó el número de comisaría y le indicó a la compañera que atendió el teléfono que le pasara con Santos, hizo hincapié en que era urgente.

—Santos está interrogando a Ben Killer, Laura, se ha encerrado con él en la sala de interrogatorios y no deja entrar a nadie. Está como una cabra, no hay nadie Laura, está solo con él —dijo su compañera preocupada.

Laura sintió como le hervía la sangre. Santos ya tenía su trofeo, pero no se le había ocurrido ponerse en contacto con ella. Su móvil estaba destrozado, no obstante, no le hacía falta comprobarlo, lo sabía de sobra. Santos se había centrado en atrapar a Ben Killer y de ella simplemente se había olvidado.

Su compañera le pidió que le dejara el recado a ella, pero Laura le respondió que no hacía falta y cortó la llamada sin despedirse.

Estaba mal, muy mal, necesitaba un trago, pero la cafetería de un hospital no era el sitio adecuado para ello, además, no había bebidas alcohólicas, ya lo había preguntado. La chica que había detrás de la barra la miró extrañada. Laura tenía restos de sangre en la cara y su pelo era una maraña sin forma.

Se dirigió de nuevo al box, solo había salido a hacer una llamada y ya había tardado más de la cuenta.

Laura le dijo al doctor que la estaba atendiendo que quería irse a su casa, pero este le indicó que todavía quedaban pruebas por realizar y que no se podía marchar por el momento, pues el golpe había sido fuerte y tenían que descartar que hubiera daño interno.

Su necesidad de alcohol era tan intensa que su cabeza solo pensaba en la manera de conseguir la sustancia que precisaba para funcionar al cien por cien. El doctor se dio cuenta de que tenía ante él un cuadro de síndrome de abstinencia.

—¿Qué te pasa, Laura? —le preguntó con tiento.

—Nada, no me pasa nada, solo necesito irme a mi casa, eso es todo. No me gustan los hospitales. —Se justificó mientras gesticulaba nerviosa.

—Te voy a administrar un calmante, necesitas descansar y te hará bien —dijo el médico con disimulo, sabía que si le confesaba a Laura sus sospechas esta simplemente huiría del hospital.

Una enfermera le inyectó en el brazo, Laura enseguida se relajó y se quedó dormida. El doctor la tapó.

—Pobre chica. Tiene algún tipo de adicción —le dijo a la enfermera.

—¿Por qué lo dices, Abraham?

—Tenía el mono.

—No tiene pinta de toxicómana.

—Puede que no lleve mucho tiempo enganchada. Me da pena, es preciosa.

—Abraham, que nos conocemos, anda vámonos y no te metas en camisa de once varas.

—Eso es lo bueno de estar soltero, me puedo meter en las camisas que yo quiera, ¿no crees?

—Pero mejor que sean camisas limpiitas hijo, que tienes un ojo para las chicas...

Abraham sonrió, quería saber más de la guapa desconocida, decían que no existían los flechazos, pero él había sentido uno muy profundo, tanto, que pasaría por alto el hecho de que Laura tuviera problemas con las drogas.

El teléfono sonó, Antonio y Marisa dormían plácidamente y Andrea estaba en su habitación escuchando música con los auriculares. No podía dormir. Antonio se levantó después de tener una pequeña discusión por quién se levantaba a atender la llamada.

—Buenos días, ¿son ustedes los padres de Caleb Rodríguez? —preguntó una voz femenina al otro lado del teléfono.

—Sí, dígame, ¿qué ha hecho mi hijo ahora? —preguntó Antonio con fastidio.

—No ha hecho nada señor, le llamamos del hospital, su hijo ha tenido un accidente.

A Antonio se le disparó el corazón y preguntó nervioso por el estado de su hijo.

—Mejor que vengan aquí. Es en el hospital de La Paz.

—Pero eso está a cien kilómetros de aquí, ¿qué hace tan lejos? —preguntó extrañado.

—Eso se lo tendrá que preguntar a él.

—¿Pero está bien?

—Ahora le están operando el pie, pero su vida no corre peligro.

—Joder, vamos para allí enseguida.

Antonio colgó el teléfono y se dirigió a la habitación. Le explicó a Marisa lo que había pasado y se vistieron a toda prisa. Andrea salió de su habitación entre bostezos.

—¿Qué pasa?, ¿por qué gritáis?

—Vuelve a la cama Andrea, tenemos que salir —Antonio no quería decirle a su hija nada del accidente, por su estado, quería evitarle disgustos.

—¿Qué pasa, papá?, ¿estáis muy raros?

—No pasa nada, Andrea —dijo Marisa disimulando su nerviosismo.

—Y una mierda, quiero que me digáis qué pasa, ahora mismo. ¿Es Caleb?
Sus padres asintieron.

—Me voy con vosotros.

Caleb se encontraba en quirófano, tenía mucho miedo. Los hospitales le imponían y no sabía nada de Laura. Había visto a Menda, estaba herido, pero le había sonreído con camaradería. También conocía el estado de Quique, habían tenido que sedarlo porque no podía soportar la pérdida de su mejor amigo. Sus heridas no eran físicas, era su alma lo que se había quebrado. El Seco no quería ir a Posada y él lo había convencido.

Jack tenía cortes en la cara, llevaba collarín y tenía alguna que otra costilla rota, por lo demás se podría decir que estaba muy enfadado, no entendía la actitud de Ben y por qué había intentado matarlos a todos y luego había salido huyendo. Eso sí, a la Palomita le iba a cortar las alas en cuanto tuviera un momento y al pelele de su amiguito Fénix lo iba a dejar seco, había oído claramente como llamaba Laura a Paloma. Él sabía que ella era policía, de eso estaba seguro, por ello era tan topo como ella. Y los topos y los chivatos solo tenían un lugar donde estar, bajo tierra.

La familia de Caleb viajaba en su coche, en la radio sonaba The Funeral de Band of Horses.

—Por favor, hija, quita eso —dijo Marisa mientras se secaba las lágrimas.

—Déjame mamá, necesito pensar en otra cosa, la música me distrae.

Nadie dijo nada más, pero Marisa no quería escuchar ese tema musical precisamente por su título. Caleb estaba vivo y su vida no corría peligro, pero quién sabía qué podía haber pasado. Estaba segura de que había sido esa moto infernal, por ello siempre intentó quitársela, nunca fue por dinero. A ella le aterraba que su pequeño, porque para ella todavía era su pequeño, cabalgara ese monstruo de hierro y plástico.

Se prometió a sí misma disfrutar mucho más de su familia en adelante, había estado tan ciega, siempre se había quejado y no procedía, porque ella lo tenía todo. Un marido que tenía el cielo ganado, una hija que se había equivocado, pero que era fuerte y valiente, aunque no tenía ojo para los hombres, eso estaba claro. Y también tenía a Caleb, su bebé. Aquel niño que desde pequeño pidió una moto y que en aquel momento estaba siendo sometido a una operación a saber por qué. Había sido la moto, seguro que había sido la

moto. Marisa no podía dejar de pensar lo mismo. En cualquier otra ocasión hubiera vomitado sus sospechas sin contemplaciones, pero no era el momento, no quería añadir sal a la herida.

Capítulo 29

Desperté confundido, tenía la boca muy seca y pedí agua.

—No te la podemos dar, cariño.

Veía borroso, pero reconocería esa voz hasta en el más cruel de los infiernos.

—Mamá —dije emocionado, sabía que el accidente podía cambiar mi vida, había oído a los médicos. Me había fracturado el astrágalo, un hueso del tobillo que une la pierna con el pie y que es responsable de la articulación entre ambos.

—Estamos aquí, enano —oí a Andrea que me miraba con los ojos bañados en lágrimas.

—Hermanita, desde que te quedaste preñada no haces más que llorar por todo.

Mis padres forzaron una risa falsa, en realidad lo que menos tenían, eran ganas de reír.

—¿Qué ha pasado, hijo?, el doctor nos ha dicho que has tenido un accidente de tráfico, que una furgoneta se ha estrellado contra un árbol a mucha velocidad.

Asentí, no había dicho en mi casa a dónde iba.

—Hijo, eres menor de edad, no puedes marcharte así como así a cientos de Kilómetros de tu casa sin avisar —dijo mi padre.

—No lo dije porque me hubierais dicho que no —dije apesadumbrado.

—Pues claro que no te hubiéramos dejado, precisamente para evitar que pasara esto, Caleb —dijo mi madre preocupada.

—Lo siento, yo... —Estaba más sensible que Andrea, solo tenía ganas de llorar, Ben había estado a punto de matarnos a todos, solo murió el Seco, pero no sabía nada de Laura todavía y eso me estaba matando.

—Por favor, papá, necesito saber cómo está la chica, se llama Laura, Laura Casas. Llevo horas preguntando por ella y nadie me dice nada, por favor.

Mis padres se miraron y asintieron, seguidamente salieron de la habitación

no sin antes repetirme una y otra vez que descansara y no me estresara.

Andrea se acercó a mí y me abrazó.

—Bruta, que me haces daño —le dije, mi problema con las demostraciones de cariño hacía de nuevo acto de presencia aun estando tan vulnerable.

—No pienso soltarte hoy, además, esto de abrazarte se está convirtiendo en una costumbre y no quiero perderla.

—Mira que te has vuelto coñazo con el bombo —le dije en un enfado fingido.

—Pues ahora te voy a dar muchos besos, ya verás —me dijo divertida y se abalanzó encima de mí y me empezó a dar besos por la cara, por la frente, me pellizó los mofletes y me hizo cosquillas.

—Estás loca, me haces daño. —No podía parar de reír, pero el dolor me avisó y tuve que decirle a mi hermana que dejara de torturarme.

—¿Qué te pasa?, ¿te duele mucho? —preguntó preocupada.

—¿Tú que crees? —La verdad, era que estaba muy contento de que mi familia estuviera a mi lado, jamás me había alegrado tanto de tenerlos cerca.

—Por cierto, estos dos ya se han reconciliado —me dijo poniendo ojitos.

—Sí, ya vi tu mensaje —apunté mientras ponía los ojos en blanco.

—Que no pasa nada, enano, que los padres también follan. —Odiaba que dijera eso y me tapé los oídos.

—Los padres son inmaculados, no hacen esas cosas, Andrea, no me hagas imaginármelo.

Los dos nos reímos, por suerte había podido hacerlo, reírme, aun con dolor. Yo no quería explicar lo que había pasado, mi hermana no me lo había preguntado todavía, eso no duraría mucho, mis padres querrían saberlo todo con pelos y señales. No estaba preparado para contar la verdad y ellos mucho menos para oírla.

Laura despertó entre paredes de baldosas blancas y azules. Todo era cierto, estaba en el hospital. No sabía cuánto había dormido, pero le había venido bien, al menos ya no pensaba en conseguir alcohol a cualquier precio. De todas formas, quería salir del hospital, ella odiaba los hospitales, no quería permanecer un segundo más en ese lugar, pero tenía que saber cómo estaba Caleb. Se acercó al mostrador y preguntó por él. Le indicaron que ya estaba en planta y le dieron el número de habitación.

No dejó terminar de hablar a la enfermera y corrió hacia la habitación. Por

el camino se chocó con una pareja de mediana edad. La cara de la mujer le era familiar.

—Disculpen —dijo Laura.

—No pasa nada —respondió el hombre.

Ella siguió con su impetuosa carrera, la gente la miraba divertida. A ella le dio igual, que Caleb estuviera en planta significaba que estaba vivo y que su vida no corría peligro.

Cuando llegó a la habitación se quedó de piedra. Caleb estaba siendo abrazado por una chica joven y preciosa. Joven, mucho más joven que ella, de similar edad a él, eso la hirió en lo más profundo, Caleb tenía novia y no le había dicho nada, solo estaba jugando con ella. Llegó a pensar que le interesaba de verdad, pero todo era mentira, total, ¿qué podía esperar de un chico de diecisiete años?

Laura se dio media vuelta y se marchó, las lágrimas resbalaban por su cara. Por el pasillo volvió a tropezarse con la pareja de antes, pero esta vez no se disculpó. Ellos la miraron extrañados. Un momento antes corría tan feliz y ahora lloraba.

Volvió al mostrador y pidió hablar con el doctor urgentemente.

—Laura, llevo un rato buscándote, he ido al box y ya no estabas. ¿Qué haces aquí? Me han dicho que habías subido a ver a un amigo.

—Ya no importa, quiero irme ya, necesito que me dé el alta.

—No puedo hacer eso, el golpe en la cabeza ha sido demasiado fuerte, necesitamos hacer más pruebas.

—Asumo la responsabilidad, pero yo me marchó de aquí, por favor — Laura estaba llorando y Abraham intentó consolarla, pero era inútil, estaba decidida a marcharse.

—Vamos a hacer una cosa. Puedes firmar el alta voluntaria e irte, yo ya te he dicho lo que pienso al respecto, pero eres una persona adulta y no puedo hacer nada. Me tienes que prometer que si notas cualquier cosa, mareo, problemas de visión, vómitos, lo que sea, irás al médico, ¿de acuerdo?

Laura asintió, todo el mundo le había fallado, le daba igual lo que le pasara. Solo quería salir de allí.

—De todas formas, necesito que me des tu teléfono, te llamaré esta noche para ver cómo sigues. —Abraham tenía más intención que la de saber si Laura seguía bien, no quería perder el contacto con ella y ese era su intento desesperado por no cortar el hilo.

Ella no era tonta, sabía que el hombre que tenía delante quería algo más

que interesarse por su salud, pensó en darle un teléfono falso, pero al fin y al cabo, no era difícil, bastaba con no cogerle el teléfono.

Ambos intercambiaron sus teléfonos y Laura se marchó.

Salió del hospital y buscó un teléfono público para volver a llamar a comisaría. Santos había salido. Llamó de nuevo a su móvil y esta vez simplemente, no le contestó.

Laura se dirigió al supermercado que había enfrente del hospital y compró una botella de *Whisky*. Se apoyó en un pequeño muro de hormigón y allí le dio varios tragos antes de estrellarla contra el suelo.

Lloró mucho, tanto que llegó a pensar que se quedaría seca. Había tocado fondo, si había algo más abajo de donde estaba, ya no quería averiguarlo. Caminó mucho tiempo, hasta que llegó a la estación del tren preguntando a unos y otros durante el trayecto. Cuando se sentó respiró hondo. Era hora de cambiar de vida.

**SEGUNDA
PARTE**

Capítulo 30

Dos meses después...

20 de enero de 2009

Terminé de ver una película moñas con mi hermana que ya estaba de cuatro meses. En los dos últimos meses mi rutina diaria delante del sofá era la misma, tarde de películas con mi hermana, mientras mis padres se marchaban de excursión con mi moto. Eso era lo que peor llevaba, pero les había dado por recordar viejos tiempos y ahora parecían los protagonistas de Grease.

Tenía que reposar todo el jodido día. Ya podía caminar medianamente bien, pero mi madre se ponía tan pesada que al final me tumbaba en el sofá y por no escucharla me ponía una película en el DVD y pasaba la tarde.

No sabía nada de Laura desde el día del accidente. Como se había delatado a sí misma, ya todo el mundo sabía que era policía y no volvió a aparecer por el barrio. La llamé muchas veces a su móvil, pero jamás contestó, tampoco lo hizo con mis mensajes. Estaba furioso con ella, no entendí como pudo dejarme tirado en el hospital sin darme explicaciones.

A mis padres les dijeron que ella estaba en urgencias, en observación; pero que estaba bien. Siguió sin visitarme y a mí no me dejaron bajar a verla, por lo que me puse pesado y mis padres volvieron a preguntar unas horas después, se había ido, le habían dado el alta y ni siquiera se había preocupado por saber cómo estaba yo. Aun así, la llamé para que me diera una explicación, como mínimo la merecía, pero eso nunca pasó. Laura se fue y la canción de Nek le iba al pelo. Me pasé días escuchándola y mi hermana me miraba extrañada. «Tienes mal de amores enano», me decía, pero yo no soltaba prenda.

A medida que pasaron los días sin noticias de ella dejé de llorar su ausencia y decidí vivir lo mejor posible, amargarme no era una opción con mis dieciocho recién cumplidos.

Las navidades fueron divertidas, yo nací un veinticuatro de diciembre a las once de la noche, era así como un niño Jesús, pero motorizado. La celebración de mi cumpleaños coincidía con la Nochebuena, así matábamos dos pájaros de

un tiro, y aquel año lo celebramos mucho más intensamente, pues los cuatro habíamos renacido de alguna manera. Ya no estábamos en las fiestas que se organizaban en mi antigua casa por esas fechas. Donde todos nuestros supuestos amigos llenaban los salones con demostraciones falsas de cariño. Nos encontrábamos en un pequeño piso de sesenta y cuatro metros cuadrados en un barrio marginal, pero éramos felices y estábamos unidos. Hasta mi madre ayudó en la cocina a mi padre y la cena estaba deliciosa.

Por mi parte, encontré una magnífica amiga en Patricia. Como no podía hacer mucho más y mi madre decidió que no podía fumar en casa por el embarazo de Andrea, solía salir al rellano con medio coco que me servía de cenicero. Me acostumbré a salir a la misma hora, cuando ella barría mi rellano y allí me la encontraba cada día, hasta que empezó a subir a mi casa con el pretexto de escuchar música. Teníamos los mismos gustos y nos pasábamos las horas muertas hablando de mil y una tonterías; la apreciaba y era la única amiga de verdad que tenía en Arría Baja.

A Ben lo acusaron de matar a Cristine Lambert. Se encontró una prenda ensangrentada de ella en su casa. No especificaron donde, pero cuando vi la noticia en la televisión me quedé helado. Después de lo que viví la noche del accidente lo creía capaz de cualquier cosa. No había podido volver al acantilado y no se me apareció más el espíritu de Cristine. Pensé que quizás mi cerebro lo había creado todo y yo me había equivocado. Pero había algo en mi interior que me decía que no, que él no era culpable y que el verdadero asesino todavía andaba a su libre albedrío por las calles de Arría Baja. ¿Por qué pensaba que había sido alguien del barrio?, pues sencillo; la última vez que la vieron fue en Arría Baja, precisamente con Ben Killer. El barrio estaba lleno de delincuentes y dudo mucho que alguien viniera de fuera para matar a una chica a golpes. Porque Cristine había muerto según los informativos, por un fuerte golpe en la cabeza, aunque el asesino se había ensañado con ella previamente y la había violado. Por el momento a Ben lo tenían en prisión a la espera del juicio que se celebraría en unos meses. No veía a Ben violando a una chica y golpeándola hasta la muerte, a él no le hacían perder la cabeza las chicas y si no le había hecho nada a la Reca que lo llevaba por el camino de la amargura, era cuando menos extraño que hubiera cometido una barbaridad con alguien que no le había hecho nada y que lo único que pretendía era ser popular y rebelde.

En el barrio ahora mandaba Jack, y si la gente temía a Ben; Jack les causaba verdadero pavor. Menda me hizo una visita y me contó lo que estaba

pasando. Jack estaba esperando que yo volviera a salir a la calle para poder darme mi merecido. Menda me dijo que tuviera mucho cuidado, que hablaba muy mal de mí y de Paloma. Que no se moriría sin darnos a los dos una lección. Sinceramente, a esas alturas ya no me daba miedo Jack, tenía claro que la próxima vez no me pillaría con la guardia baja.

Mi mayor pesadilla; el inspector Santos, desapareció de un día para otro del barrio. Nunca volvió a llamarme, ni me molestó desde que Ben fue detenido. Suponía que me había liberado tal y como dijo Laura que haría. Solo me tocaba tener paciencia y terminar de curarme, ahora era un hombre con un pequeño porcentaje de mi cuerpo de metal. Mi hermana me decía de broma que era como Terminator. Estaba a la espera de que me confirmaran que harían con la placa del tobillo y los tornillos que me pusieron durante la operación. Cabía la posibilidad que me los dejaran de por vida.

Todo había cambiado, era como si el accidente hubiera marcado un antes y un después, fue como si un ciclo terminara para iniciar otro. Deseaba con todas mis fuerzas volver a subirme en mi moto, en unos días ya podría hacerlo y contaba hasta los minutos que me quedaban. Ya había avisado a mis padres de que se fueran buscando otro medio de transporte para darse los paseitos románticos, porque mi moto tenía que volver a estar a mi disposición cuando yo quisiera. A parte, ya podía llevarla, ya había cumplido dieciocho. De hecho, me había apuntado a la autoescuela y me había leído el libro dos veces. También había hecho muchos test. Mi hermana me los subía cada día; el dueño era un buen hombre y se hizo cargo de mi situación.

Llamaron a la puerta, era Patri que venía de visita. Me levanté y con mi muleta me acerqué a abrir. Andrea se había quedado dormida y no quise molestarla. Todo había cambiado, sí, pero yo me sentía mucho más tranquilo, demasiado tranquilo y la intuición me decía que eso no era normal.

Laura subió al atril y dijo las palabras que ya le salían de modo automático.

—Hola, me llamo Laura; soy alcohólica y adicta a los somníferos.

—Hola, Laura —corearon sus compañeros.

Un *flashback* del día del accidente acudió a su mente sin poder eludirlo, aquel día cuando entró en su casa un gran bajón se apoderó de ella. Santos la había llamado mientras volvía en el tren y le había dicho que no podía ir a su casa, que con el tema de Ben tenía mucho trabajo. Lo necesitaba más que nunca, el sexo hubiera sido una buena válvula de escape, pero en lugar de ello,

optó por meterse una raya de coca. Ben le había dado medio pollo y ella pensó que quizás la ayudaría a aclarar su mente. Sin embargo, lejos de ayudarla a sofocar su pena, esta aumentó y su cuerpo entró en un estado de aceleración que no fue capaz de soportar.

Salió de casa a pedir ayuda, estaba aterrada y pensaba que en cualquier momento su corazón se pararía, no quería morir, no tan joven, no sin luchar. Aunque muchas veces se hubiera planteado quitarse la vida. Una cosa era hacerlo ella por voluntad propia, otra muy distinta que por error acabara bajo tierra.

Llamó a la puerta de su vecino con urgencia, Germán le abrió de inmediato y todo a su alrededor se volvió negro.

Laura estuvo una semana hospitalizada, esta vez no intentó marcharse, pensaba que ver a Caleb con otra era el fondo de su agujero personal, pero se engañaba a sí misma, todavía podía caer más metros y acabar en el limbo para siempre.

Su móvil sonó y ella atendió la llamada enseguida, era Abraham. Laura le explicó lo ocurrido, necesitaba ayuda y se agarró a un clavo que ardía más de lo normal. Él se presentó en el hospital un par de horas después de esa llamada y ya no se fue de su vida.

Estuvo unos días de baja, pero cuando le dieron el alta no se sentía en condiciones para volver a su trabajo y pidió una excedencia. Tenía suficiente dinero ahorrado para vivir un tiempo sin problemas económicos y necesitaba alejarse de esa rutina que tanto daño le hacía, principalmente necesitaba tomar distancia de Santos y de su manía por infiltrarla en lugares hostiles donde el consumo de alcohol y droga estaban a la orden del día.

Abraham se convirtió en un pilar esencial para su vida. Intentaba pasar el mayor tiempo posible con ella, la ayudó para que diera el paso y fuera a Alcohólicos Anónimos.

—Llevo cuarenta y cinco días sobria, no he probado una gota de alcohol y no he recurrido a las pastillas para dormir. Aún tengo pesadillas y hay días en los que necesito un trago con urgencia, pero no he caído en la tentación. Me he apartado del trabajo que soñé hacer desde que era una niña porque me había sobrepasado. He dejado personas por el camino, buenas y malas. Llegó un momento en el que pensé que solo me tenía a mí misma y por eso estoy aquí. Necesito dejar de hacerme daño y todo este tiempo sin beber me ha abierto los ojos y ahora empiezo a vislumbrar la claridad al final de mi túnel.

Todos aplaudieron y Laura se secó una lágrima furtiva mientras Abraham

la miraba desde la otra punta de la sala y le lanzaba un beso.

Ben se levantó y se lavó la cara y las manos como todas las mañanas. En la cárcel se sentía sucio y tenía la necesidad de lavarse las manos una y otra vez. Se dirigía a la lavandería a trabajar. Había aceptado realizar tareas en la lavandería con la esperanza de escapar algún día. Su intención era hacerse amigo de los funcionarios para poder sobornarlos y salir en un carro, entre la ropa sucia. El problema era que los funcionarios eran duros de roer y por mucho que él hubiera desplegado sus encantos ante ellos solo recibió desplantes. Ben sabía esperar y estaba seguro de que podía conseguirlo, solo necesitaba tiempo y una buena planificación.

De sus negocios en el exterior se encargaba Jack. No se fiaba del todo de él, sabía que Jack le sería fiel y no lo traicionaría, el problema era la mala cabeza de su amigo para los negocios. Ben se comunicaba con él en clave mediante los mensajes del Teletexto. Y recibía su respuesta por la misma vía.

En la cárcel, Ben no tuvo mayores problemas, disponía de dinero y le era fácil conseguir lo que necesitaba. Estaba encarcelado por varios delitos, principalmente por la violación y posterior asesinato de Cristine Lambert. Por tráfico de drogas y por el accidente suicida donde murió El Seco.

El día que ingresó en prisión fue violentamente golpeado por varios presos, pero luego compró su seguridad y lo dejaron en paz. Además, Ben Killer tenía los tentáculos muy largos y a sus agresores les pasó factura haberse metido con él. Los tres tuvieron su venganza en forma de paliza. Uno de ellos fue pinchado por otro preso, Ben pagó para que así fuera. Ben tenía algo hipnótico en la mirada, conseguía que las personas se rindieran a sus pies y no tuvieran en cuenta el porqué de su condena. Él ni se molestó en intentar demostrar su inocencia frente a los otros presos, sabía que era inútil, pues en la cárcel todos eran inocentes.

Su abogado lo visitaba a menudo, pero le dijo muy claro que lo tenía muy difícil para ganar el juicio, que lo mejor era que se declarara culpable y así quizás no le caerían tantos años. Ben no lo escuchaba, sabía que ese individuo no iba a poder hacer nada.

Ben se cansó de decirle a su abogado que le habían tendido una trampa, que él no había matado a nadie y que Santos lo había preparado todo para que cayera en su tela de araña. Santos; iba a ser el primero al que iba a visitar en cuanto estuviera libre. Luego iría a por Paloma, pensaba darle un buen escarmiento en forma de sobredosis. Nadie lo sabría. Y por tercero y no

menos importante iría a por Fénix. Le había engañado como a un chino, confió en él y estaba al tanto de la identidad de Paloma, Jack se lo había dicho, que Caleb repetía una y otra vez el nombre de Laura, el verdadero nombre de esa arpía mentirosa. La venganza lo mantenía vivo y nadie iba a salir de rositas después de haberse burlado de él.

Capítulo 31

Subirme en mi moto de nuevo, acariciar cada milímetro de la carrocería de mi Honda CBR Blackbird. Cuando pude hacerlo sentí que la adrenalina me poseía y ni siquiera la había arrancado. Lo primero que hice fue ir al acantilado, necesitaba comprobar si Cristine todavía estaba allí. Era casi de noche, me encantaba ir a esa hora a mi lugar de evasión preferido. Donde miraba podía ver un paisaje increíble, aunque las fábricas solo nos envenenaran con sus emisiones. Por la noche se convertían en el relieve de una ciudad futurista que me hacía soñar despierto; y el mar, que rompía contra las rocas una y otra vez, me hacía sentir al borde de un abismo del que solo podía escapar al izar un vuelo imaginario. En ocasiones circulaba por el camino que había entre las fábricas con mi moto, me sentía en una distopía eterna, fantaseaba con dragones imaginarios que me seguían mientras yo escapaba del lugar a toda velocidad.

El acantilado era un lugar solitario con unas vistas privilegiadas. Casi no iba nadie; alguna pareja para tener intimidad y poco más. Era mi sitio, el lugar donde dejaba volar mi imaginación, mi válvula de escape.

Me aseguré de que estaba solo e intenté invocar a Cristine, pero no recibí respuesta. Me sentí como un psicópata, incluso llegué a pensar que mi imaginación era demasiado complicada y me la había jugado en su momento, pero ni yo me creía eso, sabía que Cristine se me había aparecido y no una, si no más veces.

Cuando estaba a punto de marcharme la vi. Estaba sentada en una roca y se tapaba la cara con ambas manos. Me acerqué y me agaché delante de ella.

—Hola, Cristine —la saludé.

No me contestó, pero la oí sollozar.

—¿Qué te pasa?

—Lo ha vuelto a hacer —susurró mientras me miraba con sus ojos vacíos.

—¿A qué te refieres?

—Está libre, lo ha vuelto a hacer, tienes que pararlo —dijo entre sollozos.

—¿Pero quién, Cristine? ¿Quién? —pregunté con desesperación, el corazón me iba a mil por hora.

Ella me miró y gritó con todas sus fuerzas, tan intensamente que me tuve que tapar los oídos. Cerré los ojos por puro reflejo; cuando los volví a abrir, Cristine ya no estaba.

Mientras volvía a casa no podía dejar de pensar en lo que había pasado con Cristine, estaba demasiado tranquilo y me arrepentía de haber vuelto al acantilado, lo que menos quería era remover la mierda; pero mi instinto me decía que habían encarcelado a la persona equivocada y que el verdadero culpable estaba libre. Bueno, más que mi instinto era el espíritu de Cristine quien me lo había dicho, pero yo tenía la misma impresión y Laura en su momento me dijo que pensaba exactamente lo mismo. Laura era policía, quién mejor que ella para deducirlo. Aunque no era muy difícil, Santos era un mal bicho que quería cargar con el muerto del asesinato de Cristine a Ben, y no paró hasta conseguirlo y apuntarse un tanto sin haber hecho nada. Pero esa prenda en casa de Ben, eso es lo que descuadraba y me hacía plantearme mis teorías.

Me encontré a Jack esperándome en la entrada del *parking*, estaba solo.

—Hola, viejo amigo —me dijo.

—Hola, Jack.

—¿Qué tal estás?

—Todo lo bien que puedo —contesté y le dediqué una sonrisa, sabía que tanta amabilidad era fingida. Además, Jack disimulaba muy mal.

—Me preguntaba si querías tomar unas cervezas conmigo, por los viejos tiempos.

—Viejos tiempos —sonreí de medio lado y luego añadí—, nunca hubo viejos tiempos Jack, los dos lo sabemos, dime qué quieres, no me gusta la gente que se anda con rodeos.

—Chico listo —dicho esto, sonrió y simplemente se marchó.

Ben le había hecho prometer que no tocaría a Paloma ni a mí y eso le enfureció, estaba deseando ponernos la mano encima a ambos y Ben le había dicho muy clarito que nada de tomarse la justicia por su mano, que para eso, ya estaba él.

Entré en casa y me fui directamente a la habitación. Mis padres descansaban en el sofá del salón y se miraron extrañados, pues en los últimos tiempos habíamos estado muy unidos y querían evitar que volviera a ser todo como era antes, una familia rota no era lo ideal y nosotros lo habíamos sido

por mucho tiempo.

Santos visualizaba una grabación una y otra vez en el reproductor de DVD de su salón. En ella, se veía un coche que circulaba por una carretera secundaria en un día de lluvia. Al fondo había un camión que circulaba en sentido contrario, de pronto apareció en escena una moto de gran cilindrada que estaba intentando adelantar al camión, lo siguiente que se veía era al coche que salía de la carretera y atravesaba el guardarraíl para luego desaparecer del plano. El motorista también desapareció, pero luego dio la vuelta y volvió. Paró la moto y se apeó de la misma. Se acercó al maltrecho quitamiedos, llevó sus manos al casco y luego volvió a la moto a toda prisa y se marchó del lugar. Lo próximo que se vio fue un coche de policía.

No podía dejar de mirar esa grabación desde hacía dos años. Apretó los puños con rabia y luego arrojó el mando contra la televisión.

Mario entró en casa y vio a su padre sentado en el sofá con una botella de Jack Daniel's en la mano. Estaba ebrio y parecía muy enfadado. El chico decidió ir directamente a su habitación y así evitar problemas con su progenitor. Cuando bebía perdía el norte y le insultaba a él y a su hermana Jessica.

—¿A dónde vas?, ven aquí —ordenó Santos a su hijo.

—¿Qué quieres, papá? —preguntó con cuidado.

—¿Dónde has estado?

—En el centro comercial —respondió Mario.

—¿Con quién? —preguntó Santos mientras arrastraba las palabras.

—Solo joder, solo.

—Nada de chicas, ¿me oyes?, de casa al instituto y del instituto a casa, de lo contrario te reventaré la cabeza y la estrujaré como si fueras una hormiga.

Mario negó con la cabeza y se dirigió a su habitación mientras su padre seguía con sus incoherencias.

Jessica miró a Mario con lágrimas en los ojos, luego negó con la cabeza. Mario se encogió de hombros y entró a su habitación.

Santos volvió a poner el video, pero esta vez vio algo que no había visto nunca. Se acercó a la pantalla y paró el video en el punto donde había observado lo que le había llamado la atención.

El individuo que salía en él tenía un tatuaje en el cuello, ¿cómo no lo había visto antes?, se llevó ambas manos a la cabeza y abrió la boca sorprendido.

—¡Mierda! —masculló.

El teléfono fijo de casa de Laura la interrumpió en su intención de salir para encontrarse con Abraham. Ya casi nadie la llamaba al fijo, primero, porque cada vez menos gente lo tenía y segundo porque la mayoría de personas que conocía la llamaban al móvil, la mayoría menos uno que a veces controlaba si estaba o no en casa de esa manera.

—¿Qué quieres? —Sabía que era Santos. No le apetecía nada coger el teléfono, pero en su interior deseaba que la llamara y hacerle un buen desplante, él se lo merecía.

—Hola, Laurita, soy yo —dijo Santos en aparente estado de ebriedad.

—Vale, ya sé quién eres, dime qué quieres ya o cuelgo el teléfono, tengo cosas que hacer.

—Cosas que hacer, ¿con el medicucho ese que te persigue como un perrito faldero? —dijo Santos en tono de burla.

—Mira Santos, voy a colgarte.

—¿Por qué, Laurita?, quiero verte, quiero verte ya, voy a tu apartamento —dijo como si fuera un niño caprichoso.

—Adiós, Santos, no se te ocurra aparecer por mi casa, además, me voy ahora mismo, ahórrate el viaje, no me encontrarás aquí —dijo Laura y colgó.

—Zorra...—espetó Santos cuando se dio cuenta de que Laura había colgado el teléfono.

Laura entró en su coche, lo arrancó y presionó el botón de encendido del radio CD. El vehículo se llenó de música, sonaba «No surrender», de Bruce Springsteen la voz rasgada y contundente del Boss la llenó de júbilo. Ella comenzó a cantar y a mover el cuerpo al ritmo de la música. Entonces fue cuando él irrumpió en su mente como un ciclón, Caleb, solo podía pensar en él deslizándose veloz por la carretera, lo imaginó hasta materializarlo justo al lado de su coche. Llevaba esa cazadora blanca con su nombre de guerra bordado en la espalda y sus ojos chispeantes le sonreían desde la visera ausente de su casco. Ella respondió a esa preciosa sonrisa ocular, esos ojos tan expresivos merecían ser recompensados y Laura le dedicó la más amplia de sus sonrisas. Luego Caleb la adelantó y aceleró hasta esfumarse de su recuerdo. ¿Por qué no podía olvidarlo?, la había llamado una y otra vez cuando ella estaba en su declive personal y todavía batallaba en su agujero de autodestrucción. Y luego esa chica que estaba con él en el hospital, solo vio un abrazo, pero le cayó como un jarro de agua fría y no podía dejar de acordarse de ese momento en el que ella acudió con toda su ilusión a abrazarlo al saber

que estaba vivo, sin embargo, otros brazos ya lo sostenían, y no eran los suyos.

Laura detuvo su coche en el arcén. Circulaba por una carretera secundaria en la que no había un alma a esas horas del atardecer. El cielo parecía una paleta de colores rosados, morados y amarillos. Un impulso irrefrenable la hizo querer llamar a Caleb, pero recapacitó y le pareció que actuaba impulsivamente y eso ya no quería hacerlo. La nueva Laura controlaba sus emociones, no quería volver a naufragar en su marea de sentimientos contradictorios. Quería oír su voz, pero tenía miedo. Configuró su móvil para que Caleb recibiera su llamada en número oculto.

Marcó su número; un tono, dos, tres... Cuando ya tenía intención de colgar, su voz hizo que todo su cuerpo entrara en un estado de nerviosismo que no recordaba haber sentido desde que era adolescente.

—¿Quién es?, ¿hola?, ¿hola? —Deseaba contestar, decirle; soy yo Caleb, perdámonos juntos, vayámonos a un lugar donde nuestros mundos puedan ser uno solo.

Pero no lo hizo, aguantó sus lágrimas, sus ganas de gritar hasta quedarse sin voz, sus ganas de llorar hasta que se le secaran los ojos que ya tenía secos y agrietados por todo el sufrimiento y por su descenso a los infiernos. Ya estaba a punto de volver a la luz y no quería estropearlo, por ello no dijo nada. Caleb colgó el teléfono y ella tuvo la necesidad de respirar muy hondo. Lo quería, estaba convencida, no era solo un capricho, era amor.

Era ella, tenía la corazonada de que la persona que le había llamado y respiraba de manera entrecortada al otro lado del hilo telefónico era ella, tenía que ser ella. Una punzada desgarró sus sentimientos que había intentado enterrar en lo más hondo de su ser. Estaba en una hamburguesería con Patri y con Menda. Sabía que Patricia albergaba sentimientos hacia él, no quería verlo y de alguna manera esquivaba el llegar a algo más que una amistad con ella. Era una preciosidad y una persona excepcional. Él no era de piedra, en más de una ocasión estuvieron a punto de besarse y algo siempre los interrumpió, si el destino no quería que ese beso se produjera sería por alguna razón.

Esa llamada lo descolocó y ya no sabía qué hacer, qué decir, cómo comportarse ahora que había vuelto a la mesa con sus amigos.

—Estás blanco, tío, ¿quién te ha llamado?, ¿el diablo?

—Algo peor —dijo y zanjó el tema—, voy a por otra birra, ¿queréis?

Patri negó con la cabeza mientras me miraba extrañada. Sabía que quería

preguntarme por mi repentina palidez, pero luego desterró la idea al ver que me había pasado el resto de la velada abstraído en mis pensamientos, lo prefería así.

Menda seguía con sus bromas y su «filosofía» personal, pero ya ninguno de los dos lo escuchábamos. El ambiente se había enrarecido, me disculpé y dije que me marchaba a casa. Patri se sumó a mi iniciativa y Menda se quedó en la hamburguesería con otro grupo de gente que había llegado y le había salvado de una noche de viernes metido en casa.

En el corto trayecto desde la hamburguesería a casa de ambos, el silencio se instaló entre los dos y ya no nos abandonó. Patricia estaba triste y yo tampoco soportaba ese mutismo incómodo, pero no tenía ganas de hablar, necesitaba estar solo.

—¿Qué te pasa, Caleb?, desde que saliste a atender esa llamada no has dicho una sola palabra, si te puedo ayudar en algo, sabes que puedes contar conmigo.

—No pasa nada, Patri.

—No te creo, estás más raro que un perro verde —dijo Patri mientras jugueteaba con sus llaves y las hacía volar para luego agarrarlas otra vez y volver a hacer lo mismo.

—Pues créeme, no pasa nada.

Patricia negó con la cabeza y puso los ojos en blanco.

—No soporto este silencio —confesó ella.

La miré muy serio, pero no dije nada.

—Vale, te digo que no soporto el silencio y me la devuelves con más silencio, joder, ¿qué coño te pasa? —espetó Patri con evidente enfado.

—Buenas noches Patricia. —La corté mientras entraba en el portal y desaparecía corriendo escaleras arriba.

—Muy bien, imbécil, no sabes el daño que me estás haciendo. —La oí decir.

Me paré un segundo y estuve a punto de volver con ella y pedirle disculpas, pero no quería que se creara falsas esperanzas, mis heridas no habían terminado de cicatrizar todavía y tenían nombre de mujer. Por desgracia no era el suyo.

Capítulo 32

Me desperté en reiteradas ocasiones durante la noche, era imposible conciliar el sueño y me levanté de la cama. Salí a la terraza, hacía frío, pero no me importaba. Encendí un cigarro y me lo fumé mientras miraba al horizonte. Intentaba hallarla en algún lugar entre aquellas pequeñas lucecitas. ¿Por qué me había llamado?, ¿por qué era tan cruel?, ¿por qué ahora?, ¿por qué?, ¿por qué?, mi mente se había convertido en una espiral autodestructiva y yo necesitaba liberarla de tanta pregunta absurda.

Me vestí y bajé al *parking* a buscar mi moto. Necesitaba que el aire me diera en la cara, era la única forma de despejarme en ese momento.

Conduje sin rumbo y sin fin de trayecto fijado, pero mi subconsciente me llevó a donde no tenía que ir, a la urbanización donde vivía Laura.

Paré la moto delante de su casa, le di gas una vez, otra y otra. Esperaba llamar su atención, que me viera, que supiera que estaba allí, pero en lugar de ella, salió un señor con muy malas pulgas a gritarme y decirme que como no parase de hacer ruido iba a llamar a la policía.

Eso es lo que yo quería, que la policía, que vivía en su bloque, saliera a ver qué pasaba; que me mirase, que se enterase de que yo sabía que era ella la que me había llamado.

—¡Laura!, ¡Laura! —La cagué, lo sé, mi actitud fue del todo infantil, pero no pude dominar mis impulsos, ese amor me quemaba por dentro y recibir su llamada me había prendido como un trozo de tela impregnado de gasolina.

—¡O te vas o llamo a la policía, drogadicto! —gritó el hombre fuera de sí.

—¡Laura, joder!

—¡Vete ya, desgraciado! —gritó una señora que había salido a la terraza con su bata de estar por casa y los rulos en la cabeza.

El resto de vecinos se fueron sumando a la comitiva en honor al motorista toca cojones. Todos menos ella, gritaban y hacían aspavientos con las manos. Uno de ellos me amenazó con tirarme una botella.

De pronto, me sentí ridículo y decidí marcharme, lo hubiera hecho, si ella no hubiera aparecido en pijama y se hubiera subido a mi moto.

—Vámonos de aquí —me dijo.

Y le hice caso, me llevé a una Laura en pijama y zapatillas de nuevo a aquel lugar donde nos besamos por primera vez. Durante el trayecto se abrazó a mi cuerpo con fuerza, debió pasar frío, pero si fue así no me lo dijo, simplemente se agarró a mí torso como si necesitara hacerlo para sobrevivir.

De nuevo ese pueblo fantasma y su iglesia como únicos testigos. En cuanto llegamos ella saltó de la moto. Aunque intentaba disimular, no lo hacía muy bien, estaba temblando de frío. Me quité la cazadora y se la puse por encima de los hombros. Al menos yo, iba bien preparado para no morir congelado.

—¿Por qué hoy, Laura?, ¿por qué me llamaste? —dije a bocajarro, no quería andarme por las ramas, necesitaba respuestas en ese mismo momento.

Laura intentó hacer como si no supiera nada de esa llamada, sabía que iba a decirlo, pero puse mi dedo en sus labios.

—Sé que has sido tú, no te he olvidado Laura, tampoco a tu respiración entrecortada cuando te pones nerviosa.

—Te llamé por eso mismo Caleb, yo tampoco te olvidé, lo intenté, pero no pude.

—Me dejaste tirado en aquel hospital, estaba muerto de miedo porque pensaba que te había perdido.

—No te dejé solo, estabas bien acompañado.

—Claro que sí Laura, pero para mí no era suficiente, te necesitaba a ti.

Laura cerró los puños y negó con la cabeza.

—Entonces, reconoces que la necesitabas a ella y a mí, ¿yo que era?, ¿un pasatiempo? —dijo ella mientras se cruzaba de brazos.

—¿Pero de qué me estás hablando?, ¿qué ella y qué leches? —pregunté desconcertado y bastante mosqueado.

—Ella, esa chica que te abrazaba y te decía palabras cariñosas en el hospital. —Estallé en carcajadas—. ¿Se puede saber por qué te ríes?, no tiene gracia, te vi con ella y me marché, punto final.

—Mira que eres tonta —dije sin poder parar de reír.

—¿Y ahora por qué me insultas? —preguntó ella haciendo aspavientos.

—Anda, ven aquí, no me puedo creer que el motivo de nuestro distanciamiento fuera Andrea.

—Andrea, ¿o sea que ese es su nombre?, Andrea —dijo Laura mientras seguía burlándose del nombre de mi hermana—, Andreita, como la niña de la Esteban, joder.

Me bajé de mi moto y me acerqué a ella con intención de abrazarla.

—No me toques, no sé ni para qué he venido, si es que ya me vale, soy imbécil perdida. —La agarré de las manos y se las puse detrás.

—Voy a besarte —le dije divertido.

—Ni se te ocurra, cabronazo, te haré la cobra una y otra vez —respondió enfadada.

Junté mis labios con los suyos, Laura iba de farol, no hizo ninguna cobra, sin embargo, me mordió en el labio con fuerza.

—Joder, ¿pero se puede saber por qué has hecho eso? —pregunté mientras limpiaba mi boca y escupía para librarme del sabor metálico y desagradable de la sangre.

—Te he dicho que no me besaras, no, es no. —Me sentí mal por un momento, no trataba de dar esa imagen.

—Laura, esa chica que viste; Andrea, es mi hermana mayor —le aclaré para que comprendiera de una vez que yo solo la quería a ella, se habían acabado los juegos, ahora estaba serio y ya no me reía.

Laura se llevó ambas manos a la cara.

—Dios, qué vergüenza. —Se sonrojó.

Asentí con la cabeza.

—Y lo peor es que saliste por patas sin comprobar quién era esa chica. Tengo familia que me quiere, me abraza; y yo estaba muy triste, necesitaba afecto Laura, me sentí vacío sin ti.

—Lo siento, de verdad que lo siento, pero yo estaba muy mal Caleb y al verte con ella solo quería alejarme de aquel hospital y de ti.

—Me podías haber cogido las llamadas o respondido los mensajes —le recriminé muy serio.

—Ya no importa Caleb, no podía hacerlo, en ese momento no, ahora todo ha cambiado, yo he cambiado. Tuve un problema y ya lo solucioné.

—¿A qué te refieres? —pregunté curioso.

—A nada, ahora dejemos de perder el tiempo.

Ella se acercó a mí y me besó lentamente. Yo había soñado tantas veces con ese momento que la agarré por las nalgas y la atraje hacia mí. Nos besamos con urgencia, con las ganas de quien hace mucho tiempo que espera ese instante. Esta vez no lo iba a parar, esta vez ella se entregaba a mí sin intermediarios no deseados, no había nada que nos lo impidiera.

Entramos en su apartamento besándonos apasionadamente, por el pasillo fuimos perdiendo la ropa y en la cama rematamos lo que hacía tanto tiempo anhelábamos los dos.

Ahora yo era mayor de edad, ¿qué más me daba nuestra década de diferencia?, a quien no le gustara solo tenía que mirar hacia otro lado.

La noche fue intensa y acabamos agotados, la amaba, eso lo tenía muy claro y ella me correspondía. Éramos de aquellas parejas que no están juntos porque se conforman, lo están porque están hechos el uno para el otro. Me alegré al ver que la foto de Santos ya no estaba frente a nosotros.

Abrí los ojos y me encontré con los suyos.

—¿No puedes dormir? —le pregunté.

—Tengo miedo de dormirme, despertar y ver que todo ha sido un sueño —respondió.

—No lo es Laura, estoy aquí y quiero seguir a tu lado, solo espero que tú lo tengas claro, como yo.

—Clarísimo —me dijo ella sonriente.

La atraje hacia mi cuerpo de nuevo, tenía la necesidad de tenerla dentro de mí otra vez, se había vuelto como un vicio. En una sola noche ya era adicto a ella; Laura, mi droga.

Llamé a mi casa y le dije a mi madre que pasaría el resto del fin de semana con una amiga. Mi madre soltó una risita nerviosa, hizo ver que le hacía gracia, pero en realidad tenía miedo de perderme, todavía me veía como a su niño pequeño.

Salimos a pasear cuando el sol ya estaba muy alto. Nos besamos en cada rincón. No podía describir lo que sentía, la quería tanto que me dolía.

En los días siguientes nos vimos a diario, salía del instituto y pasaba a buscar a Laura con mi moto. Daba igual donde fuéramos, estábamos juntos y eso era lo que importaba.

Fuimos al acantilado en varias ocasiones. Ni rastro de Cristine, y por la cuenta que me traía, mejor que fuese así. Laura sabía mi secreto, pero digo yo que sería un poco raro que Cristine se apareciera y solo la viera yo; Laura seguro que pensaría que yo era un loco peligroso. Además, me aterraba que se riera de mí.

Todo era perfecto, al menos eso es lo que yo creía en ese momento. Ir con Laura de la mano por la calle era como flotar, sentía que a mi lado iba mi mayor tesoro. Pero la perfección no existe y en mi interior comenzó a crecer un miedo que carcomía mi felicidad. Me veía tan poca cosa a su lado, ella había vivido como varias vidas más que yo aunque solo nos llevásemos diez años.

Capítulo 33

Ben lo tenía todo muy bien planificado y se sentía poderoso. Había liado a dos personas más para que lo ayudaran a distraer a los funcionarios, ya que con estos, no pudo llegar a congeniar de ninguna de las maneras.

Al día siguiente era veintitrés de febrero, a Ben le hacía gracia haber escogido esa fecha precisamente, iba a tener su propio 23-F. Los lunes se llevaban la ropa sucia y traían la limpia a la cárcel de La Roca. De ella se habían fugado solo dos presos en toda su historia, y ninguno de los dos llegó muy lejos. Él pretendía ser el tercero y había recompensado bien a sus dos esbirros. Las familias de ambos recibirían un buen incentivo en forma de fajo de billetes. Ben pensó que eran un par de inútiles, podían haberle pedido mucho más, pero si se conformaban con migajas, mejor para él. Al fin y al cabo, Ben era un empresario nato, fuera de la ley, pero un empresario al uso.

Era domingo por la noche y Ben estaba eufórico. Se había metido una raya y no hacía más que cantar y decirles improperios a los funcionarios.

—¿No sabéis quién soy?, soy el puto diablo, el amo del inframundo, yo os puedo dar el poder, solo si me servís, ¿o preferís seguir siendo unos pringados? —decía cuando veía pasar un funcionario por delante de su celda.

—Cállate Killer —le dijo Olmos, un funcionario joven que pasaba ese momento por allí y recibió los desvaríos de Ben Killer sin comerlo ni beberlo.

—Cállate tú, marica —dijo Ben mientras sacaba su pene del pantalón y añadió—, mira, mira, ¿la quieres?

—Te voy a meter en aislamiento como no te calles de una puta vez — espetó Olmos, estaba harto de que Ben pusiera en duda su condición sexual. Era cosa suya y fuese o no homosexual, a nadie le importaba, menos aún a ese pirado de Ben Killer.

—Amórrate al pilón, guapetón, ven, ven que te hago un hombre —dijo mientras emulaba una pluma muy bien conseguida.

El resto de presos se rieron y Olmos se acercó a la celda de Ben.

—A ver, imbécil, como vuelvas a abrir esa boca de cerdo que tienes te la reventaré a palos.

—Sí, sí, que me va el sado, guapetón —se burló Ben.

Le quedaba tan poco, estaba seguro de que su fuga iba a salir bien. Se había convencido a sí mismo de que todo iría sobre raíles, necesitaba ser optimista, de alguna manera tenía que atraer de nuevo a la buena suerte.

No podía consentir que le encerraran de por vida.

Ansiaba el momento de tener a sus enemigos delante, había planificado su venganza minuciosamente, ahora solo hacía falta salir de ese estercolero y llevarla a cabo.

Ben se lavó las manos de nuevo, desde que había ingresado en prisión sentía la imperiosa necesidad de lavárselas a todas horas. Las tenía enrojecidas de frotarse con un estropajo, pero a él le daba igual. Cuando sentía esa sensación de suciedad y de mugre en su piel no podía soportarla.

Ben se levantó de su litera con energía. Como todas las mañanas, después de lavarse, vestirse y desayunar; se dirigió a realizar sus tareas diarias en la lavandería. Allí se encargaba junto con otros reclusos de lavar las prendas de los demás internos y cuando urgía mucho, en especial, de las sábanas que no podían esperar al lunes. Había un servicio externo que lavaba todas las sábanas sucias cuando se hacía el cambio de ropa de cama el último día de la semana. Los lunes se las llevaban y traían sábanas limpias para que el domingo se pudieran volver a cambiar de nuevo. Era un proceso cíclico que se hacía cada semana de la misma forma. Ese día Ben estaba decidido a salir de prisión dentro de uno de los carros.

Por regla general, en La Roca se inspeccionaban a conciencia los carros para que nadie se colara en ellos. Pero ahí entraban en escena los dos cebos que había «contratado» para tal fin. Ellos distraerían a los funcionarios para que Ben pudiera fugarse.

En realidad había muchas probabilidades de que lo pillaran, pero creía en su buena suerte y la había invocado muchas veces, la diosa Fortuna estaría de su lado esta vez.

Ben ayudó a cargar las bolsas de ropa sucia que permanecían apiladas en un rincón de la lavandería. Él se introduciría en una de esas bolsas para escapar.

Sus cómplices le hicieron una señal para que estuviera prevenido, ellos se comportarían de manera sospechosa para que los funcionarios que vigilaban las cámaras se centraran en ellos. Se trataba de distraer a los empleados para que no repararan en él.

Los dos presidiarios iniciaron una discusión y uno le dio un puñetazo en la cara al otro. El funcionario de la sala de videovigilancia informó a sus compañeros para que acudieran a mediar en la reyerta. Pepe, el funcionario que solía vigilar la lavandería, se hallaba en el lavabo en plena lucha con las diarreas que le habían sobrevenido de repente. Ben había añadido un laxante sin olor ni sabor en el agua de la cafetera que tenía el hombre escondida en el cuarto donde guardaban los utensilios y productos para la limpieza. Era adicto al café y su adicción le había llevado a confiar en la buena fe de quien no debía. Llevaba horas consumiendo ese café contaminado y le había hecho efecto en el momento clave. Ben era un estratega de élite y sabía cómo llevar las situaciones por donde le apetecía para conseguir su objetivo.

Pero ese día, aunque los planetas se hubieran alineado a su favor, no era el día en que Ben debía salir de la cárcel.

—¡Benito González!, ¿dónde está Benito? —vociferó un funcionario que entró detrás del que venía a separar a los presos que seguían propinándose puñetazos a diestro y siniestro.

Ben tenía ya un pie dentro de la bolsa de la ropa sucia. Dudó en hacerse el sueco y seguir a lo suyo, pero algo en su interior le dijo que no se introdujera en ese carro. Sin que nadie se percatara, se bajó del mismo y acudió a donde estaba el funcionario que lo llamaba.

—Aquí estoy —anunció mientras se sacudía la ropa y se olía las manos.

—¿Dónde estabas? —preguntó el funcionario extrañado por la actitud de Ben.

—Cargando bolsas en los carros.

El funcionario miró a todas partes buscando a Pepe.

—¿Dónde está Pepe? —preguntó.

Ben se encogió de hombros.

—A ver, Olmos, haz que busquen a Pepe, no está en su puesto.

—¿Para qué me necesitas?, tengo trabajo —dijo Ben con impaciencia.

—Tu abogado está aquí, tienes que acompañarme —respondió el funcionario.

—¿Tiene que ser ahora? —preguntó Ben mientras se maldecía internamente porque la diosa Fortuna lo hubiera abandonado.

—Ahora mismo y sin rechistar, ¡andando! —exclamó.

Javián, el abogado de Ben, lo esperaba sentado en una mesa de la sala de visitas.

—¿Se puede saber qué haces aquí?, me has jodido la fuga —gruñó Ben.

—Siéntate Ben, mejor que no te fugues, lo que tengo que decirte te puede sacar del aprieto.

—Va, suéltalo —dijo Ben mientras se sentaba con resignación.

—Hace dos semanas desapareció otra chica —susurró el abogado mientras miraba a ambos lados.

—¿Sí?, ¿y eso qué tiene que ver conmigo?

—Más de lo que tú piensas.

—¿Por qué? —preguntó mientras ponía los ojos en blanco.

—Hoy ha aparecido muerta y todo apunta a que el asesino es la misma persona.

Ben abrió los ojos como platos, un destello de esperanza impactó en su alma. La diosa no lo había abandonado, solo había hecho que no cometiera una estupidez y se fugara para vivir una vida clandestina. Por el contrario, ante sus ojos se abría un abanico de posibilidades. Sabía que si ya no era culpable de asesinato las cosas iban a cambiar para él. Eso le hizo sonreír.

—¿Podrás sacarme de aquí? —preguntó con decisión.

—Haré todo lo que esté en mi mano.

—No quiero que hagas lo que esté en tu mano, quiero que mis posaderas se sienten en un retrete limpio, ¿me entiendes, verdad?, quiero estar en mi jodida casa ya, tengo cosas que hacer —dijo mientras pensaba en las represalias que iba a tomar contra sus objetivos.

Capítulo 34

Laura me abrió la puerta aparentemente agitada y literalmente me arrastró al interior de su apartamento de la mano. En la televisión, un reportero informaba del hallazgo de un cadáver en el descampado que unía La Vila Alta con Arría Baja. Se trataba de Belén, la mejor amiga de Cristine Lambert. Un *Flashback* atravesó mi mente como un ciclón, las palabras de Cristine se repetían en mi cerebro como un bucle tétrico y cruel «lo ha vuelto a hacer». Lo había vuelto a hacer y una vez más yo no había hecho nada por impedirlo. Entonces recordé el episodio con Ben en el *pub* de La Vila Alta. Belén me llamaba asesino, parecía tan real, pero todo fue fruto de mi mente, y esa raya que supuestamente me metí y de la que no fui consciente. En todo momento le dije a Ben que yo no quería. Fue tan extraño.

Se me ocurrió una idea, quizás podía parecer una locura, pero tenía su lógica. Quizás aquello fuera un aviso, ¿y si Belén sabía quién era el asesino de Cristine?

—Caleb, ¿qué te pasa?, responde. —Oí de fondo la voz de Laura, pero yo estaba tan inmerso en mis teorías que la ignoré.

Los cabos se ataban en mi pensamiento como si de una tela de araña perfecta se tratara.

Belén no estaba en el *pub* y me acusaba a mí de asesino. En ese momento estaba en otra parte y acusaba al verdadero asesino, ¿me había metido en la mente de ese mal bicho?, ¿había visto lo que él veía?, Belén lo acusó y a él no le gustó nada y por ende, la eliminó.

—¡Joder! —grité.

—¿Qué te ha pasado?, llevo un buen rato llamándote y no contestabas, estabas ido —dijo Laura con los ojos muy abiertos y sus brazos extendidos.

—Laura, tengo que hablar contigo y espero que no te rías, es importante que me creas, ¿me lo prometes?

Ella asintió con la cabeza, aunque no se la veía muy convencida escuchó mi historia.

Se lo conté todo, no me dejé nada en el tintero. Cuando terminé mi relato

ella resopló con fuerza.

—¿O sea?, ¿que eres una especie de médium? —preguntó.

—No tengo ni puñetera idea de lo que soy, solo sé que he tenido varios episodios en mi vida, incluso una amiga imaginaria que era mi tía muerta.

—¡Qué fuerte! —exclamó.

—¿Me crees, verdad? —pregunté sin muchas esperanzas puestas en que lo hiciera.

—A ver Caleb, yo no soy una escéptica si es lo que quieres saber, yo nunca he visto nada, pero la intuición muchas veces me ha avisado de acontecimientos que ocurrirían. El problema es que jamás le he hecho caso. Me encantan los temas paranormales y he alucinado con tu historia, de hecho, ya aluciné cuando me dijiste que veías muertos. Pero dudo mucho que mis compañeros crean en ella, son polis y creen en lo que ven.

—Tenía entendido que algunos policías en ocasiones recurren a videntes.

—Con los que yo he trabajado te aseguro que no —aclaró Laura mientras se encogía de hombros y luego añadió—, además, estoy fuera del cuerpo por una excedencia.

—Pero ello no quiere decir que no podamos investigar un poco por nuestra cuenta —dije con decisión mientras besaba su cuello.

—Estás muy loco, ¿lo sabías?

—Por ti, sí, como una jodida regadera.

Esa noche volví a casa antes de lo normal, al otro día tenía que madrugar para ir al instituto y mi madre se estaba poniendo muy pesada con que quería conocer a Laura. Quería saber con quién pasaba las noches.

A mí no me importaba presentarle a mi novia, es más, me apetecía que mis padres la conocieran; pero Laura tenía miedo a que no la aceptaran por su diferencia de edad conmigo. Le dije una y mil veces que me daba igual, que si no la aceptaban yo era muy libre de seguir con ella aun sin el beneplácito de mis padres. Pero ella por el momento prefería seguir así.

Después de cenar con mi familia me retiré a mi habitación y me metí en internet. Todo el mundo se hacía perfiles en una red social llamada Facebook y allí colgaban sus fotos y explicaban lo que hacían en su día a día. También había algo llamado secuestrador en serie, Menda no paraba de decirme lo que le gustaba esa cosa. Pensé que si me hacía un perfil en esa red social y por suerte Belén tenía también uno, podía ver sus fotos y saber con quién se juntaba. El asesino tenía que ser de su entorno.

Por aquel entonces, la gente no era tan celosa de su intimidad, muchos de los perfiles de Facebook no estaban capados y se podían ver todas las publicaciones. También existían otro tipo de lugares donde podías poner tus fotos y demás. En el instituto donde yo iba antes de mudarme a Arría Baja teníamos una especie de mini red social, eso también podía ser una opción.

Me creé el perfil de Facebook y busqué a Belén. Allí estaba su fotografía, miraba a cámara mientras hacía morritos, se había hecho una autofoto, eso que con el tiempo bautizaron como *selfie*.

Entré en su perfil; tuve muchísima suerte, muchas de sus publicaciones eran públicas y pude ver muchas fotografías y el listado de sus amigos.

Aparecía con mucha gente, sobre todo con Cristine. Había una fotografía en la que salían Ben Killer y Jack junto a Cristine y Belén.

Jack, podría ser perfectamente él, total, era un mierda y ya estaba claro que Ben Killer no había sido. Jack tenía acceso al congelador de Ben, delante de Laura y de mí lo abrió con una llave, sabía dónde la tenía Ben. ¿Y si Jack había escondido el cuerpo de Cristine en el congelador de Ben y luego la había sacado de allí? Todo podía ser y en aquel momento sentía la necesidad de averiguar quién era el asesino de Arría Baja. Sí, en los informativos lo habían bautizado de esa forma, aunque el último cuerpo hubiera aparecido en tierra de nadie, jamás dirían que era el asesino en serie de La Vila Alta, el barrio pobre siempre tenía las de perder, ¿qué más le daba un poco más de mala fama?

Me guardé esa fotografía y otras más que consideré importantes en mi ordenador. Era ya muy tarde, pero aproveché para enviarle un mensaje a Laura.

«Buenas noches cariño, mañana nos vemos, quiero volar contigo»

Siempre le decía eso, mi deseo siempre había sido volar como un ave, poder agitar unas grandes alas y recorrer el mundo para verlo a vista de pájaro, ahora quería que ella me acompañara.

Durante la clase de historia me dormía. Apenas había podido pegar ojo y aquella profesora de sustitución no ayudaba. Normalmente, teníamos a una profesora que explicaba la historia de tal modo que no podías parar de escuchar, pero estaba embarazada y le habían dado la baja. En su lugar nos habían traído aquel somnífero con patas, la mujer tenía algo hipnótico cuando explicaba y toda la clase daba cabezadas sin parar. Ella lo sabía, pero no decía nada, se limitaba a poner cara de pena e intentaba animar la clase sin

éxito. De alguna manera, me daba un poco de lástima ver a la pobre señora esforzarse para que la clase fuese interesante sin lograrlo, pero es que su tono de voz monocorde era imposible de aguantar más de diez minutos seguidos.

En el descanso abordé a Jack. Estaba con sus esbirros, (anteriormente los de Ben), sentado en las gradas de hormigón del patio.

—Hombre, Caleb Fénix, ¿qué te trae por aquí?, ¿esta vez vienes sin tu amiguita la poli?

Sonreí de medio lado, para qué quitarle la razón si la tenía.

—Algo así, necesito hablar contigo sobre Belén.

—¿Qué Belén? —preguntó Jack con chulería.

—Esta Belén —indicé mientras depositaba la fotografía en sus manos.

—Ah, la Belén que se han cargado —dijo con una sonrisa cínica, me dieron ganas de partírla la cara ahí mismo.

—Bueno, hay un energúmeno suelto y tu mejor amigo está en la cárcel por el crimen de su amiga Cristine, tú verás.

—Ya comprendo —apuntó mientras pasaba su mano por mi hombro y me hablaba al oído—, pero que ahora vayas de buen samaritano no se aguanta ni con palillos, ¿me pillas verdad?

—Puede que no sea tan buen samaritano como tú piensas, esta fotografía la he sacado de Facebook, ¿cuánto tiempo crees que tardarán en atar cabos?, Ben está en la cárcel y tú apareces en la foto con las dos chicas, te van a interrogar fijo y además, recuerda que tú eres de Arría Baja, un blanco fácil, yo me lo tomaría en serio Jack, muy en serio —dije con un par de testículos nuevos que aparecieron en mi cuerpo de golpe y porrazo, los de toda la vida estaban en mi cuello. Jack era un chico que daba miedo, entre otras cosas era un psicópata, yo ya lo había vivido en mis carnes.

Jack me soltó bruscamente. Encendió un cigarro y comenzó a caminar de un lado para otro. Había conseguido asustarle.

—¿Y ahora?, ¿quieres hablar con nosotros? —pregunté.

—¿Vosotros?

—Sí, conmigo y con Laura. —Preferí que fuera ella la que le hiciera las preguntas de rigor, al fin y al cabo era policía y estaba más preparada para reconocer ciertos indicios que a mí seguro que me hubieran pasado inadvertidos.

Jack apretó los puños y escupió al suelo con saña.

—De acuerdo —masculló con la mandíbula muy tensa.

Dejé a Jack atrás, lo oía maldecir entre dientes, pero lo había hecho sentir

acorralado, no era tonto; prefería que fuese Laura y no Santos quien le interrogara, de sobra sabía la guarrada que le había hecho a Ben y no quería verse en las mismas que su amigo.

Ahora que Ben podía quedar libre sentía que prefería que se pasara un tiempo más en prisión. Le había pillado el gustillo a eso de ser el que manda y le encantaba que todos hicieran lo que él decía que había que hacer, no era la sombra de nadie, al menos en apariencia, porque la realidad era la que era, Ben seguía manejando los hilos.

Capítulo 35

7 de febrero de 2009 dos semanas antes...

Belén salió de su casa, se disponía a pasar unos días en casa de sus abuelos en un pueblo de Andalucía. A sus padres no les había hecho mucha gracia que se fuera sola, pero tras la muerte de su amiga se había sumido en una depresión de la que veían difícil que saliera sin ayuda. Que ella pasara unos días en el pueblo podía ser una buena alternativa para que desconectara.

Sus padres trabajaban durante todo el día y no la fueron a despedir ni a acompañar. Belén se sentía desatendida por ellos, nunca tenían tiempo para pasarlo con ella y eso la llenaba de rabia.

Soltó su mochila y su equipaje en el suelo, se sentó en la maleta y llamó a un taxi. En la calle a esas horas no había un alma, vivía en La Vila Alta, en una calle poco concurrida. Un coche gris oscuro paró delante de donde ella estaba. Del vehículo salió ataviado con una gorra y unas gafas de sol, no le costó mucho reconocerlo.

—¿Qué haces aquí?— preguntó extrañada.

Él no contestó y se acercó a ella mientras miraba a ambos lados. Sacó una pistola eléctrica y le propinó varias descargas en diferentes partes del cuerpo. Tapó su boca con cinta americana y la metió en el maletero, luego guardó las maletas en el habitáculo del vehículo. Entró en el coche y respiró hondo mientras sonreía maliciosamente, quitó el freno de mano y pisó a fondo el acelerador, tenía que salir de allí antes de que alguien lo viera.

25 de febrero de 2009

Santos paró el coche patrulla cerca del pinar. Hacía rato que recorría las calles del barrio con el subinspector Vega sin suerte. Habían estado en la explanada, pero no había ni rastro de los secuaces de Ben.

—¿Se puede saber qué o a quién estamos buscando?—dijo Vega hastiado.

—Lo que buscamos no te incumbe en estos momentos, sé lo que me hago—respondió Santos con prepotencia.

—Que estés por encima de mí no te da derecho a hablarme así, tengo tanto derecho como tú a la información, ¿no crees?

—A ver Vega, no seas cansino, confía en mí.

Vega resopló y miró el reloj, le quedaban todavía dos horas para el cambio de turno y estaba ansioso por que llegara el fin de su jornada. Ese día le había tocado patrullar con Santos, un tipo al que no soportaba por su forma de tratar a las personas. Además, intuía que la excedencia de Laura Casas se debía en gran parte al trato al que este la sometía.

—Ahí está ese malnacido —dijo Santos mientras señalaba a Jack.

Vega negó con la cabeza.

—Ahora verás cómo se toma café con estos energúmenos —anunció Santos antes de abandonar el coche patrulla.

—¿Pero qué vas a hacer? —preguntó Vega cuando vio a su compañero desenfundar la pistola y apuntar al grupo de chavales que charlaban y fumaban mientras escuchaban «Máximo exponente» de Violadores del Verso; seguidamente salió del coche y fue tras Santos.

—¡A ver!, ¿qué cojones está pasando aquí? —vociferó mientras apuntaba con la pistola a Jack.

Jack estaba cuando menos sorprendido y al verse encañonado enseñó las palmas de sus manos.

—No hacemos nada malo, señor —aclaró con el susto en el cuerpo.

—Eso ya lo veremos. Contra el capó, ¡rápido! —gritó fuera de sí.

Jack obedeció.

—Quítate la cazadora —ordenó Santos.

—Santos, ¿qué cojones estás haciendo? —preguntó Vega.

—Tú te callas y ni se te ocurra desautorizarme si no quieres tener problemas.

—Pero Santos —dijo Vega mientras llevaba sus manos a la cara.

—Pero nada —sentenció antes de volver a gritar—. ¡Que te quites la chaqueta pedazo de mierda!

Jack no entendía nada, pero estaba temblando como una hoja. Se quitó su cazadora de piel y luego la tiró al suelo.

Santos tiró de la camiseta de Jack y la desgarró, haciendo que la espalda tatuada de su presa quedara a la vista.

—Hijo de puta, fuiste tú. —Santos observó el tatuaje que Jack tenía en el cuello, el mismo que le había pasado inadvertido durante tanto tiempo, el tribal en el cuello que llevaba el asesino de su mujer.

—¡Santos, para ya! —exclamó Vega—, voy a tener que detenerte, me da igual quién seas, pero esto no es normal.

—¡Qué te calles, coño! —vociferó Santos tras dirigir el arma hacia su compañero.

Vega levantó ambas manos para que Santos comprendiera que no iba a hacer nada por detenerlo.

—Por favor, no me haga nada, haré lo que me diga, pero no me dispare —dijo Jack entre sollozos.

—Tú te vienes conmigo, tenemos que tener una conversación de hombre a hombre.

—No puedes detener a la gente sin motivo —apuntó Vega.

—Te he dicho que te metas la lengua en el culo —replicó Santos con furia.

Vega se metió en el coche patrulla y llamó al comisario.

—Señor, Santos se ha vuelto loco, deme su permiso para detenerlo y por favor, necesito refuerzos, me ha apuntado con el arma y está encañonando a un chaval que no ha hecho nada.

—Van para allá, haga lo que tenga que hacer Vega, tiene mi permiso.

El timbre de casa de Laura sonó con insistencia. Ella había salido de la ducha y todavía no había terminado de secarse. Se puso el albornoz y salió a atender el portero automático.

—Soy Vega, ábreme por favor —dijo con urgencia.

Laura pensó que algo gordo tenía que haber pasado para que Vega la molestara. Abrió la puerta y un Vega con la cara más blanca que un papel entró en su estudio como una exhalación.

—Vega, déjame que me termine de secar y me ponga algo de abrigo, se me ha estropeado la calefacción y hace un frío que pela. En la nevera hay refrescos, sírvete tú mismo.

Vega asintió y se sentó en el sofá nervioso, no le apetecía tomar un refresco, necesitaba un *whisky* bien cargado, pero Laura no tenía ni una gota de alcohol en su casa, él sabía de su paso por Alcohólicos Anónimos.

Minutos después, Laura salió del cuarto de baño ataviada con un chándal y unas deportivas.

—¿Qué te pasa?, estás más blanco que un papel —dijo Laura con preocupación.

—No te vas a creer lo que voy a contarte, estoy vivo de milagro.

Vega le explicó a Laura lo ocurrido y el mal rato que había pasado para

poder detener a Santos.

—En cuanto el comisario me dio permiso salí del coche patrulla y me dirigí a Santos.

» Le hablé con autoridad Laura, pero no me pasé, le dije que soltara el arma y que estaba detenido. Lejos de obedecerme, se acercó a mí y me encañonó con su arma, me apuntó a la cabeza, estaba fuera de sí y pensé que me iba a pegar un tiro. Te juro que tenía los cojones de corbata.

Por suerte llegaron los refuerzos y consiguieron reducirlo, pero aun así no me quito el susto del cuerpo.

—Jack, ¿por qué lo habrá hecho? —preguntó Laura.

—Como te he dicho le destrozó la camiseta y fijó su mirada en un tatuaje que tenía este en el cuello, luego se le fue la pinza del todo.

Laura se quedó pensativa.

De pronto volvió a sonar el timbre.

Laura me abrió la puerta, tenía el pelo mojado y no estaba sola. Un hombre que rozaba la treintena permanecía sentado en el sofá de su estudio y me escrutaba con la mirada.

—Hola, cariño —dijo Laura antes de besarme en los labios.

—Hola —saludé sorprendido, no me esperaba que tuviera compañía, mucho menos masculina.

He de confesar que sentí celos y no supe disimularlos, porque Laura se apresuró a justificar la presencia del hombre misterioso. Se trataba de un compañero de trabajo.

Hechas las pertinentes presentaciones el tipo se disculpó con nosotros, tenía prisa por llegar a su casa. Su mujer y su hijo lo esperaban, eso hizo que respirara un poco más tranquilo.

Cuando Vega se marchó, Laura se acercó a mí y me preguntó por mi actitud.

—No pasa nada Laura, yo confío en ti —mentí un poquito, sí confiaba en ella, pero me sentía minúsculo, tenía miedo y aunque no era un chico celoso compulsivo no podía evitar que pequeñas púas de celos se clavaran en mi mente.

—Yo solo tengo ojos para ti —dijo Laura que me había leído el pensamiento.

Sonreí y la abracé con cariño.

Capítulo 36

Habíamos quedado con Jack a las seis de la tarde en una zona neutra de la ciudad. Preferí alejarme del barrio y que Jack no tuviera cerca a sus secuaces, no me fiaba de él.

Esperamos al menos diez minutos antes de que él apareciera en el local. Jack parecía otro. No era el chulo de siempre, por el contrario, nos encontramos a un chico apocado y temeroso. No solo lo habíamos sacado de su zona de confort, el capítulo que había vivido con Santos tan solo un día antes, había hecho mella en su ánimo.

—Hola —saludó mientras tomaba asiento en nuestra mesa.

Que Jack no dijera ninguna incoherencia era cuando menos un milagro.

—Bueno, Jack, no me andaré por las ramas —dijo Laura con autoridad, con una sola frase me puso como una moto y luego añadió—, necesito saber de qué conoces a Belén Curto y qué relación os unía a ti y a Ben con Cristine Lambert y con ella.

—Yo solo estuve ese día de fiesta con ellas dos y con Ben. No me unía ningún tipo de relación con esas dos tías —aclaró Jack como si la cosa no fuera con él.

—A ver, Jack, esto no es un juego y lo que te dijo Caleb es verdad, no tardarán nada en atar cabos —Laura habló con firmeza.

—Ya recibí la visita de vuestro amigo Santos, pero no pudo detenerme, no tiene nada en contra mía —replicó Jack con la esperanza de tener razón.

—¿Cuánto crees que tardarán mis compañeros en revisar las redes sociales de Belén?, en cuanto vean esa foto te irán a buscar para interrogarte, mejor que seamos nosotros y no ellos, te lo aseguro.

—¿Qué saco yo con eso? —preguntó Jack haciéndose el interesante.

—¿Ves este *pendrive*? aquí tengo almacenadas horas y horas de convivencia con vosotros. Como os creísteis el cuento de que era retrasada, hablabais con toda libertad de ciertos asuntos muy comprometidos. —Laura le guiñó el ojo a Jack y este apretó las mandíbulas—. Todavía no se lo he dado a mis superiores, pero podría hacerlo.

Jack negaba con la cabeza, se contuvo de milagro, pero estaba seguro de que en su cabeza quería estrangular a mi mafiosa novia.

—Está bien. Conocimos a las chicas en un antro de mala muerte que hay en la parte alta de la ciudad. Buscaban farlopa y se acercaron a mí. En cuanto Ben las vio, se acercó a ellas y le pasó a cada una un brazo por detrás de los hombros.

«Venid conmigo, tengo lo mejor, es coca colombiana, una escamita amarilla que os hará tocar el cielo», les dijo Ben haciendo gala de sus dotes de comercial del narcotráfico.

» Nos metimos unos tiritos y luego nos echamos unas risas. Ben sugirió la idea de ir a su casa y las chicas aceptaron. Una vez en casa de Ben este decidió hacerse un trío con las dos tías. Quería hacer un cuarteto, pero a mí no me van esas cosas y preferí irme a una habitación a jugar a la consola. Un rato después llamaron por teléfono, ese imbécil de Santos estaba interrogando a los camellos para que le dijeran a quién le compraban el material, les había interceptado la mercancía. Algunos de ellos le debían dinero a Ben y tenía que decírselo.

—Entonces ¿interrumpiste a Ben?, preguntó Laura.

Jack asintió con la cabeza.

—Vaya si lo interrumpí, la tal Belén se la estaba chupando en cuanto entré en el salón. Cristine parecía disgustada, la habían dejado fuera del juego. Ben no se dejaba besar en la boca, pero eso ya lo sabes tú, Laurita.

Laura dedicó una mirada inquisitiva a Jack. Ben la dejó besarlo en contadas ocasiones, siempre en público, pero en privado ni se le acercaba.

—¿Qué hizo Ben?

—Él empujó de malas maneras a la chica para quitársela de encima; se le había cortado el rollo. Invitó a las dos chicas a marcharse de su casa y no las acompañó como les había dicho desde un principio que haría.

» Ben y yo nos marchamos unos minutos después, teníamos que solucionar la papeleta como fuese. Nadie podía dejar pendiente deudas aunque los hubieran pillado vendiendo. Por ello nos hicimos la ronda y hablamos con los interesados. Luego le dejamos un mensajito a Santos en forma de ruedas rajadas, supongo que se imaginó que fuimos nosotros.

Laura recordó ese día en el que Santos llegó tarde al trabajo porque se encontró las cuatro ruedas de su coche destrozadas. Nunca supo quién lo hizo. Santos tenía demasiados frentes abiertos y más enemigos de los que podía contar con sus dedos.

—¿Volvisteis a ver a las chicas? —preguntó Laura a Jack.

—Bueno, Ben se tiró varias veces a Belén, pero pronto se cansó de ella y se fue a por la amiga.

—¿Te refieres a Cristine?

Jack asintió con la cabeza.

—Tengo entendido que tuvieron una especie de relación; Ben me confesó que llegó a sentir algo por ella —dijo Laura mientras se encogía de hombros.

—Si Ben siente «algo» por alguien que no sea él mismo ya es mucho, le debía importar de verdad. No tengo ni idea, Ben es hermético para sus cosas, eso también lo sabes —respondió con una sonrisa cínica.

—¿Qué pasó la noche de la desaparición de Cristine?, Ben fue la última persona que la vio con vida. Él tiene coartada para esa noche, pero, hay un lapso de tiempo que siempre se me ha escapado. ¿Acompañó Ben a Cristine a su casa esa noche? —preguntó Laura apoyando ambos antebrazos en la mesa.

—Todas estas preguntas, ¿no se las hiciste a Ben mientras te pegabas a él como una lapa? —dijo Jack en tono despectivo.

—Contéstame o yo misma llevo esa foto a comisaría, estoy segura de que esta noche irán a por ti.

—¿Y qué me hace a mí estar seguro de que no van a venir mañana o pasado a buscarme igualmente?

—Tú límitate a contestar mis preguntas sin replicar, de lo demás me encargo yo —respondió Laura con firmeza.

—Te has buscado una loba, chico —me dijo mientras me guiñaba un ojo —, sabes Laurita, a Ben le hubieras puesto con tu verdadera personalidad.

Laura puso los ojos en blanco y se ahorró gastar saliva para pararle los pies otra vez.

—Respóndeme por favor —suplicó sin que se notara.

—No, no la acompañó, estaba que echaba chispas por culpa de la Reca.

—Su ex —dijo Laura.

—Más bien la loca esa que lo acosaba, yo siempre he pensado que ella tuvo algo que ver con la desaparición de esa chica —dijo Jack tras apoyar la mano en su cara.

—¿Por qué? —preguntó Laura.

—Porque esa noche estábamos en el bar de la plaza y ella apareció y amenazó a Cristine con reventarle la cabeza —dijo Jack con los ojos muy abiertos.

Laura y yo nos miramos. En ningún momento se nos pasó por la cabeza que

esa chica tuviera nada que ver. Su obsesión por Ben era palpable, y las dos chicas se enrollaron con él, había que tener en cuenta el testimonio de Jack.

Jack se marchó tras hacerle algunas preguntas más y recoger el *pendrive* que no era más que una copia del original. Nos explicó la historia de Ben con la Reca, yo ya conocía la mayor parte de la misma porque Ben me la contó. Pero Laura parecía no saber nada y me observaba con curiosidad mientras Jack la relataba.

—¿Tú sabías lo de Ben con Paola, verdad? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Ben me lo dijo, que esa chica le hacía la vida imposible desde hacía algún tiempo y que pensaba que era ella la que le reventaba todas sus actuaciones.

—Lo que nos ha contado Jack tiene su lógica, tenemos que hablar con esa chica —dijo Laura con decisión.

—Laura, estoy flipando —le dije con total sinceridad.

—¿Y eso? —preguntó coqueta.

—Porque eres una magnífica policía y yo quiero ser como tú —confesé.

—¿Quieres ser policía? —preguntó sorprendida.

—Le estoy pillando el gustillo a esto de investigar asesinatos con una poli de élite.

Laura sonrió y me besó.

—No es oro todo lo que reluce, Caleb; te juegas la vida todos los días, nunca sabes lo que te vas a encontrar y si encima eres un policía encubierto como me ha tocado a mí infinidad de veces ser, la cosa se complica y es muy difícil discernir la realidad de la ficción. Eres como una actriz y eso hace mella en tu salud mental, créeme, al menos a mí me ha pasado factura.

—Pero yo te veo muy bien —dije con sus manos entre las mías.

Laura agachó la cabeza y suspiró profundamente.

—Estoy algo cansada. ¿Nos vamos? —Laura cambió de tema con el semblante ensombrecido.

—¿Qué te pasa, Laura? —Me interesé.

—Nada guapo —dijo tras acariciar mi rostro—, es un poco de cansancio, nada más, nada que no pueda solucionar un buen sueñecito. ¿Duermes conmigo esta noche?

Me lo pensé un poco, mi madre me tenía negro con la cantinela de dormir en casa, pero quería estar con Laura y le dije que sí. ¿Qué otra cosa podía

hacer?

Mientras cenaba con mi chica en un restaurante de comida rápida no podía dejar de mirarla. Me hubiera gustado invitarla a un lugar mejor, pero mi economía no me lo permitía y tampoco quería aprovecharme de ella, que aunque estuviera de excedencia tenía más dinero que yo. Laura quería ir directamente a su casa, pero la convencí para que nos hincháramos de hidratos de carbono, al fin y al cabo no hay nada que te alegre más que una buena hamburguesa doble.

Desde que le dije que quería ser policía como ella, Laura estaba muy callada, me sentía incómodo y no sabía cómo romper ese silencio que se había instaurado entre los dos.

Se me ocurrió algo que si bien podía escandalizar a quien nos pillara, me pareció el mejor remedio para la tristeza de mi chica.

Ni corto ni perezoso, deslicé mi mano por debajo de la mesa, acaricié la cara interior de su muslo y me acerqué peligrosamente a su sexo. Lástima, Laura llevaba pantalones vaqueros, pero su cuerpo respondió a mis caricias como un volcán en erupción.

—Cómete eso ya o no aguanto hasta llegar a casa —me dijo con un cambio radical en su expresión, era deseo, un deseo irrefrenable que nos unía y que no consumía ni una barrera de tejido *denim*.

Entramos en el apartamento entre besos apasionados, no llegamos a la habitación; estallaba todo en mí y la despojé de ese tejano corta rollos de un plumazo. Empotré a Laura contra la pared y allí mismo la hice mía. Estaba tan caliente que me pareció ver chispas a nuestro alrededor.

El sexo con ella era increíble, todo con ella era increíble; absolutamente todo.

Por la mañana nos levantamos con la fijación de ir a ver a la Reca. Ahora que no corríamos peligro en el barrio todo era mucho más fácil. Laura había llamado a Vega. Él se había hecho cargo del caso de las dos chicas, ahora que Santos estaba suspendido hasta nueva orden. El comisario le había pedido informes psicológicos y demás. Al menos eso es lo que me dijo ella.

Laura tenía una especie de acuerdo con Vega para ayudarle a investigar sin que nadie se enterara. A Vega, en principio no le gustó la idea, pero cuando ella le explicó la conversación con Jack y la posible relación de Paola con los dos crímenes le instó a que siguiera con sus averiguaciones.

Lo que él no sabía era que tenía un ayudante que se sentía muy bien en el papel de compañero de una verdadera policía.

Confesarle a Laura mis intenciones de ser policía no era casualidad. Hacía días que le daba vueltas a la cabeza. Hasta hacía bien poco no tenía nada claro mi futuro, ni siquiera sabía lo que quería hacer y si quería hacer algo. Pero ahora lo veía todo claro. Me encantaba la velocidad, me veía en la unidad de los Alazanes, lo mío eran las motos, estaba claro.

—¿En qué piensas? —me preguntó Laura mientras desayunábamos un tazón de cereales cada uno.

—En lo que te comenté ayer. Me gustaría ser policía y entrar en la unidad de los Alazanes —dije ilusionado.

—Caleb, picas muy alto, para eso hace falta algo más que hacerse policía —apuntó llevándose a la boca una cucharada de cereales.

—¿Qué tipo de ayuda? —la interrogué ávido de información.

—Mira cariño, no quiero desilusionarte, pero ser policía es algo más que un capricho, ser policía es servir y proteger. Sé que te encantan las motos y que ahora ves esa unidad como un ideal para ti, pero quiero que antes de lanzarte a la aventura de hacerte policía lo pienses con detenimiento, quiero que estés seguro.

—¿Por qué no quieres que sea policía, Laura? —pregunté con tristeza, ese discurso que me había soltado sería el mismo de mi madre y eso no me gustaba un pelo, no quería que me viese como un niño.

—No es que no quiera —se justificó.

—Di la verdad, puedo aguantarla.

—Pues a ver, Caleb, no quiero que lo seas. ¿Contento? —dijo mientras recogía su tazón del desayuno.

Me entristecí aún más si cabe, me sentía como un niño con su madre, y no por nuestra diferencia de edad, si no por el comportamiento de Laura para conmigo, era como si quisiera protegerme y eso me hacía sentir vulnerable y raro, muy raro.

—Lo siento, Caleb, no lo he pasado bien en el cuerpo, me hice policía como mis padres, mis abuelos, mis tíos. Toda mi familia ha pertenecido siempre a la policía y yo no iba a ser menos. Fue como una especie de obligación, fue nacer y que me colocaran un mini traje de policía para hacerme la foto «graciosa». De alguna manera me vi obligada a ello. Además, apenas veía a mi padre, nunca estaba en casa, llegué a pensar que lo había imaginado y era huérfana. En serio.

—No tenía ni idea, pensaba que era tu vocación —dije apesadumbrado.

—A ver, me gusta mi trabajo, pero no te negaré que no llegué a él por un deseo irrefrenable como tienes ahora tú. Tampoco me infiltré por voluntad propia. Lo único que he hecho porque me ha dado la gana ha sido cogerme esta excedencia y mira tú que ironía, sigo investigando en la sombra y ¿sabes qué?, es la primera vez en toda mi vida como policía que me siento bien con lo que hago.

Capítulo 37

En prisión el tiempo pasaba lentamente, y las últimas horas de Ben en la cárcel se le hicieron muy largas. Su abogado había conseguido que saliera en libertad a la espera de juicio. La prueba principal del crimen simplemente se esfumó, nadie sabía dónde estaba la dichosa camiseta manchada con la sangre de Cristine y las huellas de Ben. Por otra parte, la droga hallada en la guardería de Ben no era una prueba concluyente. Pues el edificio no estaba a su nombre, si no al de un viejo traficante que curiosamente había muerto dos meses antes. Por lo que le atribuyeron el alijo al muerto. La Diosa Fortuna estaba de su lado, al menos eso era lo que pensaba Ben en el momento que su abogado le informó de todas las buenas nuevas.

Con respecto al accidente provocado por Ben, este siempre alegó que había perdido el control del coche porque tuvo miedo. Laura lo tenía encañonado y eso le hizo perder la concentración. Su abogado ya le había advertido que cuando saliera el juicio ese tema iba a ser difícil de demostrar.

El dinero no declarado que tenía en casa le supondría una buena multa, pero no era suficiente motivo para que Ben fuera encarcelado.

Ben se sentía pletórico, se preguntaba por qué había desaparecido la camiseta, tenía claro que no podría ser otro que Santos. ¿Pero, por qué hacerla desaparecer?, ¿qué había cambiado?, o ¿de qué tenía miedo?

La cabeza de Ben bullía en busca de motivos, si había sido así ¿tenía que estarle agradecido?, la respuesta para él era un no rotundo, pues el tiempo que había pasado encerrado nadie se lo devolvía y sus negocios se habían visto resentidos por la mala gestión de Jack, que era su amigo, pero como empresario era nulo. No tenía esa vista que tenía él para el dinero, Ben era una calculadora humana, trataba sus trapicheos como si fueran una verdadera empresa seria y formal.

Su estancia en la cárcel le había hecho engancharse a la cocaína. Eso que siempre evitó, ahora era una necesidad diaria para él.

Javián, su abogado, le había surtido de la sustancia que su cuerpo ansiaba muy a su pesar. Él se había justificado una y otra vez, le dijo que no era para

él, que era para venderla. Su abogado que sabía que Ben no era de meterse su mercancía se había quedado con la mosca detrás de la oreja después de su visita.

Santos tendría que pagar por todo el daño que le había hecho, y sus ramas, Paloma y Caleb iban a ser los siguientes.

Laura presionó el timbre del piso donde vivía Paola con sus padres. Tuvo que insistir porque nadie abría. Cuando ella y yo pensábamos que no había nadie y nos marchábamos del lugar, oímos una voz preguntar «¿quién es?».

—Soy la inspectora Laura Casas. —Mintió en su categoría para que la madre de Laura la tomara más en serio—. Venimos a hablar con su hija.

—¿Y se puede saber por qué? —preguntó la mujer con preocupación.

—Solo venimos a hacerle unas preguntas de rigor por el tema de Cristine Lambert y Belén Curto —aclaró Laura.

—¿Y qué tiene que ver mi niña con esas dos chicas? —preguntó y luego añadió—, esas niñas eran del barrio de los ricos, mi Paola no se juntaba con ellas —dijo la mujer cada vez más nerviosa.

—Señora, necesitamos hablar con ella con el fin de aclarar varios puntos, ¿es posible?

La madre de la Reca asintió no muy convencida y se adentró en el piso, dejándonos a Laura y a mí en el umbral.

—Paolita hija, una policía y el riquillo ese te buscan. —Se oyó de fondo.

Laura y yo nos miramos, no pudimos evitar reírnos.

Una par de minutos después, Paola salió a recibirnos con muy poca ropa para el frío que hacía. He de decir que esa chica tenía fama de haberse tirado a todo el instituto y conmigo también lo intentó, pero las estrellas no se alinearon para que ello sucediera, simple casualidad. Era muy guapa y aunque le llamaban la Recauchutada por su enorme pecho, todo lo que ella tenía era natural, aunque las malas lenguas dijeran lo contrario.

—A ver, ¿qué pasa? —inquirió ella con chulería y prepotencia.

—Necesitamos hablar contigo.

—Enséñame tu placa —ordenó Paola con una sonrisa cínica.

Laura se la enseñó, tenía una réplica de su propia placa, se la había hecho para no llevar encima la original. Al tener que entregarla por la excedencia le había venido de perlas su placa falsa.

Paola nos dejó pasar no muy convencida. La inquina que le tenía a Laura se podía mascar como si de un chicle gigante se tratara.

Y es que además de ser la chica que andaba con Ben en los últimos tiempos, venía a su casa identificándose como policía. Paola reconoció para sí misma que Laura era una magnífica actriz, porque a ella también se la había dado con queso.

Entramos a una sala de estar en la que una anciana miraba la tele sentada en una silla de ruedas.

—Está sorda como una tapia, aquí podremos hablar tranquilos —dijo Paola y luego añadió—, en un momento estoy con vosotros, tengo que cambiarme. —Después de decir eso me guiñó un ojo y se marchó, la verdad era que la chica desprendía sensualidad por todos los poros de su piel y Laura se dio cuenta de mi mirada de embobado. Me dio un codazo y me lanzó fuego con sus dos ojos oscuros.

La abuela, que hasta ese momento veía la televisión, nos miró e hizo un gesto para que la escucháramos.

—Esta no hace «na» ¿eh?, se pasa el día en el «Feisbu» ese, hablando con los tíos —dijo la abuela mientras creía que hablaba en voz baja, por su sordera subió el tono más de lo normal y las quejas de Paola no se hicieron esperar.

—De verdad, siempre hace lo mismo cuando viene alguien —dijo Paola que había vuelto de cambiarse de ropa.

Se había puesto un vestido con un escote de vértigo, si eso lo hacía para despistarme, sinceramente, lo estaba consiguiendo. Era imposible dejar de mirar ese pecho tan grande. Incluso Laura lo miraba y no le gustaban las mujeres.

—Bueno Paola, ¿Qué me puedes decir de Cristine Lambert?, tengo entendido que la conocías, ¿no es cierto? —dijo Laura en un tono que sacaba a relucir la rabia que le tenía.

—Si se le puede decir conocer a verla de lejos un par de veces, pues sí, la conocía —respondió Paola.

—Tuviste una relación con Ben Killer y no acabó bien, de pronto apareció Cristine en escena. Eso te debió fastidiar —dijo Laura sintiéndose en un duelo en el que tenía que derrotar a Paola con sus palabras.

—¿Oye, tía?, ¿qué me estás queriendo decir? —preguntó Paola entre aspavientos.

Laura negó con la cabeza.

—Nada, solo que tenemos un testigo que te vio decirle a Cristine y a todo un bar que le ibas a reventar la cabeza, curiosamente, el día de su

desaparición, ¿no te parece demasiada casualidad, Paola? —atacó Laura.

—Ese testigo miente, a ver, ¿quién es ese iluminado?

—Estás dando por hecho que es un chico, ¿verdad?

Paola resopló y apretó los puños.

—Vale, dije que le iba a reventar la cabeza a esa riquilla de pacotilla, pero yo no la maté, estaba con mi chico y él perdió el interés en mí desde que la conoció a ella, ¿tú no estarías celosa y querrías darme una curra a mí si yo te levantara a tu «yogurín»? —dijo mirándome fijamente a mí en todo momento.

Laura estaba furiosa, pero aguantó el tipo como una campeona.

—Si te acercas a Caleb, te meto un palo por el culo y te cuelgo en medio de la explanada —sentenció mi chica.

—Entonces estás de acuerdo conmigo en que esas cosas se dicen, pero no se hacen —dijo Paola.

—Yo no estaría tan segura —contraatacó Laura.

—¿Me estás intentando liar? —preguntó Paola.

—Chica lista —respondió Laura.

—Yo no la maté, de verdad. Estaba muy enfadada y dije barbaridades, pero no le hice nada. —Paola parecía sincera, pero Laura todavía no había saciado su sed de maldad.

—Tú acusaste a Ben Killer con Santos. ¿Qué indicios tenías para hacerlo? —preguntó Laura.

—No sé yo si te gustará oír esa historia —dijo la Reca.

—Dispara —añadí.

Laura me miró de soslayo, me dijo que permaneciera callado, pero quería saber y se me escapó.

—¿Dónde quieres que te dispare? —dijo coqueta.

Laura la miró furiosa y luego hizo lo propio conmigo.

—Ese poli, Santos, me dio dinero para que acusara a Ben.

—¿Cómo? —preguntamos los dos a la vez.

—Yo no trabajo, ya me entendéis, necesitaba el dinero, digamos que para mis cosas. Ese tío está muy bueno aunque sea un carcamal. Me acosté con él varias veces y un día por casualidad le dije que una arpía me había quitado a Ben. Entonces fue cuando él me ofreció testificar contra él.

Laura estaba encendida, la miré y me encogí de hombros. Era de esperar, ese tío la utilizó en todo momento al igual que hacía con todo el mundo. No me sorprendió escuchar el testimonio de Paola, pero a Laura le dolió, sobre todo

porque entonces estaban juntos y ella pensaba que era la única. Ahora comprendía muchas cosas. Ese mutismo, la falta de compromiso, ese ahora sí, ahora no. Solo había sido una muesca más en el cabezal de su cama.

Yo, que vi la tristeza pintada en su cara, agarré su mano por debajo de la mesa para hacerle ver que estaba con ella. Pero la Laura la retiró y eso me desconcertó.

Laura le hizo varias preguntas más, pero de Belén poco nos pudo decir. Solo que la había visto con Cristine y que era su amiga. No sabía que se había enrollado con Ben. Al menos, eso fue lo que nos dijo. Parecía que decía la verdad.

Poner su primer pie en la calle y respirar hondo. Era tal la sensación de libertad, que Ben no pudo evitar abrazar con efusividad a su amigo Jack cuando lo vio fuera apoyado en su coche.

—Hola, viejo amigo —dijo Ben mientras se saludaban con un apretón de manos dobladas en diagonal.

—Hola, Ben, cabronazo, te han dejado en los huesos ahí dentro —apuntó Jack con preocupación.

—Me recuperaré pronto ahora que estoy fuera, has traído a mi gran fiera. —Jack había venido con el coche de Ben para darle una sorpresa, sabía que se moría de ganas por conducirlo.

—Hemos quedado con los demás en el bar de la plaza para tapear y beber unas birras.

—De acuerdo, pero primero quiero pasar por casa para quitarme la mugre de ahí dentro —dijo Ben mientras hacía una mueca de asco con la boca.

Los dos amigos se subieron en el coche, Jack cedió el asiento del conductor a Ben y este se subió a su coche en un gesto rápido.

En el trayecto de vuelta a casa, Ben le contó a Jack sus planes de venganza. Primero empezaría por Santos y luego iría a por Laura. Para Caleb tenía algo especial preparado, una carrera a muerte contra él mismo.

—Ben, de eso te quería hablar, mientras estabas dentro todo ha cambiado —aclaró Jack.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ben a medio camino entre estar extrañado y enfadado.

—A que ese energúmeno de Santos me atacó y me puso una pipa en la cabeza —respondió Jack mientras se llevaba los dedos índice y corazón a la cabeza para simular una pistola.

—¿No jodas?

—Sí Ben, y hay más —dijo mientras asentía con la cabeza.

—¿Qué más?, mira que le tengo ganas a ese policía corrupto.

Jack le explicó a Ben su «charla» con Caleb y Laura. Y le aconsejó que era mejor no hacer nada por el momento.

—Ellos tienen claro que tú no has hecho nada, solo quieren averiguar quién ha sido el que se ha cargado a las dos chicas. —Jack intentaba convencer a Ben mientras este lo miraba extrañado.

—¡Nos ha jodido! claro que yo no maté a esas dos. A Cristine no le hice nada, al contrario, le dije que era mejor dejarlo porque me daba pena, quería algo que yo no podía darle. Y a la otra como no me desdoblara, dentro de la cárcel difícilmente podría hacerlo.

—Ya, pero también pueden pensar que tú mandaste a matar a Belén para que pensaran precisamente eso, que tú no podías haber sido —aclaró Jack.

Ben dio un puñetazo en el volante.

—Entonces, se supone que ahora tengo que mantenerme calladito, sin saciar mi sed de venganza.

Jack asintió con la cabeza.

—Es lo mejor, amigo —dijo encogiéndose de hombros.

—Está bien, pero a ese cabrón de Santos no se la perdono, todo el daño que me ha hecho a mí y que haya encañonado a mi mejor amigo lo va a tener que pagar. No se puede ir de rositas.

—Le detuvieron Ben, creo que por el momento está suspendido o algo así. Se lo llevaron esposado.

Ben sonrió de medio lado.

—Me alegro, que le den por culo —dijo Ben con la mandíbula tensa.

—Lo que me chocó es que me acusó de algo, pero no sé de qué. Me rompió la camiseta y se puso a gritar como un energúmeno, algo así como que fui yo. No entendí nada —explicó Jack.

—Ese tío está loco, me hizo una encerrona, pero me las pagará todas juntas y no me pidas que me esté quieto, con ese personaje, no.

Jack asintió.

—Yo te ayudo amigo —se ofreció Jack convencido. Lo había pasado mal, incluso tenía pesadillas con Santos, quería ser duro, pero al fin y al cabo no era más que un chaval.

Capítulo 38

Metí la llave en la cerradura y abrí la puerta del portal del edificio donde vivía. Me encontré con Patri que se disponía a salir a la calle.

—Hola, Patri —dije cuando vi que ella se iba a marchar sin saludarme siquiera.

—¿Ahora me saludas?, ¿cuánto hace que ni me llamas para tomar una cerveza, eh? —dijo Patricia enfadada.

—He estado ocupado, pero si quieres podemos ir a tomar algo una tarde de estas.

—No gracias, ya me he enterado de que ahora tienes novia —espetó Patri sin ocultar su disgusto.

—Yo jamás te di esperanzas, solo fui tu amigo y esperaba eso de ti, tener una amiga. —Me defendí de sus reproches, no esperaba eso de ella, o por el contrario sí y por ello me había alejado desde nuestro último encuentro.

—Es que no eres capaz de ver lo que tienes delante de las narices Caleb, en su lugar prefieres pasar los días y las noches con una mujer mucho mayor que tú. ¿Has pensado que cuando quieras tener hijos ella ya no podrá, Caleb? —dijo Patricia haciendo gala del veneno que podía llegar a destilar cuando se sentía dolida.

—¿Y a ti quién te ha dicho que yo quiero tener hijos?, es más, si los quisiera tener, mi chica todavía es muy joven aunque sea mayor que yo, pienso que eso no es ningún inconveniente, además, a ti ni te va ni te viene lo que yo haga con mi vida. —Me había cabreado de verdad y no pude contenerme.

—Bueno, entonces ya tienes claro lo que quieres hacer, y con quién quieres estar, no hace falta que le demos más vueltas. Me marcho —dijo Patri con el fin de aparentar firmeza, pero en realidad quería irse porque las lágrimas amenazaban por escaparse de sus ojos y ya no podía contenerlas más.

—Como quieras Patri, pero yo quiero ser tu amigo y pasar tiempo contigo también.

—Caleb, no podemos ser amigos cuando una de las dos partes quiere algo más que una amistad —sentenció.

Patri se fue y dejó un vacío inmenso en mí en ese momento. La había descuidado como amigo, le había dado largas cuando había intentado quedar conmigo porque yo ya había quedado con Laura. Yo estaba enamorado y el resto del mundo de alguna manera me importaba bien poco en aquellos días. Por ello solo tenía tiempo para estar con ella.

Eso no era bueno, pues me olvidé de mi espacio y eso a la larga podía ser un arma de doble filo, pero no era consciente, o puede que sí, pero yo era feliz y eso era mucho más de lo que podía decir mucha gente.

La vida está llena de casualidades y aquella tarde de invierno, se aplicó esa regla de manera increíble. Laura encontró a Abraham en la puerta de su casa, con la chaqueta colgada en su brazo y mil preguntas en su semblante. Llevaba rato esperándola y no se resignaba a irse a su casa a doscientos Kilómetros sin verla.

—Hola, Abraham, ¡qué sorpresa! —exclamó Laura mientras abrazaba a su amigo.

Él permaneció rígido y no respondió a su abrazo.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella.

—No Laura, ¿qué te pasa a ti?, ¿por qué no contestas a mis llamadas ni respondes mis mensajes? —preguntó Abraham apesadumbrado.

—Abraham, yo... —dijo Laura y respiró hondo antes de añadir—, estoy saliendo con un chico. —No le dijo que era con Caleb, Abraham no lo entendería.

—Y por eso ya ni me llamas, no lo entiendo, la verdad. —Negó Abraham con la cabeza mientras decía esto.

—Estoy enamorada, Abraham, y ya sabes cómo son esas cosas, te olvidas del mundo e incluso de una misma en ocasiones.

—Eso no es bueno para ti, Laura. Después de lo que has pasado, si esto se sale mal podría ser fatal para tus adicciones.

—Yo ya no soy adicta —espetó Laura con evidente enfado.

—Siempre serás adicta. Eso lo tienes que tener claro Laura —aclaró Abraham con seriedad.

—Abraham, yo te agradezco tu ayuda y también tu amistad, pero tengo que seguir con mi vida y los sentimientos son así, no puedo obviarlos —dijo Laura mientras agarraba su mano y le acariciaba el dorso con dulzura.

—¿Por qué haces eso, Laura? —preguntó Abraham zafándose de sus caricias.

—¿El qué?, solo trato de ser amable y hago lo que siento —respondió Laura.

—Es cruel —musitó Abraham con la cabeza agachada.

—Mira Abraham, yo tengo mucho que agradecerte, sin ti no lo hubiera conseguido, eres alguien muy especial para mí y quiero que sigas en mi vida —confesó Laura con sinceridad.

Abraham sonrió de medio lado y se puso la cazadora.

—¿Sabes Laura?, es muy difícil permanecer al lado de alguien que solo te tiene gratitud, sobre todo si tú albergas sentimientos muy diferentes y quieres algo más que una amistad, por ello será mejor que me vaya y le demos un tiempo a nuestra amistad —dijo Abraham entre lágrimas contenidas «los chicos no lloran», repetía una y otra vez su voz interior, la sociedad había impuesto algo muy cruel a los hombres, y era el hecho de no poder demostrar sus sentimientos sin dejar al descubierto su debilidad.

—No te vayas, Abraham —rogó Laura mientras le daba un fuerte abrazo.

—Tengo que hacerlo, Laura —susurró mientras cerraba los ojos; sus ojos lo traicionaban y las lágrimas apedreaban sus párpados, ya no las podría aguantar mucho más.

Laura apoyó su frente con la de Abraham y besó sus labios. Fue un beso casto y breve, ella no sintió nada y él lo vio en sus ojos.

—No te esfuerces Laura, adiós.

Abraham se liberó del abrazo de Laura, mientras esta permanecía quieta y sus ojos, que no eran tan contenidos como los de su amigo, liberaban miles de lágrimas. Apreciaba de verdad a Abraham, había sido un pilar fundamental cuando ella estaba totalmente hundida, él la ayudó a izar el vuelo de nuevo, a renacer como el ave Fénix. Fénix, su gran amor, Fénix. Y es que no podía darle a Abraham lo que él se merecía. Eso laceraba su alma, pero por otra parte, la hacía respirar en paz, ahora todo estaba claro. Aunque en ocasiones se confundiera y pensara que sentía algo por Abraham, ese pequeño beso había sido el empujón que necesitaba para aclarar sus sentimientos de una vez. No tendría que contárselo a su chico, no había significado nada, prefería mantenerlo en secreto, pues no quería dañarlo por algo sin importancia.

Laura entró en su casa y decidió darse un baño para relajarse. El día había sido intenso. Ella y Caleb habían pasado la tarde en el centro comercial y estaba agotada.

Durante la cena, mis padres y Andrea hablaban animadamente de cosas sin

importancia, yo me mantenía al margen de la conversación. Estaba en otra órbita, el encontronazo con Patri me había dado que pensar. De alguna manera, me sentía un poco culpable. Ella fue como una especie de confidente cuando mi vida se limitaba a recuperarme de mis heridas, las físicas y las del corazón.

Ella fue quien estuvo ahí cuando me hizo falta una amiga, y ahora yo la desechara como algo sobrante.

En realidad no era así, pero no podía evitar sentirme culpable y darle vueltas a la cabeza al asunto.

—¿Qué te pasa, hermanito?, ¿mal de amores? —preguntó Andrea divertida.

Negué con la cabeza mientras daba vueltas a la sopa.

—¿Seguro?, llevas diez minutos dándole vueltas a la cuchara sin probar bocado —dijo Andrea con el ceño fruncido.

—Todo está bien —mentí.

—Tienes que presentarnos a tu chica —volvió a repetir mi madre por enésima vez.

—Más adelante. —La corté, estaba cansado de lo mismo, últimamente salía a relucir al menos una vez al día.

—No entiendo por qué no quieres presentarnos a esa chica, como tus padres que somos, queremos saber con quién vas, además, no me parece normal que pases muchas noches en su casa, me extraña que sus padres aprueben ese comportamiento en una chica tan joven.

Mi madre se había hecho su propia película, daba por hecho que yo estaba con una chica un par de años más joven que yo, ella no concebía otra clase de amor que el que tenían ella y mi padre. Chico algo más mayor y con más experiencia, chica virginal e inexperta. Me preguntaba qué cara se le quedaría el día que se la presentara y en parte no lo hacía por eso. Laura pasaría un mal rato y no había ninguna necesidad de ponerla en semejante aprieto. Primero tendría que hablar con mis padres y prepararlos, pero eso me sonaba raro hasta a mí mismo. ¿Prepararlos para qué?, ¿para presentarles a una chica genial y preciosa diez años mayor que yo?, dicho así sonaba como si fuera una aberración. Si fuera al revés y yo tuviera unos años más que ella, no sería tan extraño y nadie la llamaría asaltacunas.

En fin, yo era demasiado joven y me daba reparo decírselo a mis padres.

—Mamá, más adelante, dame tiempo, ¿de acuerdo? —dije cuando me cansé de oírla.

—De acuerdo hijo, pero sigo en mis trece, no puedo entenderte.

La mesa quedó presa de un silencio sepulcral, hasta que Andrea dijo esa frase típica de que había pasado un Ángel y mis padres volvieron a la carga entre risas. Agradecí que pusieran el blanco de sus conversaciones en otra cosa que no fuera conocer a mi novia.

Ben y sus amigos pasaron el día entre reencuentros y bares. Todos parecían alegrarse mucho de ver a Ben fuera de la cárcel. Pero la realidad era bien distinta. Mucha gente estaba contenta de que estuviera entre rejas. Entre otras cosas, otros individuos que se dedicaban a su mismo negocio habían proliferado en el barrio como si fueran champiñones.

Jack no era igual que Ben, era descuidado y eso se notaba en el barrio. Ben había perdido muchos puestos y tenía que recuperarlos como fuera. Ahora había una familia entera que quería hacerse con el control de Arría Baja y sus asuntos turbios. Eran nuevos en el barrio y según le dijo Jack, eran muy peligrosos.

—Por el forro me paso yo a esa gente, y ¿dices que son una familia de mafiosos? —preguntó Ben con evidente enfado, mientras dejaba de un golpe su cerveza en la barra.

—Eso dicen, no sé si llamarlos mafiosos, no creo que sean de ninguna mafia, es más bien su comportamiento. Han extorsionado a más de uno y me lo han contado. Además, hay otra cosa —respondió Jack entre aspavientos.

—¿Qué más? —preguntó Ben hastiado, no soportaba haber dejado su barrio bien controlado y encontrárselo hecho un desastre monumental.

—Dicen que tienen casas de putas —dijo Jack en tono más bajo de lo normal.

Ben dio un puñetazo en la mesa.

—¡Coño, Jack!, que a mí esa gente me la pela, si tienen putas o enseñan el culo me da absolutamente igual, mientras no toquen lo que es mío me la traen al paio —espetó Ben furioso.

—Ese es el problema Ben, que hay gente que ya les compra a ellos, pierdes clientes.

—Yo no he perdido nada, Jack, te dejé a cargo de todo y ¿qué me encuentro?, que una familia entera ha invadido mi territorio y nadie ha hecho nada para impedirlo —dijo Ben muy alterado.

—¿Y qué podía hacer yo? —preguntó Jack con la cabeza agachada.

—Pues para empezar, me lo tendrías que haber dicho. Después con toda la gente que conozco dispuesta a hacer lo que sea por la pasta, los tendrías que

haber echado a patadas de aquí, así se hacen las cosas en Arría Baja, ya lo sabes. —Ben sentenciaba con sus palabras y Jack se sentía muy disgustado. Le parecía injusto que Ben lo tratara así, después de haber estado al frente de todos sus negocios y haber hecho lo que estaba en su mano para que todo fuera bien.

Jack se encogió de hombros y dio un trago a su cerveza, se había quedado sin palabras.

—No pasa nada, viejo amigo, juntos los echaremos de aquí —dijo Ben dándole unos toques en la espalda a Jack y levantándose del taburete que ocupaba.

Iba al lavabo a saciar su ansiedad. Necesitaba esa sustancia que lo traía por la calle de la amargura en los últimos meses. Pensaba dejar la cocaína, pero era más fuerte el deseo que su voluntad. Se sentía mal consigo mismo, él solo vendía droga y se metía alguna raya esporádicamente, ¿cómo había llegado a aquella situación?, lo sabía, claro que lo sabía. La cara de Santos venía a su cabeza una y otra vez.

Patri y Menda se encontraban en un local de copas del centro de la ciudad. Ella estaba muy disgustada y había quedado con el que desde hacía unos días, era su paño de lágrimas.

Era para ella como una especie de cubo de basura emocional, lo mismo que ella fue para Caleb. Al menos esa era su impresión.

—Es que me da rabia —gimoteó Patri—, esa tía lo dejó tirado en el hospital y nunca más supo de ella.

—No fue así exactamente, Caleb me lo ha contado todo, Laura lo vio abrazado con Andrea y pensó que ella era su novia, fin —aclaró Menda dándole un trago a su cubata.

—Me da igual, esa Laura es una vieja —dijo Patri con rabia.

—No es ninguna vieja, es una buena chica y créeme, pasa por una chica de nuestra edad sin problema, de hecho, ya lo hizo, acuérdate que es policía y se infiltró en la banda de Ben, nadie se dio cuenta de su verdadera edad.

—No sé, yo la vi de refilón y se nota que es más mayor —gruñó Patri limpiándose las lágrimas.

—Te estás dejando llevar por la rabia y no ves con claridad. Él siempre te dijo que la quería y eso lo sé yo porque lo dijo delante de mis morros y tú estabas ahí también, y lo escuchaste, Patri. Otra cosa es que tú quisieras estar con él, pero tampoco se lo dijiste.

—Tenía la esperanza de que Caleb se acabara enamorando de mí — confesó Patri mientras rompía a trozos la etiqueta de su cerveza.

Menda negó con la cabeza.

—¿Qué pasa?, ¿tan fea soy? —preguntó Patri desafiante.

Menda levantó las manos.

—Quieta fiera, que yo no he dicho eso en ningún momento, tú sabes que no es eso, además, la belleza caduca, no es lo más importante.

Patri negó con la cabeza y dio un sorbo a su cerveza.

Menda no se atrevía a decirle la verdad, que ella le gustaba, si no, tenía claro que no estaría ahí escuchándola. Pero sabía que era inútil decir nada, Patri no le correspondía y él no era de esas personas que se colgaban de amor por otra. «Si tiene que pasar, pasará»; ese era su lema.

—Salgo fuera a fumar —dijo Menda levantándose de la silla—, ¿te vienes? —añadió.

—Mejor me quedo aquí, fuera hace frío —respondió Patri mientras volvía a romper en trozos más pequeños la ya maltrecha etiqueta.

Menda se encogió de hombros, sacó un cigarro y se lo llevó a la boca. En ese local no se podía fumar y había que salir a la calle. Menda llevaba un buen rato con ganas de fumarse un cigarro, no lo había hecho antes por no dejar a su amiga con la palabra en la boca, pero la necesidad de nicotina era más fuerte que su voluntad.

Patri acabó su cerveza y se acercó a la barra para pedir otra. Le había hecho señales al camarero en reiteradas ocasiones, pero este parecía no verla. Eso hizo que su frustración creciera más y más. Se sentía invisible a ojos del mundo.

—¡Ey, Rosa! —dijo una voz desconocida detrás de su espalda.

Patri no se giró, Rosa no era su nombre, por lo tanto, la cosa no iba con ella.

Unos toques en el hombro le confirmaron que no estaba en lo cierto y se giró para decirle al chico que le estaba tocando las narices que se había equivocado de persona, pero se quedó con la boca abierta cuando vio a un chico muy atractivo que la miraba con una sonrisa cautivadora.

—Creo que te has equivocado de persona —le informó Patri sin poder cerrar los ojos.

—No me he equivocado, pues tu piel es como pétalos de rosa y tus labios son rojos como las amapolas —dijo el desconocido como si recitara una poesía.

—Si te piensas que con esa frase tan manida, voy a caer rendida a tus pies, lo llevas claro —sentenció Patri dándole de nuevo la espalda.

—¿No lo he hecho bien? —preguntó el chico.

—Pésimo. —Patri sonrió mientras intentaba mantener la pose de chica dura.

—Vaya... voy a tener que tirar a la basura ese libro para ligar —apuntó el chico con un disgusto fingido.

—Los libros no se tiran a la basura, si no lo quieres déjalo en cualquier rincón donde los viandantes puedan verlo, siempre habrá alguien que le dé una mejor vida que el vertedero —dijo Patri y luego le pidió al camarero otra cerveza.

—Ahora en serio, me llamo Mario, ¿y tú?

—Patricia —respondió ella.

—Bonito nombre —dijo Mario sonriente.

—Ya —contestó Patri mientras se cruzaba de brazos.

Un silencio incómodo se instaló entre los dos.

—¿Me darás tu Messenger? —solicitó Mario como si de un corderito se tratara.

—Depende

—¿De qué?

En ese momento Menda le tocó la espalda a Patri.

—¿Qué pasa, Patri?, ¿te está molestando este tío? —preguntó Menda con la mandíbula tensa.

—¡Qué va!, solo es un amigo, ¿acaso eres mi hermanito? —preguntó Patri con saña, Menda se quedó sin palabras, pues le cayó su respuesta como un jarro de agua fría.

Realmente pensaba que Mario la molestaba por las caras que ponía Patricia mientras él le hablaba. Los había observado desde la calle y en cuanto acabó su cigarro entró para ayudar a su amiga.

—No me extraña que Caleb no haya querido nada contigo —sentenció él y luego se marchó del lugar.

Capítulo 39

Vega había citado a Laura en un pequeño restaurante que había en la urbanización donde ella vivía, su intención era hablar sobre el caso de las dos chicas muertas y así ponerse al día mutuamente de las averiguaciones que había hecho cada uno por su parte. Laura todavía no podía creer lo que le había enseñado su compañero, era incapaz de articular palabra.

—Lo siento, Laura —dijo Vega.

—No puede ser, él no, Vega, lo siento, pero no me lo creo.

—Conocía a las dos víctimas Laura, las dos eran de su antigua urbanización y han aparecido cerca de su nuevo barrio. Es como si hubiera pagado con ellas ese cambio tan drástico en su vida —señaló Vega con los ojos muy abiertos.

—Eso es absurdo, Vega —espetó mientras daba un golpe en la mesa.

—Ya has visto el video.

—En el video solo se ve que Cristine Lambert sale del descampado y que Caleb la saluda, ella no le contesta y sigue su camino —dijo Laura convencida de la inocencia de su chico.

—Él la sigue después, Laura. —Ella se quedó en silencio, sentía frío, mucho frío.

Laura recordó las palabras de Caleb. La historia que le contó; que Belén lo llamaba asesino, que no era real y que él perdió la noción del tiempo.

Una lágrima se le escapó y le dijo a Vega.

—Estoy segura de que esto tiene una explicación, no lo veo capaz, es imposible. —Laura se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre.

De pronto sintió la necesidad de tomarse una cerveza, pero descartó la idea de inmediato, tenía que permanecer sobria, confiaba en Caleb y estaba segura de que él no había hecho nada, pero algo en su interior le hacía preguntas. ¿Y sí era el asesino y había jugado con ella todo el tiempo?

—Hay otra cosa, Laura —aunció Vega apesadumbrado.

Laura respiró hondo y le dijo que prosiguiera.

—La camiseta que Santos encontró en casa de Ben Killer ha desaparecido.

—¿Cómo? —preguntó Laura sorprendida.

—Antúnez estaba de baja por depresión, ya lo sabes, y el de científica que había en su lugar dice que la camiseta estaba un día y al siguiente ya no.

Laura negó con la cabeza.

—Eso es de lo más extraño.

Vega asintió con la cabeza.

—Ben Killer ha salido en libertad hoy mismo, ándate con cuidado, porque querrá vengarse. Ahora ya no es el sospechoso número uno y su abogado ha removido cielo y tierra para sacarlo de la cárcel. Por desgracia, lo ha conseguido.

—No me asusta Killer —dijo Laura con firmeza.

—Van a ir a por tu chico, me hubiera gustado que las cosas fueran de otra manera, pero no puedo hacer nada por impedirlo ni por retrasarlo. Ya les paré los pies con Jack y sería muy sospechoso —se excusó Vega mientras se encogía de hombros.

Laura lo tuvo muy claro, avisaría a Caleb antes de que fueran a su casa y le dieran un susto de muerte, prefería que él mismo se presentara en comisaría acompañado por ella.

En cuanto Laura salió del restaurante no quiso perder el tiempo, fue directa a su coche que estaba en el aparcamiento del edificio donde vivía y puso rumbo a Arría Baja.

Le importaba bien poco que Ben estuviera de nuevo en el barrio, tenía que avisar a su chico e impedir que vinieran a buscarlo y se llevara la peor sorpresa de su vida. Ella creía en su inocencia, veía a Caleb incapaz de hacerle daño a una mosca.

Era muy joven y a veces tenía esa pose de chico duro que tienen muchos adolescentes a su edad, a ella eso le volvía loca, no podía negarlo.

Pero en ocasiones lo sentía mucho más mayor que ella misma, como si su alma fuera vieja. Muchas veces la sorprendía con su conversación, muy diferente a la que tenían muchos chicos de su misma edad. Ellos dos estaban en sintonía y la diferencia de edad no existía cuando estaban juntos.

Dejó el coche en la parte de la explanada destinada para aparcamiento, una lluvia fina la sorprendió sin paraguas ni una chaqueta impermeable. Dio la vuelta y presionó el timbre del primero. Una voz femenina contestó.

—¿Sabe dónde vive Caleb? —preguntó Laura; había llamado por teléfono a Caleb en reiteradas ocasiones durante el trayecto, pero este no contestaba.

—¿Quién lo busca? —indagó la chica.

—Soy una amiga.

La persona que contestó en el primer piso no era otra que Patri. Mario la había acompañado a casa y hacía escasos minutos que había llegado.

—No sé quién es —mintió Patri con fingida desgana.

—¿Estás segura?, metro setenta y nueve, pelo castaño y complexión atlética. —Al decir esto Laura se sintió como una estúpida, estaba hablando como policía y no como su novia.

—No tengo ni idea. —La chica colgó el auricular del portero automático.

—¡Será posible! —masculló Laura.

Probó con otro vecino y este le supo decir el piso correcto a la primera.

—Zorra frígida, si te pillo y te enseño la placa seguro que no eres tan chulita —dijo Laura con evidente enfado, había empezado a llover con fuerza y estaba empapada.

Presionó el timbre del tercero primera y de nuevo una voz femenina atendió el portero automático. «Mierda», pensó. Esperaba tener mejor suerte que con la anterior chica antipática.

—¿Vive aquí Caleb? —preguntó. La lluvia había arreciado y el viento hacía que le diera bofetones húmedos.

—Sí, pero no está —dijo Marisa—, ¿quién lo busca? —preguntó esperanzada.

—Soy Laura, una amiga. —Todo apuntaba a que la mujer que le había contestado era la madre de Caleb, no sabía qué decirle.

Marisa quería ver a Laura hacía tiempo, no podía desaprovechar aquella oportunidad.

—Sube, puedes esperarlo aquí, no creo que tarde —sugirió Marisa con una sonrisa maquiavélica pintada en la cara.

Ella sabía dónde se encontraba su hijo, estaba con Menda en bar de la plaza. Este lo había venido a buscar después de cenar muy compungido por el trato que le había dado Patri y se habían ido a tomar una cerveza.

No quiso decirle la verdad, su ansia por ver quién se estaba llevando a su pequeño de su lado era mucho más fuerte que su ética en aquel momento. De todas formas, Marisa siempre conseguía lo que quería mediante la manipulación.

—No hace falta, lo espero aquí abajo —dijo Laura, no le apetecía nada conocer a la familia de Caleb de aquella manera.

—Pero te vas a mojar —apuntó Marisa con una preocupación fingida.

—He venido en coche, no se preocupe, si viene Caleb dígame que he estado aquí —cortó Laura.

Laura dudó unos minutos en qué hacer, la lluvia seguía empapándola de arriba abajo y tenía que encontrar a su chico.

Marisa por su parte, no quería que Laura se marchara sin que ella le echara el ojo, por ello, enfundada en su bata de boatiné, bajó las escaleras al galope con una bolsa de basura a medio llenar. Marisa jamás llevaba la basura y los suyos se quedaron de piedra.

Salió a la calle y allí la vio, una chica menuda y morena se guarecía de la lluvia bajo el porche de un bar que había un poco más abajo.

«Tiene que ser esa», pensó. Y sin importarle nada la lluvia se dirigió hacia donde Laura estaba y se paró frente a ella.

—¿Tú debes ser Laura? —preguntó intrigada.

Laura asintió con la cabeza e intentó aguantar la risa. Marisa estaba de lo más graciosa con su bata y su bolsa apenas llena. Laura no era tonta y sabía que ella había bajado para ver cómo era.

—¿Pero no me has dicho que te quedabas en el coche? —preguntó con los brazos en jarra y la bolsa apoyada en la cadera.

—Esperaba que aflojara un poco la lluvia para correr hacia el coche —mintió.

—De eso nada, sube a casa y te tomas un caldo caliente.

—Ya he cenado, gracias.

—No me hagas el feo.

—De verdad, hoy no es buen día, otro día le prometo que subo a su casa y me quedo a cenar, pero hoy no puede ser.

—Al menos entra al portal, ahí al menos no te mojarás —insistió Marisa en un intento por escanear a Laura con su láser de madre preocupada por quién anda con su hijo.

Laura accedió a entrar en el portal con Marisa.

Le abrió la puerta y la dejó un momento a la espera. Ella fue al contenedor y depositó la bolsa en el del vidrio, pues no tenía ni idea de cuál era el correcto.

Volvió al portal con premura, entró y cerró la puerta tras de sí.

Ahí, con más luz para poder apreciar a su contrincante la escrutó de arriba abajo con la mirada.

Laura era una chica muy guapa, algo delgada para el gusto de Marisa y a ella no le engañaba su apariencia de niña inocente, esa chica era mayor, se lo

decía su forma de hablar, su expresión, su aparente seguridad. No, Laura no era la adolescente que ella esperaba.

—Así que, tú eres la chica que ha hecho que mi hijo deje de dormir en casa. —Así era Marisa, directa a la yugular—. ¿Y tus padres no se enfadan?

Laura que no tenía un pelo de tonta, sonrió de medio lado y sacó las uñas, pues no iba a tolerar que esa mujer se riera en su cara.

—Señora, usted y yo sabemos que hace tiempo que mis padres no tienen nada que decir con respecto a lo que hago o dejo de hacer —respondió Laura.

Marisa se puso roja como un tomate, la había llamado señora, eso era lo peor que le podían hacer. Se miró y maldijo llevar puesta esa dichosa bata que no le quedaba más remedio de llevar si no quería morir congelada.

—Pues mi hijo es muy joven, tiene toda la vida por delante, comprenderás que preferiría que estuviera con una chica de su misma edad, con la que todo sería nuevo y por descubrir —contrató Marisa con inquina.

—Señora, yo todavía soy joven, de momento nadie me llama señora — Laura recalcó ese «señora», para que Marisa se sintiera tan mal o más como la había hecho sentir a ella.

—¿Qué pasa aquí? —La voz de Caleb sacó a las dos mujeres de su cara a cara, si él no hubiera llegado la cosa hubiera acabado muy mal.

De las cosas que nunca pensé que podía encontrarme al abrir la puerta del portal esta fue la más surrealista. Laura le decía señora a mí madre y ella le había dicho prácticamente que era una vieja para mí.

—Mamá, ¿qué le estás diciendo a Laura? —pregunté enfadado.

—No hijo, ¿qué me ha dicho ella a mí?, esa es la pregunta —respondió Marisa furiosa.

—No te metas en mis cosas mamá, esto no te incumbe, yo decido de quién me enamoro, lo siento si a ti no te parece bien, pero no me harás cambiar de idea —dije con firmeza.

Mi madre no dijo una palabra más y me miró con esa expresión que decía claramente «cuando subas te vas a enterar». Cuando se disponía a marcharse, un vecino entró en el portal. Saludó y se sorprendió a ver a Laura allí, al parecer la conocía y se apartaron un momento para hablar. Decían que ya estaban bien y que se alegraban mucho, yo no tenía ni idea de a qué se referían.

El hombre se despidió de los tres y le dijo a Laura que se alegraba de verla, luego se marchó. Mi madre hizo lo propio y después de levantar la

cabeza con altanería se fue detrás del hombre.

Lo que yo desconocía era que mi madre salió disparada detrás del vecino para sacarle información sobre Laura. Mi madre me lo explicó en cuanto pudimos hablar sobre el tema.

—¡Señor Casimiro!, espere —dijo mi madre mientras subía por las escaleras.

—Dígame, pero no me llame señor, que me hace mayor —mi madre asintió, ella misma había sufrido en sus carnes esa lacra del dichoso y odioso «señora».

—¿De qué conoce a Laura? —preguntó a bocajarro.

—Ah, a Laurita, es muy buena chica, coincidimos en la terapia —dijo Casimiro.

—¿En qué terapia? —preguntó mi madre con los brazos en jarra.

—¿No se lo ha dicho?, lo veo normal, a nadie le gusta admitirlo.

—Dígame ya qué terapia es esa —espetó mi madre.

—La de Alcohólicos Anónimos. Pero no le diga a Laura que se lo he dicho yo. —A Marisa Arnau esas palabras la acabaron de fastidiar el día.

Ni siquiera se despidió de su vecino, simplemente volvió a bajar a su planta, pues había perseguido a Casimiro hasta el último piso para sonsacarle.

—¿Se encuentra bien, señora? —Mi madre se giró y le clavó dos dardos ardientes al pobre hombre.

Laura quería hablar conmigo, pero el encontronazo con mi madre había hecho que se mostrara triste y taciturna. Nos metimos en su coche, el portal de mi casa no era sitio para decirme lo que había venido a decir.

—Verás, Caleb, hay una grabación del día de la desaparición de Cristine, la captó una cámara de vigilancia que hay en un local de la zona, en él se ve a Cristine Lambert. Sale de un descampado y un chico la saluda; luego la sigue.

—¿Ah, sí? —pregunté sorprendido.

—¿Tienes algo que decir, Caleb?, dime lo que sea —dijo Laura, su tono era de súplica.

Yo negué con la cabeza, no sabía a qué se refería.

—Mira —señaló entregándome su móvil.

Efectivamente, se veía parte del descampado que unía Arría Baja con La Vila Alta. Cristine caminaba con los brazos cruzados. Llevaba una mochila a su espalda. Pero de pronto alguien más apareció en escena. No podía ser, era yo.

Un *flashback* acudió a mi mente. Llevaba poco tiempo en el barrio y salí a dar una vuelta. Vi a esa chica, a Cristine y como la reconocí, la saludé. Ella no me hizo caso y yo seguí mi camino, que justamente era el mismo que el suyo, si es que iba a encontrarse con Ben Killer, daba por sentado que iría a la explanada.

Le expliqué a Laura mi versión y pareció creerme, pero me dio una mala noticia que hizo que se me revoliera el estómago.

—Mis compañeros te van a ir a buscar a tu casa mañana. Quieren interrogarte. Yo les he dicho que no, que tú eres incapaz de matar una mosca —dijo Laura con tiento.

—Laura, yo no he matado a esa chica ni a ninguna otra, si es lo que quieres preguntarme —admití compungido, ¿de verdad ella dudaba de mi inocencia?

—Caleb, yo tengo claro que tú no has hecho nada, pero Vega, mi compañero dice que le parece sospechoso que conocieras a las dos chicas y curiosamente desaparecieran las dos y acabaran por los terrenos de Arría Baja. La verdad, no te voy a decir sus argumentos porque son de risa. Según él, tú has pagado tu frustración, por tu cambio drástico de vida, con esas pobres chicas.

Mientras Laura me explicaba las teorías absurdas de su colega de profesión, yo visualizaba la grabación una y otra vez, había algo que me llamó la atención nada más verlo la primera vez. Era muy rápido, apenas se apreciaba, pero yo había visto ese coche antes.

—Laura, mira esto —le dije mostrándole su móvil.

Ella se acercó más a mí.

Inicié de nuevo la reproducción y la detuve en el punto que quería que ella viera.

—Creo que sé de quién es este coche, la matrícula apenas se distingue, pero juraría que es el coche de Santos.

—¿De Santos?, imposible, jamás he visto a Santos con este coche.

—Yo sí, el día que me llevó a comisaría, lo hizo en ese coche.

—Me parece muy extraño, normalmente, él conduce un coche patrulla o su propio vehículo que es blanco y no gris oscuro.

—Pues te aseguro que tiene un coche pequeño de ese color, juraría que es un Golf o un Polo, no lo tengo claro, estaba demasiado nervioso para fijarme en el coche, solo sé que era ruidoso y algo viejo.

—Mira, Caleb —señaló Laura mientras me enseñaba otro trozo del video y luego añadió —, fíjate, necesitaría ver este video a cámara lenta, fotograma

a fotograma, pero el coche se para a la altura de Cristine y ella se sorprende y acelera el paso, fíjate. Vega pensaba que lo aceleraba porque tú la perseguías, pero no es así, se asusta cuando ve a la persona que hay en el coche. Joder, puto Santos. Tengo que irme —anunció Laura.

—Voy contigo —dije con energía.

—No Caleb, esto lo tengo que solucionar yo sola.

—Ni de coña, quiero ir contigo, si ese tío es peligroso no pienso dejarte sola —le repliqué enfadado, si se pensaba que la iba a abandonar a su suerte mientras iba a ver a un psicópata lo tenía claro.

Durante el trayecto en coche apenas hablamos. Ella llamó a Vega, su compañero para que viera el video a cámara lenta. Le explicó lo que yo había descubierto y que se dirigía a casa de Santos. También le rogó que no fueran a mi casa a buscarme, le dijo que yo estaba con ella y ya acudiría voluntariamente a comisaría al día siguiente.

Las conversaciones mantenidas con Santos daban vueltas en mi cabeza como si de un bucle claustrofóbico se tratara, comencé a atar pequeños cabos. Esa obsesión por Ben Killer era enfermiza, quién sabe si habría sido capaz de matar a esas dos chicas para inculparlo y luego colocar pruebas falsas en casa de Killer el día que fuimos a Posada. Nunca entendí que nos enviara lejos para poder entrar en las propiedades y escondrijos de Ben. Era policía, no creo que tuviera problema para conseguir una orden con las pruebas suficientes. A menos que ni siquiera tuviera la orden en cuestión y se inventara cualquier pantomima para entrar.

Laura me dijo que Ben había quedado en libertad, si de verdad era el culpable del asesinato de Cristine. —Porque de Belén era imposible al menos que no la hubiera mandado matar para despistar a la policía—. ¿cómo había podido quedar en libertad?, todo me parecía un sin sentido, y es que yo, no era policía, ellos sabrían el porqué de cada cosa. A mí me parecía que había cabos sueltos por doquier.

Capítulo 40

Santos presionó sus sienes con fuerza, hacía días que era víctima de un dolor punzante que no le dejaba ni siquiera dormir. Estaba rabioso con todo y con todos. Ya no le quedaban amigos y sus propios compañeros lo habían repudiado desde el episodio con Vega.

Ahora él lo sustituía, no entendía como un subinspector podía estar haciendo su trabajo. Era un niño sin experiencia, al menos eso es lo que él pensaba.

Por otra parte, desde que había averiguado la verdad, planeaba día y noche como acabar con ese energúmeno. Cargó pacientemente su Beretta, había llegado el momento de cobrarse su deuda pendiente con ese individuo que le había jodido la vida a él y a su familia.

De pronto, la puerta de su casa se abrió, era Mario. Santos estaba furioso y no se había marchado, en vistas de que llegara su hijo.

—¿Dónde has estado, malnacido? —preguntó Santos fuera de sí.

—Solo he salido a tomar un poco el aire —mintió.

—Llevas horas fuera, ahora no puedes engañarme, estoy todo el día aquí metido —le reprochó Santos mientras le daba un trago a la que se había vuelto su fiel compañera en los últimos días. Se trataba de una botella de Jack Daniel's, qué ironía, pensó; el *whisky* que más le gustaba llevaba el nombre de su peor enemigo.

—No puedes tenerme aquí encerrado de por vida —dijo Mario enfadado.

—Sí que puedo, ya te digo que puedo, no te quiero ver en la calle, ¿me has entendido? —Santos esperaba una respuesta, pero no llegó, en su lugar, Mario negó con la cabeza y se fue a su habitación.

—¿Se puede saber qué pasa, papá? —preguntó Jessica que había escuchado los reproches que le hacía su padre a su hermano.

—Métete en tu zulo, total, te pasas el día ahí dentro y no quieres saber nada de la familia —gruñó Santos arrastrando las palabras.

—Familia, esto antes era una familia, ahora ya no es nada, solo una sombra oscura es; un asco —gimoteó Jessica.

—No llores por favor, a mí tampoco me gusta esto Jessi, ojalá pudiera viajar en el tiempo e impedir que ese energúmeno matara a tu madre.

—Nadie mató a mamá, se salió de la carretera, no sé por qué siempre estás con lo mismo —aclaró Jessica mientras hacía aspavientos.

—Tú no sabes de la misa a la media —apuntó Santos y le dio otro trago a su whisky.

Mario se puso los auriculares para no oír a su padre y puso uno de sus temas musicales favoritos, «It's so easy» de Guns N' Roses.

Le envió un SMS a la chica que había conocido esa misma noche. Ella era diferente, esperaba que no le pasara lo de siempre. No tenía suerte en el amor y las chicas con las que se había relacionado le habían hecho daño de la peor manera. Todas, absolutamente todas, estaban enamoradas de otra persona y lo utilizaron a él como un sustituto que nunca podía llegar a ser como ese amor titular que había en el corazón de cada una de ellas.

«Buenas noches Rosa, me ha encantado haberte conocido, eres preciosa».

Dejó el móvil encima de la cama y sonrió satisfecho, la noche había ido genial hasta que su padre se la había fastidiado. Pretendía que se encerrara de por vida, no podía ser, él tenía sus necesidades y ansiaba su libertad, había descubierto quién era realmente y quería ser fiel a su verdadera esencia. El móvil se iluminó y Mario lo miró emocionado, pues ella había respondido el mensaje.

Santos agarró su pistola y la escondió en la cinturilla de su pantalón, había terminado el último trago de la botella de Jack Daniel's, ahora solo faltaba robarle el último suspiro a Jack hombre. Cogió un sobre que descansaba en la mesa de centro y salió de casa.

—Estás muerto, Jack— espetó mientras una sonrisa maliciosa cruzaba su rostro.

A Ben no le gustaba que nadie se riera de él, por eso, después de un día en el que había vivido en sus propias carnes el bajón de su negocio, decidió cortar el problema de raíz. Jack y él fueron a la gasolinera, compraron una botella de *Whisky* y llenaron unas garrafas de carburante.

Las cargaron en el coche de Ben y se dirigieron a la casa donde vivían los Camparo, sus nuevos enemigos.

Que hubiera niños pequeños no le importó a Ben en ningún momento, entraría en la casa y prendería todo lo que se cruzara en su camino.

Pararon el coche a unos metros del domicilio de los Camparo, se pusieron unos pasamontañas para evitar que las cámaras captaran sus rostros y llamaron a la puerta.

Como nadie les contestó, Ben decidió forzar la cerradura. Tenía práctica en esos menesteres, por lo que no le resultó muy difícil.

Una vez dentro del inmueble vertieron la gasolina por todas partes, luego Ben encendió un cigarro, le dio una calada profunda y placentera para luego arrojarla al suelo mojado por el carburante. La mezcla letal de ambos componentes prendió muy deprisa, ocasionando un fuego virulento y mortal.

Ben observó su obra con orgullo, se quedó ensimismado mientras el interior de la casa ardía, ya lo había hecho antes.

Los recuerdos afloraron en su cabeza, Ben jamás dejaba un cabo suelto y en aquella ocasión ató todos los que le persiguieron en la infancia e hicieron de él un ser sin ningún tipo de sentimiento hacia el prójimo.

Ben ya se había instalado en su casa, era menor, pero sus abogados se las ingeniaron para que él pudiera realizar la hipoteca para la compra de un inmueble a nombre de su padrastro sin que este se enterara. A firmar fue otra persona en su lugar, un actor contratado para poder llevar a cabo su plan perfecto. Un carné falso fue la puntilla que le faltaba al tapete para estar bien terminado. Podía salir mal, sí, pero no fue así. A su padrastro no le daría tiempo detectar que se había echado una mochila en la espalda sin saberlo. Al préstamo se asoció un seguro con una cláusula hipotecaria, por si el padrastro de Ben moría, el piso quedara pagado. Ben dejó pasar un solo mes, quería cobrarse su deuda ya, su padrastro había matado a su madre y luego le había obligado a ayudarlo a esconder su cadáver.

Enterraron a Dolores en cal viva, en un lugar inhóspito, lejos de miradas curiosas, lejos de su casa, lejos de su hijo, lejos de todo, simplemente lejos. Dolores, alguien a quien todo el mundo quería por su manía de ayudar a los más desfavorecidos, por el amor que profesaba a su pequeño Benito, había acabado bajo tierra a causa de la peor lacra que jamás ha existido, la violencia de género.

Ben entró en su antiguo domicilio, su padrastro dormía la mona en el sofá. Hacía frío y Ben conectó el brasero y metió parte de la tela de las faldas de la mesa camilla hacia dentro para que hicieran contacto con el mismo. Luego le escondió a su padrastro las llaves del domicilio y se marchó cerrando la cerradura de la puerta blindada que había comprado su madre con tanto sacrificio con doble vuelta.

—Esto va por ti, mamá. —Tiró un beso al aire y se marchó del lugar.

Jack sacó a Ben de sus recuerdos de golpe y porrazo.

—Vámonos de aquí Ben, nos van a pillar —dijo mientras miraba nervioso a ambos lados y tiraba de él.

Ben no contestó, solo se dejó llevar por su amigo y se dirigió con él a su coche.

La familia Camparo tuvo suerte esa noche, casi todos sus miembros estaban en un cumpleaños que se había alargado más de la cuenta. Para la abuela, que decidió no asistir al evento por una gripe que la mantenía convaleciente, fue distinto, ya que no tuvo la misma fortuna que sus familiares, por el contrario, murió quemada sin tener la oportunidad de salvarse. La habitación de la mujer estaba en la segunda planta y no pudo llegar ni a las escaleras. El humo asfixiante y las llamas que consumían la casa se la tragaron a ella también.

Diez minutos después Ben y Jack corrían eufóricos por la explanada, dejaron el coche en los aparcamientos y se dirigieron a las escaleras para beberse la botella de *Whisky* que habían comprado en la gasolinera.

—Se acabó nuestra desgracia, viejo amigo —anunció Ben mientras cogía a Jack por el hombro.

—¿Crees que se irán sin más? —preguntó Jack mientras respiraba aceleradamente.

—Segurísimo, entenderán a la primera mi mensaje. Esos mañana mismo ya no están en el barrio.

Jack asintió, pero no estaba convencido de lo que decía su amigo. Le habían contado que los Camparo eran un clan que se tomaba la justicia por su mano y que no dejaban una cuenta sin ajuste.

Vieron a lo lejos un camión de bomberos que acudía con premura a sofocar el incendio.

Ben levantó la botella en señal de victoria.

Santos llegó a casa muy enfadado, no había encontrado a Jack por ninguna parte, nadie le quería informar de dónde podía localizarlo, conocían el episodio ocurrido con la mano derecha de Ben Killer y no querían buscarse problemas por hablar más de la cuenta. Sobre todo desde que sabían que Ben estaba de nuevo en el barrio.

Empuñó el arma y apuntó al espejo.

—Hoy has tenido suerte cabrón —le dijo a su propio reflejo.

En realidad a quien veía era a Jack que le miraba sonriente con sus dos dientes de oro y su tupé grasiento.

—Igual mañana no tienes tanta. —Imitó el sonido de una pistola al disparar y luego subió el antebrazo hacia arriba.

Entró en la habitación de Jessi, dormía como un Ángel, si por alguien le sabía mal era por ella. Siempre la había infravalorado y no se lo merecía, al menos era una buena hija.

Pasó de largo por delante de la habitación de Mario y volvió sobre sus pasos. Hizo el amago por llamar a la puerta, pero abrió su mano y se quedó a medio camino entre la puerta y esta. Apoyó la cabeza en la puerta y lloró en silencio.

Su familia era un despojo de lo que fue antaño, y cada día que pasaba la cosa iba a peor.

—Me dejaste solo con dos adolescentes, ¿cómo pudiste hacerme eso? —dijo mientras miraba al techo.

Siguió su camino y se metió en su habitación, mañana sería otro día más sin nada que hacer y con un solo objetivo en la vida. La venganza.

Capítulo 41

Aquella mañana nos levantamos temprano, teníamos un largo día por delante y no podíamos perder el tiempo. Desayunamos prácticamente sin hablar.

—¿Qué pasa, Laura? —pregunté mientras agarraba con suavidad su mano.

—Nada, solo estoy pensando —respondió ella.

—No seré yo quien te pregunte en qué piensas, los pensamientos son privados, pero si algo te come esa preciosa cabecita, yo puedo ser el oído que te escuche —dije divertido.

Laura sonrió y asintió con la cabeza.

No quería decirme que las palabras de mi madre habían calado en ella más hondo de lo que imaginaba. Yo las oí un poco, pero no toda la conversación y conociendo a mi madre, tuvo que ser implacable con ella.

Yo no le di mayor importancia, estaba más preocupado por todo el tema de las muertes de esas pobres chicas y quería descubrir al culpable. Entre otras cosas, quería librarme de las sospechas absurdas que planeaban sobre mí.

Me levanté de la mesa y fui al lavabo a aliviar la presión de mi vejiga.

Cuando estaba en plena faena, una chica apareció dentro de la bañera, era Belén, me miraba con los ojos muy abiertos. Me dio un susto de muerte.

—¿Qué haces aquí?, ¿qué quieres? —pregunté mientras escondía mi pene dentro de la bragueta con torpeza.

La chica no hablaba, solo miraba como si sus ojos se fueran a salir de las cuencas.

—Belén, ¿quién fue?, ¿quién es tu asesino? —Intenté que me revelara algo, por pequeño que fuera podía ayudarnos a mí y a Laura a tener un hilo del que tirar.

La chica abrió mucho la boca, tanto, que esta se convirtió en un agujero en su cara. De pronto el paisaje de baldosas que había a mi alrededor cambió. Estaba en una calle de La Vila Alta sentado en una maleta. Tenía frío, me sentía frustrado y enfadado.

Un coche se acercó y paró delante de mí. Era el coche gris oscuro

metalizado de Santos. Miré al conductor, pero no pude distinguir sus facciones, estaban difuminadas, era como una especie de borrón que percibí como una amenaza. Luego ese dolor tan fuerte y la debilidad de mis músculos que no respondían.

Unos golpes secos me sacaron de mi ensoñación. Estaba aturdido y débil.

—Caleb, ¿estás bien? —preguntó Laura preocupada y luego añadió—, gritabas palabras sin sentido, me he asustado mucho.

No pude contestarle, estaba tan débil que me era imposible articular ningún músculo, tampoco podía emitir sonido alguno.

Al no obtener respuesta, Laura entró al cuarto de baño.

—Caleb, cariño, ¿qué te ha pasado? —preguntó mientras se agachaba y me abrazaba con ternura.

—La he visto Laura, he visto a Belén.

Patri sostenía su móvil con ambas manos, intercambiaba mensajes con su nuevo amigo Mario. Tenía una nueva ilusión, incluso se había olvidado un poco de Caleb. Mario le decía cosas muy bonitas y quería pasar tiempo con ella. Eso a Patricia la hacía sentirse halagada y se dejaba mimar.

Mario quería quedar con ella por la tarde para ir al cine. En un principio Patri no sabía qué hacer, al fin y al cabo era un completo desconocido, pero le inspiraba confianza con su cara de niño bueno.

Él le dio su Messenger y ella lo agregó, después de eso iniciaron una conversación que parecía no terminar nunca. Más tarde, hicieron una videoconferencia. Patri, que estaba en su casa con la calefacción, dejó que uno de sus hombros quedara al descubierto a cosa hecha. Quería seducir a Mario y que este perdiera la cabeza por ella. Con Caleb no lo había podido hacer, era inmune a sus encantos. Llegó a pensar cuando lo conoció que era gay porque apenas la miraba. Pero luego se dio cuenta de la realidad, las miras de Caleb no estaban por la labor de apuntar a la bella Patricia.

Ella se sabía guapa, incluso mucho más que esa novia mayor que se había echado su amor platónico. Pero una terrible sensación de frustración minaba su interior, por ello quería demostrarse a sí misma que podía atraer al chico que ella quisiera.

Mario no puso buena cara y le dijo que se tapara el hombro. A Patricia le sorprendió esa actitud en él.

—Ha sido sin querer, pero si no te gusta me lo tapo enseguida —dijo Patri

coqueta.

—Sí, por favor —respondió Mario serio.

—Solo es un hombro y no muerde. —Patricia, que estaba muy desconcertada quiso quitar hierro al asunto.

—Tengo cosas que hacer, luego hablamos —espetó Mario cortante.

—Sigue en pie nuestra cita, ¿no?

Mario asintió y le dijo adiós con la mano antes de detener la videoconferencia.

Patricia negó con la cabeza, se encogió de hombros y no le dio más importancia, al fin y al cabo, una frase desafortunada no podía eclipsar todas las palabras bonitas que le había dicho su nuevo pretendiente.

Odiaba esa palabra, su abuela y su madre la decían a diestro y siniestro, pensar en Mario como un «pretendiente» le hacía estallar en carcajadas. Se tumbó en su cama y suspiró profundamente. Tenía una cita con alguien que solo la miraba a ella.

Laura quiso hablar con los padres de Cristine y Belén, había algo que se nos escapaba y Laura no paraba de decirlo. Ahora las sospechas recaían sobre Santos y por suerte, Vega había llamado a Laura para decirle que estuviera tranquila, que igualmente tendría que ir a declarar, pero, ese coche que circulaba a la par de Cristine y su expresión de sorpresa eran cuando menos sospechosos.

La noche anterior convencí a Laura para que dejáramos lo de Santos para hoy, había sido un día intenso; esa fue la excusa que le di. Pero la realidad era bien distinta, yo solo trataba de hacer tiempo para que fuesen sus compañeros y no ella quienes trataran con Santos.

Laura quería llegar la primera, ella decía que no, pero escupía rabia cada vez que hablaba de su antiguo amante.

Quería que todo pasara ya, que encontraran al asesino de esas chicas y que Laura y yo pudiéramos dedicarnos a nuestra relación, porque en los últimos días parecíamos compañeros de profesión más que una pareja. Eso, sumado a la frialdad de Laura desde que había hablado con mi madre hicieron que me sintiera algo compungido.

Tras mi episodio paranormal en el cuarto de baño ella estuvo cariñosa conmigo hasta que me vio mejor. Pero luego nada, me hablaba normal, sí, pero no había en su mirada ese calor que se podía observar cuando estábamos juntos.

Durante el trayecto en coche, de nuevo ese silencio frío e incómodo. Estaba ya muy mosqueado, por ello decidí romper el hielo y preguntarle directamente qué le pasaba.

—Nada, Caleb, ¿qué debería de pasarme? —respondió Laura; sus evasivas eran claras, su lenguaje corporal decía a gritos que sí pasaba algo y no era bueno.

—Desde que viniste a buscarme ayer estás muy rara, en la cama ni siquiera te has acercado a mí, y cuando yo lo he hecho te has mostrado fría. Apenas me hablas y cuando lo haces es para hablar sobre el caso —expuse con claridad.

—Son imaginaciones tuyas —dijo Laura quitándole importancia a mis palabras.

—No Laura, no soy tonto, algo te pasa conmigo y preferiría que me lo dijeras, soy tu novio, creo que merezco saber si he hecho algo malo.

—¿Por qué lo ves como algo que has hecho tú? —preguntó Laura con aparente tranquilidad, a mí no me engañaba, sus mandíbulas tensas la delataban.

—Porque lo sé, lo siento, algo te pasa Laura, por favor, dime qué es —supliqué en vano, ella no soltó prenda, por el contrario, me dedicó una sonrisa falsa y me dijo que no me preocupara, que solo tenía un mal día.

Aparcamos delante del chalé de los Lambert. Una magnífica casa de líneas simples y modernas.

Laura presionó el timbre y una mujer respondió de inmediato.

—Soy la inspectora Laura Casas. —De nuevo Laura con su categoría más subida de lo normal, no pude evitar soltar una risita y ella puso los ojos en blanco y me hizo una señal para que me callara—. Tengo que hablar con los señores Lambert si es posible —dijo con firmeza.

—Un momento. —La persona que había contestado era una chica del servicio, al menos eso es lo que interpretamos, me acordé de cuando mi familia y yo no abríamos nunca la puerta de casa y lo hacían otras personas por nosotros. No había pasado tanto tiempo desde entonces, sin embargo, hasta mi madre había bajado la basura una vez, las cosas cambian.

Abrieron las puertas de seguridad y entramos al jardín, sentada en el porche nos esperaba la señora Lambert, había envejecido mucho desde que la vi en el informativo, parecía una anciana. El golpe tan fuerte que había recibido había acabado con ella como persona.

—Señora Lambert, necesitamos hablar con usted —dijo Laura en un tono

dulce y comprensivo.

—¿Hablar de qué?, me han matado a mi única hija a sangre fría y luego la han metido en un congelador, para terminar por abandonarla en un descampado. Yo ya no puedo hablar —confesó la mujer con la mirada perdida. Una copa y una botella de anís reposaban en la mesa y en los ojos de la madre de Cristine, que habían tenido que emborracharse para dejar de ver el cadáver de su hija.

—Necesito que me diga si su hija salía con alguien —preguntó Laura, no quería darle detalles y decirle que quería saber si un «alguien» diferente a Ben Killer tenía algo más que palabras con ella.

—Poco sabía yo sobre las relaciones de mi hija, en verdad, estaba tan preocupada por mi negocio que descuidé mis labores como madre y ella se sintió perdida. Por eso se refugió en aquella gente de ese barrio marginal —dijo mientras agitaba la mano.

Laura miraba la botella nerviosa, le hice un gesto con la cara para saber qué le pasaba. Ella negó con la cabeza y evitó volver a mirar hacia la botella de nuevo.

—¿Entonces?, ¿no sabe nada? —preguntó Laura.

—A ver chica, todo eso ya se lo dije al policía que estuvo aquí, Santos, creo que se llamaba.

—Sí, llevaba el caso anteriormente, ahora lo llevo yo —mintió.

—Pues pregúntale a él —apuntó la señora Lambert desafiante.

—Hágame el favor y colabore, se trata de averiguar quién es el asesino de su hija. —Laura cambió el tono a uno mucho más autoritario, me sorprendió hasta a mí.

—Mire, había un chico, no sé el nombre, no me acuerdo, solo sé que era el hijo de un funcionario o algo así. Al menos eso es lo que me dijo Cristine. Pero yo pienso que me engañaba, en realidad solo le vi fotos de una persona, ese energúmeno que han sacado de la cárcel, con yo que sé qué argumentos, de verdad que esto es una vergüenza de país.

—¿Me dejaría echarle un vistazo a la habitación de Cristine? —preguntó Laura.

La mujer asintió y le dijo a Celia, la chica del servicio que nos acompañara a la habitación de su hija.

Entramos en la casa, era enorme, un salón gigante con los techos muy altos me dejó con la boca abierta. Yo había vivido en una casa muy grande y espaciosa, pero era una construcción de línea más clásica y no era tan

imponente. Aunque a mí, personalmente, me parecía que mi casa era mucho más acogedora que aquella mole de hormigón y cristal.

—La señorita Cristine tenía problemas con un chico —confesó Celia en voz baja.

—¿Qué sabe de ese chico?, ¿recuerda su nombre o edad? —preguntó Laura dando por hecho que se refería a Santos.

—No tengo ni idea, solo sé que la llamaba por teléfono y mi niña se asustaba mucho. Le pregunté en varias ocasiones qué pasaba, pero ella no quería decirme nada.

» Una vez escuché una conversación detrás de la puerta, sí, no me miren así, yo no solía hacer eso, pero Cristine estaba muy rara y prácticamente críe a esa niña. Ella le decía a ese chico que la dejara en paz, que ya no quería nada con él y que si seguía acosándola llamaría a la policía. No pude resistir más y entré a la habitación; vi a Cristine arrojar el teléfono contra la cama y ahogar unas lágrimas contra su almohada.

No podía ver a mi niña así e hice notar mi presencia en la estancia, la pobre no se había percatado de que no estaba sola.

—Nana, en el mundo hay gente horrible —me dijo entre gemidos.

—Ya sabes que me puedes decir cualquier cosa mi niña. —Intenté así que confiara en mí y me contara qué estaba pasando.

Pero Cristine no dejaba de ser una adolescente, y los señores apenas le hacían caso, por eso ella intentaba llamar la atención de sus padres mostrándose rebelde y frecuentando compañías no muy recomendables, como ese Ben Killer.

Celia abrió la habitación de Cristine y ambos entramos.

La habitación era la típica más propia de una niña pequeña que de una adolescente. El rosa predominaba en la estancia, y los peluches repartidos por todas partes parecían seguirnos con su mirada fría de ojos artificiales.

En una pared había un panel de corcho lleno de fotografías. Yo me acerqué a mirarlo mientras Laura inspeccionaba cada rincón de la habitación. En él se veía a una sonriente Cristine siempre con su inseparable amiga Belén.

Parecían tan felices mientras posaban totalmente ajenas al próximo final de ambas.

En el centro, había una foto muy parecida a la que había encontrado en Facebook en la que salían Cristine, Belén, Jack y Ben. En esta ocasión vi algo más que no se apreciaba en la otra versión. Alguien observaba la escena desde un rincón del local, alguien oscuro que apretaba un vaso de plástico con rabia.

La fotografía había captado el momento exacto en que el líquido que contenía ese vaso rebosaba y se escapaba entre los dedos del sujeto. Laura se acercó a mí y le hice una señal con la mano para que observara la fotografía. Tras observarla con detenimiento le preguntó a Celia si podía llevársela, la mujer asintió cuando Laura ya la había desenganchado del panel de corcho.

Patri entró en el coche de Mario, este la recibió con una sonrisa amplia.

—Hola, Rosa —dijo Mario mientras le daba dos besos en la cara.

—¿Por qué me llamas Rosa? —preguntó Patri con curiosidad.

—¿No te gusta?

—Me parece raro —contestó Patri mientras pasaba sus dedos por el pelo para desenredarlo.

Mario no dijo nada más, arrancó el coche y se puso en marcha.

—¿Dónde vamos?

—Es una sorpresa, seguro que te gusta —dijo Mario algo más serio de lo normal.

—¿Te pasa algo?

—No, solo estoy algo cansado —respondió Mario.

—Pues si quieres, lo dejamos para otro día —sugirió Patri encogiéndose de hombros.

—¿Ya te quieres librar de mí? —preguntó Mario con una ceja levantada.

—No, que va, solo lo decía por si habías venido por compromiso —aclaró Patri.

—Pues no, no ha sido por eso, mira, ya llegamos. —Mario señaló un pequeño restaurante de La Vila Alta.

—Este sitio tiene que ser caro, nunca había venido, ¿y tú? —preguntó Patri sorprendida por la elección de su amigo.

—No —negó Mario—, también es mi primera vez.

—Una reserva para dos a nombre de Santos —dijo Mario al metre.

El hombre los acompañó a su mesa mientras miraba de arriba abajo a Patricia. Su forma de vestir no era la típica de las personas que frecuentaban ese local.

—¿Por qué me ha mirado así ese hombre? —le preguntó a Mario en un susurro.

—Normal que lo haya hecho, ¿no te has mirado al espejo? —espetó Mario con el ceño fruncido.

—No entiendo, ¿a qué te refieres? —preguntó Patri confusa.

—A que con esa forma de vestir, lo único que puede pasar es que alguien te agreda sexualmente —dijo Mario con desprecio.

—¿Se puede saber a qué viene eso? —preguntó Patri enfadada.

—No te lo tomes a mal, mi Rosa, pero has de tener cuidado, hay mucho cabrón suelto y no quiero que te pase nada.

—No soy una niña, no necesito que me sobreprotejan —gruñó Patricia mientras tiraba la servilleta en la mesa y se levantaba.

Mario le cogió la mano y la retuvo.

—No te vayas por favor, siéntate —suplicó.

Patri volvió a sentarse, no sin antes advertirle a Mario que no volviera a decirle nada parecido si quería seguir saliendo con ella.

—No volverá a pasar, créeme, solo estoy algo quemado, la situación en mi casa no es buena y la he pagado contigo. Lo siento mucho, de verdad.

Patri asintió con la cabeza y decidió darle a su nuevo amigo otra oportunidad.

—De acuerdo, empecemos de nuevo. Hola, soy Patricia y me gusta vestir muy provocativa —dijo mientras se reía estridentemente.

Mario puso los ojos en blanco y decidió abrir la carta que le había traído el camarero para ver que iba a cenar.

Capítulo 42

Laura y yo nos derrumbamos en el sofá nada más entrar en su casa. Había sido un día agotador. En casa de Cristine no pudimos averiguar mucho más.

En la de Belén no había nadie y decidimos que probaríamos suerte al día siguiente. Aunque con el hallazgo de su hija tan reciente no teníamos tan claro el hecho de preguntarle a su familia, quizás el personal del servicio pudiera darnos datos más precisos al igual que en casa de los Lambert. Era el mal de La Vila Alta, padres siempre ocupados con sus negocios y sus hijos criados por el servicio.

En mi caso fue así en parte. Marisa era una madre preocupada en exceso por su físico y por su vida social. No trabajaba fuera de casa como otras mujeres de la urbanización, pero tenía una agenda apretada. Sus compromisos con sus amistades y sus actos benéficos ocupaban gran parte de su tiempo. En cambio, siempre fue una madre cariñosa y cercana.

Mi padre trabajaba mucho, pero siempre que podía pasaba tiempo conmigo y con mi hermana. Nosotros nunca sentimos que nuestros padres nos dejaran a un lado, al contrario.

Después de comer en un restaurante de comida rápida, acompañado de los largos silencios y los monosílabos de mi chica, llegó la hora de enfrentarme al interrogatorio por parte de los compañeros de Laura. No lo niego, tuve miedo, sabía que entraba pero no si me dejarían salir ese mismo día.

En el video se veía que yo iba detrás de Cristine y eso también se podía interpretar como si yo la hubiera seguido.

Una compañera de Laura bastante joven y guapa me acompañó a la sala de interrogatorios mientras mi chica hablaba con el comisario para explicarle la situación.

No sé cuánto tiempo pasó, pero a causa de la angustia que sentía, la espera se me hizo eterna.

Para pasar el rato decidí pensar en cosas bonitas, en aquel momento solo se me ocurría algo bueno, el nacimiento de mi futuro sobrino. Intenté adivinar cómo serían sus facciones imaginando la mezcla de mi hermana Andrea con el

sinvergüenza de su exnovio.

Pero no había manera, el pánico a ser encarcelando se había apoderado de mí y no me daba apenas un respiro.

La puerta se abrió y Laura entró seguida de sus dos compañeros, el subinspector Vega y el comisario Sánchez.

—Bueno chico, no nos andaremos por las ramas, según lo que nos cuentes hoy tu futuro será uno u otro. —Vega entró a matar y tuve mucho más miedo.

Miré suplicante a Laura y ella cerró sus ojos y asintió, quería decirme que estuviera tranquilo. Pero ella sabía que la cosa no pintaba bien, el comisario estaba muy enfadado con ella por haber influido en mi detención. Sánchez presionó a Vega y este al final acabó contándole la verdad, que yo era el novio de Laura y que él le había enseñado el video donde salía yo. Al comisario le extrañó que nadie fuera a buscarme a casa, al fin y al cabo yo era el único sospechoso en esos momentos.

—No te vamos a enseñar el video, parece que ya lo has visto —dijo el comisario mientras carraspeaba y miraba a Laura y a Vega con cara de malas pulgas.

Asentí con la cabeza.

—¿Y bien?, ¿qué tienes que decir al respecto? —preguntó el comisario con su cara tan cerca de la mía que pude ver hasta el último poro de su piel.

—Yo solo iba a mi casa, el edificio está en la última calle de Arría Baja, y da a la explanada —confesé nervioso.

—¿A qué te refieres? habla claro —me increpó Sánchez con el ceño fruncido.

—Pienso que Cristine iba a la explanada a encontrarse con Ben, que estuvo con él y luego se encontró con alguien que no iba con buenas intenciones, es más, en el video se puede ver un coche que se para a la altura de Cristine y esta se sorprende para mal. A mí solo se me ve caminar, si se fija, en ningún momento Cristine se gira a mirarme a mí. En cambio, mira hacia un lado y aprieta el paso.

—Veo que el chico ha estado jugando a detectives —dijo mientras miraba a Laura cada vez más enfadado.

—Ese coche es de Santos, un policía de esta comisaría —apunté con seguridad, el miedo había desaparecido.

El comisario me puso la mano en un hombro y sonrió.

—Tiene carrete el niño. —Laura giró la cabeza hacia un lado, le dolía que el comisario le hablara de mí como si fuera un crío.

—Lo que está diciendo el chico tiene sentido —apuntó Vega—, y después de ver el video con detenimiento creo que no va mal encaminado.

Yo asentí esperanzado.

—Vega, mira que eres ingenuo, dejarte liar por un crío que no quiere ser encarcelado, pensaba que tenías las cosas más claras.

—Comisario, como ya le he dicho, yo también pienso lo mismo. —Laura salió en mi defensa, no le gustaba el trato despectivo del comisario hacia mí, sobre todo esa manía por llamarme crío a sabiendas de que ella era mi chica.

—Tú estás de excedencia, eres un ciudadano más sin la autoridad que te da la placa de policía. Y ya hablaremos de enseñar una placa falsa y hacer interrogatorios —dijo el comisario muy enfadado mientras señalaba a Laura con el dedo índice.

—No es lo que parece —se excusó Laura.

—Vaya si lo es, podría expulsarte del cuerpo para siempre, ¿lo sabes, verdad?

El comisario Sánchez era un misógino que pensaba que las mujeres tenían que quedarse en su casa. Era muy similar a Santos en algunas cosas, pero había otras en las que no tenían nada que ver, pues Sánchez era anticorrupción, por ello le llamaban Iron Man, porque era duro como el hierro y cuando se calentaba salían chispas.

—Solo lo hice por ayudar, sin presiones y sin que se me infiltrara, por esa razón pedí una excedencia, estoy cansada de que me envíen a los barrios de mala muerte a meterme en la primera banda hostil que les sale al paso, yo quiero investigar sin tener que acostarme con el gallito de cada corral, no soy una puta y es lo que parezco, al fin y al cabo cobro por mis servicios.

—Ya hemos hablado de eso, si no te gusta, ese es tu trabajo y si Santos te quería como agente encubierto es por algo, eres la mejor en esa tarea y lo sabes —dijo el comisario con autoridad—, además, que no estamos aquí para hablar de tu futuro en el cuerpo, vamos al tema que nos ocupa.

—A ver, Caleb, ¿me puedes decir dónde estabas el uno de septiembre de 2008 entre las ocho de la tarde y la una de la madrugada? —me preguntó el comisario en un tono demasiado alto para mi gusto.

—Posiblemente estaría en casa, en esa época no conocía a nadie en el barrio y solo salía para dar alguna vuelta con la moto.

—Y esa noche, ¿fue uno de esos días que dabas vueltas con la moto?

—No lo recuerdo, hace tiempo ya, pero si fui detrás de Cristinte caminando, es porque no había cogido la moto. Aquel día paseaba por mi

nuevo barrio y me acerqué al descampado porque desde ahí se veía mi antigua urbanización, solo estaba un poco nostálgico.

—Claro, por eso te enfadaste con todos los que todavía vivían allí, en tu antiguo barrio. Saludaste a Cristine, eso significa que la conocías, ella ni se inmutó y no te hizo ni caso, por ello la odiaste y tuviste el impulso de matarla. —El comisario escupía rabia por su gran boca bigotuda.

—Eso es absurdo, yo solo la había visto una vez, hacía poco que estaba en la urbanización y Belén, la hermana de un amigo, me la presentó y nos concertó una cita a ciegas. La cosa no cuajó, porque Cristine me utilizó de cebo para que sus padres la dejaran salir, solo estuvimos juntos un cuarto de hora y me dejó tirado para irse con Killer y su banda. —Ese hombre tenía un poder especial en mí. Laura me miraba de soslayo, yo no hacía más que empeorar la cosa y me temía lo peor.

—Me lo estás poniendo a huevo chico. —Dijo el comisario mientras me dedicaba una sonrisa triunfal.

—Bueno, ahora en serio, mataste a Cristine Lambert porque encima te dio calabazas, no solo vivía donde tú ya no podías vivir, sino que ella prefería a un mindundi de barrio, blanco y en botella. —Sánchez parecía regodearse en mi miseria.

—¡Yo no he matado a nadie! —grité. Me había levantado y había plantado las manos en la mesa con fuerza.

—Eso se lo tendrás que decir al juez.

—No he matado a nadie. Yo ese día me fui a casa, solo volvía a casa, saludé a Cristine sí, porque la vi que salía del descampado y creí reconocerla, pero yo soy malo para las caras y no sabía si me había equivocado. Pensé en abordarla para decirle quién era yo, pero luego lo descarté y seguí mi camino, en aquel momento no reparé en el coche que hizo que Cristine acelerara el paso, pensé que lo hacía por mí, porque yo la había saludado y ella no me había conocido. No hay nada más, es más, deben tener restos biológicos del asesino, si incluso la violó *post mortem*, algo tiene que haber, ¿no?, además, Laura, enseñale la foto que cogimos de casa de los Lambert.

El comisario miró a Laura con verdadero mosqueo, a la pobre le iba a caer una buena, pero yo estaba tan nervioso que era incapaz de controlar mi verborrea.

Después de varias preguntas más, el comisario me dejó en libertad, eso sí, no podía salir del país y debía permanecer localizable. En cuanto a la subinspectora Laura Casas, la cosa no pintaba bien para nada.

—¿Se puede saber qué ha sido eso, Caleb? —dijo Laura en cuanto salimos de la comisaría.

—Lo siento Laura, me he puesto muy nervioso y no he hecho más que meter la pata.

—Ya te digo que la has metido, entre tú y Vega me habéis jodido la vida, ahora no sé si podré volver a mi trabajo y si vuelvo me infiltrarán otra vez.

—Ya lo hacían Laura, no me eches la culpa a mí, al menos ya le has dicho a tu superior que no quieres que te metan en las peores bandas de la provincia como si fueras carnaza para esos delincuentes —respondí con firmeza.

—Lo que tú digas, me marcho a casa.

—¿Y yo, qué?, ¿me vas a dejar aquí? —pregunté preocupado, no llevaba mi cartera y estaba muy lejos de casa. En el último caso podría pedir un taxi y que pagaran mis padres, pero el horno no estaba para bollos y solo faltaba que yo les diera más gastos de los que ya tenían.

Laura me hizo un gesto para que subiera y yo hice lo propio.

Ahora era yo el que me había quedado callado, el interrogatorio de Sánchez y la poca comprensión de mi chica me habían terminado de fastidiar el ánimo.

Laura detuvo el vehículo delante del portal de mis padres. En un acto reflejo miré para la terraza del bar de la plaza, allí estaba Patri con un chico.

—Bueno Laura, ya nos veremos —dije yo como si no me importara no volver a verla más, en realidad estaba muerto de miedo, no quería perderla por nada del mundo.

—¿Y eso es todo?, madre mía Caleb, al final va a tener razón todo el mundo en eso que solo eres un niño —espetó Laura mientras se cruzaba de brazos.

—¿Y tú, Laura?, ¿también piensas eso? —le pregunté dolido.

De pronto Patri me vio y saludó con la mano.

—¿Quién es esa? —me interrogó Laura con esa mirada que ponía cada vez que los celos invadían su mente.

—Es una amiga —respondí haciéndome el interesante.

—Está con el hijo de Santos —apuntó Laura.

—¿Ese es el hijo de Santos? —pregunté divertido.

Laura asintió con la cabeza.

—Ya ves, el mundo es un pañuelo —dijo ella.

Nos despedimos con un beso más frío de lo normal, la sensación gélida que me quedó en los labios me dejó en un estado de desolación y soledad que

hacía tiempo que no sentía. Algo iba muy mal y me veía incapaz de averiguar lo que le rondaba a Laura en el interior de su cabeza, pero algo había y tenía que averiguarlo. No quería volver a perderla, eso era lo único que tenía claro.

Patri se acercó a saludarme en cuanto Laura arrancó el coche. El hijo de Santos me observaba con una mezcla de tensión y celos. Sus ojos grandes y expresivos no podían engañarme, mi presencia no era bienvenida. Pero a mí me gustaba desafiar ese tipo de sensaciones y le di dos besos a Patri e inicié una divertida conversación con ella.

Nuestro último encuentro no había sido agradable, pero ahí estábamos los dos hablando por los codos como si el tiempo no hubiera pasado y mi relación con Laura no fuera un impedimento para ella.

—Mira, este es Mario, un amigo —dijo girándose hacia la mesa donde segundos antes estaba el hijo de Santos a la espera de que acabáramos de hablar.

Mario ya no estaba, se había esfumado sin dejar ningún tipo de estela.

—Habrà ido al baño.

—Puede ser —añadió Patri decepcionada.

Pero su amigo no volvió a la mesa.

—No entiendo qué ha podido pasar. —Patri se excusó, la verdad era que a mí también me parecía rara la actitud de ese chico. Marcharse así, sin decir nada y además, sin motivo, porque la conversación entre Patri y yo era la de dos amigos, pero nada más.

Patri se encogió de hombros y decidí quedarme un rato con ella.

Le pedí una cerveza al camarero e invité a Patri a otra. Estábamos tan a gusto y el ambiente era tan distendido que nos pedimos otra ronda, y luego otra. Menda, que pasaba por la plaza y nos vio se unió a nuestra pequeña juerga.

Patri fue al lavabo y no pude evitar decirle que tuviera cuidado, que a ver si iba a desaparecer como su amigo.

Ella se rio y negó con la cabeza. Menda por el contrario estaba muy serio.

—¿Qué te pasa?, parece que has visto un fantasma —le dije entre risas.

—El amigo de Patri no me gusta. Ya lo he dicho —respondió Menda con el ceño fruncido.

—A ti lo que te pasa es que te gusta la Patri, ¿o me equivoco? —pregunté a lo Celestina.

—¿Tú que crees? —Pasó ambas manos por detrás de la cabeza.

—Y no se lo has dicho —afirmé, Menda tenía una actitud chulesca y se le veía un chico con carácter, pero era tímido con las chicas, demasiado.

—No me atrevo a hacerlo, no quiero perderla como amiga y creo que ella me rechazará si lo hago —admitió con la cabeza agachada.

—¿Por qué das eso por hecho?

—Porque a ella le gustas tú, Caleb.

Puse los ojos en blanco.

—Pero a mí no me interesa ella de otra forma que no sea la de amiga, ya lo sabes, además, yo estoy con Laura.

—Ojo, que viene —farfulló Menda con disimulo.

—¿Me estabais poniendo verde eh cabrones? —preguntó Patri divertida.

—No lo sabes tú bien —contesté.

Menda no dijo nada, se limitó a encenderse un cigarro.

—¡Mira quién tenemos aquí!, mi viejo y querido topo, Caleb Fénix —Ben me dio dos palmadas en la espalda mientras decía eso. A mí me entraron ganas de darle un puñetazo, pero me contuve.

—Hola, mi suicida amigo Ben, ¿qué te trae por aquí? —dije mientras me giraba para mirarlo.

Estaba visiblemente desmejorado, parecía que habían pasado años por él y en realidad solo era un chico que apenas tenía los diecinueve.

—Pues me han dicho que tu querida novia, la poli, te ha dejado en la plaza a merced de las alimañas, y aquí estoy —anunció Ben con una sonrisa cínica.

—Ya decía yo que estaba demasiado a gusto; a ver, di lo que tengas que decir y déjame en paz. —Yo no me andaba con tonterías, a esas alturas me la sudaba Ben Killer y su manía por pensar que todo el mundo se iba a acojonar a su paso, él sabía que conmigo era diferente y eso era lo que le gustaba, que yo lo desafiara.

Ben cogió una silla y se sentó a mi lado, Jack hizo lo propio al lado de Patri. Ella puso cara de asco, pues Jack le hizo un gesto obsceno en cuanto cruzaron sus miradas.

—Verás Fénix, quiero proponerte un negocio.

—No creo que me gusten tus negocios; ya no.

—¿Estás seguro?, ¿Desde cuándo a Caleb Fénix no le interesa una carrera? —preguntó en modo serpiente venenosa y muy pero que muy hipnótica.

—Depende de lo que me ofrezcas —respondí. Lo sé, era incapaz de resistirme a ponerme a prueba y hacía mucho que no corría, lo necesitaba. Mis

entrenamientos en el circuito del polígono no tenían aliciente sin alguien con quien competir.

—Digamos que tu novia y tú no tendréis represalias.

—Es tentador, pero yo quiero más que eso —dije dándole un trago a mi cerveza.

—No esperaba menos, será la carrera de tu vida, pero dime que aceptas, esa es la condición, luego te explicaré en qué consiste.

—Te repito que vas a tener que ofrecerme mucho más, veo que das por hecho que correré de nuevo para ti —apunté cruzándome de brazos.

—No te cierres en banda Fénix, bueno, más bien no lo hagas ver, sé que lo estás deseando. —Juro que ya no veía a Ben, sino a una gran cobra que se movía sinuosa alrededor de mí.

—Lo que yo estoy deseando es salir cagando leches de este barrio con mi familia —confesé arrastrando las palabras, lo reconozco, comenzaba a estar muy borracho y hubiera aceptado un pase al infierno si me lo hubieran ofrecido.

—Tendrás toda la pasta que quieras, tú pon la cantidad y yo haré el resto —susurró la serpiente malvada.

—Doscientos mil —dije a bocajarro.

—Quieto fiero, ¿piensas que soy el Banco de España? —preguntó Ben haciendo aspavientos.

—Es mi última oferta —dije haciéndome el duro.

—Cien mil y ni un euro más.

Negué con la cabeza.

—175.000 y no pienso bajar más.

—Te daré ciento cincuenta, lo tomas o lo dejas.

—Trato hecho. —Le tendí mi mano para estrecharla con la suya.

Ben y Jack se despidieron de nosotros y se marcharon.

Quedé con él al día siguiente para que me explicara en qué consistía la carrera. En ese momento llevaba un pedal impresionante y no me hubiera enterado de nada.

Mis amigos y yo seguimos con nuestra fiesta de la cerveza, hasta que el móvil de Patri vibró y ella se quedó blanca como un papel.

—Chicos, yo me voy a ir a casa —anunció Patri nerviosa.

—¿Por qué?, con lo bien que estamos ahora —dije poniendo las manos como si rezara.

Menda no dijo nada, pero no quería por nada del mundo que Patri se fuera

a su casa.

—Dile algo tú, Menda, tenías algo que decirle, ¿verdad? —Menda me dio un pisotón con fuerza.

—¡Ay!, me quejé, ¿por qué me pisas? —pregunté, el alcohol hablaba por mí y Menda se estaba cabreando.

—Como no te calles te meto una hostia, Fénix —me increpó con rabia.

—No te enfades, solo estoy de coña —me excusé riéndome a carcajadas.

—Creo que yo también me voy —dijo Menda y luego se levantó.

—¿Pero me vais a dejar aquí solo? —pregunté mientras mis dos amigos se marchaban.

—Pues vale, aquí me quedo —hablé a la nada.

Mario llegó a casa y soltó las llaves en la mesa de malas maneras. Su padre miraba ese video de nuevo y bebía de su botella de Jack Daniel's.

—¿A ti qué te pasa?, ¿no te dije que no podías salir? —preguntó entre balbuceos.

—¡Déjame en paz!, tú no eres mejor que yo —contestó Mario.

—Puede que no lo sea, no debo serlo, al fin y al cabo tú tienes un cincuenta por ciento de mis genes.

Santos volvió a darle al *play* y siguió con su auto tortura una vez más.

Tenía que hacerlo, ahora lo sabía con seguridad, las voces de su cabeza le decían que matara una y otra vez.

—¡Dejadme en paz! —gritó a la nada.

—¿Con quién hablas, papá? —dijo Jessica que había salido de la habitación.

—Jessica hija, tú eres la única luz de mi vida —gimoteó Santos con los ojos muy abiertos.

—Sí, ahora dices que soy tu luz y antes era la hija fracasada que no sabía qué hacer con su vida, no hay quien te entienda.

—Fui un imbécil, perdóname Jessi —se disculpó Santos mientras secaba sus lágrimas.

Jessica siguió su camino a la cocina mientras negaba con la cabeza.

Mario estaba sentado en la mesa de la cocina, se había hecho un *sándwich* pero no había probado bocado.

—¿Qué te pasa, hermanito? —preguntó Jessi con preocupación.

—¿Sabes esa sensación que tienes cuando piensas que has encontrado algo que merece la pena y te das cuenta de que todo era una ilusión? —Mario

respondió con otra pregunta. Su mirada estaba vacía, desde el día en que murió su madre no había podido volver a llenar sus ojos de alegría.

—Sí, se llama mal de amores. Tienes que ser menos exigente, Mario, la mujer perfecta no existe, entre otras cosas porque el hombre perfecto tampoco, acepta a las personas tal y como son, no puedes cambiarlas. ¿Me entiendes, verdad?

Mario asintió con la cabeza. Pero en realidad no lo entendía. Él ponía todo de su parte, ¿por qué siempre se cruzaba con el mismo perfil de mujer?, esas que estaban enamoradas de un imposible y pretendían estar con él como si fuera el segundo plato del banquete. No, Mario no quería ser las sobras de nadie.

Capítulo 43

Laura miraba la televisión sin verla, se había ido a casa enfadada con Caleb, pero este parecía no darse cuenta. Le preguntaba una y otra vez qué le pasaba, eso sí, pero no sabía verlo, señal inequívoca de que no era más que un niño todavía.

Esa idea pasaba por su mente una y otra vez, para ser sustituida por otra, por un rotundo «no», Caleb era joven, pero no era un chico inmaduro, al contrario, en ocasiones podía llegar a ser mucho más adulto que ella misma.

De pronto alguien llamó a la puerta y a Laura se le iluminó la cara, ¿sería él?, se habían despedido de una manera bastante fría y ahora se arrepentía, necesitaba tenerlo a su lado.

Laura abrió sin preguntar ni siquiera quién era, su sorpresa fue mayúscula cuando en lugar de encontrarse al otro lado a su amado Caleb, halló a Santos con signos evidentes de ebriedad.

—Hola, Laura, necesito que hablemos —fueron sus palabras.

—Ahora no es buen momento —respondió Laura mientras intentaba cerrar la puerta en vano, pues Santos había metido ya un pie en su casa.

—Sacá ese pie de ahí o te lo dejaré como un acordeón —dijo ella enfadada.

—Tenemos que hablar, llevo tiempo intentándolo, pero siempre andas con ese maldito crío. —Santos arrastraba las palabras y olía a *whisky* que tiraba para atrás.

Laura aspiró el olor de esa sustancia ya prohibida para ella y tuvo ansias de volver a experimentar el ardiente sabor del *whisky* en su boca.

—Te repito que hoy no, así no, ven sobrio y quizás te escuche —sugirió Laura con los brazos en cruz.

—¿Qué pasa?, ¿ya no te acuerdas de los viejos amigos? —preguntó él con chulería.

—Esos viejos tiempos nunca existieron Santos, yo solo fui una herramienta que tú utilizabas para llevar a cabo tus planes.

—Estás equivocada, más de lo que crees, porque tú has sido la única por

la que he sentido algo después de la muerte de mi mujer —se lamentó Santos en actitud teatral.

—Mira que llegas a ser falso, anda vete de aquí ahora mismo y no vuelvas. —Laura estaba cada vez más enfadada y dio un golpe en la puerta, pretendía ahuyentar a Santos, pero lo único que consiguió fue que él se riera a carcajadas.

—Vete de aquí, es mi última palabra —sentenció Laura.

—De acuerdo, me iré, pero lo que tengo que decirte es importante y allá tú si luego te das de cabezazos. —Santos se giró tambaleándose y presionó el botón del ascensor.

Laura no se despidió, simplemente cerró y se quedó apoyada de espaldas a la puerta mientras suspiraba profundamente, sentía que algo le subía por la garganta y que sus ojos estaban como limitados de movimiento. No podía creer que después de tanto tiempo todavía tuviera la necesidad de beber solo por oler el alcohol en el cuerpo y el aliento de alguien.

Ese día tenía que haber interrogado a Santos, pero en esas condiciones y ante la sospecha de que hubiera podido matar a las dos niñas no fue capaz de llevar a cabo su cometido. Vega le dijo horas antes que no hiciera nada, que él se encargaría de Santos, pero primero tenían que asegurarse de si ese coche le pertenecía. Laura creía a Caleb, pero Vega insistía en que no era plato de buen gusto interrogar a un compañero por meras suposiciones, al fin y al cabo, ese coche era bastante común.

Decidió irse a dormir, quizás al día siguiente viera las cosas de otra forma.

En cuanto se tumbó en su cama vio que su móvil tenía un nuevo mensaje entrante.

«He estado con mis amigos y me lo he pasado bien, ahora me voy a dormir sin ti, aunque te necesite a mi lado, estoy como una cuba»

Laura arrojó el teléfono con fuerza en su cama. Solo le faltaba que Caleb le escribiera mensajes mientras la sustancia prohibida invadía su sangre, ¿quería ponerle los dientes largos?

Enterró su cabeza en la almohada y gritó con todas sus fuerzas. No podía ser tan débil, no podía flaquear ahora. Si al menos él estuviera con ella, pero no era así. En lugar de eso estaría durmiendo la mona en casa de sus padres sin preocuparse por nada más que tener un plato de comida en la mesa y una cama para dormir. Qué diferentes eran sus vidas y qué poco futuro veía Laura en esa relación en aquel momento, su moral era como una montaña rusa de

emociones y no la dejaba ver con claridad.

Todo era más sencillo de lo que ella pensaba, solo tenía que dejar los prejuicios a un lado. Pensaba que lo hacía, pero las demás personas se encargaban de recordarle a todas horas que estaba enamorada de un chaval que podía ser su hermano pequeño.

«¿Por qué tiene que ser todo tan difícil?, quizás si me hubiera quedado con Abraham no tendría ahora tantos problemas y no querría irme al bar a beberme hasta el agua de los floreros». Pensó.

Agarró los auriculares del primer cajón de la mesita de noche y los conectó al móvil, puso una canción que siempre le daba empuje cuando se sentía desfallecer. La preciosa voz de Hanna en su tema, Como la vida, inundó su corazón y lo hizo palpitar más fuerte. Fuerte, como decía la canción, «la vida son dos días y el miedo no te deja andar ni ver».

Escribió un mensaje.

«Te necesito, voy a por ti».

Me desperté asustado, no sabía qué hora era y una sensación de angustia invadía mi organismo. Sentí ganas de vomitar, pero no tenía fuerzas. Me levanté y me arrastré al cuarto de baño como pude y allí alivié mi mal estar en la taza del váter.

Luego me senté contra las baldosas, estaban muy frías y me estremecí. Hice el amago de incorporarme, pero no pude.

Cerré los ojos e intenté descansar por unos minutos. Pero una especie de luz golpeó mi cerebro y la imagen de un realismo absoluto se coló en mi mente.

Alguien me perseguía, yo corría por un bosque y me estaba haciendo daño en los pies. Los miré y tenía las uñas pintadas de rojo, mis pies eran femeninos y estaban descalzos. Estaba muy cansado y angustiado. Volví a sentir ganas de vomitar, intenté aguantar, pero estaba muy mareado. Caí de rodillas y lo hice.

Me levanté de nuevo y seguí corriendo. Miré hacia atrás en numerosas ocasiones. Pero no conseguía ver con nitidez a mi persecutor.

Solo era una sombra negra que se acercaba cada vez más a mí. Yo gritaba con todas mis fuerzas, gritaba mi nombre, me pedía ayuda a mí mismo.

—¡Caleb, Caleb! —La voz de Andrea me sacó de mi absurdo sueño.

—¡Joder! —Alcancé a decir mientras mi corazón galopaba y la falta de aire me hacía respirar con dificultad.

—Ya está, ya está —susurró atrayéndome hacia ella con cariño.

Apoyó mi cabeza contra su barriga y por primera vez pude sentir el pie de mi futuro sobrino que me echaba de la tripa de su madre, al fin y al cabo él era el dueño y señor del bombo y yo solo un simple acoplado.

—¿Lo has notado? —preguntó Andrea con los ojos llenos de lágrimas.

Asentí con la cabeza y le guiñé un ojo.

Preferí no estropear ese momento con la historia de mi pesadilla, en su lugar simplifiqué la información.

—Ayer pillé una buena —confesé.

—Ya, ya, te oí llegar, cantabas algo a pleno pulmón. Mamá dijo que no te hiciera ni caso, que tenías que dormir la mona —dijo divertida.

—Dios, ¿y qué cantaba? —pregunté rojo como un tomate. Yo nunca cantaba si no estaba como una cuba.

—Esa de, «Sigo siendo el rey», o algo así —respondió Andrea entre carcajadas y luego añadió—, estabas muy divertido.

Enterré mi cabeza entre las rodillas.

—Menudo gilipollas —espeté.

Andrea se encogió de hombros y se puso a repetir la canción a su manera mientras se marchaba del lavabo y me dejaba con mi vergüenza.

Volví a la habitación y me tumbé en la cama, recé para que fuera fin de semana, de todas formas, me había dado por faltar al instituto otra vez, por lo que en cierto modo me daba igual qué día fuera.

Miré mi móvil y vi un mensaje de Laura, hacía muchas horas que me lo había enviado y me sentí fatal. Quería estar conmigo, decía que pasaba a buscarme, pero nunca respondí a su mensaje.

La llamé, pero no me contestó.

—¡Joder!, soy un imbécil —mascullé.

Unos golpes cortos en la puerta y la cabeza de mi madre asomando por la misma con esa cara de «lo que tengo que decirte es fuerte de verdad», era lo último que quería escuchar y ver en ese momento. Pero ahí estaba Marisa Arnau, con su bata de boatiné y su peinado de peluquería medio despeinado por haber dormido.

—Caleb hijo, tengo que hablar contigo y es muy serio esto que te tengo que decir.

—Mamá, ahora no es el momento adecuado, estoy muy cansado, de verdad —me excusé mientras volvía a meterme en la cama.

—Es sobre esa chica, Laura. —Ella a lo suyo, le daba igual que le dijeras que no era el momento, mi madre iba a decirlo aunque en ello le fuera la vida.

—¿Qué pasa ahora con Laura? —pregunté con fastidio.

—Pues que no te conviene. —Soltó a bocajarro.

—Ya estamos con lo mismo, si solo es eso no deberías haberte molestado en entrar a mi cuarto.

—No es eso, ¿te acuerdas del vecino que la saludó el otro día?, Casimiro, creo que se llamaba.

—Asentí con la cabeza.

—Me ha dicho que esa chica es una borracha.

—Venga ya mamá, ¿estás de broma, verdad?

—No hijo, no, estuvo en Alcohólicos Anónimos con el vecino, y de eso hace dos o tres meses nada más, es una borracha.

—Si ha estado o dejado de estar en ese sitio es cosa suya, al fin y al cabo es una mujer adulta.

—Por eso mismo, hijo mío, ella es una mujer y tú solo un crío —dijo mi madre fingiendo preocupación.

—Pero ¿qué puta manía tiene todo el mundo con lo mismo?, ¿sabes qué?, en la cama todos los gatos son pardos, mamá. —No sé ni por qué le dije eso, pero es que estaba hasta las narices de las tonterías de mi madre.

—Si solo es eso hijo, diviértete lo que quieras, me dejas más tranquila. — Mi madre se pensó que yo solo estaba con Laura por el sexo, eso no era verdad, pero me dejó en paz, si ella era feliz pensando eso, allá ella, yo tenía muy claros mis sentimientos con respecto a mi chica.

Cuando pude levantarme decidí salir a dar una vuelta para despejarme. Lo que me había dicho mi madre acerca de Laura no dejaba de dar vueltas en mi cabeza; estaba de acuerdo con que ella tenía derecho a guardar sus secretos, todos los tenemos, por mucho que digamos que somos transparentes al cien por cien. Sin embargo, algo me mordía por dentro, me gustaría que hubiera confiado en mí, ahora sabía que de alguna manera no lo hacía del todo y eso me puso triste. Mi única forma de combatir el bajón era subirme en mi moto y quemar neumáticos. Había algo que echaba de menos en la moto y era el hecho de poder escuchar música mientras la conducía. Lógicamente, por ley no se podían utilizar, pero ese día me llevé un dispositivo mp3 con unos auriculares de esos que se adaptan al oído, con el casco era difícil que ningún policía me los viera.

La brisa golpeaba mi cara y la música inundaba ese momento perfecto, mi momento de evasión, Cold Play con su tema «Lost», me recordaba lo perdido

que estaba, no era uno de esos temas para correr, ni siquiera solía escuchar a Cold Play, me había equivocado de reproductor y había cogido el de Andrea, pero tanto me daba, la canción me iba al pelo, me sentía demasiado perdido, buscaba algo, una luz que me dijera que hacer con mi vida, había veces que lo tenía claro, pero qué débil podía ser la mente de un ser humano, por algo tan tonto como unas palabras no pronunciadas por ella, por Laura, por la mujer con quien quería volar toda mi vida si ella me lo permitía, me sentía totalmente derrotado.

Detuve la moto como siempre en ese lugar donde lloraba mis penas y celebraba mis alegrías, en el acantilado, recé para no ver a ninguna presencia incorpórea. Eran las doce del mediodía, no era la hora de los muertos, al menos, yo me consolaba con ese pensamiento inventado y absurdo. Pues de sobra sabía que podían aparecer a cualquier hora si les daba la gana.

Me senté en una roca y admiré el perfecto paisaje de ese dos de marzo de 2009. Pensé en Laura, estaría enfadada conmigo, tendría que haber aparecido por su casa al menos, pero en lugar de ello disfrutaba de mi soledad como nunca lo había hecho. Eso es lo que yo quería pensar, pero la realidad era muy distinta, en verdad, mi intención era evitar verla para esconder mi participación en la carrera de Ben Killer, una carrera que todavía tenía que concretar con él, pero que si salía bien sería el adiós de toda mi familia a Arría Baja y toda su mierda.

Había quedado con él a las cinco de la tarde y había algo en mi interior que daba tumbos. Era mi conciencia; me remordía por no contarle a mi chica mis intenciones, pero sabía que ella me lo impediría, es más, reventaría la carrera como buena policía y en esa ocasión no podía ser, me jugaba mucho. Además, ella también tenía secretos, ¿por qué no podría tenerlos yo?

Cuando me cansé de mirar al horizonte y de devanarme los sesos con mis pensamientos desordenados, decidí volver a casa, mi móvil vibró, era ella, pero no podía cogérselo, tendría que mentirle y no quería, simplemente ignoré la llamada muy a mi pesar, eso sí.

Caleb no le cogía el teléfono, lo había llamado en reiteradas ocasiones sin respuesta por su parte. Laura estaba enfadada, muy enfadada; y triste, demasiado triste. Eso no era bueno para ella, solo pensaba en alcohol y no podía recaer. Le dolía la cabeza y tenía los ojos hinchados de haber llorado toda la noche, porque sí, era una chica más metida en los treinta que en los veinte, pero sabía lo que era llorar por amor y lo había hecho demasiadas

veces para su gusto. No quería ir a buscar a Caleb a su casa, la última vez ya tuvo bastante, por nada del mundo quería volver a encontrarse con esa mujer malvada; la suegra arpía por excelencia, al menos eso era lo que pensaba Laura de la madre de su chico. Tendría que aguantarla si seguía con él y eso no le hacía ni pizca de gracia. En el pasado ya había padecido ese mal y no quería volver a tener que luchar contra una madre celosa.

Respiró profundamente y encendió el televisor, buscó un DVD y lo puso en el reproductor. Era una película de terror, cualquier cosa menos cine romántico, pensó. Le costaba concentrarse, pero se obligó a ello, en su cabeza solo había dos cosas, Caleb y alcohol.

—Joder, maldita sea la hora —masculló después de probar una vez más de contactar con Caleb sin suerte.

—Te vas a enterar niñato —masculló con rabia y escribió un SMS.

«¿Se puede saber por qué narices no contestas?, estoy preocupada»

Dudó unos segundos de si enviarlo o no, pero al final la rabia pudo con ella y le dio al maldito «enviar». Se arrepintió al momento.

—Joder, ahora pensará que soy una loca.

Cinco minutos después vibró su móvil, era Caleb.

«Estoy ocupado, no te preocupes, luego si eso, te digo algo»

Laura se quedó sin aire.

—¿Se puede saber a qué juegas, imbécil? —preguntó mientras intentaba respirar hondo, la ansiedad se apoderaba de ella por momentos.

—¡Que le den por culo a todo! —exclamó.

Apagó la televisión y cogió una cazadora de cuero de color verde que descansaba en una silla. Luego salió de casa, en ese momento le daba igual todo.

Capítulo 44

A la hora convenida me acerqué a paso ligero al pinar adyacente a la explanada. Ben me esperaba sentado en el respaldo de un viejo banco de madera.

Yo daba caladas cortas y nerviosas a un cigarrillo mientras me acercaba a Killer. Él me saludó con su sonrisa gélida y me invitó a sentarme a su lado.

—Aquí me tienes, tú dirás —anuncié tras sentarme.

—Seré breve, tengo prisa y pocas ganas de hablar —apuntó Ben con indiferencia.

Asentí con la cabeza y él prosiguió.

—Verás Fénix, estoy muy cabreado contigo, pero mucho, tú me entiendes. Tu amiguita y tú me hicisteis una buena jugarreta. Confiaba en vosotros, pensaba que realmente erais de los míos y que nunca me ibais a traicionar — se lamentó Ben con un dramatismo demasiado artificial.

—Corta el rollo, Ben, dime qué quieres, si no lo sueltas ya, me iré — respondí cortante.

—Eso no lo puedo olvidar con facilidad, vas a tener que compensármelo. —Ben seguía con su discurso sin tener en cuenta mi enfado.

—Yo no voy a compensarte nada, no quiero tener nada que ver contigo, correré esta carrera y haré lo posible por perderte de vista, si tú estás cabreado, yo lo estoy más.

—Esta carrera, te refieres a, la carrera, por excelencia, la carrera, de tu vida —dijo Ben haciendo pausas sin sentido en la palabra «carrera».

—Dime ya lo que sea o me voy. —Apreté los puños, tenía ganas de darle una buena hostia, no era un chico violento, pero Ben ese día me crispó los nervios y me puso al límite.

Estaba muy raro, el Ben que yo conocía era coherente y frío como un témpano de hielo, sabía qué decir en cada momento, el Ben de ahora lucía desaliñado y hablaba con aires de grandeza, su discurso era teatral y forzado, no era el Ben Killer de siempre, la cárcel parecía haberlo cambiado al cien por cien.

—Siempre te he dicho que me gusta que tengas esos cojones tan cuadrados, eres el único que me desafía, que me replica sin cortarse un pelo, por eso te elegí, Caleb Fénix, sé que no me arrepentiré de esta última carrera —aclaró levantándose del respaldo del banco y abriendo los brazos. Yo lo miré de soslayo, estaba puesto, pero que muy puesto de a saber qué sustancia. Ben no consumía su mercancía, sí que lo había visto alguna vez meterse una raya, pero nunca en esta actitud tan surrealista.

—Ben, ya... —corté de raíz su delirio y le enseñé la palma de mi mano para que dejara ya de marearme.

—Está bien Fénix, te lo voy a explicar.

No podía creer lo que me había pedido Ben, era una auténtica locura y podía dejarme la vida ello. Estaba tan absolutamente saturado por sus palabras que no me quedó de otra que liberar toda la tensión acumulada en la carretera. Me deslicé con mi moto por el asfalto, imaginé de nuevo que volaba, que despegaba del suelo y conseguía mi sueño, mi anhelo desde que era un niño. Sin ser consciente de ello acabé en la urbanización donde vivía Laura y detuve la moto delante de su portal. Mi subconsciente me había llevado al domicilio de mi amor, pues podría ser la última vez que yo la viera. El plan de Ben me parecía un suicidio, una muerte segura, una locura. Si salía bien, los problemas de mi familia quedarían solucionados, pero si salía mal, sumaría a estos uno mucho más grave, mi muerte.

Las palabras de Ben volvieron a reproducirse en mi mente.

—Esto es lo que quiero hacer, te puedo asegurar que jamás habrás participado en una carrera de tal magnitud, lo que te voy a pagar bien lo vale, no es una carrera normal amigo, vas a flipar —anunció Ben entre frases encadenadas y que hacían que cada vez me intrigara más la dichosa carrera.

—Suéltalo ya, Killer, me estás poniendo frenético —contesté ya demasiado enfadado.

—Vale, vale, gallito, ahí va —dijo Ben entre risas y luego añadió—, quiero que corras conmigo en una carrera especial, muy especial.

Puse los ojos en blanco, pero esta vez no dije nada, lo próximo era agarrar a Ben por el cuello, pero la intriga me dejó clavado en el sitio y calladito, muy calladito.

—Se trata de una carrera contra dirección, por la autovía. El primero que abandone pierde. Y te aseguro, Fénix, que no tengo nada que perder, por lo que lo tienes muy difícil para ganar ese dinero que te he prometido —soltó a

bocajarro Ben y luego se rio a carcajadas.

Mi corazón palpitaba a mil por hora todavía, ese recuerdo en mi cerebro disparaba mi ansiedad y sentía que me dolía todo el cuerpo, era el miedo, demasiado temerario hasta para mí. Definitivamente, Ben estaba mal de la azotea, pero que muy mal.

Un coche pitó para que me saliera de en medio; le hice una señal para que pasara por un lado, pero el muy inútil no se movía. Me aparté a un lado y lo dejé pasar. Miré hacia la terraza del apartamento de Laura, había luz, ella estaba allí y no quería participar en esa carrera sin pasar una noche más con ella.

Mi actitud podía resultar egoísta, pero mi experiencia con la vida era escasa todavía y no se me podía pedir mucho más. Sé que me porté como un cretino, pero en ese momento no lo pensé demasiado y de pronto estaba delante de la puerta del apartamento de mi chica. Me había encontrado con una vecina que bajaba la basura y no llamé al timbre del portal. Gran error.

Dudé unos segundos en si presionar o no el dichoso botoncito, pero al final pudieron más mis ganas de verla a ella, a mi Laura.

Lo hice, y de seguida la puerta se abrió, pero la sorpresa que había detrás me dejó tan helado que no conseguí articular palabra.

Un hombre de unos treinta años me miraba con el pecho descubierto desde el umbral de la puerta de Laura.

—Hola, ¿querías algo? —preguntó con una sonrisa cínica, me entraron ganas de borrarla de la cara de un guantazo.

Ese día yo era la violencia en estado puro, en unas horas había querido pegar a dos personas, lo raro es que me contuviera a esas alturas; encontrar un tío medio desnudo en casa de tu novia es para cabrearse, ¿o no?

Negué con la cabeza, me di media vuelta y salí disparado de allí. Mientras trotaba escalera abajo, no pude reprimir que las lágrimas inundaran mis ojos. «Los chicos no lloran, los chicos no lloran», me repetí, pero el dolor tan fuerte que sentía laceraba mi órgano vital y el pecho me iba a estallar en cualquier momento. Jamás había sufrido tanto por amor, era la segunda vez que lloraba como un chiquillo por esa mujer. La primera fue cuando me dejó tirado en el hospital, pero no tenía comparación a saberla con otro. Solo llevábamos un par de días sin vernos y ya se había buscado un sustituto, no me lo podía creer. Era demasiado «heavy», no obstante, y para mi desgracia, era real.

Andrea caminó el corto trecho desde el coche hasta el portal donde vivía.

Una amiga la pasó a buscar y habían pasado la tarde juntas. Era la única que le quedaba, y que se atrevía a pasearse en coche por Arría Baja.

Una voz la dejó parada en el sitio. Era Ben, hacía mucho tiempo que no lo veía, desde que este la dejó tirada al enterarse de que estaba embarazada de otro. Quizás fue un error por su parte no decirle la verdad desde un principio, pero no tenía por qué hacerlo, pues quien te quiere de verdad no tiene en cuenta esas cosas, eso es lo que Andrea pensaba una y otra vez desde que Ben decidió poner fin a la relación que habían empezado poco antes.

—¿Qué quieres, Ben? —preguntó ella con altanería.

—Estás muy guapa, Andrea —respondió él.

—¿Con barriga y todo, Ben?, pensé que eso es lo que te había hecho salir por patas —espetó Andrea con rabia.

—No puedes negar que te pareces a tu hermano, tenéis los dos unos santos cojones. —Ben se rio a carcajadas.

—No me vengas con gilipolleces, ¿qué quieres? —preguntó Andrea levantando la cabeza.

—A ti, Andrea, no he podido parar de pensar en ti, te lo juro. La cárcel era un infierno y solo me venía a la cabeza tu cara.

Andrea puso los ojos en blanco.

—Hábértelo pensado antes, guapo —dijo ella mientras sacaba las llaves de casa de su bolso.

—Por favor, no te vayas, quédate conmigo, necesito que alguien me escuche esta noche, lo necesito, por favor. —El tono de Ben era de súplica y Andrea no era de piedra, esos ojos profundos estaban teñidos de lágrimas y ella estaba demasiado sensible como para obviarlos.

—Está bien, pero estoy cansada, sé breve.

Ben cogió de la mano a Andrea y ella no pudo evitar sentir una descarga que ya conocía, Ben la hacía vibrar, pero no podía fiarse de él, además, era el chico más temido del barrio; eso, la aterraba a la par que la excitaba, era demasiado contradictorio lo que sentía por Ben Killer, pensaba que ya lo había enterrado, pero ahí estaba de nuevo en forma de relámpago interior.

Se sentaron en un antiguo vagón de tren abandonado, Arría Baja tenía una pequeña estación ferroviaria llena de grafitis y por alguna razón desconocida alguien había dejado ese vagón abandonado en las inmediaciones de ese pintoresco lugar. Allí solo iban los desesperados, los yonquis y las parejitas que querían intimar y no tenían casa donde dar rienda suelta a su lujuria. Ben era ese día uno de esos desesperados. Se sentía solo, demasiado solo y ella,

Andrea, era la única mujer por la que había sentido algo fuerte, encima lo desafiaba, era tan osada que él mismo se sentía intimidado por ella, eso no pasaba sin que Ben diera un bofetón, él era de los que aleccionaba a una mujer maltratándola, aunque le decía a todo el mundo que las mujeres para él eran sagradas, en la práctica, todos sabían que a Ben —si tenía que soltarle un guantazo a una mujer— no le temblaba el pulso.

Con Andrea era diferente, se sentía incapaz de mover un dedo, por eso la dejó, no por su embarazo, aunque a ella le dijera que no quería cargar con el crío de otro, la realidad era bien distinta.

Sentados en ese viejo vagón hablaron de todo y de nada, Ben le explicó a Andrea su fuga frustrada y como fue planeada. Andrea poco pudo contarle, su vida era descanso y comida, no tenía vida social y solo pensaba en su bebé, poco tenía ella que explicarle.

—Voy a hacer algo que puede que me cueste la vida —anunció Ben muy serio.

Andrea lo miró con los ojos muy abiertos.

—No puedo decirte nada, pero a lo mejor esta es la última vez que nos vemos, por eso te he traído aquí, necesito decirte muchas cosas, decírtelas por si no te vuelvo a ver.

—¿De qué estás hablando, Ben? —preguntó Andrea compungida por las palabras de Ben.

—Solo te pido que no me odies.

—Ben, no sé de qué demonios estás hablando, pero será mejor que te expliques mejor. —Andrea estaba descolocada.

—No puedo decírtelo —respondió Ben con la mirada perdida.

—Ben, si me has traído para meterme el miedo en el cuerpo, mejor me voy a mi casa —dijo Andrea mientras intentaba levantarse a duras penas.

Estuvo a punto de caerse, comenzaba a padecer las consecuencias de la variación de su punto de gravedad. Ben la sujetó y quedó frente a ella.

Esos ojos querían decirle muchas cosas, Andrea se estremeció cuando lo pensó. Ben los cerró, sabía que ella podía ver mucho más que los demás por esas dos ventanas que para ella estaban abiertas de par en par. No quería que viera dentro el miedo que lo apesaba, no quería que ella viera su pasado, las palizas recibidas y el dolor de tener que ayudar a ese energúmeno de su padrastro a esconder el cadáver de su madre. Ese recuerdo que había aflorado en prisión y que ni él sabía si era verdad o fantasía. Odió a su madre muchos años por haberlo abandonado, se grabó a fuego la versión que le dijo su

padraastro que tenía que contar a todo el mundo, hasta él se la creyó, pero la realidad era bien distinta, esa noche cambió su vida para siempre, su interior se volvió inerte y sus sentimientos perecieron. Ahora habían salido de su tumba como si fueran zombis y por primera vez pensaba en alguien de manera distinta, era algo que le nacía desde las entrañas, no podía ser otra cosa, era peor que una enfermedad, era amor.

Entonces la besó y cada poro de su piel se llenó de esa nueva sensación que le asustaba tanto. Tuvo que dejarla porque le dolía estar a su lado, porque sentía que desfallecía cuando la tenía cerca; tuvo que hacerle daño, y ahora estaba otra vez atrapado en sus redes. Tenía que morir, no podía seguir viviendo en esa maraña de sentimientos.

—Andrea, te amo —musitó Ben cuando el beso se apagó.

Ella no pudo contener más las lágrimas, no podía estar con ese hombre, lo que tenía dentro de ella pesaba mucho más que lo que sea que sintiera por Ben Killer.

—No puede ser, Ben, una relación entre tú y yo es imposible —dijo Andrea cabizbaja.

—No me digas eso esta noche, Andrea, no me lo digas, quédate conmigo y mañana dime lo que quieras o mátame si quieres, será lo mejor. —Ben no era Ben, al menos eso era lo que pensaba Andrea, algo oscuro rondaba su alma y ella tuvo miedo, demasiado miedo para sucumbir a sus encantos y quedarse toda la noche con él. Tenía que pensar en su bebé.

—Lo siento, Ben, no puedo; acompáñame a casa por favor. —Se tocó la barriga y lo miró mientras las lágrimas afloraban de sus ojos sin poderlas contener.

Ben asintió y volvió a cogerla de la mano, ambos se dirigieron al coche, Andrea quería decirle que sí y perderse en un mar de sábanas con él, pero su interior le decía que no debía hacerlo, que era momento de pensar en algo más que en sí misma.

No se despidieron, Andrea, simplemente le dio la espalda cuando llegaron a su portal y se marchó. Ben, se quedó plantado mirando la puerta vacía, la silueta de Andrea ya no estaba y él se sentía totalmente solo, arrancó de nuevo el coche y se marchó.

Cabreado, jodido, entre lágrimas y deshecho, así me sentía aquella noche, quería ahogar las penas en alcohol o en lo que sea, pero necesitaba algo muy fuerte para hacer que mi corazón dejase de galopar sin control. Podría haberle

montado el numerito a Laura y pillar a ese tío por el cuello y reventarlo ahí mismo, pero no lo hice, preferí correr, huir, desquitarme con la velocidad que era la única que no me traicionaba y así lo hice, corrí y me salté todos los radares, a mi padre le iba a quedar el carné de conducir desplumado y sin puntos. Ya le había venido alguna que otra multa por mis proezas y ya me había advertido que no me pasaría una más en ese sentido.

En cambio, ese día pasé por alto todas las advertencias de mi progenitor y vi como los destellos de los radares me deslumbraban por detrás, convertí la autovía en un circuito de carreras, fue como un ensayo de lo que estaba por venir que sería sin duda un camino de espinas.

De pronto paré en el arcén y saqué de mi bolsillo el reproductor mp3 de mi hermana y presioné el *play*; The Offspring, uno de mis grupos favoritos, me sorprendieron con su temazo «Million Miles Away». Me iba que ni pintado, en aquel momento mi razón estaba a millones de kilómetros de mí mismo y no podía dejar de darle gas a la moto, velocidad, eso era lo que pedía mi cuerpo y The Offspring tenían un efecto especial en mí y yo creo que en la mayoría de los mortales, me hacían querer más y más velocidad, como si de una droga se tratase.

Abrí los ojos como platos, ahí estaba ella, después de tantos años, negaba con la cabeza y me enseñaba la diminuta palma de su mano.

—¡María! —grité—, sal de ahí.

Era mi amiga imaginaria, mi tía muerta.

De pronto una imagen vino a mi cabeza, era mi padre corriendo y agachándose al lado de mi cadáver, yo yacía sobre un charco de sangre.

—¡No! —vociferé y poco a poco reduje la velocidad, hasta detenerme.

María se acercó a mí y acarició mi mano. Tiró de mi cazadora e hizo que yo me agachara para darme un beso.

Sentí ese beso como una caricia etérea, pero tuvo un efecto tranquilizador en mí y dejé de respirar con desesperación. Me calmé y la miré con añoranza.

—María, te he echado de menos.

—Yo también a ti, sobrino —dijo con su voz de niña, esa voz que siempre recordé con cariño.

Luego me dijo adiós con la mano y desapareció.

Respiré hondo y observé el paisaje, era tétrico. La carretera estaba solitaria y el cielo tenía un aspecto verdoso y mortecino. Los árboles que parecían mirarme desde ambos costados de la carretera le daban al conjunto un toque misterioso que me encantó, pensé en que la escena podría ser una

preciosa ilustración y me prometí a mí mismo llevarla a cabo cuando tuviera un respiro. Hacía tiempo que no le daba caña a mi tableta gráfica.

Me fui a casa más tranquilo, creo que pocas personas podrían decir que habían visto a un muerto y les había devuelto la paz, yo era uno de esos bichos raros que sí podía afirmarlo.

Laura, salió del cuarto de baño ajena a lo que acababa de pasar. Abraham, esperaba sentado en el sofá a que ella le trajera una camiseta o algo que cubriera su torso desnudo. Se había tirado el refresco encima por pura torpeza y ahora se sentía ganador. Ese chico de la fotografía que sonreía a la cámara mientras abrazaba a Laura había aparecido en el momento preciso.

—He oído el timbre, ¿quién era? —preguntó Laura mientras le daba una vieja camiseta gris a su invitado.

—Era un comercial de esos de la compañía de la luz —respondió Abraham.

—¿A estas horas?, increíble, no dejan de molestar, yo ya ni les abro —dijo Laura.

—Pobres chicos, solo hacen su trabajo, qué desconsiderada —bromeó Abraham.

Laura se encogió de hombros y se sentó en el sofá. Se había sentido al límite, había estado a punto de comprar una botella de *whisky*, pero en el último momento había recibido una llamada de Abraham, que estaba casualmente en la ciudad.

Ella se había aferrado a él como si de un clavo ardiente se tratara, solo necesitaba hablar y se sinceró con su amigo.

Él no le reprochó nada esta vez y ella lo agradeció, únicamente la dejó hablar y la apoyó, era todo lo que ella necesitaba en aquel momento.

Abraham, sintió una punzada en su interior, eran los remordimientos, Laura se enteraría de que el que había ido a visitarla era Caleb, pero le daba igual, en aquel momento ese chico podría hacer cualquier tontería, además, solo era un chiquillo, no entendía como Laura, una mujer hecha y derecha perdía el tiempo con él. Tampoco era para tanto, ni siquiera era tan atractivo como él mismo, al menos eso era lo que Abraham pensaba. Sabía que era guapo, muchas mujeres se lo habían dicho a lo largo de su vida, pero por alguna extraña razón siempre tocaba a la puerta equivocada. Las que se interesaban por él, a él no le interesaban y cuando él estaba interesado en una mujer, esta tenía otro objetivo. Por primera vez estaba decidido a luchar hasta el final por

quedarse con ella, aunque tuviera que mentir, ¿no decían que en el amor y la guerra todo valía?, pues él lo siguió a pies juntillas aquel día, su silencio fue el martirio de Caleb aquella noche. Él ignoraba que esa noche su adversario iba a morir, por suerte no había llegado su hora y su capacidad de ver a seres del más allá lo había salvado.

Laura, estaba muy triste, no podía negarlo, para él era lo de menos, sabría hacerla feliz, por ello la abrazó cuando ella volvió a llorar una vez más por su enemigo. Sujetó su barbilla y la elevó, luego se acercó a ella un poco más, sus labios estaban a punto de impactar, Laura cerró los ojos e imaginó que era él, que era Caleb. Un escalofrío recorrió su cuerpo y los volvió a abrir, entonces la vio. Era una niña, llevaba un vestido blanco de hace varias décadas y negaba con la cabeza, luego señaló a Abraham.

—¡Joder! —exclamó Laura mientras se separaba bruscamente de Abraham.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Nada, nada importante. Sabes Abraham, estoy cansada y creo que deberías irte —dijo con el susto todavía en el cuerpo.

—¿He hecho algo que te ha incomodado?

—No, es solo que necesito descansar. —Laura quería quedarse sola, Caleb le había dicho que veía a los muertos y ella jamás había visto a ninguno, ahora comprendía lo impactante que podría llegar a ser.

Abraham, se despidió de ella y se fue cabizbajo, esperaba poder conseguir esa noche lo que tanto ansiaba, una vez más, Laura le daba calabazas.

Laura se quedó sola en su casa apoyada en la puerta. Todavía estaba descolocada, esa niña le había dicho que no besara a Abraham, la cuestión era por qué.

Su móvil sonó, Laura se acercó a la mesa donde descansaba el terminal, era Vega. Respondió de inmediato.

—Laura, tenemos que vernos, es urgente.

—De acuerdo, ¿dónde podemos quedar? —preguntó ella mientras buscaba algo cómodo que ponerse en el armario.

—Te espero debajo de tu casa en diez minutos, ¿te parece bien?

—Perfecto Vega, hazme una perdida cuando llegues.

Laura terminó con la llamada y se vistió de modo apresurado. Si Vega la había llamado a esas horas no era por una tontería.

Capítulo 45

Cuando Vega llegó, Laura ya lo esperaba frente a su edificio. Entró en el coche, saludó a su compañero y este comenzó a hablar.

—Laura, te he llamado porque la cosa se ha complicado, vamos a comisaría, tengo detenido al de la científica que sustituyó a Antúnez cuando estaba de baja —farfulló Vega nervioso.

—No me lo digas, tiene algo que ver con la desaparición de la camiseta.

—Y no solo eso, el muy inútil se dejó sobornar y se niega a decir por quién, la cuestión es que modificó datos y por suerte guardó una copia de los verdaderos informes que había redactado en un principio.

—¿Cómo?, increíble —dijo Laura con sorpresa.

—Sí, en la camiseta había otras huellas a parte de las de Ben Killer y las de la misma Cristine. Huellas que ahora no podemos comprobar, porque la camiseta ya no existe —dijo Vega mientras negaba con la cabeza.

—Tiene que haber dejado constancia de esas huellas, aunque no tengamos la camiseta si fue tan tonto como para guardar los informes originales, seguro que no ha eliminado los archivos que contienen las huellas digitalizadas, ¿no crees? —razonó Laura.

—Eso mismo he pensado yo, pero he registrado por completo el ordenador de Antúnez y no las encuentro, se lo he pasado a los de informática para que intenten recuperar los archivos borrados.

—¿Crees que podemos confiar en ellos? —preguntó Laura.

—Yo ya no sé qué pensar, está claro que en comisaría hay un topo, y deberíamos andar con cuidado, por eso te he llamado a ti, no me fío ni de mi sombra —aclaró Vega.

—¿Del coche se sabe algo? —se interesó Laura.

Vega negó con la cabeza.

—Santos no tiene ningún coche de esas características, al menos a su nombre, lo comprobamos en la D.G.T. —aclaró Vega.

—¿No pudisteis descifrar la matrícula?

—El video era de mala calidad y no se veía entera siquiera. Está

complicada la cosa —dijo Vega.

—Oye, ¿y su hijo?, me refiero a si el coche estuviera a nombre de su hijo Mario, es el típico coche que se compraría un chico de su edad como primer vehículo y que yo sepa no hace muchos meses que se sacó el carné de conducir —explicó Laura.

—Pues no se me había ocurrido, ahora en cuanto lleguemos a comisaría lo miramos, Mario Santos, ¿sabes el segundo apellido? —preguntó Vega, él sabía de su antigua relación con Santos.

—Perales, ella era Noelia Perales. —En la puerta del piso de Santos todavía lucía el cartel con los dos nombres.

Vegas asintió con la cabeza, no había sido un error llamar a Laura, sus ideas habían ayudado a resolver muchos casos, no entendía como siempre la infiltraban y desperdiciaban su potencial al investigar.

Andrea entró en mi habitación, yo no estaba para nadie, pero esa noche necesitaba desahogarme, habían pasado demasiadas cosas en un día. Tenía que contarle lo de la carrera a alguien, podía no volver a ver a mi familia y necesitaba dejarlo todo atado, aunque ello iba a ser muy difícil, la carrera se celebraría al amanecer.

Tenía que dormir algo, y de hecho lo había intentado, pero era imposible, mi cabeza no dejaba de dar vueltas a la imagen de ese hombre en el umbral de la puerta de Laura.

—¿Qué te pasa, enano? —preguntó Andrea mientras se sentaba en mi cama.

—¿Cómo has sabido que no podía dormir? —Había veces que entre los dos teníamos una especie de sexto sentido, pero en esta ocasión se debía a otra cosa mucho menos mística.

—El somier, no sé por qué no nos trajimos los de nuestra antigua casa, estos dan asco, como para echar un polvo sin que nadie se entere. —Andrea se rio.

No dije nada, era obvio el porqué de haberlos dejado allí. Nos desahuciaron; la policía nos hizo salir una mañana sin dejarnos recoger más que nuestra ropa y poco más. Habíamos recibido muchos avisos de desahucio, pero jamás pensamos que nos echarían de la manera que lo hicieron. Años después, aún recuerdo aquella fatídica mañana de principios de junio de 2008, imposible de olvidar.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —le pregunté a Andrea.

Negó con la cabeza.

—Pensé que con el embarazo el insomnio se había esfumado para ti —dije en tono cariñoso.

—La verdad es que duermo mucho, pero tuve un día extraño —reconoció Andrea, quería decirme algo y yo también a ella. Por lo que decidimos confesarnos el uno con el otro.

—Voy a correr con Killer otra vez —solté a bocajarro.

Andrea me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Ben va a participar?, ¿o vas a correr para él? —preguntó muy interesada.

—Ben corre también, lo hacemos los dos, no sé contra quién. —Se me había pasado preguntarle a Ben ese pequeño detalle.

—No vayas, Caleb —dijo mi hermana, había agarrado mi mano con fuerza y su mirada transmitía súplica.

Negué con la cabeza.

—Tengo que hacerlo, Andrea, esta carrera nos sacará de este cuchitril y de este puto barrio para siempre.

—No tienes por qué hacerlo Caleb, a mí me da igual, ya me he acostumbrado y papá y mamá también; estamos a gusto en el piso, aunque sea tan pequeño, es acogedor y ahora tenemos más contacto, antes íbamos cada uno por nuestro lado, ¿no crees? —dijo mi hermana con preocupación.

Ella había cambiado, todos lo habíamos hecho, es increíble la capacidad del ser humano de adaptarse a cualquier situación, la supervivencia, el hecho de bajar el listón cuando no queda de otra y volver a vivir, hay cosas que no son necesarias, pero no lo sabemos ver hasta que no nos encontramos en una situación límite.

—La empresa de papá está muy mal, hace días los oí hablar, ha entrado en concurso de acreedores, la cosa ya está en las últimas.

Era verdad, ya me lo olía porque mi padre llegaba cada día más nervioso a casa, por momentos se debilitaba lo que le había costado tanto tiempo levantar y era triste, demasiado triste.

Yo quería ser el salvador de mi familia, el superhéroe. Necesitaba sacar a mi familia de Arría Baja, no hacía falta que nos fuésemos a una urbanización de lujo, con un piso en cualquier otro lugar sería suficiente, Arría Baja era el peor sitio para vivir, eso decían las estadísticas y era totalmente cierto. No era seguro salir solo a según qué horas de la noche, yo solía moverme por donde sabía que no podía pasarme nada, además me habían visto con Ben, sabían que

tenía algo que ver con su banda y nadie me había atracado jamás, bueno, a excepción de Jack que me secuestró por fastidiar, y Ben me quitó mi moto para forzarme a correr contra él.

En aquel momento repasaba lo vivido en aquel lugar e incluso pensaba que me daría un poco de pena dejarlo. En caso de no haber vivido en Arría Baja, jamás hubiera conocido a Laura.

—Lo sé, Caleb, me lo han dicho ellos.

—Por eso debo correr con Ben.

Andrea no tenía un pelo de tonta y yo no sabía hasta qué punto estaba ella unida a Ben, también desconocía que aquel día habían estado juntos, ella ató cabos y lo vio muy claro.

—¿Qué te ha propuesto, Ben? —preguntó con firmeza.

Agaché la cabeza, no me sentía capaz de decirle la verdad y tampoco quería mentirle.

—Caleb, dímelo ya o se lo digo a papá —dijo enfadada.

—Ni se te ocurra, ¿me oyes?, no puedes decirle nada, prométemelo —le respondí.

Andrea negó con la cabeza.

—Me lo tienes que contar todo Caleb, es de la única forma que me mantendré callada. —No la creía, quería saber para impedirme que corriera y decidí mentirle para poder salirme con la mía.

—No es nada, solo es una carrera como las de siempre, en la explanada, ya sabes —dije muy convencido.

—¿Cuándo? —preguntó con las mandíbulas tensas.

—Al amanecer, por eso tengo que dormir y te agradecería que me dejaras solo. —Tenía que echarla de mi habitación, Andrea acabaría por sonsacarme la verdad si se quedaba más rato, era peor que la policía.

Ella se levantó y se fue sin mediar palabra, sabía que su cabeza estaba dándole vueltas a lo que acababa de decirle. Sin embargo, no me discutió más, estaba blanca como un papel, sabía que le había mentido y decidió hacer averiguaciones por su lado, mi hermana y yo nos parecíamos más de lo que creíamos.

Ben estaba tumbado en su sofá, la inmensa televisión estaba encendida, pero él no la miraba, solo cambiaba de canal una y otra vez sin encontrar nada que le distrajesen de su cometido. En unas horas se jugaría la vida y la libertad por recuperar su barrio. Y es que dos de los Camparo se habían presentado en

la explanada para pedirle cuentas por haber quemado su casa.

—¿Qué te piensas, pringado?, ¿que es lo único que poseemos?, somos más de lo que tú piensas y no nos moveremos del barrio, es más, ampliaremos el negocio en Arría Baja hasta quitarte de en medio —dijo Joel Camparo.

Era mayor que Ben y más experimentado, Ben pensó que eran presa fácil y que se los podría quitar de encima, pero erró en sus predicciones. Una rama de los Camparo se había establecido en Arría Baja, eran una familia de narcotraficantes, posiblemente la más grande de la provincia y tenían dinero, mucho dinero, no les iba a temblar la mano para cobrarse la deuda que ahora Ben mantenía con ellos.

—Te proponemos algo, si ganas tú, te dejaremos en paz y nos iremos del barrio, si por el contrario pierdes contra nosotros, te irás de Arría Baja y nos quedaremos con tu casa, ya que tú has arruinado la nuestra. Si pierdes la vida en ello te estará bien, pues mi abuela la perdió por tu culpa, es lo justo. —A Ben no le quedó de otra que aceptar, Joel Camparo lo pilló solo y le puso una navaja en el cuello. Desde ese momento, Ben se había sumido en un estado continuo de melancolía, por ello necesitó unos brazos que le dieran lo que a él le faltaba, calor.

Alguien llamó al timbre y Ben contestó. Vio a Andrea por el visor del portero automático y sonrió, era lo mejor que podía pasarle esa noche.

Andrea entró en el piso y recordó las tardes que había pasado con Ben en ese salón. Fueron escasas pero muy intensas, había días en qué las añoraba, pero Andrea tenía algo por lo que luchar y los hombres habían pasado a segundo plano, aunque Ben Killer le había dejado huella.

—Has venido... —dijo Ben con una sonrisa amplia.

—No es para lo que piensas, tengo que hablar contigo —dijo ella con firmeza.

—Tú dirás —contestó Ben mientras le señalaba a Andrea el sofá para que esta se sentara.

—Verás Ben, he estado hablando con mi hermano y ya sé que no son horas de aparecer en casa de nadie, pero es que no podía esperar, sé que correréis juntos al amanecer —confesó Andrea.

—¿Te lo ha contado? —preguntó Ben.

—Sí, lo sé todo —mintió.

—Tienes que dejar que lo haga, Andrea, tu hermano sabrá apañárselas y no le pasará nada, créeme, nadie hace lo que Caleb Fénix con una moto entre las piernas, es un prodigio. —Ben endiosaba a su hermano y ella estaba cada

vez más enfadada.

—¡Basta, mi hermano es un chiquillo y no te voy a consentir jamás que pongas su vida en riesgo por tus caprichos! —exclamó Andrea mientras se levantaba del sofá y lo señalaba con el dedo índice.

—No son caprichos Andrea, me lo juego todo, hasta la vida y no hago más que darle vueltas a la cabeza, fui un tonto al dejarte.

—No me vengas con gilipolleces Ben, tienes que parar esto, de lo contrario yo misma llamaré a la policía. —Andrea amenazó a Ben y este no lo pudo pasar por alto.

Se levantó y cogió a Andrea por la pechera.

—Mira zorra, te voy a decir una cosa, te he pasado muchas, ¿sabes?, a ninguna tía le he pasado tantas como a ti, y ¿sabes por qué?, porque eres una jodida bruja y te has metido aquí —dijo señalando su corazón con la mano que tenía libre—, pero no puedo tolerar que me amenaces con llamar a esos gusanos vestidos de azul, es mi talón de Aquiles, ¿lo entiendes, verdad?, solo te diré una cosa, llama a la policía y te juro que yo mismo meteré mi mano en tu interior, sacaré a tu feto y le retorceré el cuello para asegurarme de que no viva, luego te dejaré sangrar hasta que te mueras.

Andrea estaba aterrada y temblorosa, la ansiedad se apoderó de ella y a punto estuvo de vomitarle encima a Ben.

—¿Me has entendido? —dijo él mientras señalaba su oreja.

Andrea asintió con la cabeza mientras sus orines le caían por las piernas hasta hacer un charco en el suelo.

—Joder qué asco, te has meado encima, ¿en serio, Andrea?, ahora lo tendrás que limpiar. Con la lengua.

Andrea sollozaba, una punzada fuerte en su vientre le hizo temerse lo peor, no podía estar de parto, solo estaba de cinco meses.

—Por favor, Ben, déjame irme, te prometo que no haré nada —suplicó ella sin dejar de llorar.

—Ni de coña, limpia toda esta mierda y luego te irás —ordenó Ben, no iba a darle tregua, ella lo había subestimado, Ben no quería, ¿cómo podía haber pensado que en realidad tenía sentimientos?, era un ser sin alma.

—Dame algo para fregarlo, no me hagas esto.

—¡Te he dicho que lo limpies con la lengua, joder! —gritó.

Ella lo miró y negó con la cabeza.

—¡No, no, no, no, no, no, y mil veces no!, no lo voy a hacer, me la suda lo que me hagas, pero piensa una cosa, he dejado una nota en casa, una nota que

está encima de mi cama, si vuelvo a casa sana y salva la romperé, de lo contrario la policía te detendrá al amanecer. En ella explico que he venido aquí y que temo por mi vida, Caleb te reventará y sabes que es mucho más fuerte que tú, mi hermano no parará hasta verte entre rejas, ¿es eso lo que quieres, Benito? —Andrea mintió, necesitó varios segundos para maquinarse un plan, pero dio resultado, Ben le hizo un gesto para que se marchara, después de insultarla y decirle que no quería volverla a ver jamás.

Andrea recorrió los escasos metros que unían el edificio de Ben con el suyo muerta de miedo, su ropa estaba mojada y su alma herida, había algo en su interior que le avisaba una y otra vez cuando estaba junto a Ben, no sabía explicarlo, era como una especie de alarma, algo que se retorció en su estómago, algo, que le decía que tenía que alejarse de él, no se equivocaba.

Sentados en el despacho que solía ocupar Santos frente a dos cafés bien cargados, Laura y Vega intuían que la noche sería larga. Habían hecho una búsqueda con el nombre completo de Mario Santos y Bingo, el coche misterioso había aparecido para regocijo de los dos policías. Ahora tenían ya un hilo del que tirar y el carrete tenía pinta de estar en posesión de Miguel Santos.

Tres horas antes, cuando llegaron a comisaría, interrogaron al que había sido el sustituto de Antúnez durante su baja por depresión.

Se trataba de Matas, un chico demasiado joven que necesitaba dinero para pagar sus deudas de juego. El vicio era su perdición y su debilidad. El interrogatorio fue duro, desde un principio Laura y Vega lo acusaron de haber ocultado pruebas, también le insinuaron que él tenía algo que ver con el asesinato de las dos chicas, entonces fue cuando Matas reaccionó.

En principio, no quería delatar a la persona que lo había sobornado, estaba muerto de miedo, les costó sudor y lágrimas sacarle una confesión, sin embargo, al final lo consiguieron y ahora las piezas comenzaban a encajar.

—El inspector Santos quería hablar conmigo, no lo conocía de nada y él comenzó a hacerme preguntas. Yo le respondía a sus cuestiones lo mejor que podía, repito, que no sabía de dónde había salido, él se presentó como el inspector Santos y punto, yo tenía que creerlo.

» Tenía en mi poder la camiseta de Cristine Lambert para analizar y él no se movía de mi lado. No sabía cómo decirle que me dejara hacer mi trabajo en paz; no me atrevía, al fin y al cabo yo era el nuevo, el sustituto sin voz ni voto. Me preguntó por las huellas de la prenda, yo le respondí que necesitaba hacer

varias pruebas antes de dar un veredicto. Dijo que él era el inspector que llevaba la investigación de la desaparición y posterior asesinato de Cristine y tenía derecho a saberlo absolutamente todo.

Yo no lo tenía claro, tenía un mal palpito y le repetí en varias ocasiones que se marchara, que lo avisaría con cualquier cosa, pero no se fue y me observó durante todo el proceso. Emití un informe pormenorizado con mis conclusiones y los resultados de las pruebas; Santos pidió leerlo. Le dije que tenía que hablar con el comisario, que él mismo me había dicho que le avisara cuando tuviera los resultados, no era del todo así, pero esperaba quitármelo de encima por un rato, no hubo manera. No contento con eso, se acercó a mí y me enseñó unas fotografías comprometidas donde aparecía yo con un amigo.

—¿Qué tipo de fotografías eran? —preguntó Vega curioso, Laura lo miró divertida.

—Comprometidas, ya se lo he dicho subinspector —respondió Matas mosqueado.

Matas era gay y tenía un lío con otro agente de la comisaría, todavía no había salido del armario y quería permanecer dentro por el momento; cuando Santos le enseñó esas fotografías no le quedó de otra que bajar la cabeza y tragar con sus exigencias.

—Santos me obligó a cambiar los resultados, yo no quería hacerlo, de verdad, por eso guardé el original a buen recaudo. —Matas sollozaba y no dejaba de sonarse la nariz.

—A buen recaudo, estaba en la papelera de reciclaje del ordenador de Antúnez, por dios —dijo Vega mientras caminaba de un lado a otro.

—Guardé una copia en un *pendrive*, lo tengo en mi casa. Tiré el archivo a la papelera y debí olvidarme de vaciarla —dijo Matas haciendo aspavientos.

—¿Dónde está la camiseta, Matas? —preguntó Vega con las manos apoyadas en la mesa.

—No lo sé —confesó Matas mientras negaba con la cabeza.

—No te creo, ¿dónde la tienes?

—Le repito que no lo sé, no lo sé, por favor, no tengo ni idea. —Matas lloraba como un chiquillo, Laura no pudo evitar sentir pena por el chico, sabía de sobra lo persuasivo que podía llegar a ser Santos.

Después de haber leído el informe verdadero de Matas y de descubrir que el coche del video que ponía a Caleb en una situación difícil era de Mario Santos y por lo tanto, él también lo debía conducir de manera ocasional, sentía que las piezas encajaban de una manera extraña, como si no terminaran de

entrar en su hueco.

Agarró su móvil y buscó una fotografía. Tenía una corazonada y sabía que no se equivocaba.

—Ya la tengo, Vega, no creo que Santos sea el hombre que buscamos —apuntó Laura.

—¿Por qué?, la verdad es que todo apunta sospechosamente a tu antiguo novio —dijo Vega echándose el pelo hacia atrás.

—Es imposible que él la matara. Mira esto.

Laura le pasó el móvil a Vega, había una fotografía, la fecha en que se la hicieron fue la misma de la desaparición de Cristine Lambert. Laura y Santos posaban juntos y sonrientes en un restaurante mexicano.

—Pasamos esa noche juntos en mi apartamento —admitió Laura encogiéndose de hombros.

—Menuda coartada —asintió Vega y luego añadió—, ahora estamos como al principio, sin nada.

—Lo que es sospechoso de verdad es que Santos hiciera desaparecer la camiseta y obligara a Matas a alterar el informe, algo no cuadra. Por otro lado, si ese día Santos estaba conmigo, el coche solo lo podía conducir otra persona.

Vega asintió con una sonrisa de medio lado.

—Laurita, lo que yo te diga, estás desaprovechada en esta comisaría.

Capítulo 46

La alarma de mi móvil sonó cuando había conseguido conciliar el sueño. Estaba literalmente reventado y me sentí viejo, pues no podía levantarme. «Mal día para una carrera», pensé, pero no podía echarme atrás, el futuro de mi familia estaba en mis manos, al menos eso era lo que yo pensaba en aquel momento, era demasiado joven y había veces en que el razonamiento no era lo mío.

Me duché con agua fría, como era de esperar salí congelado, era mi manera de espabilarme cuando no había dios que me levantara. Me vestí con ropa cómoda, saqué mi cazadora de las carreras del armario y me la puse. Era yo, Caleb Fénix, dispuesto a todo. Un café bien cargado fue la guinda para mi pastel personal, y menudo pastel, la podía liar mucho si fallaba, competir en una carrera contra dirección era demasiado temerario hasta para mí.

Ben no regalaba el dinero, eso yo, lo tenía claro. Semejante cifra comportaba riesgo, mucho riesgo.

Salí por la puerta dispuesto a todo, tenía mis partes nobles de corbata, pero me daba ánimos a mí mismo para poder seguir adelante con aquel reto tan macabro.

Una vez en el aparcamiento me subí a mi moto, «pórtate bien hoy, pequeña», le dije mientras acariciaba el depósito.

—¡Vamos allá! —exclamé con energía.

Ben me había enviado un mensaje la noche anterior, hasta ese momento desconocía el punto de encuentro. Se trataba de un restaurante de carretera, ahí estaría él y los demás participantes, desconocía su identidad, a decir verdad, solo sabía que tenía que jugarme el pellejo en una autovía con vehículos que circulaban en hora punta.

Conduje tranquilo, a la suficiente velocidad para sentirme libre y a la vez sosegado, necesitaba calmar mis nervios, si conducía ya no eran tan evidentes; conducir era mi vida.

La brisa acariciaba mi cara, el frescor de la mañana se colaba por la pequeña ventana del casco integral que había perdido la visera tiempo atrás,

en una vieja carrera. Aun así lo conservaba, era una obra de arte y jamás me desharía de él.

Llegué al aparcamiento del restaurante, allí estaba la moto de Ben, únicamente la de él.

Dejé la moto al lado de la suya y me encendí un cigarro. Preferí fumar en la calle, todavía quedaba un tiempo para que saliera una ley antitabaco que prohibió fumar en lugares públicos, pero yo ya me había acostumbrado a no fumar en los bares, era desagradable el olor que impregnaba mi ropa después de una sesión de ahumado.

Aspiré cada una de las caladas con nerviosismo, quería comenzar la carrera y acabarla ya, que todo saliera bien e irme a mi casa con un buen fajo de billetes, también quería decirle adiós a Arría Baja y a toda su mierda, ahora, de repente, volvía a tener ganas de irme, o era una manera de autoconvencerme, lo desconozco, solo sé que esa mañana de marzo me propuse ser el superhéroe de los Rodríguez.

Tiré la colilla y la pisé con saña; ahora ya podía entrar en el Bar.

Laura había llegado a casa una hora antes, se había duchado y ahora descansaba en el sofá, la noche había sido larga y el día se le presentaba complicado. Vega pasaría a por ella a las diez para ir a buscar a Mario Santos, pero primero debía hablar con el comisario y explicarle las conclusiones a las que había llegado él, pues no podía decir que su compañera estaba en el ajo. Pensó seriamente en volver a su puesto de trabajo y dar por finalizada la excedencia, pero sabía lo que pasaría, la infiltrarían otra vez y no quería tener que volver a pasar por lo mismo de siempre.

Esperaría un poco más, al menos hasta que el caso se solucionara y tenía la corazonada de que iba por el camino correcto en aquella ocasión, nadie había pensado en el hijo de Santos, pero es que en ningún momento fue sospechoso de nada. Ella había mirado los perfiles de las dos víctimas en las redes sociales de manera minuciosa, también se había metido en los espacios de Messenger de las dos, no había nada, solo la imagen de ese chico difuminada, esa que le había llamado la atención nada más verla, pero que debido a su mala calidad no le había dado más importancia al tema. ¿Podía ser ese Mario Santos?, ¿podía Mario Santos tener algo que ver con las chicas?, quizás solo pasaba por allí en aquel momento, de hecho, lo había visto con una amiga de Caleb. Era cuestión de interrogarlo, no perdían nada. Aunque su padre podía montar en cólera, de eso estaba segura. Santos era muy protector

con sus hijos.

A Mario, lo conocía de alguna ocasión en la que había estado con Santos en su casa y este los había sorprendido, pero apenas había cruzado con él un par de palabras. Parecía un buen chico, algo tímido y apocado, muy diferente a su padre, que llevaba la chulería en la sangre.

Llamaron al timbre de la puerta del apartamento, Laura se puso alerta, pues podía ser Santos perfectamente y la última vez el encuentro no fue agradable. Miró su reloj, eran apenas las seis y media de la mañana. Su expresión se iluminó, ¿y si era él?, lo echaba mucho de menos y no sabía por qué la había dejado de lado, le dolía demasiado la actitud de pasotismo de su chico.

Abrió la puerta y se encontró al otro lado a una chica más alta que ella y con un evidente embarazo. Su cara le era muy familiar, era idéntica a Caleb. No podía ser otra, era su hermana, la que confundió con su novia en el hospital.

—Hola, Laura, soy Andrea, la hermana de Caleb.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Laura con preocupación.

Andrea asintió.

—Creo que mi hermano va a hacer una tontería, ha quedado con Ben Killer en El Ciervo, va a correr y no es una carrera como las otras —dijo Andrea con los ojos llorosos.

Andrea había mirado el móvil de Caleb mientras este dormía, allí vio el lugar donde él había quedado con Ben, encontró la dirección de Laura en los contactos y no se lo pensó dos veces, llamó a un taxi y se fue a buscarla, ni siquiera había amanecido cuando llamó a su puerta.

Laura la hizo pasar y le dijo que esperara unos minutos mientras ella se cambiaba de ropa.

En menos de un cuarto de hora estaban en el coche rumbo a Arría Baja.

Andrea se había empeñado en ir con Laura, pero esta se había negado al ver su estado.

Al final había entrado en razón y aceptó que Laura la dejara en su casa, a cambio ella le prometió mantenerla informada en todo momento, a parte de impedir que Caleb hiciera ninguna barbaridad.

Cuando dejó en su domicilio a Andrea, puso rumbo a El Ciervo. Activó el manos libres de su coche y llamó a Vega para decirle que se dirigiera al restaurante con refuerzos, pues tenía la certeza de que la cosa podía complicarse de verdad.

Rezó para encontrar a Caleb antes de que empezara la supuesta carrera, si su hermana había acudido a ella, tenía que ser muy peligrosa. Por otra parte, Andrea le había relatado los acontecimientos ocurridos la noche anterior con Ben Killer. Se sintió culpable por haber descartado a Ben como sospechoso, pues con ese modo de actuar y si Andrea no se hubiera inventado lo de la nota quién sabe lo que hubiera pasado.

Divisó el restaurante desde lejos y respiró profundamente, necesitaba encontrarlo, necesitaba impedir una locura. No se perdonaría que a Caleb le pasara algo, todavía recordaba aquella fatídica carrera en el polígono, aquella noche tuvo claro que su trabajo como policía encubierta había llegado a su final, tenía que hablar largo y tendido con sus superiores, volvería al cuerpo solo si podía hacer el trabajo que a ella realmente le gustaba, investigar sin tener que fingir ser algo que no era.

Paró el coche y corrió hacia la puerta del bar. Al entrar en el local la decepción se apoderó de su semblante, Caleb no estaba, en realidad no había nadie, solo una pareja sentada al fondo de la barra. El chico era Jack y la mujer, que tendría al menos unos veinte años más que él, era una prostituta.

—Jack, ¿dónde están Caleb y Ben? —preguntó Laura sin saludarlos.

—¿A mí qué me dices, Palomita?, estoy ocupado, ¿o es que no lo ves? —dijo Jack con cinismo, estaba ebrio y Laura no pudo evitar sentirse atraída por los vasos de tubo que reposaban encima de la barra.

La mujer la miró y comenzó a reírse a carcajadas.

—¿Te unes a la fiesta?, no me importa compartir al «yogurín», y a ti me gustaría hincarte el diente —admitió la mujer mientras le guiñaba un ojo a Laura.

—No gracias, todo para ti —respondió Laura mientras pensaba que esa era una de las situaciones más surrealistas con las que se había encontrado jamás, con la de los calzoncillos de Ben ya tenía dos anécdotas para contar en la primera cena que se organizara con los compañeros de comisaría.

—Pues si no te vas a sumar, será mejor que te vayas de aquí, me incomodas —dijo Jack tambaleándose en el taburete.

Laura perdió la paciencia, sacó el arma que tenía escondida en la cinturilla del pantalón y apuntó a Jack en la entrepierna.

—Bueno, ya está bien, ya que no me vas a decir nada por las buenas, tendrá que ser por las malas, ¿Dónde están Caleb y Ben?, y asegúrate de contestar lo que quiero oír, de lo contrario te meteré un tiro en los huevos, seguro que a tu amiguita se le quitan las ganas de montarse la fiesta contigo —

le increpó con una voz áspera como la lija.

—Vale, vale, no veas con la mosquita muerta —dijo Jack mientras levantaba las manos. Su acompañante ya había puesto pies en polvorosa.

—Habla, gusano —espetó Laura con urgencia.

—Están en el aparcamiento de camiones que hay a un par de kilómetros de aquí, van a correr por la autovía, tendrás que darte prisa, a las siete y media comienza la carrera. —A Jack se le había quitado la borrachera de golpe, una pistola a punto de disparar era el mejor remedio para bajar el alcohol en sangre; Jack lo acababa de comprobar.

Laura guardó la pistola y se dirigió a la salida.

—Al menos, dame las gracias, cabrona —vociferó Jack mientras Laura salía del local y le hacía una peineta sin mirar atrás.

Le di gas a la moto, estaba en el aparcamiento de camiones, esperaba que una mulata impresionante agitara un pañuelo rojo y nos marcara la salida. Esta carrera era tan diferente al resto. El pañuelo decía mucho de la naturaleza de la competición, a muerte.

Nuestros adversarios eran peligrosos, llevaban armas y nos amenazaron a Ben y a mi nada más llegar. Si me rajaba me matarían, no hacía tanto que entré en el bar y vi a Ben esperándome en la barra.

—Hola, Fénix, has venido, no esperaba menos de ti —dijo Ben estrechándome la mano con firmeza.

Asentí con la cabeza y le devolví el saludo con un escueto «hola».

—Ben, estoy aquí y no voy a rajarme, quiero mi dinero, por adelantado —exigí.

—No Fénix, te lo daré cuando finalices la carrera y siempre que la ganes. —Ben se cruzó de brazos y sonrió con cinismo.

—Venga ya, ese no era el trato y lo sabes, el dinero me lo ibas a dar solo por participar, ten en cuenta que me juego mucho, no voy a correr si las cosas no están claras, Ben.

—Era broma, amigo —aclaró Ben mientras me pasaba una mano por detrás del cuello y me agarraba el hombro en un gesto de camaradería que sobraba.

—No estoy para bromas tío. ¿Me vas a dar la pasta? —pregunté con los puños apretados, Ben causaba un efecto negativo en mi personalidad, siempre pensaba en violencia cuando estaba a su lado y lo oía hablar.

Ben negó con la cabeza.

—Cuando finalice la carrera, antes no, yo creo que es lo justo —dijo Ben con firmeza.

—¿Y si no lo cuento?, o si tú la Palmas, Ben, da igual, puede pasar, mi familia ha de recibir mi dinero y tengo que tener la certeza de que lo recibiré si a ti te pasa algo.

—¿Crees que no tengo eso atado y bien atado?, soy un hombre de palabra Caleb, ya lo sabes.

Puse los ojos en blanco, si algo tenía claro es que no podía fiarme del hombre que tenía enfrente, pero siempre me había pagado, por lo que no me quedó de otra que aceptar sus condiciones.

Ben me dijo que no me preocupara, que alguien de su confianza se encargaría de todo en caso de que surgiera cualquier imprevisto.

Me tomé otro café, esta vez descafeinado, ya estaba demasiado nervioso.

Jack entró en el local y se acercó a nosotros.

—¿Qué pasa, mamones?, que sepáis que no me dais envidia —dijo con socarronería.

Pidió una cerveza y se fue al lavabo.

—Jack corrió en una carrera idéntica a esta. El circuito era el mismo, todo contra dirección. Corrió en mi lugar, me levanté con una gripe de cojones y él se ofreció a sustituirme.

» Lo hizo por amistad, no le pagué nada, y la verdad es que le debo mucho a ese bruto. Nadie podía saber que era él y no yo quien conducía, no fue fácil, ya has visto que Jack es muy alto a mi lado, pero dio el pego. Se llevó mi ropa y mi moto, no se quitó el casco en ningún momento y corrió. Todo iba bien, era domingo por la mañana y no había casi nadie en la carretera, pero se cruzó con un coche que se salió de la calzada y Jack tuvo que esquivarlo. La suerte lo acompañó ese día, a él no le pasó nada, pero el coche se estrelló. Él siguió adelante un par de kilómetros, pero ya ves, ese día Jack se sintió culpable, dio la vuelta y volvió al lugar, se acercó al coche y vio a una mujer embarazada en su interior. Intentó auxiliarla, pero ya estaba muerta. A Jack le costó un mundo superarlo, de hecho, tuvo pesadillas con ella durante mucho tiempo.

Dos meses después, participó en otra carrera, a Jack le iban ese tipo de retos, pero en el mismo punto donde esa mujer se estrelló, salió disparado de la moto. Se salvó de milagro. Cuando lo fui a ver al hospital me dijo que había visto a la mujer en medio de la carretera, que ella lo había tirado de la moto, se empeñó en que había visto un fantasma. El médico le dijo a su madre que era por el golpe que se había dado en la cabeza. Desde entonces Jack no corre

si no es en la explanada o en el circuito del polígono. Dice que se le aparece esa mujer, yo creo que ha quedado tocado. —Ben se llevó el dedo a la sien e hizo cabriolas con él.

—¿De qué habláis? —preguntó Jack que había regresado del baño.

—Le estaba explicando a Fénix nuestras aventuras en la carretera. —Ben me guiñó un ojo. Al parecer, Jack no quería hablar del tema.

Yo no pensaba que las visiones de Jack estuvieran relacionadas con el golpe, de sobra sabía que los muertos se aparecían a los vivos cuando tenían cuentas pendientes con ellos o les querían decir algo. También, como decía mi abuela, había almas de paso que sin motivo se acercaban a nosotros, había mucha gente escéptica a la que no se le podía decir nada sobre esos temas sin que te tomaran por loco, yo no era uno de ellos.

El pañuelo rojo se agitó como si de una mariposa ensangrentada se tratara. No podía ver a la chica, y no porque no la mirara, simplemente se esfumó. En mi mente solo estaba ese pañuelo, vivir o morir, todo en segundos, di más gas y salí, como siempre por detrás de los demás, ya renacería luego.

Nuestros adversarios eran Joel y Cristian Camparo, dos hermanos pertenecientes a una familia de narcotraficantes de la ciudad. No sabía qué tipo de relación unía a Ben con semejantes individuos, pero lo intuía. En Arría Baja se sabía todo y había oído decir que alguien había quemado la casa de los Camparo y la abuela y matriarca había muerto.

Esos tíos estaban muy cabreados, nos apuntaron con pistolas a ambos, Ben no se lo esperaba, porque me miró de un modo que no conseguí descifrar, los ojos de Ben eran como dos pozos negros e inexpresivos. ¿Buscaba mi apoyo o simplemente tenía miedo?, Ben Killer era el tío más peligroso de Arría Baja y su fama se extendía por los alrededores como la pólvora, sin embargo; aquel día sentí que no era más que un chiquillo vulnerable y que había intentado crecer demasiado deprisa, solo Ben sabía lo que había en su interior, desde fuera no se veía nada bueno, aunque hubiera veces en las que llegara a pensar que me caía bien. Benito, el niño de la Dolores, ese niño al que todo el barrio quería cuando era pequeño, ahora era el terror de Arría Baja, pero el pez grande se come al pequeño y el terror de Arría Baja fue engullido ese día por el infierno de los Camparo.

El coche de Laura derrapó en el aparcamiento de camiones, las motos acababan de salir y tuvo que dar la vuelta para seguir las, no podía meterse contra dirección con el coche, no podía hacerlo, ahora era como cualquier

ciudadano de a pie. Pero Vega no llegaba y tenía que parar esa locura, no se imaginaba que la carrera fuera de tal magnitud. Hacía ya tiempo que la policía no se las tenía que ver con carreras ilegales de aquella índole.

Pensó un segundo, solamente un segundo y se santiguó. Ella tenía una relación interesada con Dios, solo recurría a él cuando la situación era límite.

—¿Qué cojones haces, Caleb? —dijo mientras golpeaba el volante.

Arrancó y fue tras las motos, iban demasiado rápido y los conductores que iban por su carril se asustaban al paso de tan temerario séquito.

—Vega, me he metido contra dirección por la autovía, estos críos están locos y no voy a poder alcanzarlos, necesitamos un helicóptero y que vosotros bloqueéis la autovía, estoy en el kilómetro trescientos veinte de la autovía A-7, no encuentro otra forma de parar esto. —Laura había llamado a Vega y hablaba con él por el manos libres de su teléfono.

—¿Qué has hecho, qué?, la madre que te parió, Laura, te vas a buscar lo que no tienes. —Le reprochó Vega.

—¿Y qué quieres que haga?, te he llamado y has tardado un huevo. —le reprochó Laura enfadada.

—He hecho lo que he podido Laura, comprenderás que me has pillado en la cama, no sé si te acuerdas, pero hacía una hora escasa que habíamos decidido irnos a descansar.

—Vega, no es momento de discutir, tenemos que parar esto, ¿me oyes?, tenemos que pararlo.

—De acuerdo, no cuelgues, ve diciéndome por dónde van e intentaremos parar esta locura, ¿de acuerdo?

—De acuerdo Vega, todo va a salir bien —dijo Laura en un intento de darse ánimos a sí misma.

—Eso espero, pero te vas a meter en un lío de mil demonios —la previno Vega consternado.

—Ya veremos Vega, ahora no es el momento de pensar en eso. —Laura estaba muerta de miedo, pero su instinto era mucho más fuerte, en aquel momento recordó a una niña que se pasaba el día soñando con ser policía, sí, lo suyo en su día fue vocación. Aunque mintiera a Caleb al decirle lo contrario.

Laura localizó a Caleb, iba en la última posición, pero algo no iba bien, él no se sentía cómodo, no era el Fénix que ella había visto deslizarse por la carretera como si volase. En esa moto solo había un chico asustado. Alcanzó a otra moto, y su contrincante se acercó a la suya peligrosamente, venía un

camión de cara y Caleb lo esquivó de milagro. Laura, que iba por el arcén cerró los ojos por puro instinto, esperaba que no hubiera muchos camiones más en la carretera esa mañana, de lo contrario la cosa podía acabar muy mal.

No era mi día, demasiados nervios en el estómago, demasiado peligro, no podía disfrutar de la carrera ni de la velocidad, pero no podía pararme, ahora no, solo tenía que completar el circuito, no hacía falta que ganase. En otras circunstancias mi espíritu competidor habría intentado con todas sus fuerzas adelantarlos a todos, pero aquel día, a duras penas conseguía ponerme a la par de otro de los participantes. Yo era el último, ese día no renacería, no quería jugármela, varios sustos me había llevado ya, y a cada segundo tenía más claro que me había metido en un callejón sin salida, me detendrían, me encerrarían y echarían el candado. ¿De verdad quería jugármelo todo a una carta?, la respuesta era ambigua, no tenía nada claro, en aquel momento me sentí tan insignificante, tan poca cosa, que me quedé en el arcén, disminuí la velocidad y detuve la moto. Entonces lloré, de impotencia, de miedo, de rabia, lloré con un llanto desgarrado en medio de esa carretera poblada de coches que se acababan de llevar el susto de su vida.

Entonces la vi, era Laura, llegó hasta donde yo estaba y me dijo que subiera al coche. Miré mi moto, no quería dejarla abandonada a su suerte.

—Dale la vuelta, Caleb, dale la vuelta y métela en esa área de descanso. —me indicó señalando un desvío que hasta ese momento ni siquiera había visto.

Con rapidez hice lo que Laura me dijo y me alejé de mi caballo de hierro con la intuición de que jamás lo volvería a conducir.

Subí al coche y Laura se puso en marcha sin dejar que acabara de ponerme el cinturón.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? —Laura estaba muy enfadada, pero yo lo estaba más con ella.

—¡Es curioso que lo digas tú, solo dejamos de vernos dos días, dos puñeteros días! —respondí a gritos.

—Eso mismo digo yo, te he llamado cientos de veces, te he dejado mensajes y nada, pero es que nada de nada, encima cuando me respondiste, me dijiste no sé qué de que estabas ocupado. Encima me entero de esta locura, pero ¿es que contigo no puede haber nada normal? —Laura hablaba con autoridad y rabia, yo la miré y no dije nada.

—¿Ahora te callas?, de verdad que no te entiendo —dijo Laura mientras

negaba con la cabeza.

—¿Qué quieres que te diga?! Me estás echando la bronca a mí y tú también tienes por qué callar.

—¿Yo?, ¿perdona?, yo no soy la que me he metido en una autovía contra dirección a toda leche con una pandilla de delincuentes. —Sus palabras me hicieron sentirme ridículo y creí estar hablando con mi madre, cosa que me irritó aún más.

—Vega, ¿estás ahí? —preguntó Laura.

—Qué remedio...—contestó Vega que estaba al otro lado del hilo telefónico, Laura lo había olvidado por completo y lo estaba escuchando todo, absolutamente todo.

—Lo siento, vamos a dejar esta conversación para luego, ¿de acuerdo? —sugirió dirigiéndose a mí.

Asentí y me quedé callado. La situación no era la idónea. A causa de la discusión habíamos perdido de vista las motos.

—Agárrate Fénix, nos vamos al infierno —dijo Laura con decisión, no puedo negarlo, me puso muy burro con esas palabras.

Seguidamente aceleró y aceleró, mi chica estaba preparada para esas situaciones, pero he de reconocer que me sorprendió, su destreza con el volante era envidiable.

—Vega, ya los tengo de nuevo, ¿todo preparado?

—Sí, el helicóptero ya los sigue, debe estar cerca de vosotros, porque te han visto. —Laura cerró los ojos, si algo no lo remediaba se iba a meter en un buen lío.

—¿Qué les has dicho?

—Que por casualidad pasabas por allí y que estabas ayudándonos, el comisario está muy cabreado, dice que no cree una palabra.

—Gracias compañero, no te preocupes, saldré de esta —afirmó Laura con fingida seguridad, a mí no me engañaba, no tenía ni puñetera idea de cómo iba a arreglar ese desaguisado.

Me sentí culpable.

—Laura, lo siento, he estado ausente para que no te enteraras de esto, pero, puedo explicarlo —admití apesadumbrado. Ella no dijo nada, solo me enseñó la palma de su mano para que dejara de hablar, no era el momento.

Capítulo 47

Ben iba en cabeza, no le importaba nadie ni nada, solo su propia existencia, Joel y Cristian Camparo le pisaban los talones, y Fénix, ¿dónde narices se había metido?, era muy extraño que no le hubiera adelantado ya. Si había abandonado lo lamentaría, nadie dejaba tirado a Ben Killer.

Joel se acercó a él y lo adelantó en un acto temerario, Ben estuvo a punto de salirse de la carretera. Los coches que circulaban por el sentido correcto de la marcha, se asustaban al paso de los tres kamikazes y daban toques largos de claxon. Era como una especie de banda sonora macabra que no presagiaba nada bueno. Ben lo adelantó de nuevo, los Camparo no podían ganar la carrera, si eso ocurría él perdería el poder en Arría Baja y tendría que irse del barrio. Los Camparo se quedarían su casa y a toda su clientela. Había sido una estupidez aceptar semejante trato, pero estaba convencido de que Caleb le sacaría las castañas del fuego y haría lo imposible por ganar. Se maldijo a sí mismo por haberle prometido cobrar aquella elevada suma solo por correr, ahora Caleb había perdido el interés y solo lo hacía para llegar a la meta, no para ganar.

Joel Camparo se acercó peligrosamente a Ben, tenía una pistola en la mano e iba a dispararle en las ruedas de su moto.

Ben se retiró al arcén, ser apuntado por un arma le pilló por sorpresa, era demasiado mezquino hasta para él. Pasó un camión y Ben se cubrió con él, aceleró al máximo y se puso por delante de los dos hermanos.

Sorteó vehículos para poder alejarse lo suficiente de sus adversarios, el dominio de Ben era máximo, la carrera se transformó para él en una especie de coreografía perfecta. Lo iba a conseguir, derrotaría a los Camparo y estos se irían del barrio. No había necesitado a Caleb Fénix para nada y no se iría de rositas por haberlo dejado tirado, eso seguro.

Un segundo de euforia, dos, tres, Ben aulló como si fuese un lobo, pero su sensación de triunfo duró un suspiro, la policía había cortado la carretera y él iba demasiado deprisa para poder detener la moto sin estrellarse con ellos. Estaba solo, completamente solo. Joel y Cristian ya no lo seguían. Si tenía

suerte podría detener la moto antes de llegar al control y dar la vuelta, sí, eso haría, pero no fue posible, los frenos no funcionaban, no tenía sentido, pero era cierto, había dejado de acelerar y ya no iba tan rápido, pero no lo conseguiría, «tengo que intentarlo, tengo que desviarme o darme la vuelta, pero no puedo llegar al control, en el mejor de los casos me dejaré la piel en el asfalto», pensó.

Sonrió maliciosamente y en el último segundo salió de la carretera campo a través, «nunca me atraparán, llegaré hasta el final, soy Ben Killer, joder, el terror de Arría Baja, seguiré siendo el jefe, nadie me quitará mi lugar, soy Ben Killer, soy Ben Killer».

—¡Soy Ben Killer, joder! —gritó mientras caía con la moto por un precipicio y luego añadió—, ¡no me cogeréis cabrones!

Un helicóptero fue lo último que vio Ben al caer. Y oyó las sirenas de la policía, nunca le atraparían, si moría en el intento tanto le daba, pero no le atraparían, no le atraparían, es lo único que se decía a sí mismo una y otra vez. Toda su vida pasó por su mente en unos segundos, lo último que vio fue a su madre que lo agarraba fuerte de la mano, después de eso, todo se fundió a negro.

Ben Killer, murió el tres de marzo de 2009, murió, porque su vida dio un giro de ciento ochenta grados. Ben sufrió una lesión medular al golpearse contra las rocas del precipicio, en cambio, se podría decir que tuvo suerte, porque los árboles amortiguaron su caída y su corazón nunca se paró; su cerebro tampoco, pero Ben Killer no volvería a ser el mismo.

Laura circulaba veloz por el arcén, cuando se cruzaba un camión con su vehículo, ambos tragábamos saliva, era impactante. Por otra parte, al no llevar Laura ningún distintivo policial, todo el que pasaba por nuestro lado presionaba el claxon con furia. Alguno que otro nos insultaba, pensaban que formábamos parte de la comitiva temeraria.

De pronto, los adversarios de Ben pasaron por nuestro lado integrados con los demás conductores y circulando en el sentido correcto.

—¡Mira, los Camparo! —exclamó Laura mientras se colaba en un pequeño apartadero en la carretera para cambiar de sentido.

Poco tardó en darles alcance y ellos al ver que los perseguíamos nos apuntaron con una pistola.

—¡Mierda, Caleb, agáchate! —gritó Laura.

Yo hice lo propio, pero estaba muy asustado, temía por la vida de mi

chica.

—Ten cuidado Laura, por favor —supliqué, pero no obtuve respuesta, ella se posicionó detrás de las motos y llamó a Vega.

—Vega, van armados, aquí se puede organizar una buena carnicería si los sigo a corta distancia —dijo ella.

—No te preocupes, el helicóptero está muy cerca. Por cierto, Ben Killer ha tenido un accidente, se ha despeñado por un barranco, estamos esperando a salvamento para poder rescatarlo. No sabemos si está vivo o muerto.

Laura respiró hondo, sabía lo que pasaba por su cabeza, no se alegraba de lo que le había pasado a Ben, pero prefería que yo estuviera sano y salvo a su lado. Aunque su enfado más que evidente conmigo me mordiera el alma, el que tenía derecho a enfadarse de verdad, era yo.

Seguíamos a los Camparo a una distancia prudencial, ellos no podían vernos y de alguna manera se confiaron, hasta que oyeron al helicóptero pisarles los talones.

—Joel y Cristian Camparo, apártense al arcén y detengan las motocicletas. —Se oyó por la megafonía del helicóptero.

Pero los dos hermanos hicieron caso omiso, en su lugar dirigieron las armas al helicóptero y dispararon.

Los hermanos aceleraron y se metieron en un túnel, Laura aprovechó la ocasión y pisó a fondo. Yo que volvía a estar sentado di un respingo en ese momento, la velocidad repentina del vehículo me dejó pegado al asiento.

Una vez en el túnel, vimos las motos de los Camparo abandonadas.

—¿Dónde cojones están? —preguntó Laura enfadada.

—¡Míralos! —exclamé y luego añadí—, se están arrastrando por el arcén del carril contrario.

—El burro siempre tira al monte —dijo ella con sarcasmo.

La miré e intenté esbozar una sonrisa, pero recordé el momento que quería olvidar a toda costa. Ese hombre en el umbral del apartamento de Laura medio desnudo aparecía en mi mente cada vez que la miraba a ella. Me estremecí nada más de imaginar lo que habrían hecho juntos en esa cama maldita que permitía que ella me fuera infiel.

—Agárrate —dijo Laura mientras volteaba el vehículo con pericia.

Volvíamos a circular contra dirección y nos dirigimos al exterior del túnel, una vez alcanzado vimos a los Camparo saltar el quitamiedos y adentrarse en el bosque.

Laura detuvo el vehículo y se quitó el cinturón de seguridad.

—¡Quédate aquí, Caleb! —ordenó.

—Tú estás loca, no puedes ir sola detrás de esos tíos, van armados.

—Yo también —sentenció ella mientras abría la guantera.

—Eres una civil al igual que yo, ahora mismo es como si no fueras policía, me voy contigo y no hay más que hablar —dije enfadado.

—Está bien, pero no hagas tonterías. —Puse los ojos en blanco y la imité. Ella me devolvió una mirada inquisidora.

Ambos nos bajamos del coche, yo solo llevaba una pequeña navaja con la que cortaba el chocolate en mis tiempos de camello. Desde que Jack me retuvo, la llevaba siempre encima.

Cruzamos la autovía, saltamos la mediana y después el quitamiedos. Nos adentramos en el bosque y corrimos todo lo que pudimos para no perder a los dos hermanos de vista. Por suerte, Joel llevaba una cazadora naranja fluorescente que se veía a una hora lejos, pero no era tonto, se había deshecho de ella pocos metros después de haberse metido en el bosque.

De pronto, se oyó un disparo.

—Joder, Caleb, agáchate y métete detrás de ese árbol —dijo Laura con autoridad.

—¿Y tú? —pregunté preocupado.

—Yo estaré bien —respondió ella sin mucha convicción, conmigo le era muy difícil actuar y Laura tenía miedo.

Otro disparo me hizo esconder la cabeza que había elevado un poco para ver qué pasaba.

—¡Mierda! —exclamó Laura mientras se echaba la mano al brazo, la bala le había rozado.

—Laura, déjalos; que se encarguen tus compañeros —sugerí cada vez más asustado.

—Quédate ahí donde estás y no digas nada —ordenó con una voz áspera que daba pavor.

Ella se agachó y se arrastró por el suelo lleno de hojas y barro. Se movía como una serpiente ágil y sinuosa. Se ocultó detrás de una roca grande y desde ahí disparó varias veces. Un grito ahogado indicó que Laura había acertado.

Un silencio inquietante se apoderó del bosque, de fondo no se oía nada, ni siquiera el canto de los pájaros. Fue un segundo, yo miraba desde mi escondite y volvía a ocultarme cuando notaba movimiento. Me asomé con cuidado otra vez, no vi a Laura y la busqué con la mirada.

—Levántate chaval y no te muevas ni un milímetro o te pego un tiro. —El

frío acero se clavó en mi cráneo.

Hice lo que me dijo sin rechistar, mi corazón iba al galope.

—Ahora gírate poco a poco, quiero verte la cara —dijo Joel Camparo mientras yo obedecía.

—Tu amiguita ha disparado a mi hermano; dime, ¿qué podemos hacer para ajustar cuentas?, le ha hecho un agujero muy feo en una pierna —me informó Joel mientras me metía la pistola en la boca.

Estaba tan asustado que vi pasar toda mi vida en un segundo, había comido poco trozo y tenía demasiada hambre para que me la quitaran solo dieciocho años después de haber empezado a vivir.

—¿No contestas? —Evidentemente, no podía.

—Joel deja a Caleb en paz, él no tiene culpa de nada —espetó Laura mientras apuntaba a Joel con su pistola.

—Son solo daños colaterales, Laura, o debería decir, Alina —ironizó Joel para mi sorpresa.

—Ya ves, el mundo es un pañuelo —respondió Laura esbozando una sonrisa falsa.

—Valiente hija de puta eres, nos engañaste a todos y por tu culpa metieron a mi padre en la cárcel.

—Joel, yo solo cumplía órdenes —apuntó Laura sin dejar de apuntarle.

—Baja el arma o te quedas con un novio sin cabeza. Pero bueno, a ti eso te da igual, con que tenga una buena polla te basta, ¿verdad? —Juro que aun con la pipa en la boca ardía por dentro, las palabras de Joel Camparo se me habían clavado como puñales.

—Deja al chico, aquí me tienes, es conmigo con quien tienes que ajustar cuentas, no con él —dijo ella mientras dejaba el arma en el suelo y subía ambas manos en señal de rendición.

Abrí mucho los ojos, ¿se sacrificaba por mí?, no quería, no podía permitirlo y me lo jugué todo a una carta.

Metí la mano en el bolsillo del pantalón, ahí descansaba mi navaja, tenía que desplegarla sin que Joel se diese cuenta, de lo contrario mis sesos acabarían esparcidos por el suelo entre barro y hojas mojadas. Me estremecí nada más de pensarlo. Por ello recé todo lo que no había rezado en la vida y me armé de valor. Desplegué la navaja con soltura y se la clavé en el muslo. Entonces Joel apretó el gatillo. No por favor, lo último que vi fue a Laura con la cara desencajada.

Jack, pidió otra cerveza, eran cerca de las ocho y media de la mañana y ya iba como una cuba. La mujer con la que había empezado la juerga había desaparecido en cuanto el asunto con Laura se puso feo y ya se le había fastidiado el día. El camarero le dijo que no le servía más y Jack se enfureció.

—¡A ver tío, te he dicho que me pongas una maldita cerveza! —vociferó arrastrando las palabras.

—Y yo te he contestado que no te pongo nada más; ahora haz el favor de marcharte de aquí, no quiero problemas —respondió el camarero con evidente enfado y luego dijo en voz más baja—, putos críos, se piensan que se comen el mundo con una cerveza en la mano.

Jack sacó una Balisong y la desplegó con soltura, haciéndola bailar entre sus manos.

—¿Y ahora qué?, ¿me vas a poner esa cerveza?

El dueño del bar miró a Jack y puso los ojos en blanco. Soltó el trapo con el que estaba secando los vasos y se agachó para sacar de debajo de la barra una escopeta de caza.

El hombre apuntó a Jack y este levantó las manos.

—Vale, vale, ya he entendido el mensaje, me voy, paso de dejarme la pasta en este antro —refunfuñó Jack mientras abandonaba el local tambaleándose.

Encendió un cigarrillo y miró al horizonte.

—Otro día de mierda en la vida de Juan Fernández —se dijo a sí mismo.

Su vida era un pozo oscuro desde aquel fatídico día, al principio intentó salir a flote con todas sus fuerzas, pero se quedó sin uñas y al final, se acostumbró a vivir en ese inframundo en el que simplemente sobrevivía.

Su madre era una buena mujer, demasiado buena para tener un hijo como él. No se perdonaba lo mal que la trataba en ocasiones, pero luego ella siempre lo perdonaba, era una buena madre, la mejor.

Sus hermanos se habían marchado del barrio y ahora tenían una vida «normal», ya no se juntaban con personas como él y mucho menos venían al barrio.

Jack era de los que pensaban que había que saber dónde estaban tus raíces y nunca negarlas, por eso no se había movido de Arría Baja. Ben era su mejor amigo y su jefe, no se veía haciendo otro tipo de trabajo que el que hacía. Controlar a los pequeños camellos para que pagaran religiosamente era lo que más le gustaba. Podía expulsar su rabia dando algún que otro guantazo al día y si la cosa iba bien podía desahogarse en condiciones con una buena paliza.

No tenía novia y nunca la había tenido, las mujeres que pasaban por su cama eran meras negociantas, él pagaba por acostarse con ellas y no tener que aguantar escenas de celos.

Le gustaban las mujeres, claro que sí, pero no le hacían falta, solo tenía ganas de acostarse con ellas cuando bebía, solo así dejaba de ver a aquella maldita mujer ensangrentada a todas horas.

—¡Tú, gusano!, ¿a dónde crees que vas? —Jack oyó una voz que reconoció a la perfección antes de sentir un dolor inmenso en la cabeza y que todo se fundiera a negro.

Abrí los ojos y la vi, era ella, la mujer más bella que había visto en la vida, sí, era ella, Laura, mi chica, no estaba muerta y no era una visión. Estaba en una ambulancia junto a ella, le habían vendado el brazo, la bala le había hecho una rozadura más que evidente.

—Hola —saludé mientras me llevaba las manos a la cabeza.

—Ya pasó todo, duerme —susurró Laura.

—Estoy vivo, ¿cómo puede ser?, ¿o es que la he palmado y tú eres una versión femenina de San Pedro?

Laura rio y negó con la cabeza.

—Vivito y coleando, creo que ya sé por qué te llaman Fénix —respondió ella mientras me acariciaba el pelo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Joel Camparo se quedó sin balas —aclaró ella divertida.

Abrí los ojos como platos, juraría que había sentido el impacto en mi boca, era como si me hubiera explotado toda la cabeza, de hecho, todavía me dolía, sin embargo, creo que estaba tan seguro de que no lo contaría, que yo mismo lo sentí en mi cuerpo como si de verdad me hubieran disparado. Al parecer, me había desmayado de la impresión.

—Cuando vi que no tenía ni una bala me abalancé encima de él y lo reduje. Enseguida llegaron Vega y los demás. Ya está todo solucionado.

—¿Todo?, ¿estás segura? —cuestioné a sabiendas de que me estaba mintiendo. Tenía que vérselas con sus superiores y probablemente no tuvieran piedad con ella aunque hubiera ayudado a coger a dos de los narcotraficantes más problemáticos de la ciudad.

—¿Y de Ben?, ¿se sabe algo? —Podía ser un mal bicho, pero a nadie se le

desea semejante final.

Laura negó con la cabeza.

—No me han dicho nada más, pero ahora, descansa, ya tendremos tiempo de hablar —dijo Laura con la cabeza agachada.

—Laura, ayer estuve en tu casa. —Tenía que decírselo, necesitaba una explicación lógica, estaba demasiado dolido.

Laura se quedó pensativa y recordó como alguien había llamado al timbre la tarde anterior.

Cerró los ojos y comenzó a hablar.

—Caleb, Abraham es solo un amigo, ayer estuve a punto de volver a beber. Es algo que no te he dicho, pero el tiempo que pasamos alejados estuve en Alcohólicos Anónimos.

» No sé si te acordarás, pero él era el médico de urgencias que nos atendió cuando Ben estrelló la furgoneta. Me ayudó a dejar el alcohol y nos hicimos amigos. Nos vemos y nos llamamos, pero no hay nada, no es a él a quien quiero.

Ayer estuvo en mi casa y se manchó la camisa que llevaba, llamaste en el momento que yo le buscaba algo que ponerse. Pero de verdad, Caleb, no pasó nada ni pasará nunca. Lo llamé porque estaba a punto de comprar una botella y casualmente estaba por aquí, nada más.

—¿No te dijo que el que había llamado era yo? —pregunté enfadado.

Laura negó con la cabeza.

—Ese tío quiere algo contigo, si no ¿por qué no dijo nada? —gruñí dándole vueltas al pensamiento, me hubiera gustado tenerlo delante en esos momentos.

—¿Y a mí qué más me da?, yo no quiero nada con él y eso es lo que importa, ¿o no? —concluyó Laura con tranquilidad.

—Pues no, la verdad, además; paso de abrir una brecha entre los dos, te prometo que a partir de ahora preguntaré antes de juzgar —aseguré haciendo gala de mi sonrisa más seductora.

—No me líes, Caleb, anda ven aquí, que me has hecho pasar los peores días de mi vida. —Nos abrazamos y nos besamos, me supo a gloria, estar entre sus brazos, era como llegar a casa, entonces lo tuve claro, quería pasar el resto de mi vida con aquella mujer, me daban igual los prejuicios de los demás, quien me quisiera aceptaría mi decisión, y nada más.

Lo tenía a su merced, amordazado con cinta americana y esposado de pies

y manos. Le había costado un mundo meterlo en el maletero, Jack era un hombre corpulento y pesado. Ahora iba a saber quién era él, esta vez no se le escaparía.

Llegó a la finca que tenía en las afueras de la ciudad y acercó el coche todo lo que pudo a la vieja casa.

Se había criado en aquel lugar alejado de la civilización, sus padres vivían de cultivar el campo. Se la habían dejado al morir y no la había vendido por pura nostalgia. Ahora le servía para su cometido.

Jack continuaba inconsciente, tenía que asegurarse de que siguiera así, tenía que salir a por algo importante. La casualidad hizo que encontrara a su presa sin necesidad de ir a su encuentro y no desperdició la ocasión.

Miró el congelador que había dentro del sótano de la casa, tenía que trasladar a Jack hasta allí, quizás lo mejor sería esperar a que despertara y obligarlo a bajar a punta de pistola.

Podría haberle pegado un tiro en la cabeza y acabar la faena rápido, pero tenía que deleitarse con el momento, desde que lo reconoció en el video como el asesino de su mujer no había pensado en otra cosa que acabar con su vida.

Había perdido demasiado tiempo persiguiendo a Ben Killer y se sintió como un estúpido cuando no supo ver la gran diferencia entre ambos. Una diferencia de varios centímetros y Kilogramos. La rabia le había cegado durante demasiado tiempo, tanto, que después de ver el video por primera vez, días después de la muerte de su esposa, no volvió a hacerlo hasta pocos días antes de aquel momento. Si se hubiera percatado de su gran error cuando se llevó la peor noticia de su vida, Jack ya llevaría dos años bajo tierra.

Sin embargo, la fortuna le había concedido una prórroga de vida que él estaba a punto de finalizar.

Volvió al coche y abrió el maletero. Jack se había despertado y se encogió al ver que su captor llevaba un martillo en la mano.

—¿Tienes miedo, gusano?, pues no sabes lo que te espera —dijo Santos con una sonrisa triunfal.

Retiró la cinta americana de un tirón rápido y doloroso para Jack.

—Déjame irme, yo no he hecho nada —sollozó Jack.

—No has hecho nada, nada, Juan Fernández no ha hecho nada, ¿verdad? —preguntó mientras le asestaba un golpe con el martillo en la rodilla.

Jack gritó de dolor.

—Grita todo lo que quieras, aquí nadie puede oírte, es el sitio ideal para perpetrar un crimen sin ser descubierto, te lo digo con conocimiento de causa.

Jack miró a Santos con horror.

—¿Te ha dolido, verdad?, ¡pues más me dolió a mí lo que le hiciste a Noelia! —gritó Santos.

—No sé de qué me hablas, por favor, suéltame —suplicó Jack sin poder parar de llorar.

—Sal del maletero, venga rapidito —ordenó Santos mientras tiraba del brazo de Jack con fuerza.

Jack intentó salir como pudo, pero al poner los dos pies esposados en el suelo e intentar levantarse le falló la pierna que Santos le había golpeado y cayó al suelo.

Santos se maldijo a sí mismo, no podía resistirse y no fue inteligente al golpear a Jack antes de tenerlo en el sótano.

—Por favor, suéltame tío, yo no conozco a ninguna Noelia.

—Sí que la conociste, sí, me gustaría mostrarte algo, pero para ello necesito que muevas tu sucio culo hasta el sótano —arremetió Santos mientras le propinaba una patada en el estómago a Jack.

—Si me sigues golpeando así difícilmente podré moverme de aquí —se quejó Jack retorciéndose de dolor.

—Está bien, quizás no haga falta ni bajar al sótano contigo, pesas demasiado y luego sería un problema para sacar tu cadáver de allí, tendría que descuartizarte. —Santos rodeaba el cuerpo de Jack mientras le apuntaba con una pistola, Jack se hizo un ovillo para protegerse de los golpes de su captor.

—O sea, que el jodido asesino de chicas eres tú, cabronazo. —Se envalentonó Jack y volvió a recibir una patada, esta vez en los testículos.

—Así me gusta, grita todo lo que quieras, aquí no te oirá nadie. —Jack abrió mucho los ojos, estaba aterrado y sabía que la muerte le rondaba, esta vez no la podría evadir.

—Asesino, jodido asesino —espetó Jack para que Santos acabara ya con su sufrimiento y le pegara un tiro en la cabeza, cualquier cosa era mejor que ser torturado por ese psicópata. En los informativos había visto lo que le había hecho a las chicas, según decían, era el depredador sexual más cruel del país. Las dos chicas habían muerto sufriendo un calvario.

—Sí, sí, un jodido asesino que va a matarte lentamente y luego se lo gozará mientras ve cómo te mueres poco a poco; con dolor, con mucho dolor, me lo debes hijo de puta. —Santos estaba fuera de sí.

—Si salgo de esta te juro que te mataré con mis propias manos jodido cabrón —advirtió Jack en un intento frustrado de parecer fuerte.

Santos se rio a carcajadas y apuntó a Jack en la cabeza.

—Mira niño de mierda, voy a refrescarte la memoria porque parece que de tanta mierda que te has metido en tu vida, tus neuronas no suman dos más dos, Noelia Perales era mi mujer.

» Un desaprensivo le robó la vida, se la quitó en la carretera. Luego la dejó abandonada mientras se desangraba, Noelia estaba embarazada hijo de puta, ¿sabes ahora de quién te hablo?, pensé que era tu jodido amiguito Ben Killer, dos años anhelando tenerlo como te tengo a ti hoy, a mi merced. Pero esa puta manía que tenéis de intercambiaros la moto me despistó. Ese día fingiste ser Ben Killer y yo me he pegado dos puñeteros años persiguiendo a un inocente que no había matado a mi mujer.

Ese gusano estaba en mis narices y no lo supe ver, te tenía tan cerca. Tu amigo te cubrió, todo el dinero que tenía y sus abogados corruptos le libraron de todo, y este puto país en el que hay gente que defiende a los criminales hizo el resto. Ben Killer te cubrió porque era menor de edad y tú acababas de cumplir los dieciocho. Quizás no estaría de más que cuando acabe contigo siga con él por cómplice. Ahora ya sabes por qué voy a matarte, Juan Fernández.

Jack estaba totalmente sorprendido, jamás se hubiera imaginado que Santos fuera el marido de aquella mujer. Dos años hacía que él comenzó a aparecer por Arría Baja y a jugar al gato y al ratón con su amigo Ben. Ninguno de los dos supo nunca a qué se debía el acoso de este. Pensaban que era un policía puñetero, nada más. Aunque siempre les chocó la obsesión de Santos por cazar a Ben Killer in fraganti y encerrarlo una buena temporada.

—Yo no sabía que era tu mujer, he vivido un infierno desde ese día — confesó Jack entre sollozos.

—Un infierno, un infierno dice el notas, ¡un jodido infierno es lo que yo he vivido desde entonces!, mi familia está herida de muerte ¿entiendes?, de muerte, no te imaginas el daño que nos has hecho y todo por una carrera temeraria, una carrera, para decirle a toda la chusma que os rodea lo hombres que sois. Me das asco.

—Todo esto por una puta que seguro que se follaba a todo el que se le ponía a tiro. El niño se lo había hecho otro, atontado, además, era demasiada mujer para un mierda como tú. Hazte un favor y pégate un tiro, así acabarás con tu mierda de vida. —Jack quería que Santos acabara ya con aquel calvario, la única forma que se le ocurrió fue decirle palabras que le hicieran daño, pensó que así le pegaría un tiro por pura rabia. Jack subestimó a Santos y lo pudo comprobar momentos después.

Santos gritó mientras se tapaba los oídos, no era tonto, sabía lo que Jack pretendía, por ello pensó con rapidez y tuvo claro lo que tenía que hacer. No dijo nada, sonrió con cinismo a su prisionero y se marchó.

—¿Pero, dónde narices vas ahora? —preguntó Jack a sabiendas de que no recibiría respuesta.

Santos dejó a su paso una pequeña polvareda y por un rato, no supo precisar cuanto, su prisionero perdió la noción del tiempo, Jack lo imaginó como uno de esos pistoleros del oeste. Él se sentía como el indio apresado e indefenso y eso no le gustaba. De pequeño solía jugar a indios y vaqueros con sus amigos, pero ahora esto no era un juego y sabía que estaba viviendo sus últimos minutos de vida. Entonces miró al cielo y rezó para que su muerte fuera al menos digna. Bajó la mirada al suelo, el sol le cegaba y le hacía cerrar los ojos. Entonces la vio; se acercó a él con paso sigiloso, sus pies desnudos dejaban un rastro húmedo y viscoso al caminar. Su piel lívida y translúcida le hizo presagiar lo peor, era ella, Noelia, y estaba allí junto a él.

Se agachó y acercó su rostro al de Jack; este tembló de miedo, ahí estaba esa mujer que le había robado el sueño desde el día en que murió, esa mujer que lo perseguía día y noche durante el sueño y la vigilia, la mujer de Santos que venía a cobrarse su deuda macabra.

Noelia tomó el rostro de Jack entre sus manos gélidas y amoratadas. Acercó sus labios a los de Jack y allí aspiró su vida hasta dejarlo sin alma y sin latido, el dolor que sintió este fue tan profundo que pidió a gritos morir sin sufrimiento. En un momento todo el dolor de Noelia y el de su familia invadieron su alma en pena y la devoraron sin piedad.

De pronto, la figura de Noelia se transformó en la de Santos, que por un impulso irrefrenable le había pegado un tiro a Jack en la frente. Su mujer le había dicho que se lo dejara a ella, la oía en su cabeza a cada momento, él tenía muchas ganas de darle una muerte lenta y dolorosa, pero la voz de Noelia se lo había dejado claro momentos antes mientras buscaba en el sótano herramientas para torturar a su prisionero, «dale una muerte rápida, yo me encargaré de que conozca la oscuridad».

Capítulo 48

Patricia se levantó de la cama, su móvil había dejado de sonar, tenía que devolverle la llamada a Mario si no quería que se pusiera como una fiera. Se miró al espejo, solo hacía unos días que lo conocía, ¿por qué se sentía tan en blanco?, era como si Mario fuera el hombre más encantador de la tierra en ocasiones, pero en otras se transformaba en un monstruo desalmado que escupía palabras que se le clavaban en el pecho como puñales.

Suspiró al ver que había recibido varias llamadas, Mario estaría desesperado. Buscó en las llamadas entrantes y pulsó el nombre de Mario. Él le contestó enseguida.

—¿Se puede saber por qué no me cogías el teléfono? —preguntó enfadado.

—Estaba durmiendo, ayer llegué tarde a casa.

—¿Y por qué llegaste tarde si se puede saber?, ¿no estarías con otro, verdad?

—Y si así fuera ¿qué?, tú y yo solo hemos salido un par de veces, no hay nada entre nosotros —rebató Patri con seguridad.

—Ya sabía yo que eras una más, eso me pasa por fijarme siempre en el mismo tipo de tía. Yo lo doy todo y ¿qué recibo a cambio?, desprecio.

—Voy a colgar, estoy cansada, me vuelvo a la cama —cortó Patri.

—Eso, eso, vete a dormir perra, que eres una perra que no da ni golpe —espetó Mario con una voz que parecía la de otra persona.

Patri colgó el teléfono y luego lo apagó. Ese chico la asustaba, sin embargo, por alguna razón que ella desconocía la atraía como un imán y tenía la necesidad de darle explicaciones por todo. No sabía si había hecho bien contestándole a Mario de esa manera y luego cortándole la llamada. Ahora no se sentía bien y pensó en encender el teléfono y llamarle, pero no lo hizo. Él la había insultado, «no he hecho nada malo», pensó.

Decidió meterse de nuevo en la cama, todavía tenía mucho sueño y ella era de las que necesitaba dormir sus horas, pero le era imposible dejar de pensar en Mario y en que se habría enfadado con ella.

Encendió de nuevo el terminal y se encontró con un único SMS de Mario.

Abrió los ojos como platos y lanzó el teléfono contra la cama.

Laura entró en el despacho del comisario. Un dolor palpitante envolvía su brazo de nuevo, el calmante que le habían administrado en urgencias unas horas antes ya había perdido su efecto anestésico. No era el momento, eso era lo que se repetía ella una y otra vez. Simplemente, su jefe podía haber esperado un día para cantarle las cuarenta, pero el comisario no era así, le gustaba dejar hasta el último cabo atado en el mismo instante, aunque a veces tuviera que recurrir a métodos poco ortodoxos. En esta ocasión ni se lo había pensado, uno de sus compañeros fue a buscarla a urgencias y no le puso las esposas porque no fue capaz de hacerlo. A Caleb también se lo habían llevado a la fuerza, pero en otro coche. Lo tenían en una sala para interrogarlo.

No era el momento, no lo era, y su cabeza daba vueltas sin parar, no había comido nada en todo el día y la pérdida de sangre y los medicamentos no ayudaban.

—Siéntate, Laura —ordenó el comisario con determinación, su expresión ceñuda no sorprendió a Laura, le esperaba una buena, de eso estaba segura.

Laura le obedeció y él comenzó a hablar con evidente enfado.

—Casas, ¿qué narices hacías armada? y ¿qué tuviste que ver con esa temeridad de carrera? —preguntó mientras la señalaba con el dedo índice.

—Fue casualidad comisario, pasaba por allí con mi chico y vi las motos que circulaban contra dirección —mintió Laura.

—¡Claro, y crees que yo me chupo el dedo, la moto de ese chico estaba abandonada en un área de descanso, joder, dime la verdad Casas, o te meto en el calabozo ahora mismo! —exclamó el comisario.

—Esa es la verdad comisario —ratificó ella mirándolo fijamente.

El comisario negó con la cabeza.

—Terca como una mula, igual que tu padre —dijo Núñez haciendo aspavientos.

—Deje a mi padre en paz. —Laura apretó los puños y tensó la mandíbula, que le hablara de su padre en esos términos le crispaba los nervios.

—Tu padre era mi mejor amigo, jamás diría nada malo de él, era un magnífico policía, pero iba a la suya, se pasaba las normas por el forro, como lo estás haciendo tú últimamente y no eres el inspector Casas, no lo eres.

—Claro que no soy el inspector Casas, para ello tendría que tener una polla entre las piernas y no es el caso, ¿verdad comisario? —Laura se había armado de valor, ya estaba muy harta de que la discriminaran siempre por ser

mujer.

—Casas, me estás faltando el respeto y no te conviene —dijo cruzado de brazos.

—Estoy cansada, harta, hastiada, de ser siempre el cebo, el caramelito envuelto de todas las bandas de criminales de esta ciudad. ¿Sabe lo que he tenido que hacer para no ser descubierta?, no lo sabe ¿verdad?, joder, incluso una vez llegaron a violarme, sí, comisario, lo hicieron y nadie, nadie tuvo la decencia de hacer nada, ahí quedó todo, no convenía remover la mierda, ¿verdad? y lo sabía, claro que lo sabía, pero hizo que Santos me pidiera que pasara página, que tenía que seguir con el caso, que era lo más importante. Que al fin y al cabo, no me habían forzado, no, me, habían, forzado —dijo Laura haciendo una pausa en cada palabra—, yo dije no, señor comisario, dije que no, y aun así me metieron burundanga en la bebida y lo hicieron, joder. Y, ¿sabe que es lo peor de todo?, que no lo supe hasta que no vi las grabaciones de la puñetera microcámara. Lo intuía, pero ver lo que me hicieron mientras yo, sin poderme defender, sin voluntad propia, sin nada, vacía, hizo que me rompiera por dentro señor comisario y claro, mi vida fue en declive, el alcohol se convirtió en mi aliado para olvidar, señor comisario, para olvidar. ¿Y usted?, mientras tanto me seguía dando casos y más casos idénticos, me obligaba a infiltrarme por mucho que le dije que no quería, le dio igual, no era para tanto, al fin y al cabo no me había enterado. Y ahora, que le sirvo en bandeja a dos de los traficantes más hijos de puta de la ciudad, ahora, me viene usted con lo de si voy armada, con que hago lo que me sale del coño. Pues sí, señor comisario, lo hago porque es mi vocación, porque ser policía es lo que quiero, pero policía de verdad, sin tener que meterme a prostituta cada vez que me infiltra. Sin aguantar vejaciones, sin sufrir por ser una mujer. Y ahora, señor comisario, suelte a mi chico, devuélvale su moto y déjenos en paz. ¿Me ha entendido?

El comisario no dijo nada, permaneció con los ojos abiertos y los brazos agarrados en los reposabrazos de su sillón.

Laura salió de su despacho y lo supo, se había quitado el peso que oprimía su pecho para siempre.

Vega observaba a Ben tras el cristal. Después de una operación complicada, a Ben le habían inducido un coma y ahora estaba en cuidados intensivos. Se preguntó por la fragilidad de la vida, pensó que quizás fuese mejor que Ben desapareciera, un delincuente menos campando a sus anchas

significaba menos quebraderos de cabeza para él y sus compañeros. El vaho de su aliento empañó el cristal y la doctora se acercó a él.

—Hola, agente —saludó ella con timidez.

La doctora Nimes era más joven de lo que Vega se esperaba, por un momento pensó si de verdad alguien de esa edad podría tener los suficientes conocimientos para hacer su trabajo. Luego descartó la idea, su madre siempre le había recalcado la importancia de no prejuzgar, pero su cabeza en ocasiones iba a su libre albedrío.

—¿Cómo está el chico? —preguntó Vega.

—Mal, las primeras horas son cruciales y esperamos que todo salga bien, pero no le engañaré, fuera de peligro no está. Eso sí, la operación ha ido bien y no ha habido complicaciones —le informó la doctora mientras se ajustaba las gafas con pequeños tirones del puente de la nariz.

Vega la miró a la espera de algún dato adicional, pero la doctora no habló.

—¿Cuál es el diagnóstico exacto? —preguntó por pura curiosidad.

—Usted no es familiar, vale que es policía, pero hay cosas que no creo que sean de su incumbencia. —La doctora Nimes respondió con un tono duro que dejaba ver claramente, que de la tímida chica que le había saludado quedaba bien poco.

—El chico no tiene familia —aclaró Vega.

Ella se encogió de hombros y se marchó.

Minutos después, una enfermera entró en la estancia. Era una mujer de mediana edad, rechoncha y con una de esas caras simpáticas que te hacen confiar en ella en el minuto cero.

—Hola, joven —saludó.

Vega le devolvió el saludo mientras continuaba pegado al cristal.

—Qué pena, un chico tan joven —dijo la mujer apesadumbrada.

—Vaya que sí, estamos todos consternados. —Vega no vio otra salida para sacar información que la de hacerse pasar por un familiar.

—Ánimo, ya sé que es duro que un chico que acaba de empezar a vivir como aquel que dice no pueda volver a caminar —soltó la mujer ante el asombro de Vega.

—¿He metido la pata? —preguntó la mujer sorprendida.

Vega negó con la cabeza y se tapó la cara con ambas manos, las clases de teatro de cuando era pequeño le estaban funcionando a la perfección.

—Es joven, con una lesión medular de semejante envergadura alguien como yo no levantaría cabeza, pero este chico seguro que saldrá adelante, ya

verá.

—Eso esperamos, no sabe lo triste que está mi madre, quiere poder hablar con su hijo por última vez, está enferma sabe, y le queda poco tiempo de vida.

—Vega sollozaba como un verdadero profesional.

—Estará en coma inducido al menos dos semanas, más que nada para paliar los terribles dolores y ahorrarle un trauma al chico, luego lo despertarán a ver qué tal, siempre es así; pero no llore, joven, no se preocupe, todo saldrá bien. —Vega tuvo que hacer un esfuerzo inmenso para no reírse, la situación era la que era y le apenaba que Ben, un chico de dieciocho años se pasara el resto de su vida en una silla de ruedas si sobrevivía, pero el hecho de dársela con queso a aquella buena mujer y ver que no tenía ni la más ligera sospecha le divertía a la par que le enternecía.

—Gracias, no sabe cómo me ha ayudado —dijo Vega con doble sentido y una sonrisa lobuna camuflada por sus manos que todavía pegaba a su cara para que ella no viera que en realidad se estaba partiendo de la risa.

—De nada joven, para eso estamos, y mucha fuerza, el chico saldrá adelante, ya verá.

—Gracias de nuevo.

—Por cierto, ¿es su hermano? —preguntó la mujer con la cabeza ladeada.

—No exactamente, él es el delincuente de un conflictivo barrio y yo el subinspector Vega de la policía nacional. —Vega hizo un saludo militar y se marchó ante el estupor de la enfermera.

Eran alrededor de las nueve de la noche cuando Laura y yo entramos en su apartamento. Nos fuimos directos al sofá y pusimos una película después de pedir unas *pizzas* a domicilio. Esperaba el sermón de mi chica, pero esa noche, ni ella tenía ganas de decirme lo inconsciente que había sido por aceptar participar en aquella carrera mortal.

A Laura le dolía el brazo y yo me encargué de todo cuando vino el repartidor. Pasamos una velada de lo más entretenidos.

Bien entrada la madrugada nos despertamos en el sofá abrazados y nos fuimos a la cama. Esa noche solo dormimos, el uno pegado al otro y sin decir nada, el contacto físico, nuestra piel en conexión fue suficiente para ambos.

Por la mañana debería haber ido al instituto, pero no estaba para nadie y todavía me dolía la cabeza del tiro ficticio que mi imaginación se había inventado. La verdad sea dicha, por aquella época era algo hipocondríaco.

Durante el desayuno sus labios no pudieron contenerse más.

—¿Se puede saber por qué siempre tengo la sensación de que tengo que salvarte el culo? —preguntó Laura muy seria, demasiado para mi gusto.

—No tienes que hacer nada Laura, siempre me he sabido cuidar —respondí sin crearme lo que decía.

—Desde que te conozco siempre estás en el punto de mira, en todas partes como si fueras un dios omnipotente, pareces un corderito, pero luego no puedo fiarme de ti. Vas a la tuya sin contar con nadie y poniendo en riesgo tu vida —me reprochó Laura mientras pensaba que el comisario le había dicho a ella algo muy parecido unas horas antes.

No dije nada, sabía que tenía razón, pero no quería enumerar mis razones, pensaba que ella tenía que saberlas ya, pecaba de poco asertivo, las personas no tienen que dar por hecho las cosas porque yo las dé, pero a mis dieciocho años todavía me sentía el ombligo del mundo, como un niño. Solo tenía que aprender, dejar que pasaran los años, es ahí donde nuestra relación no encajaba, la diferencia de década en nuestro nacimiento tenía una grieta y en aquel momento no se podía tapar con un dedo.

No dijimos nada más.

Abrí la puerta y me despedí de mi chica, en el suelo había un sobre en el que ponía el nombre de mi novia. Me agaché y se lo di, ella se quedó blanca como un papel cuando lo tuvo entre sus manos.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—Es la letra de Santos —respondió sorprendida.

Laura abrió el sobre y extrajo de su interior una hoja de papel, era una carta.

—Tengo que irme —corté en un intento de que Laura viera mi enfado, Santos le había escrito una carta a mi chica, como si fuese un adolescente, y eso me quemaba el alma.

—Espera un momento, dame un beso al menos —dijo Laura mientras yo cerraba la puerta del cortafuegos y la dejaba en la más absoluta soledad, bueno, a decir verdad, la dejaba en la compañía de la carta de Santos, su ex «amigo» con derecho a roce.

Lo sé, me comporté como un imbécil, en mi defensa puedo echarle la culpa a las hormonas, pero ahora, con el paso de los años pienso en mi comportamiento y me muero de la vergüenza, Laura no se merecía mis arrebatos adolescentes, pero yo más no podía hacer, está claro.

Capítulo 49

Querida Laura,

Cuando leas estas líneas yo ya estaré muerto, no, no es un farol, me voy al otro barrio porque en este no puedo vivir más tiempo. Y dirás, este tío es un cabrón, pues sí Laura, soy un cabrón que engaña a todo el mundo, soy un cabrón, pero lo que no soy es un asesino, bueno, hasta hoy. Hace unas horas maté a sangre fría a Juan González, más conocido por ti como «Jack». Y preguntarás, ¿por qué lo mataste?, pues es más sencillo de lo que piensas, Jack era el asesino de Noelia, sí, tardé mucho en averiguarlo y desde entonces llevo esta carta en el bolsillo del pantalón esperando el momento oportuno para llevar a cabo mis planes y para entregártela a ti, porque tú sabrás actuar en consecuencia.

El cuerpo de Jack está en la explanada de Arría Baja, lo he abandonado allí y a estas horas aquello ha de estar plagado de policías. Vega estará ahí observando el cadáver con su nariz pinchuda y sus aires de grandeza, pero me la pela, ahí le dejo el fiambre.

Me equivoqué con Ben Killer y casi dejo impune el asesinato de mi esposa, pero a mí no se me engaña con tanta facilidad y al final di con él, por eso ahora está donde debe de estar. En el infierno.

Hay otro tema, y ese sí que es complicado. Yo hice desaparecer las pruebas en contra de Ben Killer, pruebas que yo mismo había manipulado para que se pasara la vida tras las rejas, pero hubo un fallo de cálculo y el forense sustituto encontró otras huellas en la camiseta, otras huellas que no eran las del policía que la había hallado supuestamente en casa de Killer, tampoco las de este ni las de Cristine. Encontró las huellas de carne de mi carne Laura, las huellas de mi hijo Mario.

Sí Laura, Mario asesinó a las dos chicas, yo no sabía nada hasta que encontré el cadáver de Cristine Lambert en el congelador del sótano de la casa de campo donde nació.

Mi primera impresión fue de horror, incluso llegué a pensar que en una

de mis borracheras yo mismo había matado a Cristine y la había metido en ese arcón, pero sabía que no, que yo jamás haría algo así, y dirás, «me acabas de decir que has matado a un tío», pero no es lo mismo.

Cristine estaba bocarriba, su mirada era de terror, de sorpresa, la última mirada de la víctima de un monstruo, porque sí, Mario es un monstruo, no te imaginas lo que es capaz de hacer. Para mí era mi orgullo, el hijo estudioso y bueno que todo padre quiere tener, pero en realidad todo era pura fachada y yo le echo la culpa a la muerte de Noelia, pero no empezó ahí su instinto asesino, hace unos días encontré unos huesos enterrados en el jardín de mi finca, había ropa de lentejuelas junto a ellos, por lo que deduzco que ha de ser María Peña, la prostituta que desapareció hace un par de años y de la que nadie habla ya. Mi hijo era un crío cuando hizo eso Laura y no sabes el horror que siento por ello. Llevo días alimentándome de botellas de Jack Daniel's para mitigar el dolor, le he prohibido que salga, incluso llegué a encerrarlo, pero es listo y se las sabe apañar para darle pena a su hermana y esta le cree todas sus patrañas. Y yo no me atrevo, no me atrevo a decirle que su hermano ha matado a tres mujeres, que sepamos, dos de ellas niñas todavía.

Yo no puedo seguir viviendo para ver lo que va a pasar con él, no puedo. Por ello, creo que lo mejor es que me quite de en medio y que el mundo disfrute de un cabrón menos.

Cuando encontré a Cristine en el congelador, como ya te he explicado, me quedé bloqueado, me negué una y mil veces la posibilidad de que mi hijo la hubiera matado. Pero las cerraduras no estaban forzadas y él era el único a parte de mí que tenía todas las llaves de la finca. Solo tuve que sumar dos más dos.

Llegué a casa y lo cogí por el cuello, le pedí que confesara. En un principio fingió no saber nada, incluso lloró como un niño. Pero de pronto su expresión cambió y lo que tenía delante no podía ser mi pequeño. Decía que Cristine merecía morir, la llamaba Rosa, no tengo ni idea de por qué, pero decía que Rosa debía morir, porque se había marchitado y las rosas marchitas hay que cortarlas de raíz, de lo contrario hacen muy feo en el rosal, eso es lo que repetía una y otra vez con una sonrisa cínica. Mi hijo tiene algún tipo de trastorno de la personalidad, es algo así como el doctor Jekyll y Mr. Hyde. Pero no puedo evitar quererlo y ese amor me hace daño Laura, me hace mucho daño.

Abandonamos el cadáver de Cristine en ese descampado, y Mario me

prometió que jamás lo volvería a hacer, pero me engañó, fui un iluso por haberle creído. Poco tiempo después desapareció la otra chica y me volví loco. Ahora sé que no parará, que por mucho que me llore como si fuera un chiquillo cuando es el verdadero Mario, se transformará en ese ser que parece poseerlo y volverá a hacerlo. Párale los pies Laura, páraselos, yo no quiero verlo, no quiero estar vivo para ver el rumbo que ha tomado mi familia.

Mi pobre hija Jessica se quedará sola, soy consciente de ello y te pido, por favor, que la ayudes y no la dejes desamparada, tengo familia que podrá hacerse cargo de ella, te ruego que te asegures de que sean ellos y no un centro de menores los que se hagan cargo de su custodia. Es lo último que te pido, sé que no tengo derecho a hacerlo, pero solo soy un padre desesperado y bastante borracho en este momento.

Puede que pienses que soy un cobarde, vale, tienes razón, lo soy. No te lo voy a discutir, ahora subinspectora Casas, obra en consecuencia.

Laura dejó caer el papel que momentos antes sostenía entre sus dedos. Por unos segundos su mente se quedó colapsada por la información que acababa de leer. Tenía que hacer algo, no podía bloquearse en ese momento, pero la rabia, la confusión, el rencor y varios sentimientos encontrados que se habían mezclado en su interior, causaron una reacción en cadena, reacción que se tradujo en bloqueo, solo el sonido de su móvil que vibraba en el bolsillo del pantalón la sacó de aquella especie de nebulosa que la apresaba.

—Vega, envía a alguien a casa de Santos, se va a suicidar —dijo Laura con ímpetu y sin dejar hablar a Vega.

—Voy para allí enseguida —respondió Vega.

—Yo también voy, pero hay otra cosa; hay que detener a Mario Santos, hay que hacerlo ya.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Vega.

—Es el asesino de Cristine y Belén, lo teníamos delante de nuestras narices y nos dormimos en los laureles, joder.

—No te tortures Laura, esas cosas pasan, ya he salido de casa —la tranquilizó Vega mientras entraba en su coche.

—Yo también, nos vemos en casa de Santos.

—De acuerdo, voy a llamar al comisario para lo del hijo de Santos.

—No te va a creer.

—No nos queda de otra Laura, no te preocupes, yo me encargo.

Vega y Laura se despidieron y cortaron la llamada.

Llovía, el día se había despertado muy desapacible, el invierno no había sido especialmente frío y en aquel día de marzo al termómetro le había dado por bajar demasiado.

Laura puso la calefacción y conduciendo con gran pericia pudo llegar a casa de Santos antes incluso que Vega y los demás compañeros.

Salió del coche como una exhalación y corrió hasta el portal de Santos. La puerta estaba abierta y no se lo pensó. Subió por las escaleras corriendo y cuando llegó a la puerta no se molestó en llamar, disparó a la cerradura y abrió. El panorama que encontró le pareció del todo desolador, Jessica lloraba y le suplicaba a su padre que no lo hiciera, Santos había tenido un error de cálculo, su hija tenía que ir al instituto, pero no lo hizo, tendría que habérselo oído, a Jessica lo que menos le gustaba era estudiar y cuando podía se escabullía de sus deberes. Se había levantado de la cama un rato antes y allí encontró a su padre, subido a la mesa del salón y con una soga al cuello, estaba a punto de saltar al vacío, pero al ver la cara horrorizada de su hija no había sido capaz de hacerlo todavía.

Le suplicó que se fuera, que le dejara solo, incluso intentó hacerle daño con palabras afiladas, pero ella no se movió ni un milímetro. Y en esas estaba cuando Laura entró en la estancia; ambos la miraron sorprendidos.

—Miguel, quítate esa cuerda del cuello y baja aquí a hablar conmigo, por favor —ordenó Laura guardando su arma en la cinturilla del pantalón.

Santos negó con la cabeza.

—Por favor, Miguel, no hagas tonterías, tienes a tu hija delante, ¿quieres joderle la vida?, bastante jodida está la cosa ya, ¿no crees? —Laura le habló con dureza, tenía que entretener a Santos hasta que llegaran los refuerzos, sabía que cuando Santos estaba borracho podía ser imprevisible, cualquier paso en falso podía hacer que se matara delante de las dos sin contemplaciones.

—Me voy a pudrir en la cárcel Laura, ya está hecho, ya no puedo dar marcha atrás —dijo Santos entre sollozos.

—Al menos tu hija seguirá teniendo a su padre, mejor eso que dejarla en mala compañía, ¿no crees?

—¿De qué va a servir un padre entre rejas?, ¿dime Laurita, de qué cojones le va a servir? —Santos había elevado el tono y Laura intentó hacer que se tranquilizara.

—Jessica, sal fuera por favor, yo iré enseguida —le pidió Laura a la hija de Santos mientras le señalaba la salida.

—Quiero quedarme con mi padre, no quiero que le pase nada, si me voy lo hará. —Jessica estaba muy nerviosa, no podía parar de llorar y sentía que el corazón se le iba a salir del pecho en cualquier momento.

—No te preocupes, sal fuera —dijo Laura en un intento de transmitirle calma.

—Por favor, papá, no lo hagas, yo te quiero, no me dejes sola —suplicó Jessica antes de desaparecer por la puerta de salida.

—Santos, quítate la soga del cuello y baja aquí conmigo, me lo debes y lo sabes, ¿verdad?, yo hice muchas cosas por ti, ahora, podrías tú hacer una única cosa por mí, y quiero que sea esa. —Laura habló con determinación, transmitiendo con sus palabras seguridad. A Santos no era fácil hacerle creer lo que no era, pero aquel cuatro de marzo de 2009 Laura lo consiguió.

Santos negó con la cabeza y se sacó la soga por la cabeza mientras lloraba como un niño pequeño. Luego se agachó y se sentó en la mesa.

Laura se acercó a él y lo abrazó.

—Lo siento Laura, lo siento mucho, pero hay algo en mi cabeza, algo que me está volviendo loco, es ella, es Noelia, la oigo a todas horas, me dijo que acabase con él, con su asesino, y me llama cobarde a todas horas, bebo y bebo, para mitigar mis mierdas, para no pensar en que tengo un hijo psicópata y que oigo esa voz en mi cabeza que nunca se calla.

—Ya está, Miguel, cálmate, todo va a ir bien. —Laura intentaba consolarlo, pero estaba tan nerviosa que sus frases huecas incomodaron a Santos.

—¿Por qué me dices eso, Laura?, sabes que no va a ir bien, sabes que todo va a ir como una puta mierda —gruñó Santos mientras hacía aspavientos.

—Miguel, cálmate, estás demasiado nervioso como para valorar ahora si van o no van a ir bien las cosas, hazlo por ella Santos, hazlo por Jessica, si se queda sin su padre y encima meten a su hermano en la cárcel no lo va a superar Santos, necesitará tenerte para asimilarlo, te necesita, no le falles —susurró Laura para que Jessica no la oyera, en un intento de calmar a Santos de nuevo.

De pronto Vega entró en la estancia y se acercó a ellos.

—El que faltaba para el duro —dijo Santos con desprecio.

Vega detuvo a Santos y le puso las esposas. Él miró a Laura con desprecio.

—Estabas haciendo tiempo, muy lista eres tú, ¿crees que no lo sabía, Laura?, siempre iré por delante de ti, siempre. —Santos escupió las palabras. Su mirada de odio se clavó en el corazón de Laura que tuvo que contener las

lágrimas. Ella había querido a ese hombre, aunque fuera un cabrón, en el fondo le daba una pena enorme verlo así, destrozado por él mismo.

Pero ahora no podía venirse abajo, tenía que hacer algo importante, tenía que detener a Mario Santos que ni siquiera estaba en su casa, solo esperaba que no hubiera salido a por otra chica, no podría con más muertes y ahora que sabía la verdad si algo malo le pasaba a alguna chica más, jamás se lo perdonaría.

Ver la lluvia caer desde la ventana de mi casa, ese repiqueteo constante y la explanada cubierta por el agua, vacía e inerte. La explanada siempre tan llena de vida y tan muerta en aquel momento, no era la lluvia, no lo era, había algo más. Ben Killer no estaba en el barrio y a esas horas quién sabe si estaría vivo o muerto. Pensé en bajar a tomar un café al bar, hacía frío y el tiempo no invitaba a salir precisamente, pero necesitaba despejarme y mi madre no me lo ponía fácil discutiendo con Andrea desde que yo había entrado por la puerta.

Por alguna razón desconocida, aquel día no me había tocado a mí, cosa que me extrañó; cuando dormía en casa de Laura sin avisar se ponía hecha un basilisco.

Todavía estaba algo enfadado por la dichosa carta de Santos, la verdad, me estaba comportando como un crío, pero en ese momento ni me lo planteaba, estaba cabreado y nada más, solo necesitaba un poco de tiempo y espacio para que mi cabreo se convirtiera en curiosidad.

Agarré una vieja chupa de cuero que había conocido mejores tiempos y salí de casa. Mientras bajaba las escaleras oía el típico trajín del día a día de las casas de Arría Baja, una vecina diciéndole a su marido que si venía borracho le tiraría los bártulos por la ventana, otra que cantaba por Marifé de Triana, la madre de Patri llamándola sin parar. Patri, desde aquella improvisada quedada con ella y con Menda no la había vuelto a ver. Sonreí de medio lado y dejé atrás la microsociedad del edificio donde vivía.

Una vez en la calle me dirigí al bar de la plaza y entré. Encendí un cigarrillo y le pedí al camarero un cortado descafeinado, no estaba el horno para bollos y lo que menos necesitaba era subirme por las paredes.

En la televisión emitían un informativo especial de esos que interrumpe siempre cuando más a gusto estás viendo la tele. La policía sacaba a un hombre esposado que se cubría con una capucha y agachaba la cabeza para no ser reconocido. Luego vi salir al compañero de Laura y a ella que miraba al tal Vega con consternación. ¿Qué estaba pasando?

—¡Jefe, suba la televisión por favor! —le pedí al camarero.

El hombre me miró con cara de asco, pero me hizo caso, al parecer ahora que yo se lo había dicho le picaba la curiosidad, porque se quedó mirando la pantalla embobado.

«El policía de la comisaría de la ciudad, Miguel Santos, es conducido a comisaría después de su intento de suicidio. Al parecer, sería el responsable de la muerte de Juan González, más conocido como Jack dientes de oro, un narcotraficante miembro de la banda de Ben Killer que ha sido hallado muerto esta misma mañana en un pinar en el barrio marginal, Arría Baja».

Me froté los ojos, demasiada información para que mi cabeza la procesara en tan poco tiempo. Santos detenido, Jack muerto, parecía que no podía haber un día normal en mi vida y ya estaba agotado, totalmente agotado.

—¿Qué pasa, perdido? —Una palmada en la espalda y una voz amiga me hicieron sentir reconfortado.

—¿Qué tal, tío? —pregunté agradecido, en ese momento necesitaba un amigo a mi lado como respirar aire fresco.

Menda se pidió otro café y se sentó en el taburete contiguo al que yo ocupaba.

—Aquí, sobreviviendo a este temporal de mierda. —dijo Menda, mientras se encendía un cigarrillo.

Suspiré profundamente.

—Te veo chungo, tío —apuntó Menda rascándose la cabeza.

—Si te digo que no, te mentiría, pero no tengo muchas ganas de hablar de ello. Cuéntame tú, ¿qué tal con Patri? —pregunté por hablar de algo distinto, algo normal para la edad que tenía, algo sin importancia, pero reconfortante.

—Pues estoy mosca con eso, ¿sabes?, el pavo ese con el que va no me gusta un pelo, le tengo una inquina —dijo Menda haciendo aspavientos.

—Si ella está a gusto, no sé, Menda, quizás deberías poner tus miras en otra persona.

—Créeme, ese tío no es bueno para ella —afirmó Menda muy serio.

Sonreí y le di un puñetazo en el pecho.

—Claro, aquí el único bueno para ella eres tú, ¿verdad, cabrón?

Ambos nos reímos, Menda era un poco burro, pero era el tío más leal que había conocido en mucho tiempo, se había convertido en un buen amigo, de esos que no quería perder jamás.

Fijé de nuevo mi mirada en la televisión y me quedé boquiabierto cuando

vi la fotografía de Mario Santos que sonriente posaba mientras sostenía unas pinzas con un trozo de chistorra.

«Tenemos una información de última hora, el hombre que ven ustedes en pantalla es Mario Santos Perales, hijo del detenido Miguel Santos y sospechoso por el asesinato de Cristine Lambert y Belén Curto. Está en busca y captura; es peligroso, por lo que si lo ven llamen inmediatamente a la policía».

—¡Joder, Menda! —Exclamé.

Menda se había quedado pálido.

—Dios, tendremos que avisar a Patri, al final no te has equivocado, es el jodido asesino de las chicas —admití con las mandíbulas tensas y los puños cerrados.

Menda negó con la cabeza.

—¡Mierda, Caleb, todo es una mierda, joder! —bramó Menda con las manos en la cabeza.

—Tranquilo, seguro que ella también lo ha visto en la tele, no te preocupes —dije dando el último trago a mi café.

—No, Caleb, ya me vale, mira que la situación me pareció rara, pero la he visto salir con él hace un rato, iba en pijama y se metió en el coche de él, joder, la saludé y no me dijo nada, estaba rara, como ida. Pero como siempre me decís que soy un paranoico, pues intenté tranquilizarme. —Menda hablaba atropelladamente.

—¿Cuándo ha sido eso? —pregunté preocupado.

—Hace una media hora, Caleb, tenemos que hacer algo o se la cargará, lo sé, lo presiento. —Menda no podía parar de moverse, me estaba poniendo de los nervios.

—Tranquilízate, vamos —dije mientras dejaba un billete de cinco euros en la barra y le decía al camarero que se quedara con la vuelta.

—Tenemos todo el tiempo del mundo, aquí estamos solos, aislados, poca gente sabe cómo llegar a este lugar, es perfecto para los dos —apuntó Mario mientras se sentaba enfrente de Patri.

Había preparado una mesa para dos en el sótano de la finca de sus abuelos.

—No te quejarás, aquí lo tenemos todo; buena comida, velas, un mantel de los caros, todo para impresionar a una pequeña rosa que empieza a marchitarse.

Patri lo miró con terror, tenía la boca tapada con cinta americana y las muñecas fijadas a los reposabrazos de la silla donde Mario la había sentado.

Todo había sido muy rápido, ese dichoso mensaje, el tomar una drástica decisión, la de no volverlo a ver, esta vez su magnetismo no le ayudaría en absoluto, Mario era un psicópata, ahora ya lo tenía claro.

Se maldijo a sí misma por su gusto atrofiado para elegir a los chicos, ninguno se salvaba, ninguno, salvo Caleb, él era diferente, era un buen chico y tenía esa pose de hombre misterioso que le encantaba, pero su interior no escondía nada oscuro, todo en él era claridad. Sin embargo, por circunstancias de la vida no le correspondía, estaba ella, esa policía tan mayor que le había sorbido el seso. ¿Por qué siempre que encontraba a alguien bueno estaba ya ocupado?, ¿por qué su corazón no podía pertenecerle a ella?, se hacía mil preguntas, incluso pensó que todo era por su culpa, por querer sacar un clavo con otro que estaba muy oxidado.

—¿En qué piensas, Rosa? —preguntó Mario mientras le servía una copa de vino.

Patri lo miró con los ojos muy abiertos, estaba aterrada.

—No es gran cosa, pero lleva tanto tiempo aquí que no me extrañaría que fuese un vino carísimo, no sé si te lo mereces, me has hecho daño ¿sabes?

De los ojos de Patricia brotaban lágrimas sin cesar, ¿la mataría?, seguro que sí y era imposible que pudiera escapar de allí con vida. Y si nadie la encontraba, y si su carne acababa abandonada y devorada por las alimañas del bosque, no, tenía que ser positiva, pero era del todo imposible.

—¡Respóndeme, joder! —gritó Mario.

Patri negó con la cabeza, no había otra forma de responderle a su captor, quizás alargaría su vida si le seguía la corriente y podría conseguir que la soltara si se portaba bien, quizás podía agarrar una de las llaves inglesas colgadas en la pared y asestarle un buen golpe, mil pensamientos se agolpaban en su cabeza, pero todos se dirigían al mismo lugar, salir de allí con vida.

—Yo me he portado bien contigo, he hecho todo lo que una mujer espera de un hombre por ti, pero siempre es igual, siempre acabáis despreciando mis gestos románticos, es algo que no entiendo, ¿podrías explicármelo? —Mario arrancó la cinta americana de la boca de Patri de un tirón fuerte, ella emitió un gemido de dolor.

—Lo siento, Rosa, no quería hacerte daño. ¿Me perdonas? —Patri emitió un «sí» casi inapreciable.

—No te he oído —espetó Mario con dureza.

—Sí, te perdono —dijo Patri sin dejar de llorar.

—Pero ¿por qué lloras?, yo jamás te haría daño, eres mi Rosa, todo esto es por nuestro bien, por el bien de nuestra relación, ¿lo entiendes, verdad?

Patri asintió con la cabeza.

—Ahora, voy a darte de comer, no puedo soltarte, no me fío de ti.

—No tengo hambre —titubeó Patri entre sollozos.

—¿De verdad vas a despreciarme esta cena que me ha costado un pastón?
—preguntó Mario con los ojos muy abiertos.

Debía ser la hora de comer, pero Mario parecía vivir en una realidad paralela, a Patri se le había cerrado el estómago y sabía que iba a ser incapaz de comer nada, sobrevivir, era lo único que podía hacer, si había que cenar a la una del mediodía, lo haría, quizás así ganaría tiempo para poder ser rescatada por alguien.

¿Quién la rescataría?, ¿quién lo haría?, un nudo muy grande en su pecho la hizo llorar con más fuerza, de mientras, Mario, cortaba la carne sangrienta con paciencia, su sonrisa cínica le heló la sangre. ¿Qué clase de monstruo era ese chico con aspecto de no haber roto un plato?

Laura, había dejado su coche en el barrio de Santos y se subió al coche patrulla con Vega, el día estaba siendo de locos y entre la aparición de Jack muerto, la detención de Santos y ahora la búsqueda de su hijo, sus compañeros no daban abasto, por ello, a ninguno de los dos les importó lo que dijera el comisario. Hacían falta buenos policías y allí estaba ella.

—¿Tú has ido a lo de Jack? —preguntó Laura rompiendo el silencio que se había instalado en el habitáculo del vehículo.

—Sí, a primera hora una vecina lo encontró tirado en el pinar de Arría Baja y el comisario me llamó a casa. El pobre chico tenía la cara muy desfigurada y casi no se le reconocía, en cuanto vi sus dientes de oro supe de inmediato quién era, me dio lástima ver a ese pobre chaval así —admitió Vega consternado.

—Todo esto es una locura, es una tras otra, chicos muy jóvenes muertos por querer vivir demasiado deprisa. —Laura se quedó pensativa, ella también había tenido esa misma edad y había cometido errores, algunos de mayor envergadura que otros.

—El mundo se va a la mierda compañera. —Vega suspiró, se le veía más afectado que de costumbre.

—¿Estás bien? —preguntó Laura.

Vega asintió.

—Esta profesión es muy dura en ocasiones.

—No sabes cómo te entiendo, en fin, vamos a por ese cerdo —dijo Laura en un intento de hacer que su compañero no decayera.

El móvil de Laura sonó y al ver en la pantalla el nombre de su chico a punto estuvo de no descolgar. No era el momento de hablar, pero no quería que Caleb pensara que pasaba de él y atendió la llamada para decirle que más tarde hablarían, que ahora no podía.

—Laura, menos mal, llevo un buen rato llamándote —afirmó Caleb sin aliento.

—Qué raro, lo he tenido encendido todo el rato, este cacharro cada día va peor, en fin, ¿qué quieres?, ahora no puedo hablar, luego te llamo, ¿de acuerdo? —se excusó Laura en un tono cortante que a Caleb le sorprendió.

—Laura, no me cuelgues, es importante, se trata de Mario Santos.

Estábamos totalmente descolocados, tenía que llamar a Laura, era la única que podía hacer algo. Podía haber llamado directamente a la policía, pero en ese momento ni se me pasó por la cabeza, solo quería encontrarla a ella y a Patri, temerario por mi parte, eso ahora lo tengo claro, pero en aquel momento policía era igual a Laura, ella se encargaría de todo.

Por dónde empezar a buscar era algo que Menda y yo desconocíamos, la verdad era que no conocíamos de nada a ese tal Mario y los sitios que podría frecuentar, solo teníamos una referencia, su coche y como un milagro o una casualidad imposible apareció en mi campo de visión como si fuese una aparición mariana.

—¡Joder Menda, mira quién está ahí! —exclamé mientras arrancaba de nuevo la moto y seguía al coche que muy lentamente se dirigía a la explanada del barrio.

—¡Puto cabrón, lo voy a matar! —gruñó Menda mientras se removía en el asiento.

—¡Estate quieto, joder!, tenemos que pensar las cosas bien, va solo; una de dos, o la lleva oculta en el maletero o se la ha llevado a algún sitio que desconocemos, si lo interceptamos ahora jamás sabremos dónde está, ¿me entiendes? —Menda asintió con los ojos muy abiertos.

—Joder, tío, cómo sabes... —dijo embobado, Menda era fácil de impresionar.

Seguimos el coche de Mario por la explanada en un simulacro de lo que

sería hacer el indio con la moto. Nos tomó por dos pasados de rosca y siguió su camino. De pronto paró el coche cerca de las escaleras, se bajó y arrojó algo al campo. Luego se marchó lentamente.

—Tenemos que saber qué ha tirado el notas este —dijo Menda.

—No hay tiempo, si no lo seguimos ahora lo perderemos, en cuanto podamos parar llamaré a Laura, ella sabrá qué hacer.

Seguimos a Mario a suficiente distancia para no levantar sospechas, había bastante tráfico, por lo que no fue difícil; hasta que la cosa se complicó y Mario se metió por caminos.

—Hijo de puta —mascullé mientras reducía la velocidad.

Nos iba a descubrir y eso podría significar la muerte de nuestra amiga, solo esperábamos que todavía estuviera viva, el solo pensamiento de Patri muerta me encogía el corazón.

—Vamos a seguir el camino, Menda, y que sea lo que Dios quiera —dije rezando para no perder de vista a Mario.

Seguimos el coche de Mario por caminos complicados llenos de barro debido a la lluvia que había arreciado de nuevo. Nos metimos en un socavón y tuvimos que bajar y empujar entre los dos mi moto para poder continuar el trayecto, pero pasó lo que los dos temíamos, Dios no había escuchado mis rezos interesados esta vez.

—¡Maldita sea mi puta estampa! —exclamó Menda tirando su desvencijado casco contra el suelo.

—Vamos a seguir, no nos queda de otra —dije subiéndome en la moto de nuevo.

Continuamos por el camino hasta que vimos el coche de Mario parado en la entrada de una finca.

—¡Increíble, gracias, gracias! —Se me escapó mi agradecimiento a Dios, ese al que me encomendaba cada vez que las cosas me iban tan mal que no podía hacer otra cosa. Mi familia no era creyente, yo tampoco, era de los que en el colegio había escogido ética en lugar de religión.

Llamé a Laura en repetidas ocasiones, tenía el teléfono apagado y maldije al pobre Dios que momentos antes me había ayudado.

Hice un último intento y me lo cogió. Se mostró borde, quería colgarme y le expliqué lo que estaba pasando.

—No hagas nada, Caleb, ¿Dónde estás? —preguntó Laura simulando estar tranquila, pero yo sabía que no, ese suspiro lo conocía bien, estaba aterrada.

—Estoy en un camino en la carretera C-40, se entra justo al lado de una

escuela de tenis, ¿sabes dónde te digo?, hay que seguir el camino y girar a la izquierda cuando ya no puedas seguir recto, luego sigue adelante, cuando veas una balsa que hace esquina sigue un poco más y verás el coche de Mario junto a mi moto.

—Quédate donde estás y no hagas tonterías, ¿me oyes?, ese chico es peligroso, por favor, Caleb.

—No, Laura, mi amiga está ahí dentro con ese asesino, no quiero sentirme culpable el resto de mi vida por no haber hecho nada —repliqué con determinación.

—¡Caleb!

Terminé la llamada, aquel no era el momento de discutir con ella, teníamos que hacer algo, y ni Menda ni yo nos acobardamos en aquel momento, simplemente actuamos.

Nos miramos con complicidad y saltamos la valla para entrar al recinto.

Se trataba de una vieja masía que había conocido tiempos mejores. Estaba plagada de mala hierba, material de obra y chatarra apilada por todas partes. Ambos agarramos un par de barras de hierro que podían sernos de ayuda llegado el caso.

El corazón me iba a mil por hora y Menda no dejaba de limpiarse las gotas de lluvia que le caían por la frente fusionadas con el sudor que estaba seguro de que hizo su acto de presencia como en mi caso. Hacía un frío de cojones, pero yo estaba sofocado, todo mi organismo estaba alerta, el peligro estaba ahí, ese criminal con cara de santo y apellido irónico no era para subestimar.

Nos dirigimos a la casa, y entramos sin problema, ya, que Mario se había dejado la puerta abierta.

Algo en mi interior me hizo sospechar, demasiado fácil, demasiado raro.

De pronto un grito y Menda en el suelo retorciéndose. Ese cabronazo tenía una pistola eléctrica.

Se abalanzó sobre mí, pero para mi suerte yo era mucho más corpulento que él y pude agarrarle la mano antes de que me dejara fuera de combate con una descarga. Tuve que soltar la barra para quitármelo de encima, con la mala suerte, que rodó hasta donde no podía atraparla.

La pistola cayó al suelo.

Forcejamos y él volvió a cogerla. Le agarré por las dos muñecas para inmovilizarlo, sin embargo, el tío tenía fuerza aun siendo tan enclenque.

La barra de hierro estaba demasiado lejos y Mario y su pistola demasiado cerca. Le di un puñetazo en la cara e intenté quitarle de nuevo la pistola. Pero

el cabronazo se había aferrado a ella como si fuese parte de sí mismo.

—Te mataré, trozo de mierda —me dijo mientras volvía a la carga.

Conseguí darle la vuelta a la tortilla y le quité la pistola. Le di varias patadas en el estómago y me alejé para atender a Menda. Error, nunca le des la espalda a tu enemigo, sobre todo si hay una barra de hierro a su alcance.

Capítulo 50

Desperté de golpe y porrazo, el agua fría me caló los huesos, por un momento me sentí desubicado y la cabeza me dolía demasiado como para poder concentrarme en dónde estaba y qué había pasado. Una sobredosis de claridad mental recorrió mis venas hasta hacer que me centrara.

Estaba sentado en el suelo, atado a una viga de hierro, a mi espalda amarrado a la misma viga se hallaba Menda maldiciendo a Mario por habernos tirado un cubo de agua fría con cubitos de hielo.

—Hijo de puta, te juro que en cuanto me desate te mato. —Menda amenazó al oscuro y maligno Mario que nos miraba con una sonrisa de oreja a oreja, se le veía muy divertido. Escruté la estancia con mi mirada, pero no había ni rastro de Patri y eso me disparó de nuevo el corazón. ¿Dónde la tendría?

—Si buscas a la putita has llegado tarde, se marchitó delante de mis ojos y no me quedó de otra que parar el proceso. —Automáticamente mi cerebro intentó descifrar lo que había dicho aquel loco y recordé las palabras de Cristine cuando me visitaba en el acantilado.

«Tengo frío»

Acudió a mi mente como un susurro, estaba seguro de que era ella, que quería darme una pista certera de dónde se encontraba mi amiga.

Localicé el congelador, la había metido dentro, ¿cuánto tiempo llevaría ahí?, ¿estaría viva?, tenía que actuar ya y no me lo pensé.

Comencé a mover mis manos de arriba abajo para romper la fina cuerda con la que nos había atado el psicópata de Mario.

Estábamos en un sótano lúgubre y mohoso. Mario se había marchado unos minutos antes y cerró con llave. La impotencia me estaba desgarrando el alma.

Menda comenzó a mover sus manos también para zafarse de las ataduras.

—Si nos movemos los dos a la vez no haremos nada, Menda. Mira, vamos a hacer una cosa, tengo un mechero en el bolsillo delantero del pantalón, vas a intentar cogerlo. —Se me ocurrió esa idea sin pensarlo demasiado, simplemente salió de mi cabeza, me di cuenta de que bajo presión funcionaba muchísimo mejor que cuando estaba tranquilo.

Moví las piernas e intenté llevarlas a un lado y hacia atrás, la postura era de lo más incómoda, pero enseguida noté la mano de Menda intentando colarse en mi bolsillo.

—Ten cuidado donde tocas, cabronazo —le dije en un intento de tomarme las cosas con humor, aunque estuviera aterrado.

—Seguro que te gusta, nena. —Menda respondió a mi improvisada broma, fue nuestra forma de rebajar la tensión en aquel momento.

—¡Oh, sí!, ya lo tienes, ahora enciéndelo ya y haz que me corra. —Solté una risita nerviosa después de decir semejante gilipollez.

Menda hizo rodar la piedra del mechero, parecía que no prendía, normal, con la lluvia y el baño de agua helada que había sufrido, el mechero no servía para nada. No obstante, Menda no se rindió y siguió probándolo una y otra vez hasta que, bingo.

Noté como las cuerdas se quemaban, por suerte el agua no había llegado hasta donde estaban, demasiada suerte, diría yo, pero así fue. Cuando sentí mis manos liberadas no me lo podía creer.

Solté a Menda y nos apresuramos a coger un hacha y un pico que encontramos en aquel viejo sótano. Luego corrimos hacia el congelador. Estaba cerrado con un candado.

—Mierda. Tenemos que abrir esto. De todas formas, antes de que la cosa vaya a peor, vamos a pararlo. —Estiré del enchufe y lo desconecté de la corriente.

Localicé unas cizallas que descansaban en un rincón como caídas del cielo. Las agarré con rapidez e intenté romper el candado con ellas. Después de varios intentos fallidos de ambos, Menda consiguió romper el candado.

Abrimos la tapa con desesperación, pero a parte de un olor indescriptible, pero nauseabundo, no había nada más en el arcón congelador. Estaba completamente vacío.

—Se está riendo de nosotros Menda, está todo planeado, primero ha hecho que yo sospeche lo del congelador, luego nos ha dejado la cizalla cerca para que nos entretengamos y perdamos el tiempo. —Solo quería ganar tiempo, pero ¿para qué?

Vega siguió todas las indicaciones que Laura le había dado, pero no dejaban de dar vueltas sin encontrar la moto y el coche de Mario. Samuel, un compañero de ambos les había llamado minutos antes. Lo que había tirado Mario en el campo que había detrás de la explanada no era otra cosa que el

móvil y la cartera de Patri. Si Caleb y Menda no lo hubieran visto tirarlo, la policía hubiera dado palos de ciego buscando a Patri en el sitio equivocado. Por suerte para ellos, no fue así y más o menos tenían clara la zona donde estaban los chicos por el rastreo que había hecho Samuel del móvil de Caleb. La triangulación los situaba muy cerca, pero no sabían el punto exacto y por ello ambos policías no encontraban la finca de la que Caleb había hablado.

De pronto, bajo un árbol y tirada en el suelo, encontraron la moto de Caleb, su móvil encendido y el casco destrozado.

—Mierda, Vega, creo que alguien se está riendo a nuestra costa —dijo Laura enfadada.

—Creo que debemos localizar la masía por el detalle de la balsa y no por el coche y la moto de Caleb, está claro que ese cabrón los ha movido de sitio. Encima no sabemos lo lejos que estamos de esa dichosa finca, ha dejado el móvil aquí para confundirnos y ponérselo difícil.

—Samuel, ¿qué sabemos de las propiedades de Miguel Santos? —preguntó Laura a su compañero por teléfono.

Le habían pedido que investigara sobre el patrimonio de Miguel Santos para ver si había una finca y saber la dirección exacta.

—Efectivamente, tiene una finca rústica, pero no hay datos concretos, en la base de datos consta como Camino de las Almas sin número.

—Pues estamos apañados —espetó Vega golpeando el volante con rabia.

—He localizado vuestros móviles, estáis más cerca de lo que creéis, aunque no tengo vuestra ubicación exacta, ese camino me sale muy próximo, hay un cementerio de mascotas muy cerca, si lo veis dejadlo a la izquierda y seguid recto cuando no os quede de otra que girar a derecha o izquierda habréis llegado al camino.

—Está bien, Samuel —dijo Laura mientras terminaba la llamada.

—Hemos visto esa jodida balsa y por no ver los vehículos la hemos pasado de largo, ahora cualquiera la encuentra —se lamentó Laura.

—No te preocupes, daremos con ellos, si la hemos visto una vez, la volveremos a ver, al fin y al cabo, estamos dando vueltas en círculo —comentó Vega con el fin de tranquilizar a su compañera.

La desesperación estaba haciendo mella en la estabilidad de Laura, solo pensaba en llevarse un trago e inundar su garganta con algo fuerte. El deseo de beber alcohol se intensificaba por cada minuto que pasaba dando palos de ciego junto a Vega.

—¡El cementerio de mascotas! —exclamó Vega.

Laura cerró los ojos e invocó a la suerte para que no les abandonara ahora que les había sonreído levemente.

Siguieron recto hasta llegar al camino perpendicular tal y como les había dicho Samuel y luego lo recorrieron de arriba abajo. Justo cuando pensaban que la balsa que habían visto un buen rato antes era solo producto de su imaginación, la misma apareció ante sus ojos.

Pararon el vehículo y se apresuraron a salir pistola en mano. Saltaron la valla, como habían hecho Caleb y Menda un rato antes y se dirigieron a la casa.

El suelo estaba embarrado por la lluvia que había caído intermitentemente durante todo el día, el ambiente frío y desapacible hizo que Laura tuviera escalofríos, pero no solo era el tiempo lo que le puso la carne de gallina, fue el mero hecho de pensar que su chico podría estar mal herido o peor aún, muerto, por no haber podido llegar a tiempo.

Nadie da duros a cuatro pesetas, le oía decir esa frase a mi padre desde que tenía uso de razón. En este caso, esa frase se acoplaba a la perfección. Mario nos lo ponía fácil para hacernos caer en la trampa una y otra vez. El psicópata tenía cámaras en el sótano y se lo estaba pasando de lo lindo mientras Menda y yo intentábamos liberar a Patri. A ella no la tenía en el sótano, pero había estado allí, un pendiente en el suelo, uno que le había visto a ella alguna vez; me hizo albergar una pequeña esperanza, podía estar cerca. Pero luego lo pensé mejor, ¿y si era otra de las pistas falsas de nuestro amigo el psicópata?, estaba empezando a volverme loco en aquel lugar inhóspito, mientras le seguía el juego a un demente sin escrúpulos.

Encerrados sin poder salir, así estábamos Menda y yo en un sótano asfixiante, ya podíamos gritar, nadie nos oiría.

Escuchamos gritos en la planta de arriba.

—Joder, Caleb, la tiene arriba y le está haciendo algo —gruñó Menda mientras golpeaba con el puño la puerta del sótano.

Habíamos probado de todo, incluso darle con el pico, pero la dichosa puerta de acero no se abría ni por asomo. Aquello era una especie de búnker que con toda probabilidad y por lo vieja que era la casa, habría servido de refugio a las personas que vivieron allí en tiempos de guerra.

En ese pensamiento andaba inmerso cuando se me ocurrió una idea.

—Un túnel subterráneo —dije con los ojos iluminados.

—¿Qué dices, chalado?, ¿cómo vamos a ponernos a excavar ahora?, no

hay tiempo.

—No, joder, digo yo, esto tiene una pinta de búnker que tira para atrás, ¿y si hubiera un pasadizo?, un túnel para salir de la casa sin ser visto.

Menda asintió con la cabeza y ambos comenzamos a palpar las paredes y a sacar trastos de en medio, pero no hubo manera, el dichoso túnel no aparecía por ninguna parte.

Me senté con la impotencia pintada en la cara, por un momento pensé que la Diosa Fortuna estaba de mi parte, pero demasiado había tentado a la suerte aquel día, ahora ya no funcionaban mis rezos interesados a ninguno de los dioses que conocía.

Me escurrí hacia adelante, en esa parte de suelo había un trozo de moqueta verde, digo verde por decir alguna cosa, el color de ese ajado trozo de tela era difícil de descifrar, era como parduzco. Toqué la moqueta y noté que debajo había algo rugoso. Me levanté y retiré la improvisada alfombra; ahora sí, debajo de la misma se encontraba una vieja trampilla de madera y hierro. Tiré de una anilla oxidada y forzándola un poco se abrió.

—¡Joder, tío! —exclamó Menda boquiabierto y luego añadió—, eres la caña, jamás la hubiera descubierto.

—Anda, salgamos de aquí. Vamos a por el mierda ese, antes de que sea demasiado tarde.

No sabía cómo había llegado hasta allí, lo último que recordaba es que llamaron a la puerta y ella abrió. Una luz la cegó y se produjo una especie de salto en el tiempo; la realidad era bien distinta, pero eso ella no lo sabía.

Mario le había rapado su preciosa melena azabache, esa que ella tanto mimaba; le había dado donde más le dolía y todo por responderle entre risas días atrás a una pregunta clave.

—¿Qué es lo que más te gusta de tu físico? —preguntó Mario mientras tomaban una cerveza.

—¿Qué pregunta es esa? —Patri se ruborizó; tenía claro cuál era su tesoro máspreciado.

—Anda, dímelo, estoy seguro de que hay algo que piensas que te hace especial —dijo Mario guiñándole un ojo.

—Va, te lo voy a decir, pero no digas luego que soy una creída. —Patricia se tapó la cara, se había puesto roja como siempre que se sentía avergonzada.

Mario la miraba divertido, su sonrisa de medio lado le atrajo desde el primer momento en que lo vio. No era ni mucho menos como la de Caleb, pero

aun así, no la dejaba indiferente.

—Mi pelo —confesó Patri antes de volverse a tapar la cara.

—Si te dieran a elegir entre tu vida y tu pelo, ¿te lo raparías al cero? —preguntó Mario mientras bebía un sorbo de su cerveza.

—¿Qué dices?, no, no, prefiero morir a cortarme el pelo.

Ahora recordaba ese momento con terror, le había proporcionado a su captor demasiada información de sí misma, información sensible e íntima. Le había dicho muchas cosas en poco tiempo, se maldecía por padecer el mal de muchos, una peligrosa incontinencia verbal.

Intentó repasar todos los momentos vividos con Mario, las palabras que habían salido de su boca y todo lo que este podría utilizar en su contra. Recordó un momento en concreto:

—Ahora en serio, no te rías, ¿qué es lo que menos te gusta en un hombre? —preguntó Mario.

—¿Me estás haciendo el tercer grado? —Patri se sentía achispada por la cerveza.

—No, solo quiero saber cosas sobre ti, quién sabe, a lo mejor soy un asesino en serie y quiero averiguar cuál es tu talón de Aquiles —dijo Mario muy serio. Patri le devolvió una mirada interrogante y él estalló en carcajadas.

Ahora sabía que no bromeaba.

Arrastrarse por un túnel embarrado y lleno de ratas no es plato de buen gusto para ningún mortal que se precie, sin embargo, ahí estábamos Menda y yo felices por haber encontrado una salida.

En cuanto vislumbramos la luz nos sentimos ansiosos por llegar al final y dejar de hacer el gusano.

Cuando salimos, saltamos y nos abrazamos como si hubiéramos ganado el partido de fútbol de nuestras vidas. Por desgracia, nuestro partido era algo mucho más complicado que perseguir un balón y luchar por él; nuestro balón tenía nombre de mujer y en las garras de Mario no llegaría a la media parte.

Corrimos de nuevo hacia la casa, Menda estaba cubierto de barro, por lo que no era difícil imaginar que yo estaba igual o peor que él.

Me sentía como uno de esos soldados que se arrastran por el barro en las películas, solo que yo no tenía arma con la que defenderme en caso de ataque enemigo, tendría que disparar con las piedras del camino, no había de otra. Mi enemigo tenía algo que lo hacía único; poseía un cerebro maquiavélico y

manipulador, una de esas mentes cuadradas que lo tienen absolutamente todo calculado. Era una cualidad que no podía obviar, sí, Mario Santos no tenía un pelo de tonto. Pero Caleb Fénix tenía algo mucho más valioso, y era la capacidad de renacer cuando todo parecía perdido. Por ello en La Vila Alta me pusieron ese nombre de guerra. No solo en las carreras sabía remontar, lo hacía siempre. Porque no me rendía, no lo hacía, a veces era como un burro volviendo una y otra vez al camino. Podían tirarme piedras y ponerme obstáculos, yo siempre los derribaría. Quizás se pueda pensar de mí que soy un narcisista, nada más lejos de la realidad. Mi padre me enseñó que hay que ser constante y luchar, luchar siempre por nuestros sueños, que estemos tan lejos del cielo no quiere decir que no podamos cambiar el mundo con nuestro pequeño granito de arena. Somos personas, pequeñas, insignificantes, pero tenemos algo que nos hace únicos; la capacidad de ponernos a prueba a nosotros mismos, la capacidad de superarnos, de volar hasta el infinito con nuestros sueños.

Pensar en todas estas cosas me dio fuerza y una claridad mental poderosa.

Menda y yo nos miramos de manera cómplice, nos pintamos la cara con barro como si fuéramos guerreros y nos dirigimos a la casa con la intención de no salir sin Patricia.

Entramos con cuidado e intentamos hacer el menor ruido posible. Con suerte, Mario no se habría enterado de nuestra proeza, o sí, quién sabe.

Por si no nos había visto salir por el túnel, dejamos un par de bultos hechos de neumáticos y tapados con una manta. ¿Colaría como dos amigos durmiendo juntos en un sótano oscuro y frío? Quién sabe, pero ¿y si no nos había visto?

Albergué esa esperanza desde el momento en que salimos del túnel y Mario no nos estaba esperando. Pero quién podía saberlo, podía tener preparada una de sus trampas para nosotros. No podíamos bajar la guardia.

Por ello, la cautela y el no subestimar al enemigo se repetía en nuestras cabezas una y otra vez como un mantra.

La casa era vieja y estaba llena de trastos. En el salón solo había una mesa y cuatro sillas desvencijadas.

Las paredes lucían desconchadas y la humedad campaba a sus anchas por los rincones y por el techo. Oímos la voz de Mario y los sollozos de Patri en una habitación.

Menda y yo nos hicimos señas. La pistola eléctrica de Mario descansaba

en el suelo, justo al lado de la puerta de esa habitación.

Con cuidado agarré la pistola y permanecí agachado, miré en el interior de la habitación, pero lo que vi me heló la sangre.

Mario tenía a Patri atada a la cama bocabajo. Ella estaba completamente desnuda y él la embestía como un jodido energúmeno. Ella no hacía más que sollozar. Pero tan débilmente que apenas podían oírse sus quejidos.

La sangre me hervía y tuve que hacerle un gesto a Menda para que se estuviera quieto, su cara lo decía todo; iba a matar a ese malnacido con sus propias manos, su mirada me lo dijo.

Respiré profundamente; teníamos que entrar a la vez, agarrarlo por detrás y reducirlo con la pistola, no podíamos esperar más. Nos miramos, asentimos con la cabeza y entramos a la vez en la estancia.

Menda apresó a Mario y con toda la fuerza que fue capaz de reunir lo derribó y este quedó tirado en el suelo, momento que yo aproveché para meterle unas cuantas descargas y dejarlo retorciéndose en el suelo.

—Amigo, hay que saber nadar y guardar la ropa —le dije mientras le propinaba la última descarga.

En ese momento, llegaron Laura y Vega.

—A buenas horas —les reprochó Menda mientras desataba a la maltrecha Patricia.

—Dios mío, Caleb. —Fue lo único que pudo decir Laura.

Se temía lo peor, con las indicaciones que le di tenía que haber encontrado la finca con facilidad, lo que yo no sabía en ese momento era lo que había hecho Mario para despistarlos. Tampoco me imaginaba ni por asomo el estado en el que se encontraba mi moto.

Patri me llamó entre sollozos y yo acudí a atenderla sin abrazar a mi chica, sin besarla, estaba demasiado bloqueado en aquel momento y después de haber visto a ese individuo violar a Patri delante de mis morros solo quería protegerla y consolarla.

—Caleb, sácame de aquí por favor —me dijo entre lágrimas.

Miré a Menda. Joder, sabía que le gustaba y que estaba enamorado de ella, pero ¿qué podía hacer?, decirle, oye, no puedo, tengo novia y a mi amigo le gustas; no, no era el momento.

Tomé a Patricia tapada con una manta inmundada entre mis brazos y salí de la casa. Ella apoyó su pequeña cabeza sin pelo en mi pecho y cerró los ojos, ahora estaba en paz y yo estaba tan apenado que sentí el deseo irrefrenable de darle un beso en los labios para calmar su dolor.

Me contuve, no quería ilusionarla y tampoco hacerles daño a Laura ni a Menda. En su lugar besé su frente.

—Caleb. —Laura me había seguido. Me giré y vi su mirada de lágrimas contenidas.

Le sonreí levemente, la miré a los ojos y le dije sin palabras que estuviera tranquila, que mi corazón era de ella, que pronto lo comprendería todo.

Laura me contestó también sin palabras, ¿era eso telepatía?, su mirada me dijo que más me valía y su intento de sonrisa me dejó claro que me había entendido a la perfección.

—La ambulancia viene para aquí —me dijo.

Asentí con la cabeza y ella volvió a la casa.

Menda salió y me explicó que tenían a Mario esposado, pero que yo le había metido tanta caña con la pistola eléctrica que no podía apenas moverse, esperarían a que se mantuviera en pie para sacarlo de la casa.

Los tres esperamos pacientemente a la ambulancia y cuando esta llegó fuimos atendidos. Menda y yo, a parte de algunos rasguños y moratones, estábamos bien. Sin embargo, Patricia había sido apaleada, torturada y violada repetidamente por Mario, por lo que necesitaría atención hospitalaria y psicológica; la pobre chica estaba destrozada.

Vimos cómo se llevaban a Mario que todavía caminaba con dificultad. Su mirada de desprecio fue contrarrestada con dos peinetas que le hicimos Menda y yo. Quizás pudiera parecer una chiquillada, pero me sentí de puta madre enseñándole mi dedo corazón.

Epílogo

El timbre estridente y molesto me despertó de mi placido sueño. Hacía días que mi vida era una balsa de aceite. No había policías corruptos, ni asesinos en serie, ni camellos organizadores de carreras ilegales en el barrio. A decir verdad, mi vida se había vuelto como la de cualquier chico de mi edad, y todavía me costaba acostumbrarme.

Instituto, amigos, Laura; siempre Laura.

Aquel día tenía que ir a recoger mi moto al taller. Tras el destrozo que hizo Mario había necesitado una reparación complicada y costosa. Me llevé un buen disgusto cuando vi como se la llevaba la grúa tan maltrecha e inerte, tan lejos de lo que siempre fue mi caballo de hierro.

Abrí la puerta con los ojos pegados por las legañas y con toda seguridad, la cara marcada por las sábanas.

—Hola, soy Javián Méndez, el abogado del señor Benito González. —Un hombre más alto que yo, con las facciones marcadas y más pinta de modelo que de abogado me dio un firme apretón de manos ante la mirada sorpresiva de mi hermana Andrea.

No fui capaz de articular palabra.

—Mi cliente me pidió que le entregara esto personalmente. No me ha sido posible hacerlo antes, por ello le ruego que me disculpe.

—Creo que me acabo de enamorar —declaró Andrea sin corte ninguno.

—¡Andrea...! —exclamé poniendo los ojos en blanco.

Javián sonrió y ¿la miró con ojos de corderito?, no podía ser, acababa de presenciar eso que llaman un flechazo entre mi embarazadísima hermana y el abogado modelo de Ben Killer, eso de que la vida te da sorpresas es una verdad como un templo. Doy fe de ello.

Javián me dio un sobre marrón muy inflado y en aquel momento me acordé de cierta cantidad de dinero que Ben me iba a pagar por terminar la carrera.

—Pero, no terminé la carrera. —Me arrepentí nada más decir esto, pero es que a veces me pasaba de sincero, lo reconozco.

—Lo que hay en este sobre es para usted, Ben lo dejó muy claro antes de,

ya sabe —dijo Javián encogiéndose de hombros.

—¿Cómo está él? —pregunté con verdadero interés.

—Pues mejora poco a poco. —Solo dijo eso, aunque intenté averiguar no soltó prenda, eso eran datos confidenciales y Javián sería el abogado de un delincuente, pero tenía sus principios.

En el barrio me fui enterando por unos y por otros, cada uno daba una versión diferente, incluso llegaron a decir que Ben ya había salido del hospital y que se había mudado de barrio por miedo a las represalias de los Camparo.

La verdad era que Ben Killer, Benito después de aquel accidente, comenzaba una larga y dolorosa rehabilitación para no conseguir prácticamente nada y no volver a caminar en su vida. Al menos eso es lo que pudo averiguar mi chica.

Algunos dijeron que gracias a eso se había transformado en un hombre de bien y años después todavía se oyen leyendas sobre su paradero. La verdad nunca la sabremos del todo. Todos lo han visto, unos pidiendo en las calles, otros en un coche de lujo, Ben se esfumó como el humo de un cigarrillo.

Fui a visitarlo un día después de la visita de Javián, quería verlo, solo verlo. Pero ya no estaba en el hospital, lo habían trasladado y al no ser familia, no me dieron más datos.

Fue años después cuando yo fui uno más de los que lo vio, pero no solo eso, pude hablar con él y del Ben Killer macarra y deslenguado ya no quedaba nada. Era un hombre serio que conservaba su atractivo y se dedicaba a escribir. Al menos eso fue lo que me dijo. No caminaba, pero jugaba al baloncesto y ayudaba a niños que podían acabar como lo hizo él.

Con respecto a su más voraz perseguidor, Santos, fue condenado por la muerte de Jack y por encubrir a su hijo en los asesinatos de Cristine, Belén y la olvidada, María Peña.

Su hijo Mario, ese no saldría de la cárcel en muchos años, pero si algún día salía y yo tenía una hija, me guardaría muy mucho de que no se acercara a ella, estaba seguro de que me tomaría la justicia por mi mano y le haría mucho más que freírlo a descargas eléctricas.

Patri necesitó mucho calor y a sus amigos. En aquellos primeros días no salía de casa, tampoco quería ver a nadie. Menda lo pasó muy mal y le dio su espacio hasta que Patri nos volvió a dejar entrar en su vida poco a poco. Yo jamás la podría corresponder como pareja; mi corazón en aquellos días pertenecía a Laura Casas y era con ella con quien quería estar. En cambio, Menda bebía los vientos por Patricia y sus disgustos le costaron ese

enamoramiento no correspondido. Él lo siguió intentando, pero eso, es otra historia.

Mi familia y yo recibimos ese dinero como agua de mayo, adiós, Arría Baja. En cierto modo me daba pena irme de allí, pero no era sitio para mi sobrino por nacer. La gran mayoría de chicos de aquel barrio acababan delinquiendo o enganchándose a la droga. Pocos eran los que se libraban de ello. No queríamos un futuro así para nuestro pequeño. Por ello, nos trasladamos en junio de 2009 a un barrio modesto pero mucho más seguro. Ya no teníamos una casa de lujo, tampoco un mini piso hecho polvo en un barrio marginal, ahora éramos propietarios de un piso de cuatro habitaciones y dos lavabos, sí, dos lavabos, y podíamos hacer nuestras necesidades sin dejarnos las rodillas marcadas por la puerta. Me pareció increíble.

Mi madre, al menos estaba más contenta y no se quejaba tanto. Y hablando de mi madre. Me gustaría decir que aceptó a Laura como nuera, pero estaría mintiendo como un bellaco. Marisa y Laura jamás congeniaron, es más, la tensión entre ellas se podía cortar con un cuchillo. Mi padre, mi hermana y yo, no sabíamos que hacer para que se llevaran bien. Al final, optamos por dejarlas a su libre albedrío. El intercambio de pullitas y directas al corazón era hasta divertido.

No era así con Javián, el abogado de Ben Killer que no pudo quitarse a mi hermana de la cabeza y se hizo su *modern family* con ella, mi sobrino y una hija de él con otra pareja anterior. A mi madre la traía loquita. Un día le tuve que decir que dejara de babear detrás del novio de mi hermana, me soltó una colleja de las que pican, menuda era y es mi madre. El día que Andrea dio a luz a mi sobrino Caleb segundo, fui el tío más feliz del mundo. Me emocioné como un niño cuando ella me dijo que le iba a poner mi nombre.

—Yo te haré volar lejos del cielo, pequeño —le susurré mientras sostenía una de sus pequeñas manitas.

—Ni de coña lo subirás en tu moto, Caleb —vociferó Andrea lanzándome dardos con su mirada.

Es curioso cómo cambian las cosas y cómo gira la vida y el mundo en un instante, de pronto todo estaba claro; las cartas estaban encima de la mesa, para todos.

Laura fue llamada de nuevo al despacho del comisario, pero esta vez no hubo bronca. En su lugar, el comisario le dijo que tenía quince días para incorporarse, pero no para trabajar de policía infiltrada, no. Le daban la oportunidad de hacer lo que más le gustaba, resolver casos, investigar, salir a

la calle como lo que era, una magnífica policía.

Y con respecto a nuestra relación, teníamos ganas de desconectar para estar solos, por ello en cuanto terminé el curso en el instituto nos subimos a su coche y decidimos conducir sin rumbo.

—¿Y por qué no con la moto?, será mucho más emocionante —gruñí yo enfadado de verdad.

—Paso de mojarme cuando llueva y de pasar frío innecesariamente. Que la moto está muy bien para un ratito, pero nos vamos un mes Caleb, un mes.

Acepté a regañadientes, y nada, nos embarcamos en un *tour* por el país, sin rumbo fijo, sin horarios, sin destino definido. Solo teníamos claro que queríamos estar juntos fuera donde fuera; y puedo asegurar que los días que pasé con Laura en aquella aventura, fueron de los más bonitos de mi vida.

Recuerdo a Laura cuando saltaba cada vez que se le acercaba una ola, y también cuando corría por la orilla mientras levantaba los brazos y se sentía libre y viva; viva.

Tumbados en la arena y mirándonos como dos bobos, se lo dije por primera vez.

—Te quiero. —Salió de algún lugar, no sé de dónde, pero lo dije de corazón y eso era lo que importaba.

Ella me miró y me dio un beso largo y lento. ¿Era su manera de decirme que me quería?

No tenía ni idea, solo sé que me aferré a ella todo lo fuerte que pude, la sentí tan mía que hasta me dolía. Quería a aquella mujer que llevaba a sus espaldas diez años más que yo. Diez años de experiencias, de amores truncados, de batacazos, de vida, diez años.

Nos levantamos de la arena y nos dirigimos al coche cogidos de la mano, volvíamos a casa. ¿Qué nos deparaba el destino? nadie podía saberlo, nosotros debíamos escribirlo y eso era lo que nos proponíamos, plasmar en vivencias nuestro día a día, pensar en aquel hoy y no en el mañana, al fin y al cabo, cuando dos almas se juntan y encajan a la perfección, ¿qué demonios importa la edad?

FIN



Maribel C. Gómez

(Tarragona 1977)

Empecé a escribir cuando apenas tenía cinco o seis años, lo hacía de derecha a izquierda, soy zurda, era más cómodo. Solía escribir cuentos o poesías y las ilustraba. A los once años les pedí a mis padres que me regalaran un diario por mi cumpleaños; desde entonces fui plasmando mi vida en aquel cuaderno rojo con páginas ribeteadas en oro, lo sé, ¡horrible! No escribía a diario, lo hacía cada vez que necesitaba desahogarme. Tengo toda mi adolescencia registrada, sin embargo, la letra no la entiendo ni yo, quizás, algún día descifre mis diarios y pueda aprovecharlos para escribir esa novela que seguro me catapultará a las estrellas, de sueños también se vive.

No tengo carrera, soy una chica FP y contable de profesión. Durante mis estudios siempre destacué por mis dibujos y mis historias contadas de diferentes formas. La imaginación fue mi aliada y mi verdugo a la vez, pues hay personas que no entienden que un niño necesita imaginar y si lo hace de manera más intensa que los demás, no es que sea raro, solo es alguien que tiene mucho que contar.

Cuando ya estaba más cerca de los cuarenta que de cualquier otra edad, publiqué mi primer libro. Tiempo después lo borré de Amazon, la inseguridad y los múltiples errores fueron más fuertes que yo. Mi segundo libro, «Subyacente: El Informe Alcatraz», para mí, mi *opera prima*; me dio muchas alegrías y se vendió muy bien en Estados Unidos, es muy especial para mí y

una locura maravillosa.

Poco después, publiqué la segunda parte, «Adyacente: La noche del cielo rojo».

En 2017, publiqué «Imperfecta rara avis», si quieres leer un libro que no te deje indiferente no dejes de echarle un vistazo, te va a sorprender, seguro.

«El Círculo de alas negras», lo publiqué en 2018, si te gusta pasar miedo y la intriga al 100 % no dudes que disfrutarás con este libro.

Y bueno, la novela que tienes entre las manos es mi libro más extenso y muy pero que muy especial para mí. Espero que lo hayas disfrutado y si lo has hecho, déjame tu opinión en Amazon, en Goodreads, en las redes sociales o dímelo por privado. Pero me encantaría saber tu opinión.

SOBRE ESTA NOVELA

Este libro que tienes en las manos es fruto de muchos meses de trabajo muy duro, es la novela que menos me costó escribir y más editar. Es la más extensa que he escrito y con ella me hice el Nanowrimo en veintisiete días.

El personaje principal, Caleb, está inspirado en varias personas, pero comparte otras con el hombre que quiero, mi marido. En conjunto y casi por arte de magia pude tejer este personaje que cobró vida como si fuera esa chispa que hace que un motor arranque.

Los demás personajes tienen trozos de personas que he ido topándome a lo largo de mi vida. Hay situaciones reales y hay muchas que son fruto de mi imaginación. Obviamente, lo delictivo del libro, es ficción. No obstante, la televisión, internet, lo que oyes cuando sales a la calle, en cualquier conversación ajena, te sirve de inspiración.

Las localizaciones son casi todas reales, aunque a todo le he cambiado el nombre. Por poner un ejemplo, Arría Baja y su explanada existen en la realidad; sin embargo, el barrio en el que me he inspirado no es marginal, solo es un barrio que construyeron los Andaluces que vinieron a trabajar a Cataluña hace varias décadas y donde no hay peligro de que te atraquen en cada esquina. Solo me inspiré en él de forma física, por su gran explanada, por su perfil y porque me iba de perlas para contar mi historia. El barrio en cuestión, se llama Bonavista y tiene los mejores bares de tapas de Tarragona, que conste.

La explanada, es la misma donde Bigas Luna rodó la escena de la carrera de la película "Yo soy la Juani". En ella cada domingo ponen el mercado. Cerca hay un pinar, como relato en el libro; hasta las escaleras existen.

El edificio donde vive Caleb y su familia lo conozco bien, pero no tiene aparcamiento subterráneo, eso, me lo he sacado de la manga.

Los múltiples bares que nombro también existen, hay muchos bares en Bonavista y puede ser chocante, pero es así. No he nombrado a ninguno, lo he dejado en plan difuso, el que más he detallado es el bar de la plaza, por hacer referencia, pues en esa plaza hay al menos cuatro bares.

El mirador (es un pequeño mirador con unas vistas preciosas) está en un pueblo que linda con el barrio de Bonavista, se llama La Canonja; y es un pueblo tranquilo y pequeñito. Su gente es muy amable y te hacen sentir como en casa.

El acantilado solo existe en mi mente, de alguna manera lo asocié al que se encuentra próximo al baluarte del Fortí de la Reina en Tarragona. Cuando éramos pequeños, mis amigos y yo le llamábamos al lugar La Marina Roc, sin saber a qué se debía el nombre. Años después y gracias a internet (fuente: Viquipèdia), descubrí que en el año 1965 se construyó a pocos metros de la fortificación un restaurante al que llamaron con ese nombre, sin embargo, se denegó su apertura y fue derribado.

Las fábricas; esas son totalmente reales, bordean toda la costa de Tarragona, una pena, aunque reconozco que son puestos de trabajo y Tarragona es lo que es, pero da mucha rabia ver una costa tan bonita invadida de chimeneas y humos que pueden ser de todo menos saludable.

En algunos capítulos hago referencias a carreteras que me he inventado, aunque la A-7 exista, el kilómetro ha salido de mi retorcida imaginación.

La iglesia y el pueblo abandonado, es en parte fruto de mi imaginación, por otra, es real, me he inspirado en La Musara, ese pueblo abandonado al que persiguen leyendas y los sucesos de *La Vila del Sis*. Si queréis saber más de su historia, no dudéis en buscarlo en internet, no tiene desperdicio.

La Vila Alta; esa urbanización de lujo con seguridad privada no existe en realidad, pero sí la maravillosa Vila-seca. Un pueblo a unos tres Kilómetros de La Canonja y en el que viví durante cinco años. En dicho pueblo hay urbanización de chalés que está al lado del Castillo del Conde Sicart (Castillo de Vila-seca), allí hay numerosas casas preciosas y muy grandes, fue mi inspiración.

El polígono abandonado, donde Caleb corre con Jack y sus antiguos amigos de la Vila Alta también existe. Está entre Vila-seca y La Canonja, y lo conozco porque una vez fui a hacer *running* allí. Estaba tal y como explico en el año 2012 aproximadamente, con todas las farolas sin cobre y como a medio terminar. Ahora cuando vas por la carretera apenas se ve por toda la vegetación que lo ha invadido.

Y no sé, creo que no me dejo nada. Solo quería compartir con vosotros esas localizaciones, por si os interesa buscarlas en Google.

Cualquier pregunta que queráis hacerme, estaré encantada de aclarar vuestras dudas.

Gracias por leerme.

AGRADECIMIENTOS

Pues vamos con los agradecimientos, este año tengo mucho que hablar.

En primer lugar, y mención de honor a Luz Maestre por haber sido una lectora cero de lujo y haberme avisado antes de que publicara una novela llena de "dijos", también por hacerme ese pedazo de prólogo. Es una de las personas que me animó a escribir esta historia cuando leyó aquel pequeño relato que yo definí como "historia de chonis poligoneros". ¡Muchas gracias Luz!, sé que harás cosas grandes.

A Martin McCoy por aquella maravillosa idea y por ser el timón de ese precioso proyecto llamado "Fuera de tiesto".

Por casualidad vi aquel *post* en Facebook, se trataba de hacer una antología de relatos, pero era tan especial y tan arriesgada la idea que me atrajo como la miel a las moscas. Escribí un relato, en primer momento me quise morir, días después lo volví a leer y dije, joder, pues aunque sea tan poligonero, tiene su aquel, me gusta, luego me encantó. Al final, animada por los demás compañeros lo convertí en esta novela que tienes en las manos. Si no has leído la antología Fuera de tiesto, te la recomiendo encarecidamente. Se trata de una antología diferente en la que todos los que formamos parte de ella escribimos un relato que no tiene nada que ver con el género que acostumbramos a escribir. En mi caso, escritora de misterio, terror y *thriller*; me tocó escribir romántica juvenil, el relato trataba de serlo y de alguna manera lo conseguí, pero la novela hizo que la cabra tirara para el monte y de toda esa mezcla de estilos salió este libro tan especial que me ha costado un mundo corregir. Si has encontrado alguna errata pido mil perdones, todavía tengo que perfeccionar más mis correcciones, pero todo se andará.

A todos mis compañeros de Fuera de tiesto, por ser todos unos fieras y enfrentar ese reto con una profesionalidad que asusta. Sois grandes, que lo sepáis.

A mi Pedro por aguantar mis desvaríos, por verme ilusionarme y caer una y otra vez con este duro camino que emprendí casi por casualidad. Por escuchar a la friki de su mujer, aunque le hable de programas informáticos de los que no tiene ni pajolera idea.

A mi hermana Lorena por avisarme de mis meteduras de pata con las portadas y los títulos de mis novelas. Me escuece, claro que sí, pero yo soy

una persona que aprecio la sinceridad y cuando la persona que me lo está diciendo tiene más razón que un santo, la tiene. Es para bien y lo hace porque le importo, me quedo con eso.

A mis contactos de Facebook por ayudarme cada vez que tengo una duda existencial con la corrección, prefiero no nombrar porque no quiero dejarme a nadie, pero los que me habéis echado un cable con vuestros consejos y respuestas sabéis quiénes sois. Mil gracias.

A, ¡dios!, me acabo de dar cuenta de que todos los párrafos empiezan con una A, pues nada, agradecimiento a la A por estar ahí y servirme de muletilla para comenzar todos mis párrafos en estos agradecimientos tan cucos.

Y nada, seguidme y leedme, leer es bueno, muy bueno.

Sígueme en:

https://twitter.com/nalen_gomez

<https://www.facebook.com/MaribelCGomez/>

https://www.goodreads.com/author/show/18204543.Maribel_C_Gmez